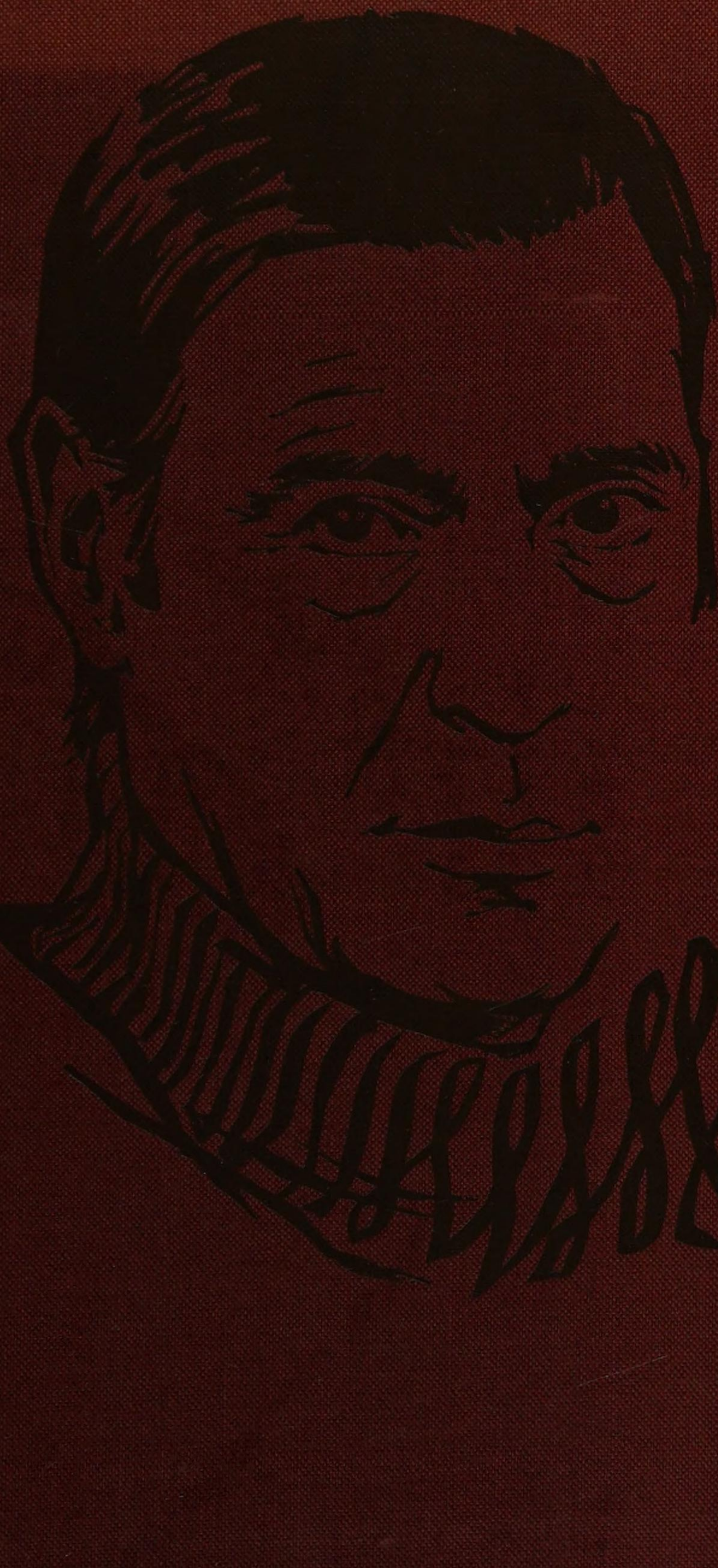
UVIC - McPHERSON
3 2775 90443671 3



3.25

Dr. Fernando Díaz-Plaja

Ex profesor de las Universidades de Europa, Nueva York (California), Texas, Pensilvania, etc. Miembro numerario de la Real Academia de la Historia

NUEVA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

NUEVA HISTORIA
DE LA LITERATURA
ESPAÑOLA

Dr. Fernando Díaz-Plaja

Ex profesor de las Universidades de Stanford, Santa Bárbara (California), Tejas, Pensilvania, etc. Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia

NUEVA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Pq 6607
D 454

Portada de
ALVARO

Primera edición: Marzo, 1974

© 1974, Fernando Díaz-Plaja
Editado por PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-33065-3 — Depósito Legal: B. 14.422 - 1974

GRAFICAS GUADA, S. A. - Virgen de Guadalupe, 33 - Esplugas de Llobregat (Barcelona)

NOTA A MODO DE PROGRAMA

...*Contemos... Dos años en la Universidad de Heidelberg, en Alemania, tres en la de Bari, en Italia. Ocho más en las norteamericanas de California (Stanford y Santa Bárbara), Arizona, Tejas, Pensilvania y Puerto Rico. Total, trece años enseñando literatura española a estudiantes extranjeros.*

Enseñar significa instruir y también mostrar; yo he considerado, desde el principio de mi carrera profesoral, la segunda acepción como premisa indispensable de la primera. Desde el principio, mis estudiantes han leído los antiguos textos y sobre ellos hemos divagado, discutido, polemizado. La literatura, por «clásica» que sea, es una cosa viva que salta en las páginas como tantos peces que tiene que coger el lector.

Y digo esto porque he notado últimamente una tendencia universitaria a preocuparse más de lo que «se dice» sobre las obras maestras que de lo que «dicen» las obras maestras. Cervantista he conocido que estaba al tanto del último artículo aparecido en una revista australiana sobre el Quijote y que seguía creyendo que en el libro magno aparecía la frase «con la Iglesia hemos topado Sancho...» en vez de «con la Iglesia hemos dado, Sancho».

Por estas razones, en las páginas que siguen, los juicios sobre los escritores procuran contrastarse con generosos ejemplos de su verso y de su prosa.

Cualquier relación que se encuentre entre este libro y «Otra historia de España» tiene muchas probabilidades de ser cierta. Como en la obra anterior, he emprendido el estudio del pasado procurando bajar de su pedestal a los protagonistas que, esta vez, en lugar de reyes y generales, son nuestros autores más famosos. Con ello, tras destacar sus triunfos, se anotan también sus posibles fallos, tanto humanos como literarios.

Quizás así les perdamos un poco de respeto... quizás, así, les sintamos más cercanos.

Madrid, enero de 1974.

* * *

La relación de autores estudiados abarca desde una sombra —el creador del Poema del Cid— *al ser de carne y hueso que puede verse hoy por la calle Alcalá de Madrid o las Ramblas de Barcelona. Este último capítulo ha resultado, naturalmente, el más difícil porque la selección no la ha hecho, como en siglos anteriores, el tiempo transcurrido. Ahora hay que elegir a los que considero más representativos con el seguro riesgo de ofender a escritores y admiradores, unos por no estar y otros por cómo están, unos por hablar de ellos y otros por no mencionarles. La fecha límite de mi trabajo se fija hacia el año 1950...*

DESDE EL IMPETUOSO RODRIGO AL SESUDO CAMPEADOR

Rodrigo Díaz de Vivar es llamado El Cid —del árabe *Sidi*, señor—, apodo que nos da ya idea clara de las relaciones del tiempo. El héroe por antonomasia de los cristianos, usaba un sobrenombre árabe. La segunda parte del mote, *Campeador*, es de origen latino, «campidoctoris», y así en ese nombre se combinan las dos culturas que a veces se disputaron y a veces constituyeron, fundiéndose, la personalidad del Medioevo español: Roma y el Islam.

Rodrigo Díaz de Vivar existió como hombre pero la España de la época necesitaba más, necesitaba un héroe, resumen de todas las virtudes que pudiese ayudar, con su ejemplo, a la empresa de la Reconquista. Esto se logró con el *Cantar*, pero sucede una cosa curiosa. La primera idea que tenemos del Cid es el Poema del mismo nombre, copiado hacia 1307 por Per Abbat. El Cid es, con él, un hombre maduro, sobrio, lleno de prudencia, lo que no impide su valor en las batallas. Es un realista.

Pero los juglares del tiempo, los que iban de Corte en Corte y de plaza en plaza cantando sus historias, habían hablado ya de otro Cid que todavía se llamaba sólo Rodrigo. Era el Cid de la juventud, de la intolerancia, de las iras prontas. Este Cid le conocemos a través del Romancero pero éste procede de las mismas fuentes de donde surgiera el Poema del Cid, es decir de los Cantares de gesta. Lo que ocurre es que se encontraron sus versos mucho después, cuando ya se había incluso transformado el lenguaje y la forma de hablar. Y así hemos conocido primero al viejo y luego al joven. Después de saber cómo había casado el Cid a sus hijas, surgieron los versos en que se cuenta cómo había casado él con la madre. Después de enterarnos de que el rey Alfonso VI le destierra —principio del Poema— pasamos a saber cuáles fueron sus primeras desavenencias por causa del juramento de Santa Gadea.

La fórmula hasta ahora usada tiene mayor respeto al orden del descubrimiento de textos que a la lógica; ésta hace pensar que los oyentes de la Edad Media, que oían hablar del Cid Campeador en el Poema, sabían ya perfectamente de quién se trataba y cuál había sido su existencia anterior.

En esta *Nueva historia de la Literatura española* vamos a seguir un orden más natural porque corresponde al devenir de la misma vida. Veamos, primero, dónde empezó todo.

He aquí un muchacho joven y lleno de fuerza y valor que se llama Rodrigo. A su padre le ha ofendido un noble petulante, Rodrigo Laínez, pero, demasiado mayor para poder tomar venganza por sí mismo, llama a sus hijos uno a uno para probar su reacción ante una ofensa. En algún romance les muerde; en otros, les estrecha la mano violentamente. Los dos primeros lloriquean diciendo que les suelte y el padre comprende que habrá que esperar poco de ellos. Pero cuando aprieta la mano de Rodrigo

Soltad, padre, enhoramala;
si no fuérades mi padre
diéravos una bofetada.

—No sería la primera —dice el padre, triste y contento a la par.

Y le cuenta la afrenta. Rodrigo, que según algunos romances tenía sólo trece años...

Pensativo estaba el Cid
viéndose de pocos años
para vengar a su padre
matando al conde Lozano:
...todo le parece poco
para vengar este agravio,
el primero que se ha hecho
a la sangre de Laín Calvo;
no cura de su niñez
que, en el alma del hidalgo,
el valor para crecer
no tiene en cuenta los años.
Descolgó una espada vieja,
de Mudarra el castellano,
que estaba toda mohosa
por la muerte de su amo.
«Haz cuenta, valiente espada,
que es de Mudarra mi brazo
y que con su brazo riñes
porque suyo es el agravio.
...Vamos al campo que es hora
de dar al conde Lozano
el castigo que merece
tan infame lengua y mano.»
Determinado va el Cid,
y va tan determinado,
que, en espacio de una hora,
mató al conde y fue vengado.

Los romances cuentan entonces de la indignada reacción de doña Jimena, la hija del conde, que se queja al rey de la actitud de Rodrigo; no contento con haberle privado de un padre, se pavonea ahora, chulescamente diríamos hoy, por delante de su casa...

«...Con mancilla vivo, rey;
con ella vive mi madre;
cada día que amanece
veo quien mató mi padre,
caballero en un caballo
y en su mano un gavilán;
para hacerme más enojo,
cébalo en mi palomar;
con sangre de mis palomas,
ensangrentó mi brial.
Hacedme, buen rey, justicia;
no me la queráis negar.
Rey que no hace justicia
no debía de reinar,
ni comer pan a manteles
ni con la reina folgar.»

Ante esa serie de negaciones para su vida futura, el monarca (¡maravillosos reyes democráticos del tiempo que escuchaban frases parecidas sin ofenderse!) empieza a reflexionar sobre lo que ha de hacer. El Cid tiene buenos amigos y familiares que se ofenderán si se toman medidas contra él. Por otra parte, hay la obligación natural de defender a esa pobre huérfana. ¿Entonces? Con gran asombro del monarca, la misma Jimena propone una solución...

—Yo te lo diría rey,
cómo lo has de remediar.
Mantén tú bien tus Cortes,
no te las revuelva nadie,
y al que mi padre mató
dámelo para casar,
que quien tanto mal me hizo,
sé que algún bien me fará.

No es raro que el rey se quede desconcertado ante la insólita propuesta

—Siempre lo he oído decir,
y ahora veo que es verdad,
que el seso de las mujeres
no era cosa natural;
hasta aquí pidió justicia,
ya quiere con él casar.
Mandaré una carta al Cid,
mandarle quiero llamar.

Y, efectivamente, se casan. Pero el tipo humano de Rodrigo sigue siendo duro, áspero y difícil de sujetar. Con ocasión de un viaje a Roma para ver al Papa, se indigna tanto al contemplar la silla de su rey en lugar más bajo que la del rey de Francia que la rompe en pedazos y coloca el sitial en su lugar. Un duque saboyano, y por tanto pro-francés, le recrimina. Así cuenta el alborozado poeta anónimo la escena que se sigue. ¡Con qué risa celebrarían sus oyentes el gesto de un Cid al que no asusta potestad civil ni religiosa!

«...Y allegóse cabe el duque,
un gran bofetón le ha dado.
El Papa, cuando lo supo,
al Cid ha descomulgado;
oyéndolo don Rodrigo,
ante el Papa se ha postrado:
—Si no me absolvéis, el Papa,
seríaos mal contado,
que de vuestras ricas ropas
cubriré yo mi caballo.
El Papa, padre piadoso,
tal respuesta le hubo dado:
—Yo te absuelvo, don Rodrigo,
absuélvote de buen grado,
con que seas en mi Corte
más cortés y mesurado.

Rodrigo aparecerá con mayor fuerza en el romance del cerco de Zamora. Resulta que, dando una vez más muestra del sentido patrimonial típico de esos reyes medievales, Sancho ha decidido reunir de nuevo las posesiones que su padre Fernando había dividido entre sus hijos. Vence primero a Alfonso y luego se lanza contra Zamora que defiende su legítima dueña, su hermana doña Urraca. Rodrigo aparece ahora como uno de los sitiadores. En uno de sus ataques, Urraca le hace un parlamento desde la torre.

«Afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano;
acordársete debía
de aquel tiempo ya pasado
cuando fuiste caballero
en el altar de Santiago,
cuando el rey fue tu padrino,
tú, Rodrigo, el ahijado;
yo te calcé las espuelas
porque fueses más honrado:
que pensé casar contigo,
no lo quiso mi pecado;
casaste con Jimena Gómez
hija del conde Lozano;
con ella hubiste dineros,
conmigo hubieras estado.
...dejaste hija de Rey
para tomar de su vasallo.»

Declaración explícita. Rodrigo, como buen caballero, quiere cambiar de conversación.

«Si os parece, mi señora,
bien podemos desviarlo.»

Y la retirada, herido de palabras más que de flechas

«Afuera, afuera, los míos,
los de a pie y los de a caballo;
pues de aquella torre mocha
una vira me han tirado.
No traía el asta hierro;
el corazón me ha pasado.»

Este momento sentimental es uno de los pocos que tendrá Rodrigo en esa primera fase literaria de su vida. Porque en seguida, cronológicamente hablando, su señor natural, Sancho, es asesinado a traición por Bellido Dolfos. Al corresponderle el trono a Alfonso VI, Rodrigo se hace

el portavoz de los caballeros que siguieron a su hermano para exigirle que jure no haber tenido nada que ver con el asesinato.

Las amenazas que caen sobre el monarca si jura en falso, aluden no sólo a una posible muerte, sino a una muerte vil y vergonzosa. En tiempo en que, hasta la desgracia de acabar tenía que ser con arreglo a nobleza, el augurio es feroz:

En Santa Gadea de Burgos,
do juran los hijosdalgo,
allí toma juramento
el Cid al rey castellano,
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo.
Las juras eran tan recias
que al buen rey ponen espanto.
—Villanos te maten, rey,
villanos que no hidalgos;
...mátente por las aradas
no en caminos ni en poblado;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
sáquente el corazón vivo,
por el derecho costado,
si no dices la verdad
de lo que te es preguntado:
si tú fuiste o consentiste
en la muerte de tu hermano
...Jura entonces el buen rey
que en tal nunca se ha hallado.
Después habla contra el Cid
malamente y enojado:
—Mucho me aprietas, Rodrigo,
Cid, muy mal me has conjurado,
mas si hoy me tomas la jura,
después besarás mi mano.
...—¡Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no me entres más en ellas
desde este día en un año!
—Que me place —dijo el Cid—,
que me place de buen grado,
por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado.
Tú me destierras por uno;
yo me destierro por cuatro.
Ya se partía el buen Cid
sin al rey besar la mano.

Y, así enlazamos con el famoso Poema del Cid que empieza, precisamente, con el destierro. Pero es una apariencia engañosa. En el vacío que han dejado las romances, la historia explica que Alfonso VI había vuelto a amistarse al Cid y le había mandado a desempeñar diversas embajadas y empresas de confianza. En una de ellas precisamente, la misión de cobrar los tributos de reyes moros andaluces, el Cid choca con lo que llamaríamos hoy intereses creados —los del conde Garci Ordóñez—, y al volver es acusado de haberse quedado con algún dinero. No es imposible, sin embargo, históricamente hablando, que Alfonso VI, al oír hablar mal del Cid, recordase viejas rencillas porque el destierro es francamente duro.

Empieza el Poema... Pero, ¡qué diferencia de Rodrigo! El galán violento, enamoradizo, altanero, que desafía al mundo, se ha convertido en un hombre maduro, sensato, reflexivo que no toma ninguna medida sin pensarlo mucho.

Aquel Rodrigo que se había desterrado el cuádruple de lo que había pedido el rey, se entristece ahora al verse echado por quien adora.

«A ti agradezco, Dios, que cielo y tierra guías;
válgame tus virtudes gloriosa santa María;
De aquí quito Castilla pues al rey he en ira;
no sé si entraré más en todos los mis días.[1]

«...Aprisa cantan los gallos y quieren quebrar albores» (esto dijo el poeta anónimo. Los comentaristas del poema de hace algunos años vieron en el verso una magnífica anticipación modernista. El canto de los gallos hacía quebrar, abrirse los albores. Y así glosó García Lorca: «Las piquetas de los gallos cantan buscando la aurora.» Pero, alguien más escéptico, hizo notar que hay cesura y se trata de dos cosas distintas. Por un lado los gallos cantaban; por el otro empezaba el alba, simultáneamente. Fue una pena).

...cuando llegó a San Pedro el buen Campeador,
el abad don Sancho, cristiano del Criador,
rezaba los maitines, a vuelta de los albores.

Los versos del poema son más bien pobres y se repiten palabras a menudo. Reconoce don Ramón Menéndez Pidal, el «padre» de todas las investigaciones cidianas y como tal enamorado del Poema, que «ni en las descripciones de combates ni en el cuadro asombroso de las Cortes... se encuentra sombra de arte en el sentido retórico de la palabra, pero hay otro arte más sublime, aquél que se ignora a sí mismo y, confundiéndose con la divina consciencia de las fuerzas naturales, nos da la visión plena de la realidad».

Si extirpamos de esa definición el amor incontenible que don Ramón sentía por el poema, nos resulta una mínima obra de arte poética y una maravillosa visión de un momento importante de la historia de España. La literatura se ponía al servicio de un interés patriótico y cantaba a un héroe en el momento en que más falta hacía para animar a los reconquistadores. Apunta Menéndez Pidal que los soldados del emperador Alfonso VII, yendo contra Almería en 1147, oían ya cantar esos versos que, lógicamente, les animaban. Un juglar los contaba y cantaba directamente al pueblo. Cuando se lee el Poema hay que recordar que estaba hecho para ser oído y ensalzado, exactamente igual que ocurrirá más tarde con los libros de caballerías y hoy, hace apenas unos años, en las películas del Oeste. Hay un héroe, habrá un traidor, seguirá un final feliz. Eso es lo que el pueblo pedía para seguir combatiendo, eso era lo que los poetas del tiempo, más bien malos desde el punto de vista lírico, se esforzaban en darle.

Pero volvamos a la llegada del Cid a San Pedro de Cardeña. Sale a su encuentro doña Jimena, su esposa. También aquí ha cambiado el tipo.

1. Dado que este estudio está dedicado al gran público, modernizo y acentúo el texto siempre que no sufra el tono arcaico y las voces de otros tiempos.

Si Rodrigo se ha hecho hombre, Jimena se ha hecho ama de casa. Aquella joven que no vaciló en ir a pedirle al rey que le diera como marido al matador de su padre, es ahora una esposa sumisa, absolutamente entregada a la voluntad de su marido.

Ante el Campeador doña Jimena hincó los hinojos ambos,
lloraba de sus ojos, quísole besar las manos.
«Merced, Campeador, enhorabuena fuisteis nado [nacido]
Henos aquí ante vos, yo y vuestras hijas;
infantas son y de días chicas,
si de vos tenemos que partirnos en vida,
dadnos consejo por amor de santa María.»

Advierte Menéndez Pelayo: «No es menos reparar en nuestros Cantares de gesta la total ausencia de aquel espíritu de galantería que tan necesariamente se ha creído característico de los tiempos medios, cuando a lo sumo pudo serlo de su extrema decadencia. No sólo se buscaría en balde en nuestra viril y austera poesía la aberración sacrílega o hipócrita del culto místico de la mujer..., sino que jamás la ternura doméstica expresada de un modo tan sobrio pero tan intenso en las breves palabras del Campeador a doña Jimena y sus hijas... se confunde ni remotamente con lo que pudiéramos llamar el amor novelesco que más que un afecto sano y profundo, suele ser una exaltación imaginativa. Tales estados nerviosos, tales cavilaciones y desequilibrios son producto de una civilización muelle y refinada e incompatibles de todo punto con el ambiente de los tiempos heroicos.» (*Historia de la Poesía castellana en la Edad Media,* 1-II-1910.)

Desde luego, el Cid no caerá de ninguna forma en esa exaltación imaginativa. Su encuentro y despedida con doña Jimena no puede ser más aséptica.

Inclinó las manos la barba vellida
y a sus hijas en brazos les prendía,
llególas al corazón, que mucho las quería,
llora de los ojos tan fuerte mientras suspira.
«Ya, doña Jimena, mi mujer tan cumplida,
como a la mi alma, yo tanto os quería.
Ya veis que partirnos tenemos en vida.
Yo me iré y vos quedaréis establecida.»

No hay con ella la menor muestra de afecto, quizá porque su sentido de la guerra y su deber era mostrar poca debilidad ante sus hombres. Dice el poeta luego que se separaron «como se separa la uña de la carne», preciosa imagen pero que no especifica por quién es el mayor dolor, si por las hijas o por la madre. Porque, cuando llegan a Valencia que ha conquistado, tampoco parece poner en primer lugar el amor a la es-

posa. Ésta reacciona más como una «encargada del hogar» que como esposa amante:

Cuando lo vio doña Jimena a sus pies se le echaba:
«¡Merced, Campeador, en buena hora ceñiste espada!
Sacada me habéis de muchas vergüenzas malas;
héteme aquí, señor, yo y vuestras hijas ambas,
con Dios y con vos, buenas son y criadas.»

El abrazo, como en la despedida años atrás, es también colectivo. El Cid parece hablar más para la galería que para sí mismo.

A la madre y a las hijas bien las abraza;
del gozo que tenían, de los sus ojos lloraban.

El juglar se dirige al pueblo como hará tantas veces. Se trata de un monólogo-diálogo y el público forma parte de la acción.

Oíd lo que dijo el que en buena hora ciñó espada:
«Vos, doña Jimena, querida mujer y honrada;
y ambas mis hijas, mi corazón y mi alma»,

...como se ve, la pasión conyugal sigue brillando por su ausencia.

«entrad conmigo en Valencia, la casa
en esta heredad que yo os he ganada.»

EL CID COMO PROTAGONISTA

Si para entonces se hubiera inventado la frase del «culto a la personalidad» podía aplicarse perfectamente al Poema. Tanto el juglar de San Esteban de Gormaz, autor de los dos primeros cantares (1099), como el de Medinaceli que unos años después (1140) escribió el tercero, rehaciendo quizá los primeros, parecen transidos de un amor sin límites a la figura del Cid. Desde su aparición, el juglar se extasía ante su barba bellida (hermosa), ante su apostura, ante su maravillosa forma de cabalgar a *Babieca,* «el mejor caballo de España».

Pues guerreando no hay quien lo venza. En realidad, el poeta no destaca demasiado su talento estratégico porque, como he dicho en otra obra, hay poco que admirar en esa línea. Casi siempre le aconseja

Minaya Fáñez, su leal seguidor, y casi siempre le aconseja lo mismo. Dejar una parte de la fuerza en emboscada, fingir retirarse, caer sobre el enemigo cuando éste salga, y así derrotarle. Los moros «pican» siempre en ese anzuelo y él va venciendo batallas. Por cierto, que hay en ellas más cálculo que ímpetu. Los castillos son sitiados antes que atacados y se prefiere la rendición por hambre al asalto mortífero, incluso en el caso de Valencia.

Pero cuando no hay más remedio que presentar batalla, el Cid galopa alegre al frente de los suyos y aún se permite, él tan solemne, ciertas bromas. Por ejemplo, cuando persigue al rey Búcar que corre hacia su posible salvación, el mar, diciendo que quiere charlar amistosamente con él.

Mío Cid al rey Búcar cayóle en alcanzar.
«¡Acá torna, Búcar! ¡Viniste de allende el mar,
verte has con el Cid, el de la barba gran;
saludar nos hemos ambos y trabaremos amistad!»
Repuso Búcar al Cid: «¡Confunda Dios tal amistad!
Espada tienes en mano y véote aguijar;
así, como semeja, en mí la quieres ensayar.
Mas si el caballo no tropieza o conmigo no cae,
no te juntarás conmigo hasta dentro de la mar.»

O el humorismo un poco ordinario —recordemos de nuevo el público municipal y espeso a quien iba dirigido el poema— que surge de Muñoz Gustioz, amigo del Cid, el cual insulta a Ansur González del bando de Carrión:

Calla, alevoso, malo traidor;
antes almuerzas que vayas a la oración;
a los que das paz, hártales alrededor.

es decir, los llena de eructos, cuando tiene que darle el beso de amistad, «dar la paz».

Este Cid es totalmente realista. En ningún momento aflora el joven impetuoso que fue Rodrigo. Todo lo calcula, lo mide, lo estudia para obtener más con el menor esfuerzo. Piénsese solamente en la afrenta de Corpes. Los dos infantes de Carrión han hecho con sus hijas el peor de los males. No sólo las han humillado vergonzosamente, azotándolas con las cinchas, sino que les han dejado expuestas a las fieras del bosque. Las han herido, pues, en el honor y casi en la vida. Pues bien, cuando las terribles noticias llegan a oídos del Cid,

Van aquestos mandados a Valencia la mayor,
cuando se lo dijeron a mío Cid el Campeador
una gran hora pensó y comidió [reflexionó]

Esta increíble reacción de un padre español y guerrero por más señas, continuará en los métodos que emplea en su venganza. Primero, busca el camino legal; hace que el rey convoque Cortes para que los infantes de Carrión le den cuenta de sus actos. Y, con astucia, empieza pidiendo lo mínimo. Que le devuelvan los regalos que les ha hecho porque han roto el compromiso con sus acciones. Los infantes, asombrados de librarse con tan poco, devuelven las espadas *Colada* y *Tizona* y otros presentes. Sólo entonces, a salvo lo material, el Cid les echa en cara su falta moral. Tres de sus caballeros lucharán contra los Infantes y su primo, y, siendo los buenos, naturalmente vencerán.

Y para colmo de ventajas, llegarán, nunca con mejor oportunidad, unos enviados de los infantes de Navarra y Aragón para pedir la mano de doña Elvira y la de doña Sol.

El Cid podía estar satisfecho porque a lo largo del Poema no hay mayor obsesión que ésta, después de ganarse el pan:

Plega Dios y a Santa María
que aun con mis manos case a éstas mis hijas,

y cuando supo la afrenta repitió

por aquesta barba que nadie me mesó,
no lo lograrán infantes de Carrión;
que mis hijas bien las casaré yo.

Menéndez Pidal, en su entusiasmado intento de no ver nada imperfecto en la figura del Cid, dice que «apartándose de la hostilidad regional que respiran otros poemas castellanos, extiende su respeto y su amor a "quan grant es España"» (M.P. «Valor nacional del poema», *ABC*). Pero el tipo de don Ramón Berenguer, conde de Barcelona, no está tratado con el afecto que apunta M. Pidal.

El conde es muy follón y dijo una vanidad,

apunta el poeta y sus petulancias sobre los «malcalzados», que no podrán con sus aguerridas y bien proveídas huestes, no le hacen realmente simpático. En las entrevistas con su vencedor y carcelero, el Cid, resulta mezquino, triste y sin grandeza ninguna. Y por si fuera poco, al marcharse volverá varias veces la cabeza por si se arrepiente el Cid de su generosa acción. ¡Cómo iba a hacer algo así el gran caballero que era Rodrigo!, dice el poeta lamentándose de la incomprensión del catalán.

«Comed, conde, de este pan y bebed de este vino;
si lo que os digo hiciereis, saldréis de cautivo;
si no, en vuestros días no veréis cristiano vivo.»

Y al soltarle le dice:

«Ya os vais conde, a guisa de buen franco.»

... jugando el vocablo: franco igual a catalán e igual a libre.

Aguijaba el conde y pensaba de andar;
tornando va la cabeza y, catando hacia atrás,
miedo iba habiendo que mio Cid se arrepintiera;
lo que no haría el caboso por cuanto en el mundo hay
porque tal deslealtad no la hizo a nadie.

Al menos con los nobles. Porque a los judíos Raquel y Vidas no le importa engañarles de forma increíble, dejándoles unas arcas de arena que, según él, contenían oro y piedras preciosas a cambio de dinero contante. Menéndez Pelayo tiene que admitir que se trata de «una estratagema poco loable», pero ello «contribuye al efecto realista del conjunto».

Tampoco dice mucho en favor de ese «patriotismo nacional» del Poema el que la idea de la traición esté unida a los leoneses, mientras la castellana sea la pura representación de la fidelidad...

EL TRAIDOR

Todos los libros con amplitud de público tiene que tener, además del héroe, al traidor, porque la sombra de éste destaca más la brillantez del primero. Y lo mismo que el poeta anónimo cargó la mano en las calidades humanas de Rodrigo, exageró al mencionar a sus enemigos, los Infantes de Carrión.

No hay ninguna duda sobre su personalidad desde que aparecen en el Poema. El juglar sabía que al tipo de público a quien iba dirigido su obra no se le podía ir con sutilezas ni variaciones de los personajes. El malo era el malo desde el principio, y basta. ¿Cómo se les ocurre casar con las hijas del Cid?: En cuanto oyen de la fortuna de éste ganada a los enemigos...

De infantes de Carrión yo os quiero contar,
hablando en su consejo, habiendo en puridad. [urgencia]
«Las nuevas del Cid mucho van adelante,
demandemos sus hijas para con ellas casar;
creceremos en nuestra honra e iremos adelante.»

La «honra» naturalmente, aquí, se siente como honor, como brillo social, un valor más aparente que ético. Se lo piden al Rey y éste tramita la petición al Cid, convencido de que le hace un favor que compense, en parte, el destierro a que le sometiera. El Cid duda...

una gran hora pensó y comidió [reflexionó]

...porque sabe que no puede guiarles más que el interés, dado la diferencia social. Él no es más que un hidalgo...

«de gran natura son los infantes de Carrión;
ellos son muy orgullosos y tienen parte en la Corte:
de este casamiento no tendría sabor, [gusto]

mas pues lo aconseja quien más vale que nos,
hablemos de ellos y llevémoslo nos,
a fe de Dios del cielo que nos acuerde en lo mejor.»

El poeta ha presentado hábilmente una situación dramática. El Cid recela de las intenciones de los infantes, pero se ve obligado a aceptarlos porque se lo pide el Rey. El público estará ya preparado para el drama que se avecina...

...Las tintas siguen cargándose en la descripción de los infantes Fernando y Diego. Llegan a Valencia y se muestran en seguida como unos cobardes. Se escapa un león de su jaula y ambos salen corriendo; uno —advierte el poeta seguro de despertar la risa de sus oyentes— se esconde en un retrete y se mancha todo. En una de las batallas ante Valencia, Fernando huye de un moro. Pero Bermúdez lucha con éste, le vence y entrega su caballo a Fernando para que finja haber obtenido el triunfo. Pero la burla cunde entre los seguidores del Cid y los Infantes deciden vengarse.

Ambos salieron aparte, verdaderamente son hermanos;
de esto que ellos hablaron, ninguna parte tengamos.

...Advierte el poeta confidencialmente al público. Porque su programa es realmente pavoroso. Quieren pedir licencia para llevarse a sus esposas a sus posesiones de Carrión.

—Sacar las hemos de Valencia de poder del Campeador,
después en la carrera haremos nuestro sabor,
antes que no retraigan lo que ocurrió con el león.
Nos de natura somos infantes de Carrión,
haberes llevaremos grandes que valen gran valor;
escarneceremos a las hijas del Campeador.

Y así lo hacen los malvados. El poeta lo narra con detalles que pondrían al oyente en tensión continua, incluyendo una noche amorosa.

...y yacen esta noche
con sus mujeres en brazos, demuéstranles amor;
¡mal se lo cumplieren cuando salía el sol!

Efectivamente, al día siguiente envían por delante a la comitiva y golpean con sus cinchas a las medio desnudas doña Elvira y doña Sol, que han pedido por gracia las matara antes de humillarlas así.

con las cinchas corredizas hiérenlas tan sin sabor;
con las espuelas agudas de las que ellas han mal sabor,

dice con ingenua convicción el poeta. Y pone entonces unos versos que debían hacer saltar de emoción a sus oyentes rodeándole en la plaza pública.

¡Cuál ventura sería ésta si pluguiese al Criador
que asomase esa hora el Cid Campeador!

Imaginamos a los que escuchan emocionados ante la posibilidad. Por el claro del bosque aparece, brillante de armas, los ojos encendidos de ira, el caballero ofendido en sus más hondos sentimientos. Los infantes, aterrados, intentan la huida pero la lanza del padre vengador los alcanza...

La solución dramática no será ésta; habrá que esperar un tanto. Los infantes serán convocados a Cortes, condenados por el rey a devolver lo obtenido y, por fin, deshechos como buenos cobardes que son en el duelo con los fieles del Cid. Fernando cae al suelo y al ver la espada vengadora de Pedro Bermúdez

cuando lo vio a Fernán González, contuvo Tizón;
antes que el golpe esperase dijo: «Vencido soy.»
Otorgárenle los jueces. Per Bermúdez le dejó.

Su hermano no espera tanto. En cuanto le golpean

tan grandes voces daba,
«¡Valme, Dios glorioso, cuídame de esta espada!»

EL CID RELIGIOSO

Como buen hombre de su tiempo, el Cid tiene continuamente en los labios las preces al Señor. Desde su salida de Vivar le pone por testigo.

«Grado a ti, señor Padre, que está en lo alto;
esto me han vuelto mis enemigos malos.»

...aunque dos versos después considera buena suerte que la corneja esté primero a la derecha y, luego, a la izquierda de la comitiva, encendiendo así una vela a Dios y otra al diablo. Del poco dinero que tiene al principio, da, sin embargo, cincuenta marcos al monasterio de San Pedro de Cardeña y, desde sus primeras victorias, más le mandará. Poco después tiene un sueño en que se le aparece una visión...

El ángel Gabriel a él vino en visión:
«Cabalgad, Cid, el buen Campeador,
que nunca en tan buen punto cabalgó varón;
mientras que viviereis bien se hará todo.»

Como buen cristiano del tiempo, el Cid tiene que asociar la potestad civil con la eclesiástica. Por ello, siendo señor de Valencia, le hace falta una jerarquía que dé como un marchamo de respetabilidad a la conquista. Ésta llegará en la figura de un coronado, es decir, un tonsurado.

En estas nuevas todos se van alegrando,
de parte de oriente vino un coronado;
el obispo don Jerome su nombre es llamado.

En aquel tiempo, un sacerdote, y en lo que se refiere a la doctrina de Mahoma, tanto tiene que convencer como vencer. Afortunadamente...

Bien entendido es de letras y mucho cordado;
de pie y de caballo mucho era arreciado.

El nombramiento no se hace esperar con esas recomendaciones

¡Dios qué alegre era todo cristianismo,
que en tierras de Valencia señor tenía obispo!

Y, efectivamente, además de bendecir quiere mostrarse beligerante

y pide permiso para dar los primeros golpes contra la morisma en una de las batallas

Esforzábase el obispo, Dios qué bien lidiaba;
dos moros mató con lanza y cinco con la espada.

REALISMO

Lo que nos lleva a mencionar el famoso realismo que tantas veces se cita al mencionar el Poema del Cid. Ya Menéndez Pelayo *(ob. cit)* se pasmaba ante la fidelidad geográfica a la realidad. Menéndez Pidal explicó también que, en contraste con poemas extranjeros (*Chanson de Rolland,* por ejemplo), el héroe castellano sufre, come y bebe como un hombre cualquiera.

Mala cuenta es, señores, tener mengua de pan;
hijos y mujeres verlos morir de hambre.

...dice el juglar refiriéndose a la cercada Valencia. Generalmente se habla de ganarse el pan, de merecer la soldada. Cuando se reparte el botín, se describe con la misma delectación con que se describen las batallas, y se enorgullece, el Cid el primero, del resultado. Al liberar al conde Ramón, le advierte:

«Mas a cuanto habéis perdido y yo gané en campo,
sabed, no daré a vos de ello un dinero malo,
que necesarios son para los que conmigo andan lacerados.»

y remata con esa programa vital

«Prendiendo de vos y de otros ir nos hemos pagado,
tendremos esta vida mientras pliegue al Padre Santo,
como quien ira ha del rey y de su tierra es echado.»

Este auténtico realismo del Poema, este tocar el suelo con los pies se trastoca, sin embargo, bastante al mencionar acciones guerreras.

..como la muerte de Búcar a manos del Cid:

...arriba alzó Colada, *un gran golpe dado ha;*
las carbuncias del yelmo tollidas se las ha,
cortóle el yelmo y librado lo demás,
hasta la cintura el espada llegado ha

D. Ramón llegó a decir, tras sopesar una espada de la época, que le parecía posible el hecho de partir las piedras más o menos preciosas que coronaban el yelmo, abrir éste y la protección de tela y redecilla de hierro, destrozar el cráneo y abrir el cuerpo de un hombre con peto hasta la cintura. A mí me mueve un cierto escepticismo ante la posibilidad, escepticismo que se refuerza cuando el juglar describe los combates en los que millares de moros huyen ante unos centenares de cristianos. Y mucho más cuando se especifica una carga de caballería con estas palabras

Trescientas lanzas son todas tienen pendones;
sendos moros mataron todos de sendos golpes,
y a la vuelta otros trescientos dejaron sobre los trojes.

Es asombroso que ningún caballero fallara su golpe; es más asombroso que ningún moro fuera capaz de derribar a su enemigo.

El realismo del Poema es, pues, un realismo adaptado a las necesidades de quien le escuchaba; recordemos que estaba hecho para gente sencilla y pueblerina. Para situarlos en su ambiente, el poeta habla de la comida, la bebida, del dinero —tantos marcos de plata que tocaron a cada uno—, menciona incluso la calidad de un sombrero que servía a Félix Muñoz para llevar agua fresca a sus pobres primas, después de ser maltratadas en Corpes

Con un sombrero que tiene Félix Muñoz,
nuevo era y fresco que de Valencia sacó,
cogió del agua en él y a sus primas dio;
mucho son laceradas, a ambas las hartó.

Espacio geográfico preciso, para que pudiese decir el campesino oyente: allí estuve yo, es verdad que se llama Espinazo del Can. Mención de cosas familiares, como los judíos que viven en el castillo y tienen metálico para prestar, alusión al dinero que hay que ganar para vivir y a la comida que necesitan los soldados. El marco del poema era absolutamente realista para colocar en él al espectador.

Pero, luego, al narrar las hazañas guerreras, el juglar se deja llevar de su imaginación, porque sabe también que, en ese momento, al auditorio no le importa la posibilidad concreta. Esta vez se trata del héroe y el héroe puede hacerlo todo, porque está por encima de los seres normales; la masa acepta sus gestas sin dejar jamás que su sentido crítico le quite emoción. Ha ocurrido siempre. Desde el Cid hasta Supermán.

BERCEO O EL GRAN DESCUBRIMIENTO DE LA INTERCESORA

El mundo medieval cristiano está dividido entre la milicia antimusulmana y lo religioso. Los poetas siguen un ambiente, y al mismo tiempo le preceden, de forma que un Poema como el del Cid podía servir, tanto para glosar figura tan importante como la del Rodrigo, como para que sus gestas sirvieran de acicate a los españoles que seguían en la Reconquista.

En la religión ocurre lo mismo. La únión política que forma la base de la Reconquista (el moro es un invasor de la patria y *además* seguidor de doctrina errónea), tiene que manifestarse en los dos sentidos. Y así, las primeras composiciones que se conocen, cuando no cantan a los guerreros, cantan a las Vírgenes y a los santos.

Gonzalo de Berceo es el primer exponente. Estamos ya en el siglo XIII y el poeta explica teología en sus versos. Están compuestos de acuerdo con el mester de clerecía, es decir de forma intelectual, con cuatro versos que riman en consonante, lo que les hace forzados, casi pesados al oído. Pero la intención del riojano benedictino es didáctica y habla al pueblo como «fabla el pueblo a su vecino». Y a ese vecino imaginado, Berceo intenta subir de tensión su fe contándole los maravillosos milagros de Nuestra Señora.

Es un culto relativamente nuevo. En los primeros tiempos de la Era cristiana se hablaba sobre todo del Padre y de Cristo, de la misma forma que en la sociedad humana el varón era el único que tenía importancia en la familia y la mujer estaba relegada a papeles secundarios, siempre dentro del hogar. Así ocurría en Grecia y en Roma, ocurrió entre los visigodos y mucho más entre los musulmanes.

Poco a poco «el culto a la mujer» se va despertando y los trovadores cantarán sus gracias. Por encima de todas ellas, la Madre de Dios. El culto mariano empieza a surgir en todo el Occidente, pero muy es-

pecialmente en España. La razón es, probablemente, que los españoles descubren en ella una madre como la humana, superada mil veces, pero sin perder nunca caracteres familiares. Es la madre que se interpone entre la dureza del padre y la culpa del hijo; en fin, es la intercesora, la que pide perdón por lo que ha hecho el pecador que se salva contra toda lógica.

Ese marianismo exacerbado a lo español era, en lo italiano, como contaba san Alfonso de Ligorio a sus fieles

> ¿Sabéis cómo suceden las cosas en el cielo? La Santa Virgen se coloca ante su Divino Hijo y le muestra sus entrañas donde estuvo encerrado durante nueve meses y sus pechos con los que tantas veces lo amamantó. El Hijo va ante el Padre Todopoderoso y muestra su costado abierto y las llagas santas que recibió por nosotros. A la vista de las dulces prendas de amor de su hijo, Dios no puede rechazar la petición y lo obtenemos todo.

En términos parecidos hablará Gonzalo de Berceo a sus lectores. La teología se expresa en descripciones claras, basadas todas en humanísima moraleja: Comprensión total ante el pecado *siempre que haya habido una devoción continua.*

He aquí, por ejemplo, el monje que gustaba del placer de la carne

Priso un uso malo el loco pecador;
de noche, cuando era echado el prior,
salía por la iglesia fuera del dormidor,
corría el entorpado a la mala labor.

El poeta recuerda, sin embargo, una buena acción que hacía siempre el entregado a torpes pecados, una buena acción que, en la circunstancia en que ocurría, parece un sacrilegio. Cuando iba a sus diversiones carnales

Siquier a la salida, siquier a la entrada,
delante del altar caía la pasada,
el inclino y el Ave tenía bien usada,
no se le olvidaba ninguna vegada.

A la vuelta de una de sus aventuras, se cae al río y se ahoga. Inmediatamente acuden los diablos a llevarse su alma que, lógicamente, les correspondía habiendo muerto de tal forma. Para que sea más plástica la escena, llegan en grupo y, tras ellos, el de los ángeles a disputársela. El lector y el oyente —un lector y diez, veinte oyentes a su alrededor en aquellos tiempos de analfabetismo— asisten a una batalla física por el alma de un hombre:

Mientras yacía en vano el cuerpo en el río,
digamos del alma en qué pleito se vio;
vinieron de diablos, por ella gran gentío
para llevarla al báratro [infierno] *de deleite bien vacío.*

Mientras que los diablos la traían como a pella,
viéronlo los ángeles, descendieron a ella,
hicieron los ángeles luego muy gran querella:
que suya era quita, que se partiesen de ella.

Los ángeles son derrotados y se retiran tristemente, pero llega a socorrerles la Virgen...

Acorrió la Gloriosa, reina general.
...mandólos atender, no osaron hacer ál; [otra cosa]
movióles pleitesía firme y muy caudal.
Propuso la Gloriosa palabra colorada:
«Con esta alma "foles" [locos] *no tenéis nada;*
mientras fue en el cuerpo fue por mí encomendada;
ahora tomaría tuerto [fallo, injusticia] *por ir desamparada.»*

Pero como sería demasiado fácil que terminase así la contienda, Berceo hace hablar al Enemigo con lógica precisa

De la otra partida recudió el vocero,
un sabidor sutil y muy puntero;
«Madre eres de Hijo alcalde derechero,
que no le place la fuerza ni es placentero.
Escrito es que el hombre allí donde es hallado
si éste tal decreto por ti fuera falsado,
o en bien o en mal por ello es juzgado:
el pleito del Evangelio todo es descuidado.»

La fórmula jurídica es perfecta y el astuto demonio tiene razón. ¿Cómo va a cambiar Jesucristo sus propias leyes? Pero el poeta sabe que el público prefiere una justicia más humana y menos letrada. La Virgen se encara con el demonio y, de la misma forma que en la popular imagen en la que aplasta su cabeza en figura de serpiente, le insulta.

—Hablas —dijo la Gloriosa— a guisa de cosa necia;
no te riño porque eres cativa [malvada] *bestia;*
cuando salió de casa, de mí tomó licencia;
del pecado que hizo yo le daré penitencia.

Pero la Virgen es sólo «intercesora», no puede decidir por sí misma; tiene que guardar las normas aunque podría hacerlo si quisiera...

«Sería haceros fuerza no buena parecencia,
pero apelo a Cristo, a la de su audiencia,
él que es poderoso, lleno de sapiencia,
de la su boca quiero oír esta sentencia.»

Y, efectivamente, Cristo la da saliéndose del problema con habilidad suma. Es decir, dado que el indulto no es posible en justicia porque la muerte en pecado es clara, sólo queda una fórmula. Se resucita al monje, dándole así otra posibilidad de salvarse,

El Rey de esta contienda, alcalde sabidor,
partió de esta contienda, no lo visteis mejor;
mandó tornar el alma al cuerpo el Señor,
como si mereciese recibir tal honor.

Lógicamente un hombre así avisado no caerá de nuevo en el peligro. El monje vuelto a la vida entre el asombro y admiración de sus compañeros de convento, se dedica desde entonces a la más pura de las vidas, hace penitencias, y al morir de nuevo irá, lógicamente, al cielo.

En otro de los milagros se habla de un labrador que, en vez de a la lujuria, adoraba a la avaricia.

Era en una tierra un hombre labrador
que usaba la reja más que otra labor:
más amaba la tierra que no al Criador,
era de muchas guisas hombre revolvedor.

...se apoderaba de lo ajeno con fraude y malicia.

Hacía una enemiga, hacíala en verdad;
cambiaba los mojones para ganar heredad;
hacía a todas guisas tuerto y falsedad,
tenía mal testimonio entre su vecindad.

Afortunadamente para él le quedaba una virtud. Su devoción a la Virgen

Quería, aunque malo, bien a Santa María,
oía sus milagros, dábales acogida;
saludábala siempre, decíala cada día:
«Ave, Gracia plena, que pariste a Mesías.»

Cuando muere, naturalmente, cae en manos de los demonios como corresponde a la vida que llevó. Como en un grabado de la época, el poeta muestra a los seres del Averno maltratando al avaro

Finó el rastrapaja de tierra bien cargado,
en soga de diablos fue luego cautivado;

arrastrábanlo por tinieblas, de coces bien sobado
le cobraban a duplo el pan que dio mudado.

Como en el caso anterior, los ángeles llegan con sus escuadras. La lucha del Bien y el Mal se humanizaba como en una pelea de campesinos por el botín; en este caso, el alma.

Doliéronse los ángeles de esta alma mezquina
por cuanto la llevaban diablos en rapiña:
quisieron acorrerle, ganarle por vecina,
mas para hacer tal pasta faltábales harina.
Si les decían los ángeles de bien una razón,
ciento dicen los otros, malas que buenas no:
los malos y los buenos teníanlos en rincón;
el alma por pecados no sale de prisión.

Habrá que buscar el valedor, mejor la Valedora si hay que vencer en la batalla. En este caso, el poeta no considera necesario utilizar la polémica contra el demonio. Bastará con el nombre como conjuro.

Levantóse un ángel, dijo: «Yo soy testigo,
verdad es no mentira, esto que yo os digo:
el cuerpo que trajo esta alma consigo
fue de Santa María vasallo y amigo.
Siempre la mentaba al yantar y en la cena:
decíale tres palabras: Ave Gracia Plena,
la boca por la que salía tan santa cantilena
no merecía yacer en tal mala cadena.»
Luego que este nombre de la Santa Reina
oyeron los diablos, cogiéronse aína,
desparramáronse todos como una neblina,
desampararon todos a la alma mezquina.
Viéronla los ángeles ser desamparada
de pies y manos con sogas bien atadas,
sedente como oveja que yace enzarzada,
fueron llevárónla para su majada.

No está claro en esta relación poeta-público quién guía a quién. Los escritores pueden seguir el sentimiento general de un pueblo o marcarles un camino nuevo. En general, los escritores más aplaudidos son los guiados pero guían a su vez al decir, en voz alta y bien explicada, lo que era una idea vaga sin delimitar. Cuando Gonzalo de Berceo, como otros que le sigan, explican así la teología, contestan en general a un catolicismo puramente mediterráneo, puramente hispánico. Entre el pecado y el castigo hay siempre una posibilidad de salvarse que, en este caso, se llama amor de María, intercesora, es decir, se trata de un concepto religioso puramente humano, donde la culpa no es general ni el castigo ciego. A lo largo del especial catolicismo español encontraremos siempre

esa escapatoria que no se encuentra en otras latitudes. Puede ser, como en este caso, la Virgen María. Puede ser, sencillamente, un arrepentimiento del último momento: «Un punto de contrición da al alma la salvación.» Eso permite una laxitud en la vida moral del católico español, que no tiene equivalente en otros países. En el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, seis siglos después, una mujer casi divinizada —doña Inés— ayudará a salvarse a don Juan, llegando igualmente la Virgen, como en el primer caso, a rechazar a los demonios que acudían a llevárselo. Por ello, ese don Juan será en España siempre más popular que el de Tirso, que va al Infierno, que es lo que lógicamente le corresponde.

UN CURA ANTICLERICAL

A principios del siglo XIV los cristianos españoles pueden descansar de sus trabajos militares y de sus obsesiones religiosas, porque la amenaza —mora en lo político, musulmana en lo que se refiere la religión— prácticamente ha desaparecido. La Reconquista está firmemente asentada, tras la entrada de Fernando III *el Santo* en Córdoba y Sevilla a mediados del siglo XIII. Tan firmemente asentada, que nadie se preocupará del reducto que todavía venera a Mahoma y el baluarte granadino resistirá —aun siendo tan pequeño— casi dos siglos más.

La cristiandad española está formando ya una buena sociedad, se está estabilizando y, por ello, puede mirar a su alrededor y juzgarse. Esto lo conseguirá totalmente el *Libro del Buen Amor* de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita.

Al menos según dicen sabios investigadores. Porque la confesión autobiográfica de la estrofa 575 —señalan— ni tiene el mismo léxico que el resto del libro ni rima con los versos anteriores. Tampoco dio el autor ese título, aunque lo consideró en varios de sus versos como libro que podría ser.

Tú, Señor y Dios mío, que hombre formaste,
en forma y ayuda en mí tu arcipreste,
que pueda hacer Libro de Buen Amor aquesta,
que a los cuerpos alegre y a las almas preste.

El Cantar del Cid se refería sólo a la fuerza corporal militar, los Milagros de Berceo a la fuerza espiritual. El *Libro del Buen Amor* —título que se ha quedado por bello— es mucho más humano que los dos, porque lo mismo se lanza a la más apasionada de las endechas a la Virgen que a explicar y a defender los pecados de la carne. Ésta es una muestra de su actitud primera:

¡Oh María!,
luz del día,
tú me guía
todavía.

Dame gracia y bendición,
y de Jesús consolación,
que pueda con devoción
cantar de tu alegría.

o a Dios nuestro señor al principio del libro:

Dios padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo:
el que nació de Virgen esfuerce y nos dé tanto,
que siempre lo leamos en prosa y en canto,
sea de nuestras almas cobertura y manto.

Llámese como se llame,[1] el autor es un hombre de gran cultura. Se nutre de fuentes latinas, tanto las originales de época romana como las que llegaron al siglo XIII, como *Pamphilus* comedia de mucho éxito, las fábulas francesas, romances. Sabe de literatura judía y árabe, de música y explica didácticamente en distintas formas artísticas: mezcla elevadas teorías con chismes. A veces, se siente muy cristiano y entrega su destino a Dios; otras, se indigna como un prerrenacentista que adora las formas físicas e insulta a la Muerte por terminar con una existencia tan apetecible:

¡Oh muerte, muerte, muerta seas, muerta y malandante,
matásteme a mi vieja, matases a mí antes,
enemiga del mundo que no has semejante;
de tu memoria amarga no sé quién no se espante!

El arcipreste no tiene ningún amor a la que le va a poner ante la presencia de Dios. Al contrario, le produce repugnancia.

Dejar al cuerpo yermo y gusanos en huesa,
al alma que lo puebla llevástela de priesa;
no es el hombre cierto de su carrera aviesa,
de hablar de ti, muerte, espanto me atraviesa.

El libro es confuso, desordenado, va en zigzag como la misma Humanidad y aún más la Humanidad española, y ese salto de pensar en Dios a pensar en las mujeres, del misticismo a la obsesión sexual, le da un carácter muy nuestro. Los eruditos le han contado al buen sacerdote nada menos que trece aventuras amorosas, nueve en la ciudad y cuatro en la Sierra. Veamos su aproximación a la más famosa de sus enamoradas, doña Endrina...

¡Ay, cuán hermosa viene doña Endrina por la plaza;
qué talle, qué donaire, qué alto cuello de garza!

1. Según los profesores Sáez y Trenchs en reciente descubrimiento era hijo ilegítimo de un cristiano y nació en la España musulmana. Su verdadero nombre era Juan Ruiz de Cisneros.

¡Qué cabellos, qué boquilla, qué color, qué buenandanza!;
con saetas de amor hiere, cuando los sus ojos alza.

El Arcipreste iría hacia ella en seguida, pero teme el «qué dirán», puesto que están en lugar público.

Pero tal lugar no era para hablar de amores:
a mí luego me vinieron muchos miedos y temblores,
los mis pies y las mis manos no eran de sí señores;
perdí seso, perdí fuerza, mudándose mis colores.

...Hablar con mujer en plaza es cosa muy descubierta:
a veces mal atado el perro tras la puerta,
bueno es jugar hermoso, echar alguna cubierta,
donde es lugar seguro, es bien hablar, cosa cierta.

Su habilidad consiste en fingirle un recado.

«Señor, la mi sobrina que en Toledo seya, [estaba]
se os encomienda mucho, mil saludos os envía;
si hubiese lugar y tiempo, por cuanto de vos oía,
deseaba mucho veros y conoceros querría.»

...abajé más la palabra, dije que en juego hablaba,
porque toda aquella gente de la plaza nos miraba;
desde que vi que eran idos, que nadie no quedaba,
comencé a decirle mi queja de amor que me afincaba.

Su gran habilidad no le sirve para nada al pobre Arcipreste, que apenas consigue alguna en ninguna de sus empresas, tanto en las elegantes señoras tipo doña Endrina, con quien tendrá que casar su alterego don Melón para obtenerla, como en las ásperas serranas que le piden el dinero anticipadamente para otorgar sus favores. Las que le consiguen es porque ellas lo intentan, como la violenta que le secuestró.

'omóme recio de la mano,
en su pescuezo me puso,
como a zurrón liviano,
llevóme la cuesta ayuso.

Le da de comer abundantemente y, al fin, le propone una pelea que resultará erótica. El Arcipreste se hace víctima a gusto.

La vaqueriza traviesa
dijo: «Luchemos un rato,
desenvuélvete este hato.»

Por la muñeca mi priso,
tuve que hacer lo que quiso;
creed que hice buen barato.

O buen negocio. Cuando se ha mencionado al *Libro del Buen Amor* como el anti don Juan se piensa en que, incluso en las victorias femeninas, le ocurren cuando son ellas las que se lo proponen, no cuando ceden a sus demandas.

El cura entiende mucho de mujeres. Y siendo probablemente muy alto, como se ha descrito él mismo:

el cuerpo ha muy grande, miembros largos, trefudo,

le gustaría, como a tantos grandes, las mujeres pequeñas. Así dice quizás el trozo más popular del poema (versión moderna de Criado del Val):

Como en muy chica rosa está mucho color.
Y en el oro muy poco gran precio y gran valor,
Como en muy poco bálsamo yace gran buen olor.
Así en la chica dueña yace muy gran amor.
Como rubí pequeño tiene mucha bondad,
Así dueña pequeña tiene mucha beldad,
Hermosura y donaire, amor y lealtad.
Chica es la calandria y chico el ruiseñor,
Pero más dulce canta que otra ave mayor.
La mujer por ser chica por eso no es peor,
Con doñeo es más dulce que el azúcar y la flor.
En la mujer pequeña no hay comparación,
Terrenal paraíso es y consolación.
¡Mejor es en la prueba que en la salutación!

Para sus empresas, el Arcipreste busca una aliada importantísima en la literatura española. Se llama Trotaconventos...

Por ende, busca tú una buena medianera
que sepa sabiamente andar esta carrera,
que entienda de vos a vos bien la vuestra manera,
cual don Amor te dijo, tal sea la trotera.

Trotero era el correo, y esta especie de él, buscaba donde la inmoralidad de la Iglesia del tiempo permitía botín, es decir, en los conventos.

...Y busca mensajera de unas negras pegatas, [picazas, urracas]
que usan mucho los frailes, las monjas y las beatas;
son mucho andariegas y merecen las zapatas.
Estas Trotaconventos hacen muchas baratas.

El nombre es gracioso y podría haber servido para designar de una

vez para todas, en castellano, a la intermediaria, desechando la voz árabe: alcahueta... Pero surgió una tal Celestina...

El sentir satírico del Arcipreste no perdona a sus compañeros de sotana. Estamos en momentos en que la Iglesia está llegando al más bajo de los niveles, el cisma de Aviñón que vio hasta tres Papas disputándose la fidelidad de los europeos. El Arcipreste cuenta, con aparente seriedad, la reacción de los curas de Talavera cuando llegaron cartas del Papa ordenando que abandonasen a sus concubinas. Se reúnen en asamblea para quejarse de tamaña imposición. Como advierte uno, ¡hay que apelar al rey!

de más que sabe el rey que todos somos carnales.

Uno a uno de los clérigos va contando las razones por las cuales no puede dejar a su compañera. Uno es capaz de marchar de la ciudad.

«¡Dejaré Talavera e iré a Oropesa
antes de la partir de toda la mi mesa!
¡Ca nunca fue tan leal ni Blanca Flor a Flores,
que lo es ahora Tristán a todos sus amores,
que hace muchas veces rematar los ardores
y si de mí la aparto nunca me dejarán dolores!»

Para otro, el arzobispo se mete en lo que no le importa:

«Que si yo tengo o tuve en casa una sirvienta
no tiene el arzobispo de eso que se sienta;
¿que no es mi comadre? ¿que no es mi parienta?
¡Huérfana la crié; esto porque no mienta!
¡Mantener hombre huérfanas obra es de piedad,
igual que a las viudas, esto es mucha verdad!
¡Si el arzobispo entiende que es cosa de maldad,
dejemos a las buenas, a las malas tornad!»

Otras veces es incluso más duro con sus compañeros de oficio. La presencia de los sacerdotes junto a la cama del enfermo no es tanto para salvar su alma como para llevársele la herencia. El Arcipreste los ve como un grupo de buitres, pensando sólo en el dinero que pueden sacar.

Monjes, clérigos y frailes que aman a Dios servir,
si barruntan que el rico está para morir,
cuando oyen sus dineros comienzan a reteñir,
cuál de ellos lo llevará comienzan a reñir.
...¡Allí está esperando cuál habrá el rico tuero;
no es muerto y ya dicen Pater Noster, mal agüero!
¡Como los cuervos al asno cuando le tiran el cuero,
así nos lo llevamos, que nuestro es por fuero!

El *Libro del Buen Amor* es una completa exhibición de la vida de un español del tiempo, y aun de hoy. Pasan sus versos de lo más serio, profundo y religioso al chiste procaz. En el primer caso, está un serio estudio sobre la penitencia.

Pues que de penitencia yo os hago mención,
repetiros querría una chica lección;
debemos creer firme, con buena devoción,
que por la penitencia habremos salvación.
Porque la penitencia es cosa tan preciada,
no debemos, amigos, dejarla olvidada;
hablar de ella mucho es cosa muy loada
cuando más la siguiéramos, mayor es la soldada [premio]

Pero unos versos más allá, enamorará a una monja a sabiendas del pecado que comete

Las primeras frases son de tristeza porque mujer tal lleve hábito.

En el nombre de Dios fui a misa de mañana,
vi estar a la monja en oración; lozana,
alto cuello de garza, color fresco de grana;
¡desaguisado hizo quien le mandó vestir lana!
¡Válgame Santa María! ¡Mis manos me aprieto!
¡Quién dio a blanca rosa hábito y velo prieto!
¡Más valdría a la monja tener hijos y nietos
que tal hábito prieto ni de hábitos ciento!

Prieto igual a negro, como todavía hoy en América hispana. Obsérvese al Arcipreste encomendándose a Dios y a la Virgen para enamorar a una monja. Luego se da cuenta del pecado que va a cometer... y lo comete.

Pero que sea error contra mío, Señor,
el pecado de monja a hombre doñeado, [mujeriego]
¡ay Dios!, si yo fuese aqueste pecador,
¡que hiciese penitencia de este hecho error!
¡Otea [mira] *de unos ojos! ¡Parecían candela!*
¡Yo suspiré con ellos! Dice mi corazón: ¡Hela!
Fuime para la monja; hablóme y habléla;
¡enamoróme la monja y yo enamoréla!

¿Qué clase de amor fue ése? Según el Arcipreste, limpio, platónico diríamos más tarde con el Renacimiento.

Recibióme la monja por su buen servidor,
siempre le fui mandado y leal amador;
mucho de bien me hizo con Dios en limpio amor;
en cuando ella fue viva, Dios fue mi guiador.

Como si quisiera contestar al lector suspicaz, el Arcipreste explica que ése es el que les corresponde tener con las monjas. El otro amor es peligroso. ¿Por sacrilegio? No, porque no son de fiar...

...Para tales amores son las religiosas,
para rogar a Dios con obras piadosas;
que para amor del mundo mucho son peligrosas,
y son muy excuseras, perezosas, mentirosas.

DOS AMANTES Y UNA CELESTINA

¡Qué extraña obra es la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*! Un hombre desea locamente a una mujer y ésta, tras titubear —quizá por coquetería, quizá porque temía mostrar su capacidad pasional—, se entrega a él, cómplice una vieja alcahueta. El Renacimiento está ya ahí con la carne pidiendo su puesto en la vida, olvidándose de la rígida moral anterior.

«¿Eres cristiano?», pregunta Sempronio a Calixto. Y éste contesta:

> *«Yo Melibeo soy, en Melibea creo y a Melibea amo;*
> *...por Dios la creo, por Dios la confieso...»*

Pero la Edad Media está todavía acechando, todavía hay un Dios justiciero para castigar a los seres humanos que intentan escapar de sus leyes. Y la mano vengadora caerá sobre todos. Castigará con la muerte la codicia de Celestina, de Sempronio y Pármeno, la sensualidad y soberbia de Calixto, la actitud desvergonzada de Melibea entregada sin legítimo matrimonio.

¿Y por qué sin legítimo matrimonio? Los investigadores buscan entre líneas la explicación de un aparente contrasentido. Jóvenes ambos, ricos ambos, ¿por qué no se casaron? ¿Por qué no entró Calixto por la puerta grande a pedir la mano de su adorada en lugar de saltar la tapia de su jardín? ¿Por impaciencia? ¿No hubiera podido obtener lo uno con lo otro? Se buscó la posible prohibición racial. Él o ella eran judíos. Pero el texto no lo indica en absoluto: «Mira la nobleza y antigüedad de su linaje —dice Calixto de Melibea—; el grandísimo patrimonio», sin que Sempronio intercale, como sería lógico en su caso, ninguna broma a media voz si ese linaje fuera el de Abraham. Igualmente hablará Melibea en su confesión final: «Calixto, el cual tú bien conociste. Conociste asimismo a sus padres y a su claro linaje.»

Claramente no había diferencia racial o religiosa —las blasfemias de Calixto son de enamorado, no de enemigo de Cristo—, ni económica. Posiblemente Calixto era señorito de vieja familia venida a menos, mientras Melibea lo era de otra venida a más por el comercio y la industria. Así lo muestra su padre, Pieberio, en su lamentación final: «¿Para quién edifiqué torres? ¿Para quién adquirí honras?... ¿Para quién fabriqué navíos?» Es cierto que la expresión adquirí honras podría aludir a una fórmula que se empleaba mucho en el siglo XV para los judíos que querían evitar la persecución que ya se iniciaba contra ellos, pasándose mediante pago de «ejecutorias» a la clase social superior, pero esa frase es poca prueba. Lo único que nos indica es que, por vez primera en la literatura española, el protagonista no es un noble importante ni un sacerdote ni un rey, ni un guerrero. La estabilidad comercial ha marcado ya una nueva gente capaz de asomarse a las letras con su problema. Los burgueses.

El problema sigue sin solucionarse. ¿Cuál era el impedimento? Shakespeare lo dio muy claro, porque claro lo encontró en la historia italiana de donde sacó a Romeo y Julieta: La feroz enemistad de dos familias. Pero el bachiller Fernando de Rojas no da ninguna razón para ese amor clandestino que podía ser oficial y legítimo.

O quizá sí hay una. La de procurar la tragedia.

No sabemos quién era Fernando de Rojas, aunque sabemos que existió un tal Fernando de Rojas. No sabemos si hay actos interpolados que no son de él, aunque lo sospechamos porque alternan el ritmo de la obra y de su estilo. Tras ignorar el nombre del autor del *Poema del Cid*, ignoraremos también al de la *Celestina*. Como igualmente al del *Lazarillo* y aún al del *Quijote* de Avellaneda. Sólo desde este último podremos empezar a saber a ciencia cierta quién escribe las obras en España.

No sabemos si es una novela dialogada o una comedia seguida en forma de novela. No sabemos cuánto hay de original y cuánto tomado de diversos autores. (Deyermond encuentra sesenta textos de Petrarca que, a su vez, los había tomado de Séneca y de san Isidoro.) Ni qué sacó el autor de Menandro, Plauto, Terencio, de la comedia elegíaca del XII *(Pamphilus)*, como del *Libro de Buen amor* o de la Comedia humanística (siglos XIV y XV).

Por no saber dudamos incluso del nombre de la obra. Se llamó, en la primera edición, *Tragicomedia de Calixto y Melibea*. En la segunda y tercera ya surge en el título quien tenía que representarlo y convertir el sustantivo en adjetivo: *La Celestina*.

La primera actividad de la alcahueta es entrar en la confianza de la mujer; luego, insinuar que hay alguien que está enamorado de ella y, por fin, revelar el nombre del amador. Decía así doña Endrina a Trotaconventos...

Respondióle la dueña con mesura y con bien:
«Buena mujer, decir ¿cuál es ése a quien
que vos tanto loasteis? ¿Cuántos de bienes tien?
Yo pensaré en ello si para mí convién.»
Dijo Trotaconventos: «¿Cuál es? ¡Hija, señora,
es aparado bien que Dios os trajo ahora,
mancebillo aguisado, en vuestro barrio mora:
don Melón de la Huerta, queredlo en buena hora!»
... Dijo doña Endrina: «Callad ese predicar,
que ya ese parlero me cuidará engañar;
muchas otras vegadas me vino a retentar;
mas de mí no podréis él ni vos alabar.»

...Dirá Melibea a Celestina:

MELIBEA. Por Dios, sin más dilatar, me digas quién es el doliente que de mal tan perplejo se siente, que su pasión y remedio salen de una misma fuente,

CELESTINA. Bien tendrás, señor, noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentilhombre de clara sangre, que llaman Calixto.

MELIBEA. ¡Ya, ya, ya! Buena vieja no me digas más, no pases adelante. ¿Éste es el doliente por quien has hecho tantas premisas en tu demanda?... ¿Qué siente ese perdido que con tanta pasión vienes? De locura será su mal. ¿Qué te parece? ¡Si me hallaras sin sospecha de ese loco con qué palabras me entrabas!... ¡Quemada seas, alcahueta falsa, hechicera enemiga de la honestidad, causadora de secretos yerros! ¡Jesús, Jesús! ¡Quítamela, Lucrecia, de delante que me fino, que no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo!

Las palabras de Melibea son más duras que las de Endrina, pero también Celestina tiene más habilidad; quizá los años transcurridos por el personaje le han dado mayor experiencia. Y, además, Celestina cuenta con un amigo importante:

CELESTINA. En hora mala vine acá; vine si me falta mi conjuro. Ea, pues, bien sé a quién digo. ¡Cé, hermano, que se va todo a perder!

¿A quién llama la vieja con esas palabras? En el acto tercero lo hará directamente y en voz alta, una vez trazado el círculo mágico:

CELESTINA. Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la corta dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos que los hirvientes étnicos montes manan, gobernador y veedor de los tormentos y atormentadores de las peca-

doras ánimas... Yo, Celestina, tu más conocida cliéntula te conjuro por la virtud y esfuerzo de estas bermejas letras...
... por la áspera ponzoña de las víboras de que este aceite fue hecho en el cual unto hilado; vengas sin tardanza a obedecer mi voluntad y en ello te envuelves y en ello estás... hasta que Melibea... lo compre y con ello de tal manera quede enredada que, cuando más lo mirare, tanto más su corazón se ablande a conceder mi petición y se le abras y lastimes de crudo y fuerte amor de Calixto tanto que, despedida toda honestidad, se descubra a mí y me galardone mis pasos y mensaje.

Ya la había definido Pármeno al principio de la obra: «Ella tenía seis oficios: labrandera, perfumera, maestra de hacer afeites y de hacer virgos, alcahueta y un poco hechicera.»

Sí. La alcahueta es también bruja y, en su compañía, había ido muchas veces la madre de Pármeno (o se lo inventa para tener más cogido al criado de Calixto al saber sus secretos).

¡Oh, qué graciosa era! ¡Oh, qué desenvuelta, limpia, varonil! Tan sin pena ni temor se andaba a media noche de cementerio en cementerio, o buscando aparejos para nuestro oficio, como de día. Ni dejaba cristianos ni moros ni judíos cuyos enterramiento no visitaba. De día, los acechaba; de noche, los desenterraba. Así se holgaba de la noche oscura, como tú con el día claro; decía que aquélla era capa de pecadores. ¿Pues maña no tenía con todas las otras gracias? Una cosa te diré para que veas qué madre perdiste; aunque era para callar. Pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó a un ahorcado con unas tenacitas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos.

Su vida es la mentira, la habilidad, la astucia, la codicia. Pero esta última la traiciona al quedarse con todo el regalo de Calixto que había ofrecido repartirlo con los criados, porque imagina que aún podrá engañarles con la oferta de una mujer para uno, del secreto de su madre para el otro. Sólo entonces, en las que van a ser últimas palabras de su vida, Celestina dice la verdad; la poca ética de su existencia no está reñida con la gallardía con que se presenta tal cual es al lector de la obra:

CELESTINA. ¿Quién soy yo, Sempronio? ¿Quitásteme de la putería? Calla tu lengua; no amengues mis canas, que soy una vieja cual Dios me hizo, no peor que todas. Vivo de mi oficio como cada cual oficial del suyo, muy limpiamente. A quien no me quiere no le busco. De mi casa me

vienen a sacar, en mi casa me ruegan. Si bien o mal vivo, Dios es testigo de mi corazón.

(Poco más de un siglo después, el casto don Quijote admitirá asombrosamente que se trata de oficio «de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida y aun había de haber veedor y examinador de los tales... y de esta manera se excusarían muchos males que se causan por andar en este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento».)

Cuando la amenaza se perfila más, la vieja lanza un grito que, casi cuatro siglos después, eriza todavía los cabellos.

CELESTINA. ¡Elicia! ¡Elicia! Levántate de esa cama, daca mi manto, presto, que por los santos de Dios para aquella justicia me vaya bramando como una loca. ¿Qué es esto? ¿Qué quieren decir tales amenazas en mi casa? ¿Con una oveja mansa tenéis vosotros manos y braveza? ¿Con una gallina atada? ¿Con una vieja de sesenta años? ¡Allá, allá con los hombres como vosotros, contra los que ciñen espada mostrad vuestras iras, no contra mi flaca rueca!

Las heridas llegan. Celestina olvida al viejo amigo, al hermano a quien acudía para que le ayudase en sus empresas. Lo que surge ahora es la cristiana que toda española lleva dentro.

—¡Ay que me ha muerto! ¡Ay, ay! ¡Confesión, confesión!

La crueldad aflora en toda la obra, la sangre («Saltos de gozo infinito da el lobo viendo ganado», acto XIX; canción de Lucrecia), pero esta muerte a estocadas es única. La obsesión del autor parece ser la caída; los mismos criados asesinos llegan a la decapitación medio destrozados tras su intento de saltar a la calle.

SOSIA. ¡Oh, Señor! Que si los vieras quebraras el corazón de dolor. El uno llevaba todos los sesos de la cabeza de fuera sin ningún sentido; el otro, quebrados entrambos brazos y la cara magullada. Todos llenos de sangre. Que saltaron de unas ventanas muy altas por huir del alguacil. Y así, casi muertos, les cortaron las cabezas que creo ya no sintieron nada.

La sombra de la caída sigue proyectándose sobre la obra. En el acto catorce, Melibea ya se asusta, con presagio extraño, al ver entrar en su jardín a Calixto.

Es tu sierva, es tu cautiva, es la que más tu vida que la suya estima. ¡Oh, mi señor! No saltes de tan alto que me mo-

riré en verlo; baja poco a poco por el escala; no vengas con tanta presura.

Unas noches después, por ese mismo camino llega la tragedia. Sale precipitadamente Calixto a pesar de que Tristán le avisa...

Tente señor no bajes que idos son..., tente, tente, señor, con las manos en el escala.

CALIXTO. ¡Oh, válame Santa María! ¡Muerto soy! ¡Confesión!

...TRISTÁN. ¡Oh, mi señor y bien muerto! ¡Oh, mi señor despeñado! ¡Oh, triste muerte sin confesión! Coge, Sosia, esos sesos..., júntalos con la cabeza del desdichado amo nuestro... Cayó mi señor Calixto del escala y es muerto. Su cabeza está en tres partes.

...y despeñada morirá también su fiel Melibea, que no quiere vivir sin él tras explicar a sus padres, desde lo alto de la torre, la razón de su acto. «Pon tú en cobro este cuerpo que allá baja», es la frase última de Melibea: «Veis allí a la que tú pariste y yo engendré, hecha pedazos», es la entristecida relación de Pleberio a Alisa...

LA SENSUALIDAD

Toda la obra rezuma sexo. Desde las primeras escenas, el cuerpo de los hombres está pendiente del de las mujeres y éstas de aquéllos. El enamoramiento de Calixto por Melibea no tiene nada de espiritual; he aquí su amorosa descripción:

Los ojos verdes, rasgados; las pestañas, luengas; las cejas, delgadas y alzadas; la nariz, mediana; la boca, pequeña; los dientes, menudos y blancos; los labios, colorados y grosezuelos; el torno del rostro, poco más luengo que redondo; la redondez y forma de las pequeñas tetas, ¿quién te la podría figurar? ¡Que se despereza el hombre cuando las mira!

En toda la Edad Media la belleza del pecho femenino está unido a su reducido tamaño.

las teticas menudicas que el brial quieren romper

... dice el romance popular. Y el Arcipreste de Hita que sabía lo suyo de mujeres requiere que la Trotaconventos precise sobre esa parte de la figura

Si dijera que la dueña no tiene miembros grandes
ni los brazos delgados, tú luego le demandes
si ha los pechos chicos. Si dice así, demandes
contra la figura toda, porque más cierto andes.

Las estatuas representando a mujeres, santas o pecadoras, Vírgenes o Evas en el Paraíso serán siempre así, hasta el Bosco, hasta Durero, hasta Breughel. Luego, se expansionará la figura con el triunfo carnal de Tiziano hasta desbordar en Rubens.

Sigue Calixto: «Las manos pequeñas en mediana manera, de dulce carne acompañadas; los dedos luengos; las uñas en ellos largas y coloradas que parecen rubíes entre perlas. Aquella proporción que ver yo no pude, no sin duda por el bulto de fuera juzgo incomparablemente ser mejor, que la que Paris juzgó entre las tres diosas.»

La obra sigue, la sensualidad hirviendo. Celestina cuenta su filosofía a Sempronio. El mundo está creado para que los seres de distinto sexo se unan:

...dos conclusiones son verdaderas. La primera que es forzoso al hombre amar a la mujer y la mujer al hombre. La segunda, que el que verdaderamente ama es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite que, por el Hacedor de las cosas, fue puesto, porque el linaje de los hombres perpetuase, sin lo cual perecería...

Y luego busca la alusión personal...

CELESTINA. Llégate acá, putico, que no sabes nada del mundo ni de sus deleites. ¡Más rabia mala me mate si te llego a mí aunque vieja! Que la voz tienes ronca, las barbas te apuntan. Mal sosegadilla debes tener la punta de la barriga.

PÁRMENO. ¡Como cola de alacrán!

CELESTINA. Y aún peor, que la otra da muerte sin hinchar y la tuya hincha de nueve meses.

Y para animarle más le recuerda otra posibilidad de la vida sexual, en el comentario entre amigos.

El deleite es con los amigos en las cosas sensuales y especial en recontar las cosas de amores y comunicarlas: esto hice, esto otro me dijo, tal donaire pasamos, de tal manera la tomé, así la besé, así me mordió, así la agarré, así se alle-

gó. ¡Oh, qué habla! ¡Oh, qué gracia! ¡Oh, qué juegos! ¡Oh qué besos! (Acto 1.)

Pero la más lasciva, la más desvergonzada de las escenas, tiene lugar cuando Celestina intenta que Areusa acepte a Pármeno para ligarlo más a su causa. El Bachiller Fernando de Rojas, o quien fuere el autor, describe aquí, en unas líneas de diálogo que no necesitan acotaciones, una de las actuaciones más lúbricas de la literatura española. Se trata de despertar con la palabra y el gesto, con la intención y la acción, la sensualidad de Areusa. Celestina llega a obrar como una lesbiana pero su propósito no es obtener a la moza para ella sino desvelarla.

CELESTINA. ¡Ay, cómo huele la ropa en bulléndote!... Siempre me pague de tus cosas y hechos, de tu limpieza y atavío. ¡Fresca que estás! ¡Bendígate Dios! ¡Qué sábana y qué colcha! ¡Qué almohadas! ¡Y qué blancura!... Déjame mirarte toda a mi voluntad, que me huelgo.

AREUSA. ¡Paso [*despacio*], madre! No llegues a mí que me haces cosquillas y provócasme a reír y la risa acrecienta mi dolor.

CELESTINA. ¿Qué dolor, mis amores? ¿Burlaste, por mi vida, conmigo?

AREUSA. Mal gozo vea de mí si me burlo; sino que ha cuatro horas que muero de la madre [*matriz*], que la tengo subida a los pechos, que me quiere sacar de este mundo.

...CELESTINA. Pues dame lugar, tentaré.

...AREUSA. Más arriba la siento, sobre el estómago.

...CELESTINA. ¡Bendígate Dios y señor san Miguel, ángel! ¡Y qué gorda y fresca estás! ¡Qué pechos y qué gentileza! Por hermosa te tenía hasta ahora, viendo lo que todos podían ver; pero ahora, te digo que no hay en la ciudad tres cuerpos tal como el tuyo en cuanto yo conozco. No parece que hayas quince años. ¡Oh, quién fuera hombre y tanta parte alcanzara de ti para gozar tal vista! Por Dios, pecado ganas en no dar parte de estas gracias a todos los que bien te quieren. Que no te las dio Dios para que pasasen en balde por la frescor de tu juventud debajo de seis dobles de paño y lienzo. Cata que no seas avarienta de que poco te costó. Pues es de natura tan comunicable como el dinero. No seas el perro del hortelano. Y, pues tú no puedes de ti propia gozar, goce quien puede. Que no creas que en balde fuiste criada. Que cuando nace él, nace ella y, cuando él, ella.

Tras esa muestra de filosofía hedonista —estamos ya en el Renacimiento, está surgiendo de nuevo el amor al placer, precisamente porque es fungible, «Collige Virgo, Rosae», coge joven las rosas de la vida mientras tengas tiempo—, la alcahueta concreta su consejo de gozar de

la vida en general al de un hombre, en particular. Vence los últimos escrúpulos de Areusa —quería ser fiel a un amigo ahora ausente en la guerra—, y hace entrar a Pármeno conduciéndole hasta la cama entre los falsos remilgos de la muchacha.

> ARREUSA. Ay, señor mío, no me trates de tal manera, ten mesura por cortesía; mira las canas de aquella vieja honrada... quítate allá, que no soy de aquéllas que piensas; no soy de las que públicamente están a vender sus cuerpos por dinero. Así goce de mí [Dios], de casa me salga, si hasta que Celestina mi tía sea ida a mi ropa tocas.
>
> CELESTINA. ¿Qué es eso, Areusa?... Parece, hija, que no sé yo de cosas de éstas, que nunca vi estar un hombre con una mujer juntos, que jamás pasé por ello ni gocé de lo que gozas y que no sé lo que pasan y lo que dicen y lo que hacen... quedaos, adiós, voyme que me hacéis dentera con vuestro besar y retozar. Que aún el sabor en las encías me quedó; no le perdí con las muelas...

La «puta vieja», como la ha descrito Pármeno en el primer acto, la que se volvía apenas oía esa expresión que la gritaban hasta las piedras, gusta de recordar viejos tiempos en el acto noveno, presidiendo la mesa de mozos y mozas. Tampoco aquí le hace falta al autor acotación alguna para dar una imagen de comida a lo Brueghel, con más sexo que seso:

> CELESTINA. Besaos y abrazaos, que a mí no me queda otra cosa que gozarme de verlo. Mientras a la mesa estáis, de la cinta arriba todo se perdona. Cuando seáis aparte no quiero poner tasa, pues que el rey no la pone. Que yo sé por las muchachas que nunca de importunos os acusen, y la vieja Celestina mascará de dentera con sus botas encías de migajas de los manteles. ¡Bendígaos Dios, cómo os reís y holgáis, putillos, loquillos, traviesos! En esto había de parar el nublado de las cuestioncillas que habéis tenido. ¡Mirad no derribéis la mesa!

En la escena cumbre de la obra, la entrega de Melibea a Calixto, hay sólo una leve resistencia, la resistencia de quien ha crecido sabiendo la importancia de la virginidad en una mujer soltera.

Por vez primera Calixto está ante ella no separado por una puerta como en su primera entrevista amorosa; física y carnalmente, ardiendo de deseo.

> CALIXTO. ¡Oh, angélica imagen! ¡Oh, preciosa perla, ante quien el mundo es feo! ¡Oh, mi señora y mi gloria! En mis brazos te tengo y no lo creo. Mora en mi persona tanta turbación de placer, que me hace no sentir todo el gozo que poseo.

MELIBEA. Señor mío, pues me fié en tus manos, pues quise cumplir tu voluntad, no sea de peor condición, por ser piadosa, que si fuera esquiva y sin misericordia; no quieras perderme por tan breve deleite y en tan poco espacio. Que las malas hechas cosas después de cometidas, más presto se pueden reprender que enmendar. Goza de lo que yo gozo que es ver y llegar a tu persona; no pidas ni tomes aquello que, tomado, no sería en tu mundo volver. Guárdate, señor, de dañar lo que, con todos los tesoros del mundo, no se restaura.

CALIXTO. Señora, pues por conseguir esta merced toda mi vida he gastado, qué sería cuando me la diesen, ¿desecharla? Ni tú, señora, me lo mandaras ni yo podría acabarlo conmigo. No me pidas tal cobardía. No hacer tal cosa de ninguno que de hombre sea, mayormente amando como yo. Nadando por este fuego de tu deseo toda mi vida, ¿no quieres que me arrime a dulce puerto a descansar de todos mis trabajos?

La pasión de Calixto le hace desvariar. Ese «toda la vida» es sólo unos días, desde que conoció a Melibea. El autor sigue reflejando la seducción en las palabras de sus protagonistas:

MELIBEA. Por mi vida que, aunque hable tu lengua cuando quisiere, no hablan las manos cuanto pueden. Estad quedo, señor mío.

CALIXTO. ¿Para qué señora, para que no esté queda mi pasión? ¡Para penar de nuevo!... Perdona, señora, a mis desvergonzadas manos, que jamás pensaron de tocar su ropa con su indignidad y poco merecer; ahora gozan de llegar a tu gentil cuerpo y lindas y delicadas carnes.

MELIBEA. Apártate allá, Lucrecia.

CALIXTO. ¿Por qué, mi señora? Bien me huelgo que estén semejantes testigos de mi gloria.

MELIBEA. Yo no los quiero de mi yerro. Si pensara que tan desmesuradamente habías de haber conmigo, no fiara tu persona de tu cruel conversación.

Una mujer que, al enviar fuera a la sirvienta, firma ya la rendición; un hombre al que no le importaría su presencia. Antes, al contrario, gusta de tener un testigo de su triunfo. La frivolidad de Calixto está ahí, marcada de mano maestra, llegando casi al cinismo. Está obteniendo lo que quiso y no le importa el resto. No le importa siquiera lo que ocurrió a sus criados...

La Celestina tiene un desarrollo cinematográfico. La «cámara» se separa púdicamente de la pareja por unos momentos para darnos el comentario de los servidores, como en el coro griego.

SOSIA. Para tal joya, quien quiera tendría manos; pero con su pan se lo coma, que bien caro le cuesta; dos mozos entraron en la salsa de tales amores.

TRISTÁN. Ya los tiene olvidados. Dejaos morir sirviendo a ruines... Vedlos a ellos alegres y abrazados y sus servidores, con harta mengua, degollados.

La sangre siempre acechando la sensualidad. La atención del lector es atraída de nuevo por las quejas de Melibea que aludirá también a trágicos fines...

MELIBEA. ¡Oh, mi vida y mi señor! ¡Cómo has querido que pierda el nombre y corona de virgen para tan breve deleite! ¡Oh, pecadora de mi madre si tal cosa fuese sabedora... cómo serías cruel verdugo de tu propia sangre! ¡Oh, mi padre honrado, cómo he dañado tu fama y dado causa y lugar a quebrantar tu casa! ¡Oh, traidora de mí, cómo no miré primero al gran yerro que seguía de tu entrada, el gran peligro que esperaba!

«Antes quisiera yo oírte estos milagros —rezonga Sosia—. Todas sabéis esa oración después que no puede dejar de ser hecho.»

Como en Romeo y Julieta hay ahora el despertar. Pero es él quien se da cuenta antes.

—Ya quiere amanecer. ¿Qué es esto? No me parece que ha una hora que estamos aquí y da el reloj las tres.

Calixto habla luego de tener helada la sangre que hervía antes. Su capricho de hoy se ha consumado; ella, en cambio, pedirá más y más. ¿No ha mencionado que el deleite había sido breve?

—Señor, por Dios, pues ya queda todo para ti, pues yo soy tu dueña, pues no puedo negar mi amor, no me niegues tu vista de día, pasando por mi puerta; de noche donde tú ordenares...

No menciona la obra si hay una visita oficial de día. Sí, en cambio, la habrá de noche. La cauta Melibea de ayer es hoy una apasionada que no acepta siquiera que su criada demore unos momentos de dicha.

—Lucrecia, ¿qué sientes amiga? ¿Tórnaste loca de placer? Déjamele, no me lo despedaces, no le trabajes sus miembros con tus pesados abrazos. Déjame gozar lo que es mío, no me ocupes mi placer.

...lo que no le impide volver a coquetear diciendo que se esté quieto cuando no tiene ningún deseo de que él la obedezca.

MELIBEA. Y, pues, tú señor, eres el dechado de la cortesía y de la buena crianza, ¿cómo mandas a mi lengua hablar y no a tus manos que estén quedas?... Mándalas estar sosegadas y dejar su enojoso uso y conversación incomportable... Deja estar mis ropas en su lugar y si quieres ver si es el hábito de encima de seda o de paño, ¿para qué me tocas en la camisa? Holguemos y burlemos de otros mil modos que yo te mostraré; no me destroces ni maltrates como sueles. ¿Qué provecho te trae dañar mis vestiduras?

CALIXTO. Señora, el que quiere comer al ave, quita primero las plumas.

Como en el caso de Celestina, el autor envuelve en el erotismo de la escena a una espectadora que sufre por no compartir el hecho; es la criada Lucrecia:

—Mala landre me mate si más lo escucho. ¿Vida es ésta? Que me esté yo deshaciendo de dentera y ella esquivándose por que la rueguen. Ya, ya apaciguado es el ruido; no hubieron menester despartidores.
... ya me duele a mí la cabeza de escuchar y no a ellos de hablar, ni los brazos de retozar ni las bocas de besar. ¡Andar! Ya callan; a tres me parece que va la vencida.

Calixto vuelve a mencionar el fin de la fiesta. «Jamás querría, señora, que amaneciese según la gloria y descenso que mi sentido recibe de la noble conversación de tus delicados miembros.»

Y ya calmado en su principal deseo, es cuando puede pensar en los demás. La voz de Sosia gritando le hace volver a la vida real. Quiere ir a ayudarle y el autor deja caer otra insinuación de la escena pasada:

Dame presto mi capa que está debajo de ti

...Vencida de su amor, dile entrada en tu casa. Quebrantó con escalas las paredes de tu huerto, quebrantó mi propósito. Perdí mi virginidad.

Habla Melibea a su padre en la penúltima escena de la obra, en la última escena de su vida. No podrá dejarle ir solo.

> ... pues que crueldad sería, padre mío, muriendo al despeñado que viviese, muriese yo penada. Oh, mi amor y señor Calixto. Espérame; ya voy.

LOS DULCES, LIMPIOS Y FALSOS PASTORES

El Renacimiento estaba ya ahí y con el Renacimiento, entre otras cosas, Virgilio y Horacio con sus amores al campo. La verdad es que tanto Virgilio como Horacio vivieron en Roma, pero eso no les impedía elogiar la belleza y sosiego de la campiña.

Garcilaso enaltece a ese tipo pastoril, que había tomado en broma hasta entonces como zafio, el buen humor de Encina o Lucas Fernández. Esos pastores que resucitarán en el XVIII son limpios, agradables, y dedican sus ocios que, al parecer, son muchos, a decirse palabras amorosas unos a otras y las otras a los unos. La línea seguirá hasta don Quijote, cuyos paisajes son de una gran belleza y serenidad; cuando el Ingenioso hidalgo sea derrotado, querrá dedicarse también a tal profesión a lo que le animará Sancho, ya enloquecido por el ejemplo de su amo.

Veamos, ahora, dónde se coció el principio: en la Égloga primera de Garcilaso. Nótese que, en cada una de estas obras, hay un paisaje sin mácula, una belleza que no enturbia el mosquito o el animal feroz, una limpieza que el ganado no envilece jamás. Mejor todavía, las ovejas están atentas, como inmejorable público a las palabras del poeta.

SALICIO, NEMOROSO

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de contar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.
...Saliendo de las ondas encendido
rayaba de los montes el altura

el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de una alta haya, en la verdura,
por donde un agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado,
él, con canto acordado
al rumor que sonaba
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;
y así como presente
razonando con ella le decía.

Igualmente prefiere A. de Guevara a la aldea sobre la Corte. Pero la impresión que produce la lectura de su obra, es que en el aislamiento encontraba en el pueblo la posibilidad de ser el único admirado, es decir, sin la competencia que en la Corte había. Dicho de otra manera, Guevara parece preferir ser cabeza de ratón que cola de león. Apenas menciona las bellezas naturales, sólo las ventajas sociales. Con menos gente a repartir, más importante resulta uno. Que, además, naturalmente, tiene que ser, para empezar, hidalgo u hombre rico. De la vida de los campesinos ni mención...

Es privilegio de aldea que el hidalgo o hombre rico que en ella viviese sea el mejor de los buenos o uno de los mejores; lo cual no puede ser en la corte o en los grandes pueblos; porque allí hay otros que le exceden en tener más riquezas, en andar más acompañados, en sacar mejores libreas, en preciarse de mejor sangre, en tener más parentela, en poder más en la república, en darse más a negocios, y aun en ser muy más valerosos...

Es privilegio de aldea que cada uno goce en ella de sus tierras, de sus casas y de sus haciendas; porque allí no tienen gastos extravagantes, no les piden celos sus mujeres, no tienen ellos tantas sospechas dellas, no les alteran las alcahuetas, no los visitan las enamoradas, sino que crían sus hijas, doctrinan sus hijos, hónranse con sus deudos y son allí padres de todos. No tiene poca bienaventuranza el que vive contento en el aldea; porque vive más quieto y menos importunado, vive en provecho suyo y no en daño de otro, vive como es obligado y no como es inclinado, vive conforme a razón y no según opinión, vive con lo que gana y no con lo que roba, vive como quien teme morir y no como quien espera siempre vivir. En el aldea no hay ventanas que sojuzguen tu casa, no hay gente que te dé codazos, no hay caballos que te atropellen, no hay pajes que te griten, no hay hachas que te enceren, no hay justicias que te atemoricen, no hay señores que te precedan, no hay ruidos que te espanten, no hay alguaciles que te desarmen, y lo que es mejor de todo,

que no hay truhanes que te cohechen ni aun damas que te pelen.

Es privilegio de aldea que para todas estas cosas haya en ella tiempo cuando el tiempo es bien repartido; y parece esto ser verdad en que hay tiempo para leer en un libro, para rezar en unas horas, para oír misa en la iglesia, para ir a visitar a los enfermos, para irse a caza a los campos, para holgarse con los amigos, para pasearse por las eras, para ir a ver el ganado, para comer si quisieran temprano, para jugar un rato al triunfo, para dormir la siesta y aun para jugar a la ballesta. No gozan deste privilegio los que en las cortes andan y en los grandes pueblos viven; porque allí lo más del tiempo se les pasa en visitar, en pleitear, en negociar, en trampear y aun a veces en suspirar. Como dijesen al emperador Augusto que un romano muy entremetido era muerto, dicen que dijo: «Según le faltaba tiempo a Bíbulo para negociar, no sé cómo tuvo espacio para se morir...»

LO QUE HUBIERA PODIDO SER...

¡Qué maravillosa floración de pensamiento resultaba España en el XVI! Garcilaso cantaba al amor.

GARCILASO DE LA VEGA, LA SIMBIOSIS PERFECTA

Lo fue durante los años que siguieron a la guerra civil del 1936-39 porque representaba lo que se había puesto de moda en aquel tiempo. El intelectual y el guerrero, el hombre que sabe escribir bellos versos y, al mismo tiempo, combatir por su país. Cuando se intentaba acabar con el tipo de intelectual refugiado en su torre de marfil o, peor todavía, de liberal y enemigo de la violencia, venía muy bien el ejemplo del gran Garcilaso que, además, había muerto matando franceses, lo que no hacía más que enaltecerle en la germanófila posguerra española. Aparte de ello, Garcilaso fue el primer gran poeta amoroso español, entendiendo por español quien podía ya usar el lenguaje que había alcanzado la lozanía. He aquí un soneto modélico.

¡Oh dulces prendas por mí mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
llevadme junto al mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

El paganismo entra a caballo del Renacimiento. Si Calixto y Melibea fueron castigados por atreverse a dejarse llevar del sexo —los mató la Edad Media cristiana que todavía daba sus coleadas mortíferas—, en Garcilaso hay ya un ejemplo de aprovechamiento. La frase es «Carpe diem», aprovecha el día, usa del tiempo que tienes ahora antes de que venga la muerte. Sírvete de la primavera antes de que llegue el invierno. Y por los mismos años que Garcilaso, un francés, Ronsard, advertía a una muchacha, que había sido dura con él, que llegaría su vejez y que entonces lamentaría haberle rechazado. Su soneto termina:

Vivez si m'en croyez, n'attendez à demain,
cueillez desd'aujourd'hui les roses de la vie.

que es, más o menos, lo que aconseja Garcilaso:

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende el corazón y lo refrena;

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto,
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena;

coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera,
por no hacer mudanza en su costumbre.

Lo que en Garcilaso es amor y sexo unidos, se convierte para Francisco Delicado en pura lubricidad.

Ésta es la desvergonzada escena del mozo Rampín y «La Lozana Andaluza» (Mamotreto 14).

...LOZANA. ¡Ay, hijo! ¿Y aquí os echastes? Pues dormí y cobijaos, que harta ropa hay. ¿Qué hacéis? ¡Mirá que tengo marido!

RAMPÍN. Pues no está agora aquí para que nos vea.

LOZANA. Sí, mas sabello ha.

RAMPÍN. No hará; esté queda un poquito.

LOZANA. ¡Ay, qué bonito! ¿Y d'esos sois? ¡Por mi vida que me levante!

RAMPÍN. No sea d'esa manera, sino por ver si soy capón, me dejéis deciros dos palabras con el dinguilindón.

LOZANA. ¡No haré! La verdad te quiero decir, que estoy virgen.

RAMPÍN. ¡Andá, señora, que no tenéis vos ojo de estar virgen! ¡Déjame agora hacer, que no parecerá que os toco!

LOZANA. ¡Ay, ay, sois muy muchacho y no querría haceros mal!

RAMPÍN. No haréis, que ya se me cortó el frenillo.

LOZANA. ¿No os basta besarme y gozar de mí ansí, que queréis también copo y condedura? ¡Catá que me apretáis! ¿Vos pensáis que lo hallaréis? Pues hago's saber que ese hurón no sabe cazar en esta floresta.

RAMPÍN. Abrilde vos la puerta, que él hará su oficio a la machamartillo.

LOZANA. Por una vuelta soy contenta. ¿Mochacho eres tú? Por eso dicen: «Guárdate del mozo cuando le nace el bozo.» Si lo supiera, más presto soldaba las riendas a mi querer. Pasico, bonico, quedico, no me ahinquéis. Andá conmigo, ¡por ahí van allá! ¡Ay qué priesa os dais, y no miráis que esté otrie en pasamiento sino vos! Catá que no soy de aquellas que se quedan atrás. Esperá, vezaros he: ¡Ansí, ansí, por ahí seréis maestro! ¿Veis cómo va bien? Esto no sabíedes vos; pues no se os olvide. ¡Sus, dalde, maestro, enlodá, que aquí se verá el correr d'esta lanza, quién la quiebra! Y mirá que, «por mucho madrugar, no amanece más aína». En el coso te tengo, la garrocha es buena, no quiero sino vérosla tirar. Buen principio lleváis. Caminá, que la liebre está chacada. ¡Aquí va la honra!

RAMPÍN. Y si la venzo, ¿qué ganaré?

LOZANA. No curéis que cada cosa tiene su premio. ¿A vos vezo yo, que naciste vezado? Daca la mano y tente a mí, que el almadraque es corto. Aprieta y cava, y ahoya, y todo a un tiempo. ¡A las crines, corredor! ¡Ay, amores, que soy vuestra muerta y viva! Quitaos la camisa, que sudáis.

...¡Cuánto había que no comía cocho! Ventura fue en contar el hombre tan buen participio a un pasto. Este

majadero no me falte, que yo apetito tengo desde que nací, sin ajo y queso, que podría prestar a mis vicinas. Dormido se ha. En mi vida vi mano de mortero tan bien hecha. ¡Qué gordo que es! Y todo parejo. «¡Mal año para nabo de Jerez!» Parece bisoño de Frojolón. La habla me quitó, no tenía por do resollar. ¡No es de dejar este mal unicornio!

...RAMPÍN. Andá, que no se pierda nada.

LOZANA. ¡Ay, ay, así va, por mi vida, que también camine yo! ¡Allí, allí me hormiguea! ¿Qué, qué, pasaréis por mi puerta? Amor mío, todavía hay tiempo. Reposa, alza la cabeza, toma esta almohada.

...¡Mira qué sueño tiene, que no puede ser mejor! Quiérome yo dormir.

...LOZANA. ¿Y en cueros salistes? Frío venís.

RAMPÍN. Vos me escallentaréis.

LOZANA. Si haré, mas no d'esa manera. ¡No más, que estoy harta, y me gastaréis la cena!

RAMPÍN. Tarde acordastes, que dentro yaz que no rabea. Harta me decís que estáis, y parece que comenzáis agora. Cansada creería yo más presto, que no harta.

LOZANA. Pues, ¿quién se harta que no deje un rincón para lo que viniere? ¡Por mi vida, que tan bien batís el hierro como aquel herrero! ¡A tiempo y fuerte, que es acero! Mi vida, ya no más, que basta hasta otro día, que yo no puedo mantener la tela, y lo demás sería gastar lo bueno. Dormí, que almorzar quiero en levantándome.

LOS REFORMADORES DESDE DENTRO

Hubo un momento en que la suerte moral de España, y quizá la material, estuvo a punto de mudar camino. Fue cuando un grupo de intelectuales se dieron cuenta de que la Iglesia católica erraba, no porque se equivocara el dogma sino porque se equivocaban los que lo representaban. Erasmo había levantado la bandera de la revisión de costumbres y de formas de ser. En España unos discípulos le siguieron apoyados en Carlos V. Eran Vives, los hermanos Alonso y Juan de Valdés, que vieron, en el saco de Roma, una prueba de que Dios quería castigar los pecados papales tan alejados del Evangelio.

Alfonso de Valdés escribe su *Diálogo de Mercurio y Caronte*, donde aparece un obispo llegando al Estigia en su último viaje. El autor hace gala de su sarcasmo, pero no se trata aquí sólo de una broma anticlerical como las que vimos en el Arcipreste o la Celestina. Aquello era un chiste aceptando un hecho consumado y sonriéndose de él. Éste tiene ya olor de reforma. Desde la petulancia a la falta de caridad, pasando por la simonía y la concupiscencia, el obispo dice todo lo contrario a lo que correspondería a un pastor de almas:

PRIMERO, LA BURLA DE LA SOBERBIA DEL PURPURADO

ÁNIMA. ¡Ah, barquero! Pásanos.
CARÓN. ¿Estás solo y dices *pásanos*, como si fuésedes muchos?
ÁNIMA. ¿Tú no ves que soy obispo?
CARÓN. ¿Y pues?
ÁNIMA. Los obispos, por guardar nuestra gravedad, hablamos en número plural.

CARÓN. Sea mucho enhorabuena. Y tú, ¿sabes qué cosa es ser obispo?

ÁNIMA. Mira si lo sé, habiéndolo sido veinte años.

CARÓN. Pues por tu fe que me lo digas.

ÁNIMA. Obispo es traer vestido un roquete blanco, decir misa con una mitra en la cabeza y guantes y anillos en las manos, mandar a los clérigos del obispado, defender las rentas dél y gastarlas a su voluntad, tener muchos criados, servirse con salva y dar beneficios.

SEGUNDO, MISIÓN AUTÉNTICA DE UN PASTOR DE ALMAS

CARÓN. Desa manera, ni San Pedro ni alguno de los apóstoles fueron obispos, pues ni se vestían roquetes, ni traían mitras, ni guantes, ni anillos, ni tenían rentas que gastar ni que defender, pues aun eso que tenían dejaron para seguir a Jesucristo, ni tenían con qué mantener criados, ni se servían con salva. ¿Quieres que te diga yo qué cosa es ser obispo? Yo te lo diré: Tener grandísimo cuidado de aquellas ánimas que le son encomendadas, y si menester fuera, poner la vida por cada una dellas; predicarles ordinariamente, así con buenas palabras y doctrina como por ejemplo de vida muy santa, y para esto saber y entender toda la Sacra Escritura; tener las manos muy limpias de cosas mundanas; orar continuamente por la salud de su pueblo, proveerlo de personas santas, de buena doctrina y vida, que les administren los sacramentos; socorrer a los pobres en sus necesidades, dándoles lo que de balde recibieron.

ÁNIMA. Nunca yo oí decir nada deso ni pensé que tenía menester para ser obispo más de lo que te dije. Yo me precié siempre de tener mi tabla muy abundante para los que venían a comer conmigo.

CARÓN. ¿Quién? ¿Pobres?

ÁNIMA. ¿Pobres? Gentil cosa sería que un pobre se sentase a la mesa de un obispo.

CARÓN. De manera que si viniera Jesucristo a comer contigo, ¿no le sentaras a tu mesa porque era pobre?

ÁNIMA. No, si viniera mal vestido.

TERCERO: LA SIMONÍA

MERCURIO. Por cierto, tú empleabas muy bien tu tiempo en cosas muy convenientes a tu dignidad. Veamos: ¿Y los beneficios, a quién los dabas?

ÁNIMA. ¿A quién los había de dar sino a mis criados en recompensa de sus servicios?
CARÓN. Y ésa, ¿no era simonía?
ÁNIMA. Ya no se usa otra cosa; entre ciento no verás dar un beneficio sino por servicios o por favor.
CARÓN. Y aun con eso tal está como está la cristiandad, no dándose los beneficios por méritos, sino por favor o servicios. Pues veamos: ¿no os mandó Jesucristo que diésedes de balde lo que de balde recibistes?
ÁNIMA. Así lo dicen; pero a mí nunca me dieron nada de balde.
CARÓN. ¿Y el obispado?
ÁNIMA. Bien caro me costó, de servicios y aun de dineros; y habiéndome costado tan caro, ¿querías tú que diese sus emolumentos de balde? Sí, por cierto, a eso me andaba yo.
CARÓN. ¿Predicabas?
ÁNIMA. Sé que los obispos no predican: hartos frailes hay que predican por ellos.
CARÓN. ¿Ayunabas?
ÁNIMA. El ayuno no se hizo sino para necios y pobres. ¿Querías tú que comiese pescado para enfermarme y no poder después gozar de mis pasatiempos?
CARÓN. ¿Cómo moriste?
ÁNIMA. Yendo a Roma sobre mis pleitos me ahogué en la mar con cuantos conmigo iban, y esto me hace agora tener miedo de entrar en esta barca.
CARÓN. Pues entra, no hayas miedo, que allá te mostrarán qué cosa es ser tal obispo.

CUARTO: LUJURIOSO

ÁNIMA. Una cosa te quiero rogar: que si viniere por aquí una dama muy hermosa que se llama Lucrecia, le des mis encomiendas y la hayas por encomendada.
CARÓN. ¿Quién es esa Lucrecia?
ÁNIMA. Teníala yo para mi recreación, y soy cierto que como sepa mi muerte luego se matará.
CARÓN. Calla ya, que no le faltará otro obispo.
ÁNIMA. Hazlo, por mi amor, si por dicha viniere.
CARÓN. Soy contento. ¿Qué te parece, Mercurio, qué tal debe andar el ganado con tales pastores?
MERCURIO. ¡Pues es verdad que hay pocos destos tales!

Esa reforma interior no fue posible porque llegó la Reforma exterior de Martín Lutero. Aterrada, la Iglesia cerró más sus filas y expulsó de ellas tanto a los Reformadores grandes como a los chicos. Consiguieron quedarse dentro y realizar su labor algunos como Teresa de Jesús, y

aun el Concilio de Trento aceptó doctrinas valdesianas al promulgar normas de cómo habían de cumplir obispos y párrocos con su deber. Pero, en términos generales, el país se aisló porque la exageración de fuera hizo que se impidiera el arreglo de dentro.

Calvino y Lutero empujaron al país a la Inquisición; al asaltar las murallas de la Iglesia, la obligaron a encerrarse en su concha defendida con hogueras o cárceles, de lo que supieron Fray Luis de León o el arzobispo Carranza. Los Valdés se callaron. Vives murió en el extranjero.

EL LENGUAJE SEXUAL DEL AMOR MÍSTICO

El vocabulario del Amor sólo es uno. Cuando los místicos lo emplean para comunicarse con Dios lo hacen con tal fuerza que, a menudo, «suena» como si estuvieran hablando del amor carnal. No hace falta precisar que el *Cantar de los Cantares* de Salomón usa expresiones estremecedoras.

«Bésame con besos de su boca... son tus amores más deliciosos que el vino... arrástranos tras de ti, corramos. Introdúcenos, rey, en tus cámaras y nos gozaremos y regocijaremos contigo, y celebraremos tus amores más que el vino... Es mi amado, para mí, bolsita de mirra que descansa entre mis pechos... está su izquierda bajo mi cabeza, su diestra me abraza; sus manos son anillos de oro guarnecidos de piedras de Tarsis. Su vientre es una masa de marfil cuajada de zafiros. Sus piernas son columnas de alabastro, asentadas sobre brasas de oro puro.»

Eso lo decía ella. Y él...

«Qué hermosa eres, amada mía, ...tus dos pechos son dos mellizos de gacela que triscan entre azucenas... antes de que refresque el día y huyan las sombras, iréme al monte de la mirra, al collado del incienso... miel virgen destilan tus labios, esposa, miel y leche hay bajo tu lengua... esbelto es tu talle como la palmera y son tus senos sus racimos. Yo me dije: voy a subir a la palmera, a tomar sus racimos; sean tus pechos racimos para mí.» (*Sagrada Biblia,* BAC, 14 edición, págs. 856 y ss.)

Suponiendo (que es mucho suponer), que para el lector ella sea la Iglesia, y él el alma que quiere unirse a ella, valen al parecer los elementos más sensuales para describir esta unión espiritual. Así, san Juan de la Cruz emplea vocablos de una mujer buscando a un hombre... sólo el título puede colocar al lector en una línea diversa de interpretación.

CANCIONES DEL ALMA QUE SE GOZA DE HABER LLEGADO AL ALTO ESTADO DE PERFECCIÓN, QUE ES LA UNIÓN CON DIOS, POR EL CAMINO DE LA NEGACIÓN ESPIRITUAL

En una noche obscura
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.
A obscuras, y segura
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a obscuras, y en celada,
estando ya mi casa sosegada.
En la noche dichosa
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa
sin otra luz y guía,
sino la que en el corazón ardía.
Aquésta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.
¡Oh noche me guiaste,
oh noche amable más que el alborada,
oh noche que juntaste
Amado con Amada,
Amada en el Amado transformada!
En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.
El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.
Quedéme, y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

En el *Cantar de los Cantares* ella sale a buscar al marido que no está a su lado al despertarse...

abrí a mi amado pero mi amado desvaneciéndose había desaparecido. Mi alma salió por su palabra. Le busqué más no le hallé. Le llamé más no me respondió... encontráronme los centinelas que rondan la ciudad, me golpearon, me hirieron, me quitaron mi velo los centinelas de las murallas. [Id., página 859.]

... Os conjuro hijas de Jerusalem que si encontráis a mi amado le digáis que desfallezco de amor.

San Juan de la Cruz le hace preguntar bucólicamente a pastores y pastoras. No hay soldados brutales en el siglo XVI, pero sigue la angustia de quien busca y no halla.

CANCIONES ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO

ESPOSA

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras ti clamando y eras ido.
Pastores los que fuéredes
allá por las majadas al otero,
si por ventura viéredes
Aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.
Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

PREGUNTA A LAS CRIATURAS

¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado,
oh prado de verduras
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!

LA MUJER QUE TENÍA EL CIELO EN EL CORAZÓN Y LA CABEZA EN LA TIERRA

«Reformadora», es decir, alguien capaz de conseguir en la rígida España del tiempo unos cambios de estructura religiosa. En unos años en que cambiar equivalía a Lutero, Teresa de Ahumada funda, establece, organiza sus conventos, les da reglas precisas en lucha con alcaldes, regidores, obispos y sus frailes. Pero esta mujer práctica se lanzaba de pronto al aire como una flecha. Y entonces...

La entrega es total, se vive en una sola dirección, con un solo impulso: Dios. Teresa de Jesús emplea palabras de amor humano para explicar la increíble comunión con un amor divino. Así es el *Tercer grado de Oración:*

> Vengamos ahora a hablar de la tercera agua con que se riega esta huerta, que es agua corriente de río u de fuente, que se riega muy a menos trabajo, aunque alguno da el encaminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar a el hortelano, de manera que casi él es el hortelano y el que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden cómo obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que da el agua de la gracia a la garganta a esta alma, que no puede ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás: querría gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir muerte que la desea. Está gozando en aquel agonía con el mayor deleite que se puede decir: no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos como lo decir, ni como lo declarar, ni enton-

ces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se deprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma.

¡Oh, válame Dios, cuál está un alma cuando está ansí! Toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene ansí. Yo sé persona que, con no ser poeta, le acaecía hacer de preste coplas muy sentidas declarando su pena bien; no hechas en su entendimiento, sino que para gozar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella a su Dios. Todo su cuerpo y alma querría se despedazase para mostrar el gozo, que con esta pena se siente. ¿Qué se le pondrá entonces delante de tormentos a que no le fuese sabroso pasarlo por su Señor?...

No puede ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos, como de verse sin Vos le vienen; que si ha de vivir no quiere descanso en esta vida, ni se le deis Vos. Querría ya esta alma verse libre: el comer la mata, el dormir la acongoja: ve que se la pasa el tiempo de la vida pasar en regalo y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh verdadero Señor y gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada a los que llegan a este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra; y no se querría jamás ver libre de ella si no fuese para verse ya con Vos.

Con una entrega tal al pensamiento de Dios, ¿cómo ha de sentirse uno bien en esta vida que es sólo una antesala para la auténtica, la Otra? Teresa de Jesús lo resume en unos versos:

Vivo sin vivir en mí,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor.
¡Ay, qué vida tan amarga
de no se goza el Señor!
Porque si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga.
Quíteme Dios esta carga
más pesada que el acero,
que muero porque no muero.
Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza.
Muerte, de el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.
Mira que el amor es fuerte;
vida, no seas molesta;
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte.
Venga ya la dulce muerte,
el morir venga ligero.
que muero porque no muero.
Aquella vida de arriba,
que es la vida verdadera,
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva.
Muerte, no me seas esquiva:
viva muriendo primero.

que muero porque no muero.
Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es el perderte a ti,
para mejor a Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues tanto a mi Amado quiero,
que muero porque no muero.

Teresa intenta explicar a sus monjas lo que es el Desposorio con Dios, Nuestro Señor. ¿Cómo hacérselo llegar a mentes simples? Con una comparación tan audaz como clara. Igual que el Rey de la tierra prepararía a la humilde mujer para alcanzar el estado de Reina, así el del Cielo le da fuerza y audacia para ello. El casamiento deja a la mujer sin sentidos porque sería imposible tenerlos con felicidad tan grande...

Punto por punto, Teresa de Jesús resuelve en la mente de sus hijas espirituales los problemas que cualquier intelecto se plantea ante la posible unión divina. ¿Cómo puede un alma estar absorta, es decir, embriagada y al mismo tiempo percibir secretos divinos? ¿Y qué provecho sacaré yo de lo que no puedo luego explicar?

...Con estas cosas dichas de trabajos y las demás, ¿qué sosiego puede traer la pobre mariposica? Todo es para más desear gozar a el Esposo; y Su Majestad, como quien conoce nuestra flaqueza, vala habilitando con estas cosas y otras muchas, para que tenga ánimo de juntarse con tan gran Señor, y tomarle por Esposo. Reíros heis de que digo esto, y pareceros ha desatino; porque cualquiera de vosotras os parecerá que no es menester, y que no habrá ninguna mujer tan baja, que no le tenga para desposarse con el Rey. Ansí lo creo yo con el de la tierra; mas con el del cielo, yo os digo que es menester más de lo que pensáis; porque nuestro natural es muy tímido y bajo para tan gran cosa, y tengo por cierto, que si no lo diese Dios, con cuanto veis, u que nos está bien, sería imposible. Y ansí veréis lo que hace Su Majestad para concluir este desposorio, que entiendo yo debe ser cuando da arrobamientos, que la saca de sus sentidos; porque si estando en ellos, se viese tan cerca desta gran Majestad, no era posible, por ventura, quedar con vida. Entiéndese arrobamientos que lo sean, y no flaquezas de mujeres, como por acá tenemos, que todo nos parece arrobamiento y éstasi. Y como creo dejo dicho, hay complesiones tan flacas, que con una oración de quietud se mueren. Quiero poner aquí algunas maneras que yo he entendido, como he tratado con tantas personas espirituales, que hay de arrobamientos, aunque no sé si acertaré, como en otra parte que lo escribí: esto y algunas cosas de las que van aquí, que por algunas razones, ha parecido no va nada tornarlo a decir, aunque no sea sino porque vayan las moradas por junto aquí.

Una manera hay, que estando el alma, aunque no sea en oración, tocada con alguna palabra, que se acordó u oye de Dios, parece que Su Majestad, desde lo interior del alma, hace crecer la centella que dijimos ya, movido de piedad de haberla visto padecer tanto tiempo por su deseo, que abrasada toda ella como un ave Fénix, queda renovada, y piadosamente, se puede creer, perdonadas sus culpas. Hase de entender con la dispusición y medios que esta alma habrá tenido, como la Iglesia lo enseña. Y ansí limpia, la junta consigo sin entender an aquí nadie sino ellos dos, ni en la misma alma entiende de manera que lo puede después decir, aunque no está sin sentido interior; porque no es como a quien toma un desmayo u paraxismo, que ninguna cosa interior ni exterior entiende. Lo que yo entiendo en este caso, es que el alma nunca estuvo tan despierta para las cosas de Dios, ni con tan gran luz y conocimiento de Su Majestad. Parecerá imposible, porque si las potencias están tan absortas, que podemos decir que están muertas, y los sentidos lo mismo, ¿cómo se puede entender que entiende ese secreto? Yo no lo sé, ni quizá ninguna criatura, sino el mismo Creador, y otras cosas muchas que pasan en este estado, digo en estas dos moradas; que ésta y la postrera se pudiera juntar bien, porque de la una a la otra no hay puerta cerrada: porque hay cosas en la postrera, que no se han manifestado a los que aún no han llegado a ella, me pareció dividirlas.

Cuando estando el alma en esta suspensión, el Señor tiene por bien demostrarle algunos secretos, como de cosas del cielo y visiones imaginarias, esto sábelo después decir, y de tal manera queda imprimido en la memoria, que nunca jamás se olvida; mas cuando son visiones intelectuales, tampoco las sabe decir; porque debe haber algunas en estos tiempos tan subidas, que no las convienen entender más los que viven en la tierra para poderlas decir, aunque estando sana en sus sentidos, por acá se pueden decir muchas destas visiones intelectuales.

Podrá ser que no entendáis algunas qué cosa es visión, en especial las intelectuales. Yo diré a su tiempo porque me lo ha mandado quien puede; y aunque parezca cosa impertinente, quizá para algunas almas será de provecho. Pues diréisme: si después no ha de haber acuerdo de esas mercedes tan subidas que ahí hace el Señor a el alma, ¿qué provecho le traían? ¡Oh hijas!, que es tan grande, que no se puede encarecer, porque aunque no las saben decir, en lo muy interior del alma quedan bien escritas, y jamás se olvidan. Pues si no tienen imagen ni las entienden las potencias, ¿cómo se pueden acordar? Tampoco entiendo eso; mas entiendo que quedan una verdades en esta alma, tan fijas de la grandeza de Dios, que cuando no tuviera fe que le dice quién es, y que está obligada a creerle por Dios, le adorará desde aquel punto por tal, como hizo Jacob cuando vio la escala, que con ella

debía de entender otros secretos, que no los supo decir; que por sólo ver una escala que bajaban y subían ángeles, si no hubiera más luz interior, no entendiera tan grandes misterios. No sé si atino en lo que digo, porque aunque lo he oído, no sé si se me acuerda bien. Ni tampoco Moysén supo decir todo lo que vio en la zarza, sino lo que quiso Dios que dijese; mas si no mostrara Dios a su alma secretos con certidumbre, para que viese y creyese que era Dios, no se pusiera en tantos y tan grandes trabajos; mas debía entender tan grandes cosas dentro de los espinos de aquella zarza, que le dieron ánimo para hacer lo que hizo por el pueblo de Israel. Ansí que, hermanas, las cosas ocultas de Dios no hemos de buscar razones para entenderlas sino, que como creemos que es poderoso, está claro que hemos de creer que un gusano de tan limitado poder como nosotros, que no ha de entender sus grandezas. Alabémosle mucho, porque es servido que entendamos algunas.

He aquí el vuelo del alma expresada por la Santa. Un esfuerzo maravilloso para contar las experiencias metafísicas con ejemplos al alcance de todos. Y, al final, el contento del alma a quien Dios se le ha aparecido. No, el demonio no puede sustituir al Señor, engañando a la esposa.

...Pues tornando a este apresurado arrebatar el espíritu, es de tal manera, que verdaderamente parece sale del cuerpo, y, por otra parte, claro está que no queda esta persona muerta: al menos ello no puede decir si está en el cuerpo u si no, por algunos instantes. Parécele que toda junta ha estado en otra región muy diferente de ésta que vivimos, adonde se le muestra otra luz tan diferente de la de acá, que si toda su vida ella la estuviera fabricando junto con otras cosas, fuera imposible alcanzarlas; y acaece que en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes la una. Esto no es visión intelectual, sino imaginaria, que se ve con los ojos del alma, muy mejor que acá vemos con los del cuerpo, y sin palabras se le da a entender algunas cosas; digo como si ve algunos santos: los conoce como si los hubiera mucho tratado. Otras veces, junto con las cosas que ve con los ojos del alma por visión intelectual, se le representan otras, en especial multitud de ángeles, con el Señor de ellos, y sin ver nada con los ojos del cuerpo ni del alma, por un conocimiento admirable que yo no sabré decir, se le representa lo que digo y otras muchas cosas que no son para decir. Quien pasare por ellas, que tenga más habilidad

que yo, las sabrá quizá dar a entender, aunque me parece bien dificultoso. Si esto todo pasa estando en el cuerpo u no, yo no lo sabré decir; al menos ni juraría que está en el cuerpo, ni tampoco que está el cuerpo sin alma. Muchas veces he pensado, si como el Sol estándose en el cielo, que sus rayos tienen tanta fuerza, que no mudándose él de allí, de presto llegan acá, si el alma y el espíritu, que son una mesma cosa, como lo es el Sol y sus rayos, puede, quedándose ella en su puesto, con la fuerza del calor que le viene del verdadero Sol de Justicia, alguna parte superior salir sobre sí misma. En fin, yo no sé lo que digo, lo que es verdad es que con la presteza que sale la pelota de un arcabuz cuando le ponen el fuego, se levanta en lo interior un vuelo, que yo no sé otro nombre que le poner, que, aunque no hace ruido, se hace movimiento tan claro, que no puede ser antojo en ninguna manera; y muy fuera de sí misma, a todo lo que puede entender, se le muestran grandes cosas; y cuando torna a sentirse en sí, es con tan grandes ganancias, y teniendo en tan poco todas las cosas de la tierra, para en comparación de las que ha visto, que le parecen basura; y desde ahí adelante vive en ella con harta pena, y no ve cosa de las que le solían parecer bien que no le haga dársele nada de ella. Parece que le ha querido el Señor mostrar algo de la tierra adonde ha de ir, como llevaron señas los que enviaron a la tierra de promisión los del pueblo de Israel, para que pase los trabajos de este camino tan trabajoso, sabiendo adónde ha de ir a descansar. Aunque cosa que pasa tan de presto no os parecerá de mucho provecho, son tan grandes los que deja en el alma, que si no es por quien pasa, no se sabrá entender su valor. Por donde se ve bien no ser cosa del demonio; que de la propia imaginación es imposible, ni el demonio podría representar cosas, que tanta operación y paz y sosiego y aprovechamiento dejan en el alma, en especial tres cosas muy en subido grado: conocimiento de la grandeza de Dios, porque mientras más cosas viéremos de ella, más se nos da a entender: propio conocimiento y humildad de ver cómo cosa tan baja, en comparación del Criador de tantas grandezas, la ha osado ofender, ni osa mirarle; la tercera, tener en muy poco todas las cosas de la tierra, si no fueren las que puede aplicar para servicio de tan gran Dios. Éstas son las joyas que comienza el Esposo a dar a su esposa, y son de tanto valor, que nos las porná a mal recaudo, que ansí quedan esculpidas en la memoria estas vistas, que creo es imposible olvidarlas hasta que las goce para siempre, si no fuera para grandísimo mal suyo; mas el Esposo que se las da es poderoso para darle gracia que no las pierda.

Pues tomando a el ánimo que es menester, ¿paréceos que es tan liviana cosa? Que verdaderamente parece que el alma se aparta del cuerpo, porque se ve perder los sentidos y no entiende para qué. Menester es que le dé el que da todo lo

demás. Diréis que bien pagado va este temor: ansí lo digo yo. Sea para siempre alabado el que tanto puede dar. Plega a Su Majestad que nos dé para que merezcamos servirle, amén. [*Las Moradas,* cap. V.]

HERRERA: UN POETA TRIUNFALISTA

Empezamos a bucear en la mitología con el Renacimiento. Fernando de Herrera, al que luego las exageraciones de Góngora harán encontrar sencillo y fácil, no deja de citar héroes y sabios antiguos. Como en el soneto a «Un capitán famoso».

El trabajo de Fidia ingenioso
que a Júpiter Olimpio dio la gloria,
fue soberbio despojo de vitoria
al tiempo en nuestra injuria presuroso;

pero el valor de Aquiles animoso
el siempre insigne Homero alzó la historia,
y dio la fama eterna su memoria
con alta voz del canto generoso,

Yo que mal puedo ser el honra vuestra
nuevo Homero, consagro, luz de España,
de mis incultos versos la armonía;

mas si me mira Caliope diestra,
valdrá, si mi deseo no mengaña,
más que Fidia mortal de musa mía.

Pero donde más se caracteriza Herrera es como triunfalista poeta, cantando a la victoria de Lepanto.

Hondo Ponto que bramas atronado
con tumulto y terror, del turbio sano
saca el rostro, de torpe miedo lleno
mira tu campo arder ensangrentado,

y junto en este cerco y encontrado
todo el cristiano esfuerzo y sarraceno
y cubierto de humo y fuego y trueno
huir temblando al impío quebranto.

Con profundo murmurio la victoria
mayor celebra que jamás vio el cielo,
y más dudosa y singular hazaña;
y di que sólo mereció tal gloria
que tanto nombre da a tu sacro suelo
el joven de Austria y el valor de España.

Herrera fue testigo de grandes victorias y murió ignorando grandes derrotas, como la de la Invencible. Antes de Lepanto había celebrado el hundimiento de otros enemigos del binomio España-Catolicismo, es decir, a los protestantes: Mühlberg.

Do el suelo hórrido el Albis frío baña
al sajón, que oprimió con muerta gente
y raboso espumoso su corriente
de la esparcida sangre de Alemaña;
al celo del excelso rey de España
al seguro consejo y pecho ardiente,
inclina el duro orgullo de su frente,
medroso y su pujanza a tal hazaña.

La de leal cerviz cayó, que pudo
sus ondas con semblante sobrar fiero
y sus bosques romper con osadía.

Marte vio y dijo y sacudió el escudo:
¡Oh gran Emperador, gran caballero
cuánto debo a tu esfuerzo en este día!

...Y ya casi enloquece hablando de invadir África, cuando Felipe II es coronado rey de Portugal.

Ya que el sujeto reino lusitano
inclina al yugo la cerviz paciente,
y todo el grande esfuerzo de occidente
tenéis, sacro Señor, en vuestra mano

Volved contra el suelo hórrido africano
el firme pecho y vuestra osada gente,
para que la fe nuestra se adelante
que tanto fue será ante el vuestro en vano.

Cristo os da la pujanza de este imperio
para que la fe nuestra se adelante
por do su santo nombre es ofendido.

¿Quién contra vos, quién contra el reino hesperio
bastará alzar la frente que al instante
no se derribe a vuestros pies rendido?

No han pasado cincuenta años y ya Quevedo está rezando un melancólico y bello responso a aquel sueño de conquistar el mundo:

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, vi que el Sol bebía
los arroyos del yelo desatados,
y del monte quejosos los ganados,
que con sombra hurtó su luz al día.

Entré en mi casa; vi que, amancillada,
de anciana habitación era despojos;
mi báculo, más corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espalda,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

¿Cómo ha podido ocurrir tal caída en tan pocos años? El mismo Quevedo lo ha explicado en otro soneto, tras describir las mil circunstancias que han conseguido el auge de la patria, termina...

...Y es más fácil, ¡oh España! en muchos modos,
que lo que a todos les quitaste sola
te puedan a ti sola quitar todos.

como efectivamente pasó...

EL PÍCARO, ESE SINVERGÜENZA SIMPÁTICO

Casi al mismo tiempo —desde el Lazarillo de Tormes a las obras de Teresa de Jesús hay apenas una veintena de años de diferencia—, el escritor hispánico se lanza hacia lo más bajo, la calle, el hambre, el engaño, a lo más alto, la comunión con Dios, el transporte, la enajenación; desde el ansia de vivir como fuera al ansia de morir para vivir mejor vida, desde hacer lo que se pueda para alcanzar unos días más en este mundo a desear más breve la vida terrestre para obtener la otra.

Son dos géneros absolutamente distintos con una coincidencia: que sólo podían darse en España: el tipo del Pícaro no existe fuera de este país. Para buscar otro Místico habrá que ir a la India o la Europa que ya es medio Asia, es decir, Rusia.

El primer Pícaro se llama Lázaro y, como la Celestina, dio su nombre a una profesión, la de «Lazarillo» por su primera aventura con un ciego. Pero antes están sus primeros años, contados con tanta sal como desvergüenza.

> Pues siendo yo niño de ocho achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí [*un molino*] a moler venían, por lo cual fue preso y confeso y no negó y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que esté en la Gloria pues el Evangelio les llama bienaventurados.

La madre viuda se junta con un negro que visitaba la casa

> de manera que continuando la posada y la conversación mi madre vino a darme un negrito muy bonito... y acuérdome que estando el negro de mi padrastro trabajando con el mozuelo, como el niño veía a mi madre y a mí blancos y a él no, huía de él con miedo para mi madre y señalando con el dedo decía: «Madre, coco.» Respondió él riendo: «Hideputa.»

> Yo aunque bien muchacho noté aquella palabra de mi hermanito y dije entre mí: «Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros, porque no se ven a sí mismos.»

Ya ha empezado la educación de Lázaro entre observaciones y golpes, como la primera lección que le da el Ciego apoyándole la cabeza en un toro de piedra y...

> afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro que más de tres días me duró el dolor de la cornada; y díjome: «Necio aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo», y rió mucho la burla.
>
> Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba y dije entre mí: «Verdad dice éste que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy a pensar cómo me sepa valer.»

Y empieza, efectivamente, la lucha entre el avariento ciego y el hambriento Lázaro. El uno encerrándole la comida en un talego, el otro descosiéndolo y vaciándolo, «sangraba el avariento fardel», como había hecho su padre con los sacos del molino, o haciendo una fuentecilla en el jarrón de vino que el amo mantenía entre sus rodillas por cautelosa precaución. Pero, dando vueltas al jarro, encuentra el sistema y la venganza.

> ... y luego otro día, teniendo rezumado mi jarro como solía y no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que ahora tenía tiempo de tomar de mí venganza y, con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose como digo de todo su poder... fue tal el golpecillo que me desatinó... y el jarrón tan grande que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes y me quebró los dientes sin los cuales hasta hoy día me quedé.

Crueldad, escatología, la vida dura del tiempo reflejada en la historia del ciego. Pero el «Lazarillo» tiene que mostrar otro tipo todavía más interesante que el Ciego, aun siéndolo éste mucho. Es la estampa de un español del tiempo, de familia lo bastante hidalga para no tener que pensar siquiera en trabajar con sus manos, y lo bastante pobre para morirse de hambre dignamente...

> La mañana venida, levantámonos y comienza a limpiar y sacudir sus calzas y jubón, sayo y capa... y vísteseme muy a

su placer despacio; echéle aguamanos, peinóse y puso su espada en el talabarte y al tiempo que la ponía, díjome: «¡Oh si supieses mozo, qué pieza es ésta! No hay oro en el mundo por que yo la diese...» Tornóla a meter y ciñósela y un sartal de cuentas gruesas del talabarte y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro y a veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta diciendo: «Lázaro, mira por la casa...» Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente que, quien no le conociera, pensara ser muy cercano pariente del conde Alarcos o a lo menos camarero que le daba de vestir.

El tipo se repetirá. Lo encontraremos en *La Guarda cuidadosa,* de Cervantes, y en algunos rasgos del mismo Quijote, aunque éste tuviera unas pequeñas rentas. Un hombre de categoría que salió de su casa por no saludar primero a un caballero su vecino y no toleraba que le faltaren el debido respeto:

Acuérdome que un día deshonré en mi tierra a un oficial y quise poner en él las manos porque cada vez que le topaba me decía: «Mantega Dios a vuestra merced.» «Vos, don villano ruin —le dije yo—, ¿por qué no sois bien criado? ¿Manténgaos Dios me habéis de decir como si fuese quienquiera?»

«...Y no es buena manera de saludar un hombre a otro —dije yo— decirle que le mantenga Dios? «Mira mucho enhoramala —dijo él—; a los hombres de poco arte dicen eso más a los más altos como yo, no les han de decir: sino bésoos señor las manos, si el que me habla es caballero.»

Otra vez el recuerdo de don Quijote cuando estando en la cama molido de los golpes del arriero, se le acerca el cuadrillero de la Santa Hermandad preguntando por su salud.

«¿Cómo va, buen hombre?» —y don Quijote indignado—: «Hablara yo más bien criado... si fuera de vos. ¿Úsase en esta tierra hablar de esta suerte a los caballeros andantes, majadero?»

Al tipo del Escudero del Lazarillo le ocurre lo que pasaba entonces, y pasará muchos años después a muchos españoles. Que no les importaría servir a alguien... siempre que ese alguien fuera tan importante, tan alto, que lo mereciera...

... y vine a esta ciudad pensando que hallaría un buen asiento mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos, y señores de la Iglesia, muchos hallo mas es gente tan limitada que no

> los sacará de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan, mas servir a éstos es gran trabajo, porque de hombre os habéis de convertir en malilla y, si no, anda con Dios os dicen; y las más veces son los pagamentos a largos plazos y las más ciertas, comido por servido.

En una sarcástica voltereta del escritor, resulta que el criado tendrá que alimentar al amo, siempre respetando las formas... Será sólo como un capricho...

> Púseme a un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios. Él, que vio esto, díjome: «Ven acá, mozo, ¿qué comes?» Yo lleguéme a él y mostréle el pan; tomóle él un pedazo de tres que eran, el mejor y más grande, y díjome: «Por mi vida que parece éste buen pan.» «¡Y cómo ahora —dije yo—, señor, es bueno!» «Sí, a fe —dijo él—: ¿adónde lo hubiste? ¿si es amasado de manos limpias?» «No sé yo eso —le dije—, mas a mí no me pone asco el sabor de ello.» «Así plega a Dios», dijo el pobre de mi amo; y llevándolo a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados, como yo en lo otro. «Sabrosísimo pan está —dijo—, por Dios»; y como le sentí de qué pie cojeaba, dime prisa porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, se comediría a ayudarme a lo que me quedase; y con esto acabamos casi a una.

La vida dura, áspera, difícil del Lazarillo remata, por fin, en una existencia confortable... pero esa existencia confortable es conseguida a cambio de la honra. Es, con mucho, la parte más dramática de la obra, porque ahora el drama no está en el hambre, en los golpes, en los peligros que le han acechado durante su camino. El drama está en la aceptación tácita de una indignidad marital contada al público con un trágico sarcasmo, explicando por una parte lo que sucede y por otra lo que él finge creer que sucede. El carácter anticlerical del tiempo, que ya ha presentado en uno de los capítulos un clérigo tan avaro y tan cruel como el ciego, querrá que el último en aprovecharse de la pobreza y soledad del Lázaro sea un Arcipreste...

> ... En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer, y así me casé con ella; y hasta ahora no estoy arrepentido, porque allende de ser buena hija y diligente, servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda.
>
> Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su

> casa, mas malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué y sí sé qué de que ven a mi mujer irle a hacer la cama y guisarle de comer; y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad, porque allende de no ser ella mujer que se pague de estas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá, que él me habló un día muy largo de ella, y me dijo: «Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas, nunca medrará: digo esto, porque no me maravillaría alguno murmurase viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir de ella. Ella entra muy a tu honra y suya, y esto te lo prometo; por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo, a tu provecho.» «Señor —le dije—, yo determiné de arrimarme a los buenos; verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo de eso, y aun por más de tres veces me han certificado que antes que casase conmigo había parido tres veces, hablando con reverencia de vuestra merced, porque está ella delante.» Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros, y después tomóse a llorar y a echar mil maldiciones sobre quien conmigo lo había casado, en tal manera, que quisiera ser muerto antes que se me hubiese soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que lo hice de nunca más en mi vida mentarle nada de aquello, y que holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes.

Y el tremendo resumen. Lázaro ha sufrido duramente todos los días de su vida, sabe lo que es hambre, persecución, frío y miseria. Ahora tiene una vida cómoda, fácil, segura. No irá a ponerla en peligro por mera cuestión de honra.

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar, pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

Faltan algunos años para que lo diga un personaje de Calderón de la Barca. Pero, recordémoslo, es un personaje rico aunque villano, alcalde de Zalamea y bienquisto y respetado por sus vecinos. Lázaro no puede permitirse esos lujos. ¿Aceptará entonces las burlas? No. ¡Qué increíble confesión sigue! No habrá marido consentido porque, sencillamente, se negará a aceptar que lo sea e incluso será capaz de matarse con quien lo diga. Con esa amenaza, quien lo piense, al menos, no lo dirá. O lo dirá en voz baja.

> Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso, antes cuando alguno siento que quiere decir algo de ella, le atajo y le digo: «Mira, si sois mi amigo, no me digáis cosa que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo más quiero, y la amo más que a mí, y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco: que yo juraré sobre la hostia consagrada, que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo, y quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él.» De esta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Y para mostrar más la verdad de esa historia, para acentuar más el realismo, la termina con un dato concreto.

> Esto fue el mismo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella Cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como vuestra merced habrá oído: pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.

El último sarcasmo. La España Imperial producía por un lado gloria y festejos, a conquistadores de México y del Perú. Por el otro, a Lázaros de Tormes.

El hombre, protagonista esencial en la obra picaresca española, llegará a su descripción más extrema, y al mismo tiempo más cómica, en la obra quevedesca del *Buscón llamado don Pablos*. Curiosamente no se trata aquí de la escasez causada por la falta de dinero, sino por la voluntad de un avaro, el Dómine Cabra, tipo éste poco frecuente en la literatura española —habrá que esperar a Pérez Galdós y a su *Torquemada* para encontrar otro—, porque es poco frecuente en la vida española diaria. El pupilaje es lo que hoy llamaríamos pensión, que ha llegado hasta nuestros días, aunque cada vez más diluida por nuevos sistemas colectivos de comer, tales como los comedores universitarios. A ese pupilaje iban señores y criados...

> Determinó, pues, don Alonso de poner a su hijo en pupilaje: lo uno por apartarle de su regalo, y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra, que tenía por oficio de criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo, y a mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer domingo después de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal lacería no admite encarecimiento. Él era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien sabe el refrán que dice, ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avecindados en el cogote, que parecía que miraba por

cuévanos; tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tienda de mercaderes...; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre parecía que amenazaba a comérselas; los dientes le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagabundos se los habían desterrado; el gaznate largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos secos; las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirando de medio abajo, parecía tenedor, o compás con dos piernas largas y flacas; su andar, muy de espacio; si se descomponía algo, le sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro; la habla, hética; la barba grande, por nunca se la cortar, por no gastar; y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado, por mil gateras, y guarniciones de grasa; era de cosa que fue paño, con los fondos de caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa porque no se sabía de qué color era... Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues, ¿su aposento? Aun arañas no habían en él: conjuraba los ratones, de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado por no gastar las sábanas: al fin, era arch*ipobre* y protomiseria.

A poder, pues, déste vine, y en su poder estuve con don Diego; y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que por no gastar tiempo no duró más. Díjonos lo que habíamos de hacer: estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer; fuimos allá; comían los amos primero y servíamos los criados. El refitorio era un aposento como un medio celemín; sustentábase a una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos; y como no los vi, pregunté que cómo no los había a un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó a enternecerse, y dijo: «¿Cómo gatos? ¿Pues quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo.» Yo con esto me comencé a afligir, y más me asusté cuando advertí que todos los que de antes vivían en el pupilaje estaban como leznas. Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendición; comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trajeron caldo de unas escudillas de madera, tan claro que en comer una dellas peligraba Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra a cada sorbo: «Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula.» Acabando de decillo, echóse su escudilla a pe-

chos, diciendo: «Todo esto es salud y otro tanto ingenio.» «¡Mal ingenio te acabe!», decía yo, entre mí, cuando vi un mozo medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero a vueltas de la carne y dijo el maestro: «¿Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale: coman; que me huelgo de vellos comer.» Repartió a cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó a las uñas y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba, y decía: «Coman; que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas.» Mire vuesa merced qué buen aliño para los que bostezan de hambre.

Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato unos pellejos y unos huesos; y dijo el pupilero: «Quede esto para los criados; que también han de comer: no lo queramos todo.» «Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado —decía yo—; que tal amenaza has hecho a mis tripas.» Echó la bendición, y dijo: «Ea, demos lugar a los criados, y váyanse hasta las dos a hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido.» Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho, y díjome que aprendiese modestia, y tres o cuatro sentencias viejas, y fuese.

Sentámonos nosotros; y yo, que vi el negocio mal parado, y que mis tripas pedían justicia, como más sano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros a gruñir: al ruido entró Cabra, diciendo: «Coman como hermanos, pues Dios les da con qué; no riñan, que para todos hay.» Volvióse al sol, y dejónos solos. Certifico a vuestra merced que había uno de ellos que se llamaba Surre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces a los ojos, y de tres no la acertaba a encaminar de las manos a la boca...

AQUELLOS APASIONANTES LIBROS DE CABALLERÍAS

Los libros de caballerías correspondían, casi exactamente, a las premisas que han hecho populares las novelas del Oeste de hoy. Las características son siempre las mismas. Un héroe, para empezar. Un Héroe que tiene todas las cualidades del superhombre porque su Valor es absoluto, su entrega a su labor total; este valor está puesto al servicio de una Bondad también completa. Nunca se puede decir de él que haya ayudado a la causa del Mal.

Su Valor está naturalmente ayudado por una suerte increíble. Sus lanzas llegan siempre al enemigo, los de éste jamás a él. Recordemos al vaquero jamás herido o con herida sufrida solamente en el hombro. Todas estas casualidades, todas estas faltas de lógica, no han importado jamás al lector medio que necesita ese ser superior con quien soñar en igualarse.

Este Héroe, en lo que se refiere a las mujeres, es también clásicamente tímido. Todo el coraje que demostraba ante las fuerzas enemigas, se transformaba en angustia cuando se encontraba ante la amada. Por ello, ésta tenía que tomar la iniciativa, como en el caso de Amadís y Oriana:

> Oriana se acostó en el manto de la doncella en tanto que Amadís se desarmaba... y como desarmado fue, la doncella se entró a dormir en unas matas espesas y Amadís tornó a su señora y cuando así la vio tan hermosa y en su poder, habiéndole ella otorgado su voluntad, fue tan turbado de placer y de empacho que sólo mirar no la osaba...

¿Quién no recuerda al vaquero tímido por excelencia interpretado por un Gary Cooper, por ejemplo? Tras acabar con veinte enemigos está temblando frente a su dama mientras el anochecer llega sobre la montaña. Hasta que, finalmente, ella le echa los brazos al cuello.

> así que se puede bien decir que en aquella verde hierba, encima de aquel manto, más por la gracia y comedimiento de Oriana que por la desenvoltura y osadía de Amadís, fue hecha dueña la más hermosa doncella del mundo...

Las novelas de caballerías eran leídas por todos, de Carlos V hasta el último campesino o mozo de labranza que, si no leía, era leído por alguno como el Quijote. En lo intelectual, no se libraron espíritus selectos. Valbuena Prat recuerda la afición de dos seres importantes del XVI. San Ignacio...

...*CUANDO PASA DE MILITAR A MONJE*

Algunos de los primeros hechos del convertido tienen aún el sello de su afición caballeresca: el velar las armas en Montserrat, el episodio con el morisco, etc. Ribadeneyra comentaba alguna de estas aventuras, recordando que san Ignacio era «un hombre acostumbrado a las armas, y a mirar en puntillos de honra». También le llama, significativamente, «nuestro nuevo soldado». Y cuenta así su rito de Montserrat:

> Como hubiere leído en sus libros de caballerías que los caballeros noveles solían velar sus armas, por imitar él, como caballero novel de Cristo, con espiritual representación, aquel hecho caballeroso, y velar sus nuevas y al parecer pobres y flacas armas, mas en hecho de verdad muy ricas y muy fuertes, que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido, toda aquella noche, parte en pie, y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de Nuestra Señora, encomendándose de corazón a ella, llorando amargamente sus pecados y proponiendo la enmienda de la vida para adelante.

En la autobiografía se concreta más:

> Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, de Amadís de Gaula y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquéllas.

En santa Teresa, la afición a tales libros procedía de su madre, en cuya generación la boga por lo caballeresco había llegado a su extremo. Dice, hablando de ella, la Santa en el *Libro de su vida*:

> Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo lo tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamonos para leer en ellos; y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos, que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo no me parecía tenía contento.

He aquí un episodio del *Amadís de Gaula,* el más famoso de los libros de caballerías. Hay que leerlo para entender lo que quería resucitar Don Quijote. Aparecen los nombres fantasiosos, los tremendos hechos de armas, la intervención mágica de hechiceras, la presencia simbólica o real, de la Dama de sus pensamientos...

> ...Los caballeros se ferían de muy grandes y fuertes golpes por todas las partes donde más mal se podían facer; y cada uno dellos pugnaba de llegar al otro a la muerte; y si Amadís tan fuertes armas trajera, según su gran viveza y lo que el aliento le duraba, no le podiera el otro tener campo; pero todo lo que él facía y trabajaba le era bien menester, que lo había con muy fuerte y esquivo caballero en armas; mas, como ya él todas sus armas trajese rotas y el escudo desfecho; y la carne por muchos lugares cortada, donde mucha sangre le salía, cuando Oriana así lo vio, no se lo pudiendo sofrir el corazón, quitóle con gran angustia de la ventana, y sentada en el suelo, se hirió con sus manos en él, pensando que a su amigo Amadís se le acercaba la muerte. Mabilia, que así la vio herir, de corazón le pesó, e hízola tornar allí, mostrándole gran saña, diciéndole que a tal hora y a tal peligro no debía desamparar a su amigo; y porque no podía sofrir de lo ver tan maltrecho, púsose de espaldas, porque viese los sus muy hermosos cabellos, porque más esfuerzos y ardimento su amigo tomase. Ellos estando en esta sazón, dijo Brandoibas, que era uno de los jueces: «Mucho me pesa de Amadís, que le veo muy menguado de sus armas y de su escudo.» «Así me parece —dijo Grumedán—, de que gran pesar tengo.» «Señores —dijo Cuadragante—, yo tengo probado a Amadís cuando con él me combatí por tan valiente y con tanto ardimento, que siempre parece que la fuerza se le dobla, y es el caballero de cuantos yo vi que mejor se sabe mantener y de más aliento, y véole agora en toda su fuerza entera; lo que no es en Ardán Canileo, antes siempre

enflaquece; y si algo daña a Amadís, no es otra cosa, salvo la gran priesa que se da, que si se sofriese faría andar tras sí a su contrario, y la su gran pesadumbre lo cansaría; pero la su gran ardideza no le deja asosegar.» Oriana y Mabilia, que esto oyeron, mucho fueron consoladas. Mas Amadís, que a su señora viera quitar de la ventana, y después allá no había mirado, pensó que por su duelo dél lo había fecho; fue con gran saña contra Ardán Canileo, y apretó la espada en la mano, y firióle de toda su fuerza por encima del yelmo de tan fuerte golpe, que le atordeció, y fincó la una rodilla en el suelo, y como el golpe fue tan grande, y el yelmo tan fuerte, quebrantó la espada en tres partes; así que, la más pequeña le quedó en la mano. Entonces fue en él todo pavor de muerte, y así lo fueron todos los que miraban.

Así hablaban los libros caballerescos y así hablará Don Quijote.

Cuando esto Ardán Canileo vio, arredróse dél por el campo, y tomó el escudo por las embrazaduras, y esgrimiendo la espada, dio una gran voz, que todos lo oyeron, y dijo a Amadís: «Ves aquí la tan buena espada que por tu mal ganaste. Cátala bien; que ésta es y con ella morirás.» E luego dio grandes voces: «Salid, salid a la finiestra, señora Madasima, y verédes la fermosa venganza que yo vos daré, y cómo por mi proeza os he ganado en tal forma que ninguna otra tal amigo como vos tenéis terná.» Cuando esto oyó Madasima fue muy triste, y echóse ante los pies de la Reina, pidióle merced que dél la defendiese, lo que con mucha razón se podía facer, que Ardán le prometiera de matar o vencer a Amadís antes que por un hombre media lengua andada fuese, y si no lo ficiese, que nunca le otorgase su amor; pues si aquel tiempo era pasado con más de cuatro horas, que ella lo podía ver, y la Reina dijo: «Yo oyo lo que decís, y faré lo que justo fuese.» Amadís cuando así se vio las armas fechas pedazos y sin espada, vínole en mientes lo que Urganda le dijera, que daría la meitad del mundo, seyendo suyo, porque la su espada echada fuese en un lago, y miró a la ventana donde Oriana estaba, y viéndola de espaldas, bien conoció que su contraria fortuna dél lo causara, y crecióle tan grande esfuerzo, que puso en toda su aventura su vida, queriendo más morir que dejar de facer lo que podía; y fuese contra Ardán Canileo como si estoviese guisado de lo ferir, y Ardán alzó la espada y atendiólo, y como llegó quísole ferir; mas Amadís furtó el cuerpo, y fízole perder el golpe, y juntó tan presto con él, sin que el otro pudiese meter en medio la espada, y trabóle del brocal del escudo tan recio, que se lo levó del brazo, y hobiera dado con él en el suelo, y desvióse dél y embrazó el escudo y tomó un pedazo de la una lanza que delante sí falló con el fierro, y tornó luego

contra Ardán bien cubierto de su escudo; y Ardán, que con gran saña estaba porque así el escudo perdiera, fue por él, y pensóle ferir por cima del yelmo. Amadís alzó el escudo y recibió en él el golpe, y aunque muy fuerte era y de fino acero, entró la espada por el brocal bien tres dedos, y Amadís le firió con el pedazo de la lanza en el brazo derecho a par de la mano, que la meitad del fierro le metió por entre las cañas, y fízole perder la fuerza en tal guisa, que no pudiendo sacar la espada, la llevó Amadís en el escudo; y si desto fue muy alegre e contento no es de preguntar ni de decir; así que, entonces echó muy a lueñe de sí el trozo de la lanza, e sacó la espada del escudo, gradeciendo mucho a Dios aquella merced que le fizo. Mabilia, que lo miraba, dio de las manos a Oriana y fízola volver porque viese a su amigo alcanzar aquella gran vitoria sobre el peligro tan grande en que a la hora había estado.

Pues Amadís se fue para Ardán Canileo, el cual fue luego enflaquecido en ver así su muerte, y pensando no fallar guarida ni remedio, quiso tomar el escudo a Amadís, como él se lo había tomado, mas el otro, que cerca de sí lo vio, diole un golpe por cima del hombro izquierdo, en tal manera, que le cortó las armas e gran parte de la carne y de los huesos, y como vio que había perdido la fuerza del brazo, desvióse por el campo, con el gran miedo que a la espada tenía; mas Amadís andaba tras él; y desque lo vio cansado y desacordado, trabóle por el yelmo tan reciamente, que lo fizo a sus pies caer y levó el yelmo en sus manos, y fue luego sobre él de rodillas, y cortándole la cabeza, puso gran alegría en todos, especial en el rey Arbán de Norgales y Angriote de Estravaus, que muchas angustias y dolores habían pasado cuando vieron a Amadís en el estrecho que ya oístes. Esto así hecho, tomó Amadís la cabeza y echóla fuera del campo, y levó rastrando el cuerpo fasta una peña, que dio con él en la mar, y alimpiando la espada de la sangre, la metió en la vaina, y luego el Rey le mandó dar un caballo, en que, ferido de muchas llagas y perdida mucha sangre, acompañado de muchos caballeros, a su posada se fue, pero antes fizo sacar de las crueles prisiones al rey Arbán de Norgales y Angriote de Estravaus, y los llevó consigo, y enviando al rey Arbán de Norgales a la reina Brisena, su tía, que se lo envió a demandar, en su cámara dél, teniendo aquél su leal amigo Angriote, en uno fueron curados Amadís de sus llagas, que muchas tenía, y Angriote de los azotes y otras feridas que en la prisión le dieron. Allí fueron visitados con mucho amor de los caballeros y dueñas y doncellas de la corte, y Amadís de su cohermana Mabilia, que le traía aquella verdadera melecina con que su corazón podiese enviar a los otros menores males seyendo él esforzado, la salud que para su reparo le convenía.

CERVANTES, EL TRISTE TRIUNFADOR

Su vida personal es un caso repetido de mala suerte; con la fortuna acompañándole siempre hasta el umbral del éxito, para dejarle caer después. Tras una juventud con problemas económicos, huye de la justicia que le persigue por un duelo madrileño y recala en Italia, donde le protege el cardenal Acquaviva. Entra en el Ejército, toma parte en la más famosa batalla del tiempo, la de Lepanto. Cuando vuelve intentando vivir de esos laureles, es apresado y pasa cuatro años en las mazmorras de Argel. En su búsqueda de trabajo le darán siempre los más difíciles y comprometidos, como el de recaudador de tributos en Andalucía, que le proporcionará excomuniones de la Iglesia y arrestos por mala administración por el Gobierno del rey. Una familia casquivana —la suya— le volverá a meter en la cárcel de Valladolid por el turbio asesinato de un noble llamado Ezpeleta. Empezará a ser protegido por los grandes y a ser reconocido por sus colegas cuando le falten pocos años para la muerte. Nunca ha habido en el mundo autor más afortunado escribiendo y más desdichado viviendo.

También en lo literario Cervantes tiene una extraña biografía. Se da continuamente el caso del autor que sólo alcanza su triunfo después de la muerte, mientras ha sido ignorado por sus contemporáneos. Cervantes no está en esa larga hilera de tardos vencedores. Por el contrario, su obra más famosa, *Don Quijote,* fue sabida de todo el mundo civilizado del tiempo, apenas surgida de las prensas. Traducido casi inmediatamente al francés, al inglés..., consigue en español diez ediciones en cinco años, que aparecen en Madrid, Lisboa, Valencia, Bruselas y Milán. Los tipos son famosos desde la aparición del libro.

Con orgullo hace decir a Sansón Carrasco en la segunda parte de la obra que...

> esa historia es tan clara que no hay cosas que dificultar en ella; los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran y, finalmente, es tan brillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco cuando dicen, allí va *Rocinante.*

Con orgullo repetirá en el prólogo de las *Novelas ejemplares,* «yo soy el primero que he novelado en lengua castellana».

Pues bien, ni siquiera ese legítimo orgullo le permitió el mundo hostil en que se encontraba. Fue herido en Lepanto, prisionero en Argel, encarcelado en Sevilla y Valladolid, excomulgado en Écija. Pero el mayor robo fue el plagio (que es palabra similar; en Méjico usan de ese nombre por el secuestro de alguien) de que fue objeto por un Avellaneda de quien nadie ha podido averiguar todavía quién era. El que lanzó «la segunda parte con la tercera salida de don Quijote de la Mancha», arrebatándole el personaje que él había creado.

Y, por otro lado, Cervantes es un extraño triunfador que fracasa tanto en lo que se refiere a la economía como a la gloria. En el primer caso, porque varias de esas ediciones son piratas y, en las otras, le pagan tarde y mal. Le quedaría el haber alcanzado, al menos, la gloria literaria. Pero eso tampoco ocurre por una razón difícil de concebir hoy, cuando el novelista es un ser respetado. En el siglo XVII quien escribe novelas tiene la misma importancia que la de un folletinista actual, es decir, un hombre a quien se reconoce que distrae a la gente con sus ocurrencias, pero que jamás puede aspirar a ser respetado por sus contemporáneos dedicados a la excelsa tarea de escribir poesías o teatro (que también era en verso). A sabiendas de esa situación, Cervantes intentará publicar poesías que, aun siendo buenas, no pueden compararse con las de los genios del tiempo y asomarse a las tablas, pero...

«llegó el monstruo de la naturaleza, el Gran Lope de Vega y alzóse con la monarquía cómica».

Será su sombra, será su enemigo, será el modelo imposible de imitar. Cervantes le atacará con saña y mala intención en las páginas del Quijote, y el otro le contestará con dureza y desprecio del que se siente muy alto para aceptar censuras de un desgraciado como el hombre de Lepanto:

Para que no escribieses, orden fue
del cielo que mancases en Corfú

Fue en Lepanto, pero la idea es la misma. Cruel, violenta, increíble en un personaje de la talla de Lope. Pero es que la talla del escritor casi nunca tiene nada que ver con la de su moral. En un país donde la simpatía del ser humano es tan importante o más que su calidad intelectual, el brillante Lope tenía todas las de ganar contra un Cervantes

receloso y acomplejado, convencido de que la vida era injusta con sus talentos literarios.

O el gran creador no pudo ser también un gran crítico, o su odio al Manco de Lepanto le hacía desvariar. En una carta desde Toledo a personaje desconocido, llega a decir lo siguiente:

> De poetas no digo; buen siglo es éste. Muchos en cierne para el año que viene; pero ninguno tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a Don Quijote...

Y, unas líneas más abajo, da la posible razón de este juicio que sería entonces de desquite.

> Vuestra merced vive y cura y madre al uso; no cumpla cosa que diga ni pague si no es forzado, ni favorezca sin interés, ni guarde el rostro a la amistad y no más por no imitar a Garcilaso en aquella figura correctionis, cuando dijo
>
> *A sátira me voy mi paso a paso*
>
> ...cosa para mí más odiosa que mis librillos a Almendárez y mis comedias a Cervantes. [Toledo, 4 de agosto. *Epistolario de Lope de Vega.* ed. Amezúa, III-4.]

EL LIBRO MEJOR ESCRITO Y PEOR ORDENADO

Nunca ha habido ni habrá una novela con mayores aciertos literarios ni con mayores errores técnicos. Parece claro que se inició como cuento o novela corta, y la fue ampliando la imaginación del autor. Por ello, cuando quiso cortarla en capítulos, surge una división artificial porque no estaba pensado así por Cervantes. Hazard ha señalado que el primer libro tiene 8 capítulos, el segundo 6, el tercero 13, el cuarto 25.

«LA DEL ALBA SERÍA»

¡Cuánta gente utiliza esta frase! Es jugosa, cervantina, clásica... Lo malo es que, dicha así, no tiene sentido. Cuando lo adquiere es cuando está unida a la frase anterior, cuando el ventero «sin pedirle la costa de la posada le dejó ir en buena hora». Ahí tenía que continuar enlazando: «La [*hora*] del alba sería...», pero Cervantes cortó —nunca mejor dicho— por lo sano (I-4). Igualmente, el principio del capítulo VI, «El cual aún todavía dormía», iba ligado al final del V, es decir, «a casa de don Quijote».

En cuanto al tiempo, a Cervantes se le va el Santo al cielo continuamente. Hace apenas un rato del manteamiento de Sancho Panza y éste menta que fue el día anterior. Tres días dice la sobrina que ha durado la primera salida de don Quijote y fueron 36 horas.

En el tiempo meteorológico está más seguro el autor. Quizá porque

la acción transcurre, en verano, en la Mancha, Aragón y Cataluña, no permite que llueva más que una sola vez, como advierte Américo Castro. Sirven esas gotas para que el barbero se coloque en la cabeza su bacía y Don Quijote la tome, al verla relucir al sol, por el yelmo de Mambrino.

La más clara muestra del desorden en que escribía Cervantes es su olvido en cuando roban el rucio a Sancho. Su despiste es todavía mayor cuando, en la segunda parte, se defiende Cervantes de esa equivocación, que había sido ya corregida en la segunda edición, probablemente porque el editor se dio cuenta.

> Algunos —*dice dolido, como cualquier autor haría cuando le echan en cara defectos a su obra*— han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quién fue el ladrón que hurtó el rucio a Sancho, que allí no se declara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron y de allí a poco le vemos a caballo sobre el mesmo jumento sin haber parecido (II-3).

Sancho disimula como si de verdad fuese él quien tuviera la culpa del error y espera al siguiente capítulo —tras la siesta— para explicarlo a su manera:

> nos metimos en una espesura, donde mi señor arrimado a su lanza y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos a dormir, como si fuera sobre cuatro colchones de plumas; especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quienquiera que fue tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso a los cuatro lados de la alabarda, de manera que me dejó a caballo sobre ella y me sacó debajo de mí al rucio sin que yo lo sintiese...
>
> ...al cabo de no sé cuántos días, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno y que venía sobre él en hábito de gitano aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena.
>
> —No está en eso el yerro —replicó Sansón—, sino que antes de haber aparecido el jumento dice el autor que iba a caballo Sancho en el mismo rucio.
>
> A eso —dijo Sancho— no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, o ya sería descuido del impresor. (II-4.)

Algunos enamorados del Quijote, como Luis Rosales, sostienen que el autor hacía esas cosas por libérrima voluntad y a sabiendas. Pero lo cierto es que, en muchos pasajes de la segunda parte, se excusa de los errores de la primera, como el haber intercalado novelas que no venían a cuento, ¡porque temía que se le aburriesen los lectores! ¿Qué hizo San-

cho del dinero que encontró en la maletilla de Cardenio? Y dice el escudero que se lo gastó como le dio la gana. Esto tiene una cierta lógica, porque el autor no tiene la obligación de contarle al lector todos los hechos de los personajes, pero la verdad es que, en esa segunda parte, aun teniendo mucha más ilación, se confunden también las cosas. Indignado que Avellaneda llame María Gutiérrez a la esposa de Sancho, éste se olvida de que también él la llamó así en la primera parte (I-7). Otros nombres de la señora de Panza son Juana Gutiérrez, María Gutiérrez (I-7), Juana Panza (I-52) y Teresa Cascajo (II-5). Lo nota Hazard. Y Rodríguez Marín recuerda otros olvidos.

> No fue D. Q. sino Sancho el que contó la aventura de la cueva de Montesinos a la duquesa, y no estaban allí ni el duque ni D. Q. (II-34). La sarta de corales que la duquesa manda a la mujer de Sancho se convierte de pronto en rosario (II-50). D. Q. pregunta a Altisidora por unos tocadores y ligas dados a Sancho y no mencionados. Y lo que es más grave. D. Q. se olvida que los azotes de Sancho debía dárselos voluntariamente y quiere dárselos él a la fuerza (II-60).

Waldo Frank recuerda que el mozo que trabajaba en la casa de don Quijote en la primera descripción de ella, desaparece en lo sucesivo. Se despediría, pero no lo sabemos.

Lo de los dromedarios (I-8) —noto yo— lo dice don Quijote en el libro, pero, en realidad, lo había anotado Cervantes personalmente. Claro que era su alter ego...

Además de pasar otras cosas raras... Como que un cuadrillero, tras ver a don Quijote con ese traje y esa pinta, tenga que ir cotejando en un papel seña tras seña para comprobar que se trata del buscado por el asunto de los galeotes; no era precisamente un lince. Andresillo, el zagal de la primera aventura del Hidalgo, también tiene que estudiarle a fondo para reconocerle.

Sender encontró otras particularidades. No hay apenas descripción de muebles en el *Quijote*. «No sabemos cómo son las sillas, los armarios, las camas; si había o no artesonado...»

Ni muebles ni siquiera poblaciones. Sánchez Rivera explica la falta de ciudades en la ruta de don Quijote, porque su tipo no le iba a la urbe —la prueba, la mofa de que es objeto en la Ciudad Condal—, mientras en el campo es siempre posible la gran aventura. «La burla, al hacerse colectiva, hubiese aniquilado súbitamente al héroe... el orden civil hubiera puesto término perentorio a los desatinos.»

Cervantes trastocó también a veces la sintaxis, como trastocaba capítulos y párrafos. Como cuando dice: «Pidió las llaves a la sobrina del aposento.» Menéndez Pidal *(Lenguaje de Lope de Vega)* defiende

esa postura, porque «la expresión irreflexiva e irracional tiene su sintaxis tan propia y legítima como la expresión lógica, porque las ocurrencias del gusto pueden sobreponerse a las razonables normas de lo justo», termina, haciendo un improvisado pareado.

Es la misma teoría que dan los cervantistas apasionados cuando se les recuerda los errores de fondo. Cervantes escribía como quería. Pero, de la misma forma que el autor del Quijote se cuidó mucho de ser tan libre en la segunda parte, es decir, tras haber leído las críticas hechas a la primera, igualmente se había burlado muchas veces de otras frases parecidas a la suya. Por ejemplo, en «*La Guarda cuidadosa*»:

> —Limosna para la lámpara de aceite de señora Santa Lucia.
>
> —¿Pedís para la lámpara o para el aceite de la lámpara? Que como decís limosna para la lámpara del aceite parece que la lámpara es del aceite y no el aceite de la lámpara.

Con lo que demuestra que no era una actitud deliberada sino un error posibilísimo, incluso para Cervantes, cuando se trata de una obra tan larga —y ancha— como el Quijote. Y no hay que rasgarse las vestiduras por ello, porque, como decían los clásicos, también dormitaba Homero de vez en cuando. Ni, por el otro lado, asegurar que los genios sólo se equivocaban cuando querían.

EL LOQUICUERDO (D. QUIJOTE)

El estilo español de hablar, especialmente el del Sur, obliga a repetir expresiones para precisar. Dado que el español es, generalmente, exagerado en sus definiciones, cuando esas definiciones corresponden a la realidad tiene que forzarlas. Así...

—Fulano es loco... pero no loco... ¡loco, loco!

Es decir, real y verdaderamente anormal, más digno de la camisa de fuerza que de la corriente. Hombre, en fin, de cuyos razonamientos jamás podrá fiarse uno.

Don Quijote, es sabido, corresponde a otra serie: la de los loquicuerdos, los que proceden en la vida con absoluta normalidad hasta que un elemento preciso, la referencia a una obsesión, le sacan de sus casillas.

El loco, loco está casi siempre seguro de lo que dice. El loquicuerdo sólo a medias. Veamos a don Quijote cuando intenta prepararse el «uniforme» de caballero andante, buscando entre las mohosas armas de sus abuelos.

Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vio que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un a modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera.

Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con

> que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Cosas extrañas empiezan a ocurrir en el Quijote desde que empieza. Unas son del natural descuido del autor. Si las armas eran de sus bisabuelos, ¿cómo iban a estar «luengos siglos» abandonadas en un rincón? Un bisabuelo de don Quijote —que habría nacido hacia primeros del xv— podía haber guerreado perfectamente bajo las órdenes de Juan II de Castilla y, por tanto, usar esas armas.

Sigamos con el relato. Para probar si era fuerte..., «sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo...». Si eso le pasó en el primero, ¿por qué iba a dar un segundo? Pero, psicológicamente, es más importante el último párrafo. Refuerza la celada y, «sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje». Ahí está la línea en zigzag que le guiará en todas sus aventuras. La ilusión le hace falta para mantener en la vida a un hombre pasada ya la media edad, tímido y retraído con las mujeres y a quien, por vez primera, se le abre un porvenir de gloria. Pero no quiere sufrir una desilusión prematura. La celada está ahí. Si la rompe de nuevo... habrá que volver a empezar quién sabe cuántas veces. Creamos, mejor; sí, está fuerte.

Don Quijote vivirá siempre mientras sea como tal, y antes de volver a ser Alonso Quijano o Quijada, en esa tesitura. Los molinos de viento son gigantes...

(Decía Ortega, ante las sonrisas de sus discípulos, al rememorar la aventura: Y ¿cómo saben ustedes que es absurdo tomar a molinos de viento por gigantes? ¿Cómo saben que los gigantes son muy diversos de los molinos de viento? ¿Quiénes han visto gigantes de verdad? Y es que, hasta los sueños, queremos tenerlos clasificados y con su ficha correspondiente.)

> —¡Válgame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?
>
> —Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—; que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y así es verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.
>
> —Dios lo haga como puede —respondió Sancho Panza. [I-8]

Igualmente le ocurre cuando «ve» llevando sus tropas a la batalla de Alifanfarón contra Pentapolín, cada uno con innumerables ejércitos. Arremeterá en favor de los segundos.

> Y diciendo esto, puso las espuelas a *Rocinante* y, puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.
>
> ...—Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote; que voto a Dios que son carneros y ovejas las que va a embestir. Vuélvase, ¡desdichado del padre que me engendró! ¿Que locura es ésta? Mire que no hay gigante ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados. ¿Qué es lo que hace, pecador soy yo a Dios?
>
> Ni por ésas volvió don Quijote; antes en altas voces iba diciendo:
>
> —Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del Arremangado Brazo, seguidme todos: veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana.
>
> Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas; y comenzó de alanceallas, con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron a saludalle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras; antes, discurriendo a todas partes, decía:
>
> —¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente a mí; que un caballero solo soy, que desea, de solo a solo, probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.
>
> Llegó en esto una peladilla de arroyo y, dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó, sin duda, que estaba muerto o malferido y, acordándose de su licor, sacó su alcuza, y púsosela a la boca, y comenzó a echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y diole en la mano y en el alcuza, tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole, de camino, tres o cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero; y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse a él los pastores y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa, recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y, sin averiguar otra cosa, se fueron.
>
> Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado a conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya

> los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse a él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole:
>
> —¿No le decía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba a acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

No, Sancho, no; ocurre lo mismo que con los molinos. Ha habido un cambio en el último momento:

> —Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa a los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vio que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero. [I-18.]

¿BACIA O YELMO?

La más curiosa de las ambivalencias de la locura y cordura de don Quijote se establece cuando arrebata al barbero la bacía que llevaba en la cabeza para protegerse de la lluvia. Y la discusión que se entabla en la venta; los amigos regocijados le dan la razón contra la opinión de un arriero que habla en lógica campesina:

> —¿Qué les parece a vuestras mercedes, señores —dijo el barbero—, de lo que afirman estos gentileshombres, pues aún porfían que ésta no es bacía, sino yelmo?
>
> —Y quien lo contrario dijere —dijo don Quijote—, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces.
>
> Nuestro Barbero, que a todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de don Quijote, quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla, para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero:
>
> —Señor barbero, o quien sois, sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo más ha de veinte años carta de examen, y conozca muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno; y ni más ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé también qué es yelmo, y qué es morrión, y celada de encaje, y otras cosas tocantes a la

milicia, digo, a los géneros de armas de los soldados; y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos no sólo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira; también digo que éste, aunque yelmo, no es yelmo entero.

—No, por cierto —dijo don Quijote—, porque le falta la mitad, que es la babera.

—Así es —dijo el Cura que ya había entendido la intención de su amigo el Barbero. Y lo mismo confirmó Cardenio, don Fernando y sus camaradas...

—¡Válame Dios! —dijo a esta sazón el barbero burlado—. ¿Que es posible que tanta gente honrada digo que ésta no es bacía, sino yelmo? Cosa parece ésta que puede poner en admiración a toda una Universidad, por discreta que sea. Basta; si es que esta bacía es yelmo, también debe ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.

—A mí, albarda me parece —dijo don Quijote—; pero ya he dicho que en eso no me entremeto.

—De que sea albarda o jaez —dijo el Cura—, no está en más de decirlo el señor don Quijote: que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja.

—Por Dios, señores míos —dijo don Quijote—, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva a decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y a Sancho no le fue muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas: sin saber cómo ni cómo no, vine a caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo agora en cosa de tanta confusión a dar mi parecer, será caer en juicio temerario. En lo que toca a lo que dicen que ésta es bacía, y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si ésta es albarda o jaez, no me atrevo a dar sentencia definitiva:[1] sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como a mí me parecían. [I-45.]

1. Pero como en este libro tan claro nada está realmente claro, unos minutos después basta que el cuadrillero diga «Tal albarda es como mi padre; y el que otra cosa ha dicho o dijera debe estar hecho uva», para que don Quijote responda «¡Mentís como un bellaco, villano!», y alzando el lanzón... le iba a descargar tal golpe que, a no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido. ¿Otro descuido de Cervantes? ¿O una nueva distorsión en el cerebro quijotesco?

Verdaderamente «como a mí me parecían». Don Quijote se considera distinto de las demás personas y, por ello, sujeto a posibles visiones de las que otros están inmunes. Ésta es su carga como puede ser su gloria. Ya lo había dicho unos capítulos antes a Sancho cuando éste dudaba de su afirmación mambrinesca.

> ...¿Qué es posible que en cuanto ha que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello ansí, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecernos o destruirnos; y así, eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa. [I-25.]

Los locos, ¿saben que están locos? No, por el contrario, aseguran estar cuerdísimos, y si les encierran como a tales aseguran que se debe a enemistades de sus familiares y amigos o a intentos de despojarles de su herencia. Don Quijote es original hasta en ello. Sus locuras son anunciadas como tales. Cuando quiere imita a Amadís de Gaula, haciendo locuras, porque supo que su Angélica la bella le había engañado con Medoro. Al argüirle Sancho que su caso es distinto porque no tiene prueba alguna de que Dulcinea haya hecho lo propio, habla con lógica, lógica de loco si se quiere, pero lógica al fin y al cabo. Ahí está el mérito.

> —Ahí está el punto —respondió don Quijote—, y ésa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado? Cuanto más, que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía Dulcinea del Toboso; que, como ya oíste decir a aquel pastor de marras, Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme. Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitación. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual a mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y, siéndolo, no sentiré nada. Ansí que de cualquiera manera que responda, saldré del conflito y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres, por cuerdo, o no sintiendo el mal que me aportares, por loco. [I-25.]

En toda la obra se repite con insistencia la dualidad de don Quijote. Cuando trata de cosas del tiempo presente es sensato. Pero cuando se relaciona con los libros de caballerías, no sólo es loco sino que quiere aparecer como tal. Cuando Sancho se vaya tendrá que hacerlo llevándose en la retina una muestra de esas locuras para que pueda, de verdad, afirmar cómo está su amo.

...Y así se fue, aunque todavía le importunaba don Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo:

—Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien: que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

—¿No te lo decía yo? —dijo don Quijote—. Espérate, Sancho, que en un credo las haré.

Y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego, sin más ni más, dio dos zapatetas en el aire y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a *Rocinante,* y se dio por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y así, le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fue breve. [I-25.]

Pero ¿era tan raro creer en los libros de caballerías? Porque eso le pasaba a mucha gente de la época. Ese género donde se narraban las aventuras de los Amadises, Florianes, Roldanes, etc., eran el alimento espiritual del pueblo. Cervantes, que ha hecho al posadero o ventero, a menudo, símbolo de una realidad picaresca y materialista que oponer al idealismo del hidalgo, le muestra, en cambio, convencido de que todo lo que cuentan los libros de caballerías es verdad... Primero:

—Ahora bien —dijo el Cura—, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver.

—Que me place —respondió él.

Y entrando en su aposento, sacó del una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y, abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primero libro que abrió vio que era «Don Cirongilio de Tracia»; y el otro, de «Félixmarte de Hircania»; y el otro, la historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes. Así como el Cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al Barbero y dijo:

—Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

—No hacen —respondió el Barbero—, que también sé yo llevallos al corral, o a la chimenea; que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

—Luego, ¿quiere vuestra merced quemar mis libros? —dijo

el ventero.

—No más —dijo el Cura— que estos dos: el de «Don Cirongilio» y el de «Félixmarte».

—Pues, por ventura —dijo el ventero—, ¿mis libros son herejes o flemáticos, que los quiere quemar?

—«Cismáticos» queréis decir, amigo —dijo el Barbero—; que no «flemáticos».

—Así es —replicó el ventero—. Mas si alguno quiere quemar, sea ése del Gran Capitán y dese Diego García; que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros.

—Hermano mío —dijo el Cura—, estos dos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos, y éste del Gran Capitán es historia verdadera y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual, por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo «Gran Capitán», renombre famoso y claro, y dél sólo merecido; y este Diego García de Paredes fue un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y, puesto con un montante en la entrada de un puente, detuvo a todo un innumerable ejército, que no pasase por ella; y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta, y las escribe él asimismo, con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes.

—¡Tomaos con mi padre! —dijo el dicho ventero—. ¡Mirad de qué se espanta; de detener una rueda de molino! Por Dios, ahora había vuestra merced de leer lo que leí yo de Félixmarte de Hircania: que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños. Y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató a todos, como si fueran manadas de ovejas. Pues, ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso como se verá en el libro, donde cuenta que navegando por un río, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él, así como la vio, se arrojó sobre ella, y se puso a horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir a lo hondo del río, llevándose tras de sí al caballero, que nunca la quiso soltar? Y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas cosas, que no hay más que oír. Calle, señor; que si oyese esto, se volvería loco de placer. ¡Dos higas para el Gran

Capitán y para ese Diego García que dice!

Oyendo esto Dorotea, dijo callando a Cardenio:

—Poco le falta a nuestro huésped para hacer la segunda parte de don Quijote.

—Así me parece a mí —respondió Cardenio—; porque, según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.

—Mirad, hermano —tornó a decir el Cura—, que no hubo en el mundo Félixmarte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejante que los libros de caballerías cuentan; porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores. Porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

—A otro perro con ese hueso —respondió el ventero—. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos, que quitan el juicio!

—Ya os he dicho, amigo —replicó el Cura—, que ello se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener a algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. [I-32.]

Esto es lo que más desconcertaba a quienes estaban acostumbrados a ser dirigidos, en política por el Rey, en religión por la Iglesia representada por la Santa Inquisición. Si había permiso de publicarlo, ¿cómo no iban a ser verdad? Por eso, en 1555, los procuradores piden se evite «el daño que en estos reinos ha hecho y hacen a hombres mozos y doncellas, y a otros géneros de gentes leer libros de mentiras y vanidades como son Amadís y todos los libros que después dél se han fingido de su calidad y lectura... que ningún libro déstos ni otros semejantes se lean ni impriman so graves penas, y los que ahora hay los manden recoger y quemar». (Rodríguez Marín. Ed. del Quijote, 1928. VII-3.)

(No se hizo, como no se prohibieron los toros a pesar de Pío V (1568), y la Inquisición no impidió fueran a América.)

EL CUERDILOCO (SANCHO)

Si los protagonistas de la obra representasen, uno la locura y el otro la cordura, como se empeña en pensar la mayoría de la gente, la novela tendría mucho menos interés. En lo físico y en lo moral hay, sí, un contraste. Pero un contraste hecho de matices. Y de la misma forma que don Quijote jugó las dos cartas, cuando le vino en gana, o cuando le convino, así reaccionó Sancho. Unamuno advirtió el primero cómo, a medida que don Quijote se hacía Sancho, Sancho se quijotizaba.

La culpa del tópico la han tenido, para empezar, las representaciones gráficas. Desde los primeros grabados se marcó a don Quijote como le había descrito el autor, «complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro». También describió al caballo de flaco aspecto.

En vista de lo cual, el primer dibujante consideró que sería gracioso llevar el contraste moral al físico y al lado del alto, delgado, o el espíritu, puso al bajo, gordo, la materia. Pero como ha notado Martín de Riquer, ¿cuándo se dice en el *Quijote* que Sancho era bajo y gordo? Todavía en un párrafo se advierte que Aldonza «le llevaba más de un palmo», pero no sabemos qué estatura tendría la muchacha, porque se la está imaginando el escudero. Y, desde luego, no se menciona jamás su gordura a no ser que quiera alguien colegirla de su hambre continua, lo que está más de acuerdo con una forzada esbeltez que con una gordura abacial. Por otra parte, el autor del libro sólo le permite llenarse el estómago en las Bodas de Camacho o en casa del caballero Verde Gabán, excepciones que él mismo señala en sus quejas, régimen que no le haría ganar demasiados kilos.

Da igual. Para todos los lectores del *Quijote,* Sancho es gordo y bajito. No hay quien pueda ya cambiar esta imagen.

Una de las muestras de la forma dual en que ven los personajes del

Quijote la realidad es la escena en que Sancho cuenta su fingida visita a Dulcinea. Don Quijote imagina lo que habrá visto. Sancho imagina también lo que ha visto porque tampoco estuvo allí. En principio ambos sueñan...

Pero el acierto de Cervantes es hacerles soñar de forma distinta, y cada uno de acuerdo con su personalidad, con sus estudios, con sus tradiciones, con su circunstancia, en fin. Don Quijote explica y aun anima con sus suposiciones a Sancho a contar cosas maravillosas: «Estaría ensartando perlas.» Pero Sancho no puede inventar lo que no ha tenido nunca en la mollera. Su descripción es la que corresponde a una moza del pueblo en que vive, ni más ni menos. Está trabajando y le dice que leerá la carta cuando termine su labor. Lo que haría cualquier campesina para la que es más importante el pan de cada día que lo que trae un extraño mensajero.

> —Todo eso no me descontenta; prosigue adelante —dijo don Quijote—. Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa con oro de canutillo, para éste su cautivo caballero.
>
> —No la hallé —respondió Sancho— sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.
>
> —Pues haz cuenta —dijo don Quijote— que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos. Y si miraste, amigo, el trigo, ¿era candeal, o trechel?
>
> —No era sino rubión —respondió Sancho.
>
> —Pues yo te aseguro —dijo don Quijote—, que ahechado por sus manos, hizo pan candeal, sin duda alguna. Pero pasa adelante; cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?
>
> —Cuando yo se la iba a dar —respondió Sancho—, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenía en la criba, y díjome: «Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está.»
>
> —¡Discreta señora! —dijo don Quijote—. Eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho. Y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿Qué te preguntó de mí? Y tú, ¿qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo; no se te quede en el tintero una mínima.
>
> —Ella no preguntó nada —dijo Sancho—; mas yo le dije de la manera que vuestra merced, por su servicio, queda haciendo penitencia desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna.

—En decir que maldecía mi fortuna dijiste mal —dijo don Quijote—; porque antes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. [I-31.]

«Alta» para don Quijote, es, naturalmente, de alcurnia; para Sancho es, simplemente, alta de tamaño. A don Quijote le parecería mal que su escudero se haya medido con ella. Medirse es igualarse, cosa que un criado no puede hacer nunca con una dama parecida. Don Quijote sigue enumerando las calidades que Ella tenía que tener según sus sueños. El olor sabeo o a Reina de Saba. Pero Sancho no tiene imaginación para ello. Una mujer de ese tipo y en ese trabajo, ¿a qué iba a oler?

—Tan alta es —respondió Sancho—, que a buena fe que me lleva a mí más de un coto.

—Pues, ¿cómo Sancho? —dijo don Quijote—. ¿Haste medido tú con ella?

—Medíme en esta manera —le respondió Sancho—: que llegándome a ayudar a poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo.

—Pues ¡es verdad —replicó don Quijote— que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma! Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a dalle nombre? Digo, ¿un tuho o tufo como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero?

—Lo que sé decir —dijo Sancho— es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.

—No sería eso —respondió don Quijote—; sino que tú debías de estar romadizado, o te debiste de oler a ti mismo; porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.

—Todo puede ser —respondió Sancho—; que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse; que un diablo parece a otro. [I-31.]

Sancho sólo entrará en el juego cuando se trate de las aventuras de su amo. Sabe que le hará feliz diciendo que los vencidos por su mano cumplieron con la promesa de ir a humillarse ante ella. Pero al llegar al regalo que a la Dama tenía que hacerle, Sancho volverá a su lógica campesina. ¿Qué presente puede dar una mujer pobre a un pobre hombre del campo? Un pedazo de queso.

—Y bien —prosiguió don Quijote—, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino. ¿Qué hizo cuando leyó la carta?

—La carta —dijo Sancho— no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escribir; antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la quería dar a leer a nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos y que bastaba lo que yo le había dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenía y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo. Y, finalmente, me dijo que dijese a vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseos de verle que de escribirle; y que, así le suplicaba, y mandaba que, vista la presente, saliese de aquellos matorrales y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese, porque tenía gran deseo de ver a vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije cómo se llamaba vuestra merced el Caballero de la Triste Figura. Preguntéle si había ido allá el vizcaíno de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien. También le pregunté por los galeotes; mas díjome que no había visto hasta entonces alguno.

—Todo va bien hasta agora —dijo don Quijote—. Pero dime: ¿qué joya fue la que te dio al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar a los escuderos, doncellas o enanos que les llevan nuevas a sus damas a ellos, a ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.

—Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debió de ser en los tiempos pasados: que ahora sólo se debe de acostumbrar a dar un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea, por las bardas de un corral, cuando della me despedí; y aun, por más señas, era el queso ovejuno.

—Es liberal en extremo —dijo don Quijote—; y si no te dio joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí a la mano para dártela; pero buenas son mangas después de Pascua: yo la veré, y se satisfará todo... [I-31.]

Poco a poco, a medida que va marchando al lado de don Quijote, Sancho aprenderá a mentir porque aprenderá a soñar. Cuando el Cura y el Barbero encierren al Caballero y le devuelvan al pueblo advirtiéndole que está encantado, Sancho les echará en cara que les ha destruido su porvenir. No recuerda siquiera que ha sido cómplice en la trampa tendida a don Quijote, y le irrita sobremanera que no le consideren capaz de llegar a altas cimas.

—¡Ah, señor Cura, señor Cura! ¿Pensaba vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino adón-

de se encaminan estos nuevos encantamentos? Pues sepa que le conozco, por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escasez la liberalidad. ¡Mal haya el diablo; que si por su reverencia no fuera, ésta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde, por lo menos, pues no se podía esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor el de la Triste Figura como de la grandeza de mis servicios! Pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí: que la rueda de la Fortuna anda más lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy están en el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa; pues cuando podían y debían esperar ver entrar a su padre por sus puertas hecho gobernador o visorrey de alguna ínsula o reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es más que por encarecer a su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que a mi señor se le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prisión de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso.

—¡Adóbame esos candiles! —dijo a este punto el Barbero—. ¿También vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? Vive el Señor, que voy viendo que le habéis de tener compañía en la jaula, y que habéis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseáis.

—Yo no estoy preñado de nadie —respondió Sancho—, ni soy hombre que me dejaría empreñar, del rey que fuese; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada a nadie; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras; y debajo de ser hombre puede venir a ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula, y más pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte a quién dallas. Vuestra merced mire cómo habla, señor Barbero; que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro a Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y a mí no se me ha de echar dado falso. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor meneallo. [I-47.]

«Cada uno es hijo de sus obras *(hijo de algo, hidalgo)* y debajo de ser hombre puede venir a ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula.» ¿Por qué no? Cervantes recompensará esa fe del escudero en la segunda parte de la obra. No importa que sea un truco de los Duques. Sancho «será» gobernador. ¿Cómo no enloquecer con ello?

Y así, cuando la aventura del Clavileño, será él el que invente, cuando don Quijote no notaba nada.

...Preguntó la Duquesa a Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió:

—Yo, señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, a quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto a las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos y por allí miré hacia la tierra, parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas; porque se vea cuán altos debíamos de ir entonces.

A esto dijo la Duquesa:

—Sancho amigo, mirad lo que decís; que, a lo que parece, vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y claro está que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.

—Así es verdad —respondió Sancho—; pero, con todo eso, la descubrí por un ladito, y la vi toda.

—Mirad, Sancho —dijo la Duquesa—, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira.

—Yo no sé esas miradas —replicó Sancho—; sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que, pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuesa merced cómo, descubriéndome por junto a las cejas, me vi tan junto al cielo, que no había de mí a él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande además. Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, ¡me dio una gana de entretenerme con ellas un rato...! Y si no la cumpliera, me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo, y ¿qué hago? Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante. [II-41.]

Y entonces tiene que acercarse don Quijote a Sancho y decirle al oído:

> —Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más. [II-41.]

Don Quijote está ya rindiéndose a la realidad, don Quijote está ya cediendo en sus sueños. Sancho, en cambio, va remontándose; ahora su amo le trata con igualdad, de «vos», en lugar de tutearle como antes; ya están ambos en la misma zona. La del engaño.

Pero, de pronto, sus caminos se cruzan: Don Quijote es vencido por el caballero de la Blanca Luna y promete renunciar a sus aventuras, y Sancho ¿también tendrá que renunciar a sus sueños, en los que cree tanto o más que su señor?

> ...Levantaron a don Quijote, descubriéndole el rostro, y hallaronle sin color y trasudando. *Rocinante*, de puro mal parado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué hacerse: parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veía a su señor rendido y obligado a no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento. [II-64.]

El cuerdo se ha ido pasando al bando contrario. Cuando don Quijote hace su última y definitiva declaración de sensatez, será Sancho, el representante oficial de la sensatez según el tópico, el que se rebelará contra la decisión, pidiéndole volver a las aventuras. Y si no puede ser la de las caballerías, harto peligrosas, al otro ensueño de la literatura del tiempo, el que trajo el Renacimiento con Salicio y Nemoroso. La bucólica:

> Y volviéndose a Sancho, le dijo:
>
> —Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.
>
> —¡Ay! —respondió Sancho llorando—. No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber cinchado mal a *Rocinante* le derribaron; cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana. [II-74.]

LO SEXUAL EN EL QUIJOTE

Unamuno no era psicoanalista y, sin embargo, vio, como podría haber hecho el mejor de ellos, el problema sexual de don Quijote; casto, tímido, enamorado totalmente de una muchacha a la que no se atreve a decirle su sentimiento, sublimiza esa pasión y decide ofrecerle un imperio con la fuerza de su brazo.

«Fue —dice Cervantes de su creación— el más casto enamorado y el más valiente caballero.» Es el final del prólogo. Y en el capítulo primero precisa más, cuando las hazañas que va a emprender le obligan, como a buen caballero andante, a tener dama a quien ofrecérselas.

> ...Y fue a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo. [I-1.]

O por lo contrario, dice Unamuno, las emprendía precisamente por ella:

> ¿Y no había, pobre caballero, en el peso de este tu desencanto un recuerdo de aquella garrida Aldonza por la que suspiraba doce años ha sin más que haberla visto cuatro veces? «Si mi Dulcinea [del Toboso] saliese de los [trabajos] que padece», decía mi pobre don Quijote y en tanto pensaba dentro de ti Alonso Quijano; oh si el imposible por ser imposible se cumpliese merced a mi locura, si Aldonza movida a compasión y encantada por la locura de mis proezas, viniese a romper mi vergüenza, esta vergüenza de pobre hidalgo entrado en años y henchido de amor, oh entonces, «mejo-

rándose mi ventura y adobándoseme el juicio», encaminaría mis pasos a una vida de amor dichoso. ¡Oh mi Aldonza, mi Aldonza, tú pudiste llevarme por mejor camino del que llevo pero... es ya tarde! ¡Te encontré muy tarde en mi vida! ¡Oh misterios del tiempo! ¡Contigo habría sido yo héroe, pero un héroe sin locura; contigo, éste mi esfuerzo heroico habríase enderezado a hazañas de otra laya o de otro alcance; contigo en vez de estas burlas habría derramado fecundas veras por los campos de mi patria! [*Vida de don Quijote y Sancho,* II-LVIII.]

En todo el libro, la imaginación de Cervantes andará cerca de lo erótico sin atreverse a entrar en él, de la misma forma que tantas almas castas gustan de chistes de doble sentido. Empieza ya por oponer, a la limpia empresa del Quijote, «dos mujeres mozas destas que llaman del partido». Hay una triste ironía en las primeras palabras del caballero.

> —Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno; ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.
>
> Mirábanle las mozas...; mas como se oyeran llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa... [I-2.]

(Uno de los aspectos cómicos más eficaces del *Quijote* se ha perdido con los años. Dado que todo el lenguaje del libro, nos parece antiguo, no podemos calibrar el efecto que produciría en la gente de entonces quien hablara como un siglo antes («non fuyan», por ejemplo, cuando ya se decía «no huyan» en español). Lo más parecido nos sería que alguien se acercase a nosotros diciendo: «Caballero, ¿podéis decirme si el petimetre es el cortejo de esa dama?»)

El rito de armar caballero era de significación religiosa, y el catecúmeno tenía que lavarse para estar limpio por fuera, como comulgar para estarlo por dentro. (Cervantes no cree necesario lo segundo, quizá para evitar que la Inquisición le persiguiera por mezclar lo sagrado a lo cómico.) Igualmente debían de ser de gran clase y virtud las damas que le calzaban espuelas y le ceñían espada (recordemos a doña Urraca haciéndolo con don Rodrigo). Una de las madrinas será la ramera Tolosa y otra la Molinera, a quienes el caballero dará el don por agradecimiento.

La doncellez es una obsesión del autor porque era una obsesión de la época. Ironiza sobre ella en el describir el carácter del caballero que fue...

...el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y a desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad a cuestas, de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algún follón o algún villano de hacha de capellina, o algún descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día debajo del tejado, se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había parido. [II-11.]

En esa descripción hay más bien burla que el respeto que un español del tiempo debía tener hacia algo tan valorado. Pero, en otro capítulo, se vuelve a mencionar esa virtud y la conclusión es curiosa. Está hablando don Quijote a los cabreros...

> ...Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra, entretejidas, con lo que quizás iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos.
>
> ...Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. [I-11.]

Tras de lo cual no resulta nada claro si don Quijote considera mejor que una muchacha deje de ser virgen por su gusto y propia voluntad, y le parezca mal que lo haga por «la amorosa pestilencia». Dicho así, parece que don Quijote encuentra más natural la forma pagana de darle satisfacción al cuerpo cuando éste lo pide que cuando es el amor lo que le obliga a ello. Así hablará Marcela, cuando rechaza la acusación de cruel porque alguien por ella se suicidara.

> ...Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intención de aquel que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas e industrias, procura que la pierda?
>
> ...Que si a Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? [I-14.]

La defensa de esa mujer es su falta de coqueteo, su negativa a provocar como no sea con algo de quien ella no es responsable: su belleza. En un gesto noble y generoso, don Quijote protege su retirada ante el acoso de los mozos.

Más difícil le resulta arreglar el asunto sexual del capítulo siguiente, pero la culpa no es esta vez humana sino equina. A Cervantes se le ocurre esta vez que de la aventura erótica sea protagonista el menos capacitado de los cuatro, es decir, el caballo.

> No se había curado Sancho de echar sueltas a *Rocinante,* seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte, y el diablo (que no todas veces duerme), que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos harrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugar y sitios de yerba y agua, y aquél donde acertó a hallarse don Quijote era muy a propósito de los yangüeses. Sucedió, pues, que a *Rocinante* le vino el deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomó un trotico algo picadillo y se fue a comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que, a lo que pareció, debían de tener más gana de pacer que de él, recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que a poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla, en pelota. Pero lo que él debió

> más sentir fue que, viendo los harrieros la fuerza que a sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo. [I-15.]

...Y llevarle a la venta, donde la imaginación del autor buscará otra escena de características sexuales rematadas en el ridículo. La protagonista será moza asturiana que sirve, y cuya descripción tenía que provocar ya la risa...

> ...Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó a la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama a don Quijote, en un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años; en el cual también alojaba un harriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote. [I-16.]

Ya está, como en cualquier vodevil, planteada la situación. Una moza fácil, dos camas juntas, un posible error. Que naturalmente sobreviene...

> Había el harriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iría a buscar y satisfacer el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamás dio semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy de hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado. [I-16.]

Por su parte, don Quijote soñaba, medio despierto, que...

> ...haber llegado a un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél y

prometido que aquella noche, a furto de sus padres, vendría a yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera, que él se había fabricado, por firme y valedera, se comenzó a acuitar y a pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la mesma reina Ginebra con su dama Quintañona se le pusiesen delante. [I-16.]

La obsesión del reprimido tiene aquí su mayor prueba. Sus instintos le hacen creer —y en el fondo desear— que alguien irá a verle y a calmar sus ansias. Su juramento de castidad y de fidelidad a Dulcinea le hacen rechazar la tentación, pero léase bien la escena. El rechazo no es definitivo. El pobre de don Quijote quisiera y no puede; se niega pero no le suelta la mano, como si, inconscientemente, esperara un milagro que le librara de su juramento. El final es definitivo: «Que si esto no hubiera por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.»

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fue menguada) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán, con tácitos y atentados pasos, entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del harriero; pero apenas llegó a la puerta, cuando don Quijote la sintió, y, sentándose en la cama, a pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir a su fermosa doncella. La asturiana, que, recogida y callando, iba con las manos delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y, aunque ella era de harpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio; pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mesmo sol escurecía. Y el aliento, que, sin duda alguna, olía a ensalada fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y, finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver el mal ferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que ni el tacto, ni el aliento, ni otras

cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera harriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura. Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó a decir:

—Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir a los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que, aunque de mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra, fuera imposible. Y más, que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos: que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.

Maritornes estaba congojadísima y trasudando, de verse tan asida de don Quijote, y, sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba, sin hablar, desasirse. El bueno del harriero, a quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decía, y, celoso de que la asturiana le hubiese faltado a la palabra por otro, se fue llegando más al lecho de don Quijote, y estúvose quedo, hasta ver en qué paraban aquellas razones, que él no podía entender; pero como vio que la moza forcejaba por desasirse y don Quijote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan horrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre;... [I-16.]

Aún después de la paliza, vuelve don Quijote a soñar en el amor físico que se fue. Apenas había tocado la mano de Maritornes, pero su descripción es la mitómana, típica de quien sueña las aventuras amorosas que no pudo haber.

...has de saber [*cuenta a Sancho*] que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y, por contártela en breve, sabrás que poco ha que a mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¿Qué te podría decir del adorno de su persona? ¿Qué de su gallardo entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo a mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio? Sólo te quiero

decir que, envidioso el cielo de tanto bien como la aventura me había puesto en las manos, o quizá (y esto es lo más cierto) que, como te tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venía, vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante y asentóme una puñada en las quijadas, tal, que las tengo todas bañadas en sangre; y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los harrieros, que, por demasías de *Rocinante,* nos hicieron el agravio que sabes. [I-17.]

La obsesión de la tentación que le va asaltar sigue en la segunda parte, aunque don Quijote demuestre en mil cosas que los años no han pasado en vano por él ni por su autor y padre. Cuando Altisidora finge hablar de él como enamorada:

> ...Luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba a tener secreta su voluntad, temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante a su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar a entender que allí estaba, dio un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que don Quijote las oyese. Recorrida, pues, y afinada la harpa, Altisidora dio principio a este romance:
>
> *—¡Oh tú, que estás en tu lecho.*
> *Entre sábanas de holanda,*
> *Durmiendo a pierna tendida*
> *De la noche a la mañana!*
> *¡Caballero el más valiente*
> *Que ha producido la Mancha,*
> *Más honesto y más bendito,*
> *Que el oro fino de Arabia!*
> *Oye a una triste doncella,*
> *Bien crecida y mal lograda,*
> *Que en la luz de tus dos soles*
> *Se siente abrasar el alma...*
> [II-44.]

En el arrebato de don Quijote está implícita la represión a que antes aludíamos. Su promesa le obliga a la fidelidad, cuando él bien quisiera aceptar el envite como con la Maritornes, que creía hija del castellano.

...Aquí dio fin el canto de la malferida Altisidora, y comenzó el asombro del requirido don Quijote, el cual, dando un gran suspiro, dijo entre sí: «—¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore...! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar a solas gozar de la incomparable firmeza mía...! ¿Qué la queréis, reinas? ¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Por qué la acosáis, doncellas de a catorce a quince años? Dejad, dejad a la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que Amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar; para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás, las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje; para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo. Llore o cante, Altisidora; desespérese Madama por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado; que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido o asado, limpio, bien criado y honesto, a pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra.»

Y con esto, cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho... [II-44.]

«Despechado y pesaroso»; ¡qué poco sentido de conformidad con su juramento de fidelidad muestran estas palabras!

La obsesión de don Quijote sigue. Teme más tarde que vuelva a ser Altisidora y de nuevo se obliga a guardar fidelidad. Pero cuando la que entra es la dueña, piensa que es la alcahueta.

—Dígame, señora doña Rodríguez —dijo don Quijote—: ¿por ventura viene vuesa merced a hacer alguna tercería? Porque le hago saber que no soy yo de provecho para nadie, merced a la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. [II-48.]

La dama niega, indignada, ese trabajo: «Aún no estoy en edad tan prolongada que me acoja a semejantes niñerías.» Pero, entonces, al obsesionado don Quijote le surge otra sospecha. Su monólogo es revelador, especialmente al hablar de los «deseos que duermen»:

Quedó don Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y parecíales ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper a su señora la fe prometida, y decíase a sí mismo: «Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, muchas veces y a muchos discretos que, si él puede, antes os la dará roma que aguileña. Y ¿quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertará mis deseos que duermen y harán que al cabo de mis años venga a caer donde nuca he tropezado? Y en casos semejantes, mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso; que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo. ¿Por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿Por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? ¡Afuera, pues, caterva dueñesca, inútil para ningún humano regalo! ¡Oh, cuán bien hacía aquella señora de quien se dice que tenía dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servían para la autoridad de la sala aquellas estatus como las dueñas verdaderas!» Y diciendo esto, se arrojó del lecho, con intención de cerrar la puerta y no dejar entrar a la señora Rodríguez; mas cuando la llegó a cerrar, ya la señora Rodríguez volvía encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vio a don Quijote de más cerca, envuelto en la colcha, con las vendas, galocha, o becoquín, temió de nuevo, y retirándose atrás, como dos pasos, dijo:

—¿Estamos seguras, señor caballero? Porque no tengo a muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho.

—Eso mesmo, es bien que yo pregunte, señora —respondió don Quijote—: y así, pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado.

—¿De quién, o quién, pedís, señor caballero, esa seguridad? —respondió la dueña.

—A vos y de vos la pido —replicó don Quijote—; porque ni soy de mármol, ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aún un poco más, según imagino, y en una distancia más cerrada y secreta que la debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó a la hermosa y piadosa Dido. Pero dadme, señora, la mano; que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas.

Y diciendo esto, besó su derecha mano, y la asió de la suya que ella le dio con las mesmas ceremonias.

El problema de la pérdida de la virginidad es continuo en el *Quijote*. En uno de los cuentos intercalados de la primera parte, Dorotea explica el acoso que le hizo Fernando y, con ello, toda una estampa de la sociedad de la época: la diferencia de estados, la intervención de criados, la obligada defensa de la honra sin lo cual no hay nada. «Por los resquicios o por el aire con el celo la amorosa solicitud se les entra la amorosa pestilencia», había advertido don Quijote en su discurso a los cabreros. Algo así sucede a Dorotea.

> —Y no me hubieron bien visto, cuando (según él dijo después) quedó tan preso de mis amores cuanto lo dieron bien a entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa; dio y ofreció dádivas y mercedes a mis parientes; los días eran todos de fiesta y regocijo en mi calle; las noches no dejaban dormir a nadie las músicas; los billetes que, sin saber cómo, a mis manos venían, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y juramentos. Todo lo cual no sólo no me ablandaba, pero me endurecía de manera como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme a su voluntad hacía, las hiciera para el efecto contrario; no porque a mí me pareciese mal la gentileza de don Fernando, ni que tuviese a demasía sus solicitudes; porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mil alabanzas; que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece a mí que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas. Pero a todo esto se oponían mi honestidad, y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabían la voluntad de don Fernando, porque ya a él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama y que considerase la desigualdad que había entre mí y don Fernando, y que por aquí echaría de ver que sus pensamientos (aunque él dijese otra cosa) más se encaminaban a su gusto que a mi provecho; y que si yo quisiese poner en alguna manera algún inconveniente para que él se dejase de su injusta pretensión, que ellos me casarían luego con quien yo más gustase, así de los más principales de nuestro lugar como de todos los circunvecinos, pues todo se podía esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decían, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder a don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de lejos, esperanza de alcanzar su deseo. [I-28.]

Hasta aquí parece que el tal Fernando tenía bien pocas posibilidades, pero él juega una carta audaz. Entra en el cuarto de la muchacha. Recuérdese que en ese tiempo la deshonra no era tanto lo que ocurría sino lo que la gente creyera que ocurriera. (Ya veremos la exageración de ese tema en Calderón de la Barca.) Un hombre que lograra penetrar en una habitación, cuando la criada resultaba, además de cómplice, testigo, no tenía más ventajas. La reputación de la muchacha estaba ya perdida y, por tanto, la entrega dependía sólo de unas mínimas promesas de casamiento.

> ...fue que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servía, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que, por descuido, mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera, que me quitó la de mis ojos y me enmudeció la lengua; y así, no fui poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó a mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme según estaba turbada), comenzó a decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hacía el traidor que sus lágrimás acreditasen sus palabras, y los suspiros su intención. [I-28.]

Cervantes insinúa que durante todo ese tiempo Fernando no deja de unir la acción con la palabra para conseguir sus propósitos, y ella llega a una conclusión que no la define precisamente como heroína de su castidad. ¿Por qué no iba yo a ser la esposa del hijo de un duque?

> Yo, a esta razón, hice un breve discurso conmigo, y me dije a mí mesma: «Sí, que no seré yo la primera que por vía de matrimonio haya subido de humilde a grande estado, ni será don Fernando el primero a quien hermosura, o ciega afición (que es lo más cierto), haya hecho tomar compañía desigual a su grandeza. Pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir a esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en éste no dure más la voluntad que me muestra de cuanto dure el cumplimiento de su deseo; que, en fin, para con Dios seré su esposa. Y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que, no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré a quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podía dar el que no supiere cuán sin ella he venido a este punto: porque ¿qué razones serán bastante para persuadir a mis padres, y a otros, que este caballero entró en mi

aposento sin consentimiento mío?» Todas estas demandas y respuestas resolví en un instante en la imaginación, y, sobre todo, me comenzaron a hacer fuerza y a inclinarme a lo que fue, sin yo pensarlo, mi perdición, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba y, finalmente, su disposición y gentileza, que, acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir a otro tan libre y recatado corazón como el mío. Llamé a mi criada, para que en la tierra acompañase a los testigos del cielo: tornó don Fernando a reiterar y confirmar sus juramentos; añadió a los primeros nuevos santos por testigos; echóse mil futuras maldiciones, si no cumpliese lo que me prometía; volvió a humedecer sus ojos y a acrecentar sus suspiros; apretóme más entre sus brazos, de los cuales jamás me había dejado, y con esto, y con volverse a salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo y él acabó de ser traidor y fementido. [I-28.]

Pocas veces se ha dicho algo más grave e importante en menos líneas que las usadas por Cervantes: «Y con volverse a salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo.»

Naturalmente, Fernando la abandona después, aunque la historia se remata felizmente, pero hay en la caída una moraleja que ya había precisado don Quijote; a saber, la necesaria igualdad social de los contrayentes.

Honestidad forzada, honestidad con gusto; se defiende cuando se quiere y muchas de las violadas lo son por su cuenta y razón. El escepticismo cervantino hacia la mujer que acusa gratuitamente, está claramente establecido en el proceso que tuvo que fallar Sancho como gobernador de la Ínsula Barataria. Una mujer se lamenta de que la han forzado. Él asegura que fue arreglo mutuo. El gobernador le condena a pagarla y luego...

—¡Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la iré a buscar al cielo! Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y, ¡desdichada de mí!, me ha llevado lo que yo tenía guardado más de veinte y tres años ha, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo, siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, o como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias a manosearme.

—Buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aquí con ella.

Y no lo dijo a tonto ni a sordo; porque luego partió como un rayo y fue a lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin, de aquel pleito, y de allí a poco volvieron el hombre y la mujer, más asidos y aferrados que la vez primera, ella la saya levantada y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela; mas no era posible, según la mujer la defendía, la cual daba voces diciendo:

—¡Justicia de Dios y del mundo! Mire vuesa merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en la mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme.

—Y ¿háosla quitado? —preguntó el gobernador.

—¿Cómo quitar? —respondió la mujer—. Antes me dejara yo quitar la vida que me quiten la bolsa. ¡Bonita es la niña! ¡Otros gatos me han de echar a las barbas, que no este desventurado y asqueroso! ¡Tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes a sacármela de las uñas, ni aun garras de leones: antes el ánima de en mitad en mitad de las carnes!

—Ella tiene razón —dijo el hombre—, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mías no son bastante para quitársela, y déjola.

Entonces, el gobernador dijo a la mujer:

—Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa.

Ella se la dio luego, y el gobernador se la volvió al hombre y dijo a la esforzada, y no forzada:

—Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza. Andad con Dios, y mucho de enhoramala, y no paréis en toda esta ínsula, ni en seis leguas a la redonda, so pena de doscientos azotes. ¡Andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora!

Espantóse la mujer, y fue cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre:

—Buen hombre, andad con Dios a vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no lo queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. [II-45.]

Los elementos espirituales y materiales del *Quijote* están intercalados como los de la locura y la sensatez, pasando de lo más elevado a lo más soez, desde el canto de amor del enamorado a la grosería de la defecación de Sancho en la aventura de los batanes. He aquí a don Quijote explicando a Sancho por qué ha elegido por señora de sus pensamientos a quien su escudero acaba de conocer como Aldonza Lorenzo.

—Bien la conozco —dijo Sancho— que tira tan bien barra con el más forzudo zagal de todo el pueblo...

Por cierto, Sancho habla así como si se tratara del mismo pueblo de donde es él, cuando Cervantes había advertido que era de un lugar vecino al principio del libro.

—...pero bien considerado, [Sancho ha hablado de ella como alta dama, inspiradora de las hazañas quijotescas] ¿qué se la he de dar a la señora Aldonza Lorenzo, digo a la señora Dulcinea del Toboso, de que vuestra merced le envía y ha de enviar? Porque podría ser que al tiempo que ellos llegaran estuviese ella rastrillando lino o trillando en las eras y ellos se corriesen de verla y ella se riese y enfadase del presente.

Sancho no puede imaginar de otra manera a Aldonza. Ya lo hemos visto. Pero aquí nos interesa la asombrosa comparación materialista que hace don Quijote para explicar su elección espiritual.

—Ya tengo dicho antes de agora muchas veces, Sancho dijo don Quijote—, que eres muy grande hablador y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oyas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y, sobre todo, desenfadada, se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo; alcanzólo a saber su mayor, y un día dijo a la buena viuda, por vía de fraternal reprehensión: «Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger, como entre peras, y decir: "Éste quiero, aquéste no quiero."» Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: «Vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles.» Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra.

Hay que advertir que «en esta casa» se refiere a un convento, lo que explica la alusión a los teólogos. Entre editores y editores han ido depurando la moral de la frase. Los puritanos, contra lo que mucha gente cree, son los modernos y los desvergonzados los antiguos. Al menos en la literatura española.

DON QUIJOTE ENVEJECE

En la segunda parte, don Quijote ha envejecido como ha envejecido —siete años han pasado para un hombre nada joven— su creador, Cervantes. Los sueños de grandeza son menores, sus ánimos más apocados. Llega un momento en que incluso huya —¡don Quijote huyendo!— atemorizado. Ocurre tras la aventura de los rebuznos, cuando, tras haber conseguido don Quijote el poner paz entre los dos pueblos que querían matarse por el recuerdo del lance, se le ocurre a Sancho mostrar sus habilidades como rebuznador.

> Y luego, puesta la mano en las narices, comenzó a rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto a él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo, que en la mano tenía, y diole tal golpe con él, que, sin ser poderoso a otra cosa, dio con Sancho Panza en el suelo. Don Quijote, que vio tan mal parado a Sancho, arremetió al que le había dado, con la lanza sobre mano; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle; antes, viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabuces, volvió las riendas a *Rocinante,* y a todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón a Dios que de aquel peligro le librase, temiendo a cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho; y a cada punto recogía el aliento, por ver si le faltaba. Pero los del escuadrón se contentaron con verle huir, sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para seguirle;

> pero el rucio siguió las huellas de *Rocinante,* sin el cual no se hallaba un punto. Alongado, pues, don Quijote buen trecho, volvió la cabeza y vio que Sancho venía, y atendióle, viendo que ninguno le seguía. [II-27.]

Igualmente quiso el autor humillarle más. Las bromas de los Duques son más tristes que las que le hicieron los anteriores enemigos, por ser cometidas por quienes, por su nacimiento y educación, tendrían que respetar al sentido heroico del heroico hidalgo.

Don Quijote se ha hecho viejo. Y como en las casas donde los antiguos criados van tomando cada vez más confianza con ellos, apoderándose de los mandos de la familia. El Sancho Panza humilde y voluntarioso de la primera parte, es aquí un personaje independiente, hasta el punto que Cervantes le hace protagonista de varios de los episodios como los ocurridos en la Ínsula Barataria, sin que don Quijote aparezca. Como buen observador, Cervantes lo es también de su libro, y comprueba cómo va tomando carácter e importancia la figura de Sancho.

> —¿Es vuestro escudero éste? —preguntó el del Bosque.
> —Sí es —respondió don Quijote.
> —Nunca he visto yo escudero —replicó el del Bosque— que se atreva a hablar donde habla su señor...
> —Pues a fe —dijo Sancho— que he hablado yo y puedo hablar delante de otro tan... Y aun quédese así y que es peor meneallo. [II-12.]

Su iniciativa llegará a más, llegará a inventar él, es decir, a ocupar el puesto de su señor a la hora de imaginar, cuando asegura que Dulcinea es una moza rústica que llega con otras montadas en sus borricas. Don Quijote, que ha visto castillos donde sólo hay ventas, no puede ver fantasías que no procedan de su propia imaginación. Es uno de los pasajes más interesantes de su locura cuerda.

> Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca a las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vio sino a las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó a Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.
> —¿Cómo fuera de la ciudad? —respondió—. ¿Por ventura, tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son éstas, las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol a medio día?

—Yo no veo, Sancho —dijo don Quijote—, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

—¡Agora me libre Dios del diablo! —respondió Sancho—. Y ¿es posible que tres hacaneas, o como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan a vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad!

—Pues yo te digo, Sancho amigo —dijo don Quijote—, que es tan verdad que son borricos, o borricas, como yo soy don Quijote y tú Sancho Panza; a lo menos, a mí tales me parecen.

—Calle, señor —dijo Sancho—; no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca.

Y diciendo esto, se adelantó a recibir a las tres aldeanas, y apeándose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:

—Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

A esta sazón ya se había puesto don Quijote de hinojos junto a Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante a su compañera; pero rompiendo el silencio, la detenida, toda desgraciada y mohína, dijo:

—Apártense, nora en tal, del camino, y déjenmos pasar; que vamos de priesa.

A lo que respondió Sancho:

—¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia a la coluna y sustento de la andante caballería?

Oyendo lo cual otra de las dos, dijo:

—Mas ¡jo, que te estrego, burra de mi suegro! ¡Mirad con qué se vienen los señoricos ahora a hacer burlas de las aldeanas, como si aquí no supiésemos de echar pullas como ellos! Vayan su camino, e déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano.

—Levántate, Sancho —dijo a este punto don Quijote—; que ya veo que la Fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados

> los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago la humildad con que mi alma te adora.
>
> —¡Tomá que mi agüelo! —respondió la aldeana—. ¡Amiguita soy yo de oír resquebrajos! Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos. [II-10.]

Desde este momento irá don Quijote de mal en peor. Su descripción de la aventura de la cueva de Montesinos llegará incluso a la chocarrería y al mal gusto, como si la zafiedad de Sancho se le contagiara. El criado irá subiendo. Aprenderá a inventar, a su vez, y a reírse del caballero cuando vea que cree lo que él inventa; y aún llegará a más. Llegará a golpearle cuando don Quijote quiera azotarle para desencantar a Dulcinea. Todo ello va marcando el desánimo en el ánimo del caballero.

Y, después, la derrota física seguirá a la moral. El Caballero de la Blanca Luna le vencerá. Es, disfrazado, Sansón Carrasco; para Papini, el auténtico traidor de la obra:

> ...sabio a medias, hombre mediocre, ni perfectamente ignorante como Sancho ni perfectamente iluminado como don Quijote y que en su pasión por la sabiduría común... para reducir la feliz vehemencia de don Quijote a la melancolía desilusionada del buen sentido recurre a todos los expedientes; se disfraza de caballero errante; vence en singular combate al heroico loco y lo constriñe a prometerle no empuñar más la lanza ni la espada. Así, el pobre don Quijote vuelve triste y descorazonado a su vieja casa, se consume en la rabia del vencimiento y, cercano a la muerte, se convierte, estúpidamente, a la sabia mediocridad de la vida común, con gran satisfacción de la sobrina, del cura, del barbero y del traidor Bachiller... Él y no Sancho representa la contradicción y el mentís al valeroso e infortunado buscador de aventuras; y todos los locos, todos los idealistas, todos los héroes, todos los mártires del mundo, deben execrar en el nombre de Sansón Carrasco a quienes levantaban las rejas de la prudencia

contra los vuelos del sueño y del ingeniero, [PAPINI, GIOVANNI, *Stroncature.*]

Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al visorrey la licencia que se les daba, y don Quijote hizo lo mesmo; el cual, encomendándose al cielo de todo corazón y a su Dulcinea (como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían), tornó a tomar otro poco más del campo, porque vio que su contrario hacía lo mesmo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos a un mesmo punto las riendas a sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó a don Quijote a dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza (que la levantó, al parecer, de propósito), que dio con *Rocinante* y con don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fue luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:

—Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo:

—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.

—Eso no haré yo, por cierto —dijo el de la Blanca Luna—: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí lo fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Todo esto oyeron el visorrey y don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliría como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesión, volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al visorrey, a medio galope se entró en la ciudad. [II-64.]

Triste escena anota Heine, el gran poeta alemán, siglos después...

Era un día triste. Feos nubarrones grises cubrían el cielo gris. Desprendíanse dolorosamente las hojas amarillas de los árboles. Pesadas lágrimas de lluvia estaban suspendidas en las últimas flores, cuyas cabezas se inclinaban melancólicas. Los ruiseñores habían enmudecido hacía tiempo. La imagen de la

decadencia de todas las cosas se extendía en torno mío y mi corazón estuvo a punto de estallar, cuando leí cómo el noble caballero tendido y cubierto de polvo sin levantar la visera, elevando hacia el vencedor la voz hueca y débil que parecía salir de una tumba le dijo: «Dulcinea es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra.»

...Era muy niño; no estaba al tanto de la ironía que Dios ha creado en su universo y que el gran poeta ha imitado en el suyo.

Derrotado en el alma por el encanto de Dulcinea, derrotado en el campo por Sansón Carrasco, don Quijote vuelve a la razón antes de morir. Con él se está despidiendo también de la vida su autor, que lo hará poco después...

—Las misericordias —respondió don Quijote—, Sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, Sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte...

—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necesidad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron, sin duda, que alguna nueva locura le había tomado. Y Sansón le dijo:

—¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso? Y ¿agora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida, como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle, por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos.

—Los de hasta aquí —replicó don Quijote—, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa: déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el escribano. [II-74.]

Pero en esa entrega, esa humildad aparente, surge todavía un grito de orgullo y de rabia. «Don Quijote» fue creado por Cervantes —aquí Cide Hamete— y nadie puede reinventarlo resucitándolo. ¡Qué angustioso el recuerdo de Avellaneda!

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma: «Aquí quedarás, colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que a ti lleguen, les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

¡Tate, tate, folloncicos!
De ninguno sea tocada;
Porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo, tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuya noticia llegaron, así en éstos como en los extraños reinos. Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto

de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo de poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballería, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna.» Vale. [II-74.]

CERVANTES, ¿ORTODOXO O HETERODOXO?

«Lo que Cervantes fuera en sus reflexiones consigo mismo, él lo sabría. Su obra, lo impreso por él, descubre a una persona muy preocupada religiosamente y más atenta al "alma" que "a los respetos humanos".»

Américo Castro me contestaba así (carta 21 noviembre 1966) a una pregunta que le había hecho yo al empezar a preparar este libro. Es decir, ¿cuál es la religiosidad de Cervantes?

La fama del escritor español más importante produce una polémica entre liberales en religión y ortodoxos, cada uno intentando llevar a su molino teológico el agua cervantina, intentando probar con textos sus propias concepciones. Se analiza, se escudriña...

...y se corrigen textos para favorecer distintas interpretaciones. He aquí lo que pasa con una frase famosa de don Quijote repetida por todos, incluso por gente que se llama culta.

«Con la Iglesia hemos topado, Sancho.»

...que servirá para rematar en España muchas discusiones. Al intervenir la fuerte, poderosa Iglesia, hay que sacrificarse, rendirse. El obstáculo es demasiado fuerte.

Pero resulta que esta frase no figura en el *Quijote.* Lo que dice don Quijote a Sancho, al llegar a la plaza y divisar la silueta del templo, es...

«Con la Iglesia hemos *dado,* Sancho.»

¿Qué ocurrió? sencillamente, que el espíritu antirreligioso del pueblo español —espíritu visible en los refranes y que existe en todos los países donde la Iglesia tiene mucha importancia porque es su desahogo— vio en esa frase el símbolo de una situación general y empezó a repetirlo en ese sentido. Pero, poco a poco, se dio cuenta de que a la frase, tal y como figuraba en el libro, le faltaba fuerza. «Dar» con algo

no es chocar con algo y así, de una forma estoy seguro que inconsciente, la gente la corrigió más de acuerdo con su deducción y fue desde entonces «con la Iglesia hemos topado», que vale más a la hora de sacar deducciones.

Las razones que se dieron sobre la poca religiosidad de Cervantes se basaban en varias pruebas, unas de tipo ligero como las burlas de los religiosos, tales como cuando derriba a un sacerdote que acompaña, entre otros, a un muerto... El licenciado le explica que iba acompañando al cadáver de un caballero a la ciudad de Segovia. A su vez, don Quijote se presenta como quien se dedica «a desfacer entuertos», a lo que contesta el clérigo que sería al revés, «porque a mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida».

Don Quijote acepta la posibilidad del sacrilegio...

> —Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada..., aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y vestiglos del otro mundo.

Pero su orgullo, muy a la española, le hace añadir:

> Y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Rui Díaz, cuando quebró la silla del Embajador de aquel rey delante de su Santidad del Papa, por lo cual lo descomulgó y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. [I-19.]

Esta reacción quijotesca tenía que encantar a sus lectores, que, también muy a la española, gustaban de quien desafiaba a la Iglesia en nombre de la hombría propia primero, de la patria que representaba después y, por ello, era famoso el romance cidiano que ya citamos. Por otra parte, en estos párrafos, Cervantes respira un poco por la herida.

Efectivamente, a él lo habían excomulgado dos veces cuando actuaba en nombre del Rey por tierras andaluzas. Una «por haber tomado y embargado el trigo de las fábricas de la ciudad de Écija», propiedad de la Iglesia, y otra «por haber preso a un hombre que dicen ser sacristán de la villa de Castro del Río».

Los críticos que buscan pruebas de la irreligiosidad de Cervantes se apoyan en otros párrafos de la obra, como la burla de los ermitaños que hacen profesión de pobres...

—¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? —preguntó Sancho.

—Pocos ermitaños están sin ellas —respondió don Quijote—, porque no son los que agora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma y comían raíces de la tierra. [II-24.]

O cuando se indigna con el capellán de la casa de los Duques, porque éste le ha llamado don Tonto enviándole a su casa y a criar a sus hijos, y contesta que las mujeres, los niños y eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden afrentar [II-32], llamándole, además, parásito de la aristocracia.

También choca hoy la alusión a los frailes que tenían relación con la rica viuda, en el episodio que cuenta don Quijote para explicar su amor a Dulcinea y al que ya me he referido. Pero todas estas bromas representan, sencillamente, una familiaridad con la Iglesia que llegaba de la Edad Media y que se ha perdido últimamente, coincidiendo con una vida más santa por parte de los eclesiásticos. La gente, el escritor disociaba la personalidad del sacerdote y consideraba lícito burlarse del hombre mientras respetaba al ministro del Señor.

La prueba más clara de la heterodoxia de Cervantes se quiso encontrar en las frases con que el morisco Ricote explica a Sancho por qué fue a Alemania, al ser expulsado de España.

> ...Pasé a Italia y llegué a Alemania y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. [II-54.]

¿Qué más queremos oír?, se preguntaron muchos exegetas. ¿Qué otra prueba del liberalismo de Cervantes, de su odio a la Inquisición y a la religión obligada que había en España?

Lo malo es que los críticos están casi siempre más condicionados por sus principios que por la cultura histórica. Muchos años de lucha mundial por conseguir que los hombres pudiesen rezar a quien les pluguiera sin ser amenazados por la mazmorra o la hoguera, ha igualado en la imaginación de muchos la «libertad de conciencia» con la perfección. Les cuesta imaginar que, en el caso de Cervantes, el ser humano estaba tan imbuido por la seguridad de pertenecer a la Única religión verdadera, que el que alguien tuviera libertad de elegir no representaba un triunfo, sino una desgracia, porque le colocaba en la posibilidad de escoger el mal camino, es decir, de condenarse. «Cervantes —advierte

Casalduero— está presentando la belleza de la autoridad justa y piadosa; los protestantes serán los encargados de crear la belleza de la libertad de conciencia.»

Pero, sobre todo, hay un argumento «práctico» para probar que no existía alabanza en esas palabras. Y es el que, aun sintiéndolo, Cervantes no se hubiera atrevido jamás a desafiar a la Inquisición con una profesión de fe parecida. Él no elogió, atacó a la libertad de conciencia. Y el Santo Tribunal que hiló delgadísimo en otras partes de la obra, como veremos más tarde, dejó pasar afirmación tan tajante. Porque comprendió su significado mucho mejor que los eruditos de siglos posteriores.

Pero es que en otros muchos trozos de la obra y en su vida diaria, ese amor por la Iglesia se manifiesta continuamente resumido en la toma de hábito de la Orden Tercera de san Francisco, con cuyo ropaje fue llevado a la tumba. Naturalmente, los empecinados en buscar irreligiosidad en Cervantes aseguran que las declaraciones religiosas del *Quijote* son necesarias para hacer pasar las alusiones heterodoxas, pero cuando esa actitud cautelosa llega a informar la existencia del autor hasta hacerle entrar en cofradías como la del Santísimo Sacramento, resulta difícil admitir que hubiera estado toda su vida representando una comedia. Cervantes, que tuvo algunas taras en su moralidad, no pudo ser ese monstruo de hipocresía que, según la «izquierda», tenía que haber resultado.

Probablemente, no mintió ni cuando decía cosas más o menos heterodoxas ni cuando rezaba de rodillas ante Jesús Sacramentado. Lo que pasaba es que Cervantes, como hombre culto del tiempo, tenía que estar en las filas erasmistas donde figuraban tantos escritores del XVI, los de «la España que pudo ser» a la que aludíamos antes, unos intelectuales que creían posible conciliar la fe de sus abuelos con una apertura al mundo de la razón y del sentido común que terminase con la repugnante mezcla de religión y superstición. Aunque Agustín G. de Amezúa *(Cervantes, creador de la novela corta española)*, que pone su gran erudición al servicio de una teoría ortodoxa de Cervantes, niega que éste pudiera siquiera conocer los textos de Erasmo, prohibidos ya por la Inquisición,[1] y defiende la auténtica línea católica del escritor contra las razones dadas por Américo Castro *(Hacia Cervantes,* Madrid, 1960) y Antonio Vilanova (*Erasmo y España,* Madrid, 1949).

Américo Castro insistirá en sus puntos de vista. En la carta anteriormente citada, me recuerda que en la obra cervantina se destaca la importancia espiritual de la religión.

Don Quijote se burla de las representaciones exteriores (los santos a la jineta)[2] y venera a san Pablo, «santo a pie

1. 1535. *Erasmo en castellano,* 1539. Toda la obra erasmiana; expurgo de los textos latinos.
2. San Jorge, San Martín, Santiago.

quedo». Los rezos vocales y la teología o tología salen mal parados (Amezúa advierte que eso lo dice un sacristán, un «gracioso», en *Los Baños de Argel* y hay que tomarle como un bromista)... El cristianismo cervantino se entona con el de Luis de Granada, Diego de Yepes, Luis de León, Felipe de Meneses (cuya «luz del alma», una aceptación cautelosa del *Enquiridón* de Erasmo, elogia mucho).

Esto ocurre, efectivamente, en su visita a una imprenta barcelonesa:

> Y pasó adelante a otro cajón, donde vio que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma* y en viéndole dijo:
>
> —Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan y son menester infinitas luces para tantos deslumbrados. [II-62.]

Hubo —sigue Castro en su carta— dos corrientes de espiritualidad en el siglo XVI, la de los cristianos viejos, la popular y populachera (la de los regocijados con los autos de fe, las reliquias, los frailes) y la de los cristianos nuevos atentos sobre todo al culto de Cristo en el espíritu.

...frase que amplía en un libro

> «la nueva actitud religiosa (subordinación de las prácticas exteriores a la interna disposición del espíritu), daba especial sentido a doctrinas viejas que san Pablo había expresado muy claramente. De aquí que el paulinismo adquiera tanta importancia para erasmistas y protestantes. [*Hacia Cervantes*, página 185.]

En realidad, la discusión sobre si Cervantes rozaba o no la heterodoxia en sus escritos, habría que dejárselo decidir al Tribunal que más sabía de estas cosas, la Santa Inquisición, que no dejaba pasar fácilmente la más leve muestra de alejarse de los caminos marcados por la Santa Iglesia Católica Romana en el Concilio de Trento.

Y así nos encontramos que el Índice pasa sin darle importancia por las alusiones a ermitaños, frailes y curas más o menos lúbricos, más o menos incultos, porque sabe que esto forma parte de la vida diaria, del lenguaje corriente sin referencias anticatólicas. Pero, en cambio, or-

dena que se quiten trozos de varios capítulos cuando rozan, aunque sea levemente, el dogma. Así el *Índice de Libros Prohibidos,* del obispo Mascarenhas, en Portugal, ordena quitar del cap. 13 «las partes» hasta el «linaje», y en el 30 «encomendándose de todo corazón» hasta «Dios que» todos de la primera parte, etc.

Pero la supresión más significativa es la del cardenal Zapata, de Sevilla, en 1932: «Bórrese: las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada.» (II-36).

En resumen, Cervantes aparece, desde el punto de vista católico, como un hombre al que la auténtica, absoluta seguridad en su religión como única y verdadera, no impedía que se preocupase por que su Iglesia buscase caminos más auténticos, más ceñidos a la fe que los añejos. Y que, en su crítica, no sólo le detuvo el miedo a la Inquisición —muy lógico, por otra parte, en una situación parecida—, sino el temor de ofender con sus palabras a los auténticos católicos. He aquí una prueba de ello: Cuando Don Quijote quiere rezar en Sierra Morena (I-26) recuerda que no tiene rosario y se confecciona uno haciendo doce nudos en las tiras de su camisa. Pues bien, en la segunda edición española, la de Cuesta (había habido tres más en Lisboa), corrige y convierte la camisa en agallas de alcornoque sin haber mediado, al menos que sepamos, imposición eclesiástica. Probablemente fue él mismo quien creyó que pecaba de irreverencia con esa frase.

CUANDO NO SE ALZABA EL TELÓN... PORQUE NO HABÍA

El teatro español, como todos los de la Europa Occidental, surge en la Iglesia, centro de la vida cultural, como el castillo lo es de la militar. A un sacerdote se le ocurrirá un año amenizar un sermón de Nochebuena con la ayuda de unos feligreses que representan los papeles de los diversos personajes de la Natividad; éstos son ya conocidos de los fieles y, por tanto, es seguro el éxito. San José, la Virgen, los Reyes Magos en la primera comedia que se conoce, *El auto de los Reyes Magos.* (Auto es hoy «acto». El Autor será también el Auctor o Actor; luego, se separarán ambas profesiones en la inmensa mayoría de los casos. Lope de Rueda será excepción y, tras unos siglos, Molière y Sacha Guitry.)

El tipo de teatro religioso era una estampa ingenua y primitiva de los hechos santos. Se trataba de hacer llegar al público una idea de lo ocurrido a Jesús, forzando la situación para conseguir un «shock» emocional. He aquí, por ejemplo, el *Auto de la Pasión,* de Lucas Fernández, en el que se humanizan los apóstoles hasta acercarles a cualquiera de los espectadores:

SAN PEDRO
¡Oh mi gran bien y deseo!
SAN DIONISIO
¿No me dirás tú quién eres?
SAN PEDRO
Soy Pedro, el desventurado.
SAN DIONISIO
¿Por qué lloras? ¿Por qué mueres?
¿tú qué quieres?
SAN PEDRO
¡Ay que he a mi Señor negado!
SAN DIONISIO
¿Y di, quién es tu Señor?
SAN PEDRO
Dios y hombre verdadero;
el cual con muy santo amor,
recibe pena y dolor
por el pecado primero.

San Dionisio le pregunta detalles de lo ocurrido y san Pedro le da una muestra plástica de la detención de Jesucristo...

...San Pedro
Vino luego un desconcierto
muy despierto.
De judíos en cuadrillas
con linternas y candiles,
con armas, lanzas, lanzones,
mil ribaldos y aguaciles,
mil linajes de hombres viles,
mil verdugos, mil sayones.
Con tumulto y con estruendo,
con gritos y vocerío,
mil baraúndas haciendo,
muy corriendo
prendiendo nuestra alegría,
Vino Judas delantero,
su discípulo criado,
muy ardido y muy artero,
y dio paz al gran Cordero,
por se lo dar señalado,
y llegó el pueblo malvado,
todo lleno de crudeza,
y asió de aquel sin pecado
humanado
maestro de la nobleza.

La figura de Judas adquiere desde los primeros tiempos de nuestro teatro religioso, una significación extraordinaria. Es el Traidor por excelencia; el público chillaba indignado al verle aparecer y, aún muy entrado en el siglo XVII, tuvo que refugiarse el actor que lo representaba en la iglesia al terminar la obra que, afortunadamente, se representaba en el portal de ella.

En varios pueblos españoles se ha conservado la costumbre de colgarle en efigie durante la Semana Santa.

Pero esta inquina personal se convierte luego en colectiva en el caso de los judíos. Desde el primer momento del teatro religioso, desde el primer sermón medieval, sacerdotes y legos coinciden en acusar al pueblo judío de deicida, olvidando la estirpe judaica del mismo Jesús y de sus apóstoles. La descripción del paso por la calle de la Amargura muestra a las turbas en su peor momento.

...San Pedro
¡Ay, si vieras cuán feroces
le llevaban arrastrando
con empujes atroces,
y con voces
otros le iban denostando!
Y los otros repelaban
las barbas angelicales;
y los otros le mesaban
le escupían y llagaban
con heridas muy mortales,
y los otros le mofaban;
otros que le hacían gestos;
y los otros le empujaban
y ultrajaban
con escarnios y denuestos.
Con los dedos le querían
sus santos ojos sacar,
de codo le sacudían;
otros el pie le ponían
por le hacer estropezar;
verle en tierra arrodillar,
caer mil veces de pechos...
No hay quien deje de llorar,
sin dudar
estos aborribles hechos...

San Mateo llega a continuar el relato con los últimos momentos del Salvador, y san Dionisio resume la actitud del autor con una violenta queja...

SAN DIONISIO
¡Oh pueblo desconocido,
luciferal Satanás,
ingrato, desgradecido!
¿Por qué a tu Rey elegido
tan graves penas le das?

Un pueblo sin lectura es un pueblo que se deja guiar fácilmente por medios audiovisuales. De la misma manera que el Romancero cantado por los juglares en la plaza pública predisponía al villano a creer en el héroe cristiano contra el musulmán, un teatro parecido le impulsaba al odio hacia la raza espuria que, después de haber tratado tan mal a Jesucristo, vivía entre ellos dedicados a la usura; tras representaciones como ésta, le era fácil a un fraile fanático arrastrar al pueblo al asalto de la judería —lo que hoy llamamos el «ghetto»— para matar, o al menos saquear, recuperando así, en su primitiva idea de la justicia, lo que les robaban los judíos con su comercio.

El teatro eclesiástico tiene tal éxito que su trama se va haciendo más complicada, las situaciones más interesantes. A un autor se le ocurre que sería gracioso un tipo que, ante el gran milagro de la divinidad, se mostrase escéptico, alguien que utilizase su simpleza como contraste con la metafísica sobrenatural del nacimiento de Dios. Así nace el rústico que dice bobadas y hacía reír al público hasta que un día la obra empieza a tener una personalidad propia, que excede su función de simple ilustración de la historia sagrada. Y la Iglesia decide que se represente fuera del templo.

El mismo autor del drama religioso anterior, Lucas Fernández, muestra cómo puede complacerse asimismo el gusto pagano de la masa. Hay una situación en su «Comedia» que hará reír al público durante siglos. Un amante que quiere ser elegante en sus expresiones de amor y una zafia labradora, que sólo sabe contestar con tarascadas y reacciones a ras de tierra:

BRAS-GIL
¡Ay Beringuella garrida!
No seas tan zaraheña.
Torna, tórnate halagueña,
porque redemies mi vida
que ya la traigo aborrida;
yo no quiero más vivir,
sino llugo de morir
si no has de ser mi querida.
...BERINGUELLA
¡Valas, valaste el diabro!
¿Y ti estás, digo, en tu seso?

BRAS-GIL
¡Ay que en tu amor estoy preso,
muy mucho más que te habro!
¡Y aún más que burra en estabro!
...BERINGUELLA
Vaite que verná mi abuelo.
...BRAS-GIL
¡Ay que en mi mal no hay hemen-
[cia!
BERINGUELLA
Ponte una poca de untura.
BRAS-GIL
Sea de tu compasión,
porque sane el corazón
su afición y desventura.
BERINGUELLA
Jarópate con cordura
y púrgate con sofrir.
BRAS-GIL
Será mi vivir, morir;
mi gloria la sepultura.
...BERINGUELLA
Quizá que estás aojado.
BRAS-GIL
Tú misma me aojaste,
tú misma me allobadaste
y de ti estoy lastimado.

El pueblo se reía con la forma con que el pastor quería ser fino diciendo «redemies por remedies», y empleando la r por la l, «praz, habro, estabro». Y a ella, aconsejándole para el mal de amores remedios caseros como jaropes (jarabes), o recordándole que podía ser víctima del mal de ojo (aojado).

El mejor de esos autores, según la definición de Cervantes, fue Lope de Rueda, probablemente más como organizador y renovador de la escena que como autor.

El carácter de Lope de Rueda como creador del Teatro español, dándole un sistema que le hiciera pasar definitivamente del carro de la farándula —sucesor de la iglesia y de su portal— al Corral de Comedias, está refrendado por otro escritor.

Y por que yo no pretendo
tratar de gente extranjera,
sí de vuestros españoles,
digo que Lope de Rueda,
gracioso representante
y en su tiempo gran poeta,
empezó a poner la farsa
en buen uso y orden buena,
porque la repartió en actos
haciendo introito *en ella*
que ahora llamamos loa;
y declaraban lo que eran
las marañas, los amores,
y entre los pasos de veras,
mezclados otros de risa,
que porque iban entremedias
de la farsa, los llamaron
entremeses de comedia.
(AGUSTÍN DE ROJAS,
El viaje entretenido.)

Este programa del espectáculo llegó prácticamente hasta el final del siglo XVIII, a pesar de los esfuerzos de los ilustrados para sustituirlos por obras más lógicas (desde luego «sin marañas»).

En su obra más conocida, la sencillez del campesino y sus sueños futuros, produce el resultado del auto de *Las aceitunas.* El pueblo en-

cuentra la escena que puede complacerle. Una disputa familiar sobre el trabajo de cada uno:

TORUBIO. ¡Válame Dios y qué tempestad ha hecho desdel requebrajo del monte acá, que no paresció sino quel cielo se quería hundir y las nieves venir abajo! Pues decí ahora: ¿qué os terná aparejado de comer la señora de mi mujer? ¡Así mala rabia la mate! ¡Oíslo! ¡Mochacha Mencigüela! Si todos duermen en Zamora. ¡Águeda de Toruégano! ¡Oíslo!

MENCIGÜELA. ¡Jesús, padre! ¿Y habéisnos de quebrar las puertas?

TORUBIO. ¡Mira qué pico, mira qué pico! ¿Y dónde está vuestra madre, señora?

MENCIGÜELA. Allá está en casa de la vecina, que le ha ido a ayudar a coser unas madejillas.

TORUBIO. ¡Malas madejillas vengan por ella y por vos! Andad y llamadla.

ÁGUEDA. Ya, ya, el de los misterios, ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe con él.

TORUBIO. Sí; ¿carguilla de leña le paresce a la señora? Juro al cielo de Dios que éramos yo y vuestro ahijado a cargalla y no podíamos.

ÁGUEDA. Ya, noramala sea, marido, ¡y qué mojado que venís!

TORUBIO. Vengo hecho una sopa dagua. Mujer por vida vuestra, que me deis algo que cenar.

ÁGUEDA. ¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?

MENCIGÜELA. ¡Jesús, padre, y qué mojada que venía aquella leña!

TORUBIO. Sí, después dirá tu madre ques el alba.

ÁGUEDA. Corre, muchacha, aderézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama. Yos aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

«Mira —diría el campesino a su mujer en el auditorio—, lo mismo que te quejas tú de tu trabajo.» El realismo está ya en escena —desaparecerá durante siglos para volver primero con Ramón de la Cruz y Moratín, y, luego, con Benavente. Los cónyuges hablan de la aceituna que saldrá del renuevo recién plantado. Cuando lo saquen, su hija los venderá a tanto. «¡Ridículo! —dice la mujer—; a mucho más.» «Es un pecado de avaricia y, además, ilegal, nos pondrán una multa», rezonga el padre. La aceituna, sólo existente en su imaginación, sube y baja de

precio, según pregunte el padre o la madre a la que será la vendedora, la pobre muchacha.

ÁGUEDA. Ora no me quebréis la cabeza. Mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemín de a dos reales castellanos.
TORUBIO. ¡Cómo a dos reales castellanos? Ven acá, mochacha: ¿a cómo has de pedir?
MENCIGÜELA. A como quisiérades, padre.
TORUBIO. A catorce o quince dineros.
MENCIGÜELA. Así lo haré, padre.
ÁGUEDA. ¿Cómo «así lo haré, padre?» Ven acá, mochacha ¿a cómo has de pedir?
MENCIGÜELA. A como mandárades, madre.
ÁGUEDA. A dos reales castellanos.
TORUBIO. ¿Cómo a dos reales castellanos? Yos prometo que si no hacéis lo que yo os mando, que os tengo de dar más de doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?
MENCIGÜELA. A como vos decís, padre.
TORUBIO. A catorce o quince reales.
MENCIGÜELA. Así lo haré, padre.
ÁGUEDA. ¿Cómo «así lo haré, padre»? Tomá, tomá, hace lo que yo os mando.
TORUBIO. Deja la mochacha.
MENCIGÜELA. ¡Ay, madre; ay, padre, que me mata!
ALOJA. ¿Ques esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así la mochacha?

El vecino quiere poner paz, asegura que se quedará con las aceitunas a precio justo para que no peleen entre ellos los padres y no sufra la niña las consecuencias.

ALOJA. Pues traedlas aquí, que yo las compraré todas al precio que justo fuere.
MENCIGÜELA. A dos reales quiere mi madre que se venda el celemín.
ALOJA. Cara cosa es ésa.
TORUBIO. ¿No le parece a vuesa merced?
MENCIGÜELA. Y mi padre a quince dineros.
ALOJA. Tenga yo una muestra dellas.
TORUBIO. ¡Válame Dios, señor! Vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco hanegas de aceitunas, y que ella la recogería, y que yo la acarrease y la mochacha la vendiese, y que a

fuerza de derecho había de pedir a dos reales por cada celemín; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistión.

ALOJA. ¡Oh, qué graciosa quistión; nunca tal se ha visto! Las aceitunas no están plantadas y ¡ha llevado la mochacha tarea sobre ellas!

MENCIGÜELLA. ¿Qué le paresce, señor?

TORUBIO. No llores, rapaza. La mochacha, señor, es como un oro. Ora, andad, hija y ponedme la mesa, que yos prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

ALOJA. Ahora, anda, andad, vecino, entraos allá adentro y tened paz con vuestra mujer.

TORUBIO. Adiós, señor.

ALOJA. Ora, por cierto, ¡qué cosas vemos en esta vida que ponen espanto! Las aceitunas no están plantadas, y ya las habemos visto reñidas. Razón será que dé fin a mi embajada.

El teatro de Lope de Rueda se publica en 1567; y se ve, por el ejemplo, un teatro sencillo, sin pretensiones, reflejo de una situación diaria y corriente. En unos años, ese teatro se enriquecerá de palabras, de argumento, de metáforas —y de ripios. Es el llamado Teatro español del Siglo de Oro, presentado por los historiadores de la literatura como uno de los más importantes períodos de nuestro pasado. Admiración que empieza por Cervantes, al que deslumbra «la carátula», y entristece el no poder triunfar en ella. Le parecía al gran escritor que se había llegado ya al «súmum» de la perfecta escenografía.

...Sucedió a Lope de Rueda, Navarro... éste levantó algún tanto más el adorno de las comedias; sacó la música que antes se cantaba detrás de la manta al teatro público; quitó las barbas de los farsantes que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza e hizo que todos representasen a cureña rasa, si no eran los que habían de representar los viejos u otras figuras que pidiesen mudanza de rostros; inventó tramoyas, nubes, truenos, y relámpagos, desafíos y batallas; pero esto no llegó al sublime punto en que está ahora. [Prólogo a la edición de *Entremeses*, 1615.]

Lo de «sublime punto» podría discutirse largamente.

Por de pronto, ha pasado de estar escrito en prosa a estar escrito en verso. Es su gloria y también su derrota. Su gloria, porque sus versos están firmados a veces por poetas como Lope o como Calderón. Su derrota, porque la falsedad del verso permite a los autores lanzarse

por caminos absolutamente alejados de la realidad diaria. Los personajes de la inmensa mayoría del Teatro clásico español, más que el espejo de la sociedad, intentan marcar lo que debería ser aquella sociedad. A medida que pasan los años (hasta la muerte de Calderón, que prácticamente significa el fin de esa época dramática), las obras van complicándose, tanto en las tramas como en el vocabulario. De la humilde aldea castellana de *Las aceitunas,* pasará a Polonia con *La vida es sueño,* a Flandes con *Pobreza no es vileza,* de Lope, a América con *La Trilogía de los Pizarro* de Tirso. Es fácil también retroceder a la Edad Media, como Calderón en *El médico de su honra,* o incluso a la edad antigua, como Cervantes, en *Numancia.*

El público estará siempre presente en la imaginación de los escritores. Es un público que está de pie en el centro del Corral, al aire libre, sufriendo del calor o del frío, incomodísimos y, por ello, dispuesto a rechazar un teatro que no les divierta. Por ello habrá siempre unas frases de temor y esperanza al final de la representación, dirigidas al «Senado», al «estimado» mosquetero (porque estaba a pie firme, como el soldado), «ilustre» audiencia.

Es un público que se sigue, como dice Lope de Vega.

El vulgo es necio y pues paga es justo
hablarle en necio para darle gusto

o deslumbrarle con frases como

Hipógrifo violento
que corriste parejas con el viento

...según el principio de *La vida es sueño.* En los temas se le da al español lo que quiere oír. Es el más valiente, el más arrogante, el más guapo de todos los habitantes del mundo. Los enemigos nos tienen envidia, odio y resentimiento. La Religión católica es la única verdadera; por ella se debe morir y aun matar a los que quieran seguir otra distinta.

Y si para complacer al público se dice esto, para complacer a la autoridad se afirma que el Rey está siempre por encima de todas las miserias humanas, puesto allí por Dios con la misión de llevar a la nación por caminos gloriosos.

La organización social es perfecta. No hay que tocarla aunque pueda perfeccionarse. Aparentemente, un noble es superior a un villano, pero esa posible injusticia se compensa, en cierto modo, al tener el pobre los mismos derechos morales que el noble, derechos en los que

le mantendrá el rey si hace falta. Todo funciona en el mejor de los mundos y cualquier subversión es crimen de lesa majestad. Resulta curioso que unos autores que buscaban afanosamente temas en la historia española remontándose a veces hasta los godos, no pensaran, que yo sepa, en tocar el muy cercano de la rebelión de las Comunidades de 1521. Era algo que preferían no rozar siquiera aquellos monárquicos empedernidos. Su labor de propaganda, en cambio, atacaba duramente a quienes todavía podían hacer daño al reino español y a su religión, los protestantes. Así se escribe *El cisma de Inglaterra,* por Calderón.

En cuanto a la construcción de sus obras, los grandes autores españoles son de una increíble monotonía. Los personajes responden siempre a tipos estereotipados. Está, naturalmente, el *gracioso,* heredero del patán que asomó su roja nariz y sus equivocaciones por vez primera ante el altar de una iglesia, como pastor de Belén. Puede ser también el cínico, el materialista que se contrapone al *Héroe,* su señor, siempre dispuesto a batirse por defender la honra de una Dama, también fija en sus sentimientos de fidelidad a pesar de las acechanzas del *Traidor,* el que complica las cosas para que parezca que el honor está ausente de la casa. Y si éstos son ingredientes típicos de las comedias de capa y espada, luego están las de enredo, en las que el público tiene que aguantar una serie increíble de equivocaciones y errores aprovechando a las *Tapadas*... Sin ellas no existiría la mitad del teatro clásico. La costumbre, posiblemente mora de origen, de cubrirse con el mantón toda la cabeza, dejando apenas libre una mano y un ojo y contra la que muchos procuradores en Cortes protestaron en vano, advirtiendo que así no se sabía nunca qué categoría social tenía la señora, cosa gravísima en el tiempo, permite, al autor toda clase de piruetas; añadiendo la ocultación de ella está la de él con la capa, y así, hermano y hermano, marido y mujer, pueden estar en escena largo rato, sin reconocerse aun diciéndose mil cosas. El público sabía a qué atenerse porque el autor de la época tiene cómodos «apartes» en los que los personajes explican quiénes son.

Ruiz de Alarcón es quien lleva más lejos el complicado embrollo de quien galantea a una creyendo que es otra, y donde las mujeres se ayudan o traicionan según los casos. He aquí unas escenas típicas. La obra es *La verdad sospechosa.*

JACINTA
¿Conocéisme?
DON GARCÍA
¡Y bien, por Dios!
Tanto, que desde aquel día
Que os hablé en la Platería,
No me conozco por vos:
De suerte que de los dos
Vivo más en vos que en mí;
Que tanto, desde que os vi,
En vos transformado estoy,
Que ni conozco el que soy,
Ni me acuerdo del que fui.
JACINTA
Bien se echa de ver que estáis
Del que fuistes olvidado,

Pues sin ver que sois casado,
nuevo amor solicitáis.
DON GARCÍA
¡Yo casado! ¿En eso dais?
JACINTA
¿Pues no?
DON GARCÍA
¡Qué vana porfía!
Fue, por Dios, invención mía,
Por ser vuestro.
JACINTA
O por no sello,
Y si os vuelven a hablar dello,
Seréis casado en Turquía.
DON GARCÍA
Y vuelvo a jurar, por Dios,
Que en este amoroso estado
para todas soy casado,
Y soltero para vos.
JACINTA (aparte a LUCRECIA)
¿Ves tu desengaño?
LUCRECIA (aparte)
¡Ah, cielos!
Apenas una centella
Siento de amor, y ya della
Nacen volcanes de celos.
DON GARCÍA
Aquella noche, señora,
Que en el balcón os hablé,
¿Todo el caso no os conté?
JACINTA
¡A mí en balcón!
LUCRECIA (aparte)
¡Ah traidora!
JACINTA
Advertid que os engañáis
¿Vos me hablastes?
DON GARCÍA
¡Bien por Dios!
LUCRECIA (aparte)
¡Hablaste de noche vos,
Y a mí consejos me dais!
DON GARCÍA
Y el papel que recibistes,
¿Negaréislo?
JACINTA
¡Yo papel!
LUCRECIA (aparte)
¡Ved qué amiga tan fiel!
DON GARCÍA
Y sé yo que lo leístes.
JACINTA
Pasar por donaire puede
Cuando no daña, el mentir;
Mas no se puede sufrir
cuando ese límite excede.
DON GARCÍA
¿No os hablé en vuestro balcón,
Lucrecia, tres noches ha?
JACINTA (aparte)
(¡Yo Lucrecia! Bueno va.)
Toro nuevo, otra invención
A Lucrecia ha conocido
Y es muy cierto el adoralla;
Pues finge, por no enojalla,
Que por ella me ha tenido.
LUCRECIA (aparte)
Todo lo entiendo, ¡ah traidora!
Sin duda que le avisó
Que la tapada fui yo,
Y quiere enmendallo agora
Con fingir que fue el tenella
Por mí, la causa de hablalla.

Tanto embrollo habrá que resolverlo en un final. ¡Y qué increíbles finales los de las obras clásicas!

Si un teatro es reflejo de una sociedad, aquella del XVII era una obsesiva sociedad en lo que se refiere a ansias casamenteras. En la mayoría de la producción dramática del tiempo, llega el final que tiene que ser, en general, feliz, es decir «se casan». Pero se casan *todos*, los que estaban enamorados y los que no lo estaban, quienes se odiaban y quienes se querían, quienes apenas se conocían y quienes eran íntimos, durante las jornadas transcurridas. Un superior —puede ser el rey, puede

ser noble de alcurnia, o sencillamente, ser el padre de ella o de él—, decide sin vacilar: «Tú te casas con ésta y tú con ésta.» «Pero ¿y yo?», dice, de pronto, la que se creía prometida y se encuentra sin novio. «Tú, con éste.» Y en ningún caso se plantea la menor protesta, salvo cuando el así prometido súbitamente, duda de la «casta» del linaje de su novia. Entonces aparece alguien de categoría asegurando que es su hija. Y todos contentos. Jamás sale una muchacha negándose.

¿Ejemplos? Final de *El verdadero amante,* de Lope de Vega.

ALCALDE 1.º
No más; este negocio está encon-
[trado.
...Tomad mi parecer, señor Feli-
[cio,
y demos a Jacinto su Belarda;
que a Coridón, porque esto se so-
[siegue
yo le daré, a mi hija con mi ha-
[cienda.
OCTAVIO
¿Quién?
BELISA
Yo soy que a tus pies aguarda
perdón.
PRUDENCIO
Antes que te mire,
dale a Lisardo la mano.
BELTRÁN
¿Y a Leonor?
PRUDENCIO
Tengo pensado
dársela a un doctor fingido;
con esto mi casa vamos,
adonde cenando juntos
queden en paz los agravios.

O de *La viuda valenciana.*

...LUCENCIO
Ellos están bien llamados
caballeros con honrados.
Oigan cómo se concierta
que Camilo con Leonarda
se ha de casar y lo juran.
...FLORO
En un día, mi señor
y yo nos hemos casado.
...URBA
¿No me dan a Julia a mí?
LEONARDA
De hoy más será tu mujer.

...BELTRÁN
Pues ésta es Belisa,
y en pago de que son testigos
[falsos
casemos a Mebalca y Amaranta;

En Calderón de la Barca se dan las mismas facilidades. Parece claro que las mujeres del tiempo, al casarse, resolvían todos sus problemas. Quién fuera el marido tenía mínima importancia. *Lances de amor y fortuna:*

...AURORA
...*y pues ya*
se acaba con tal suceso
nuestra guerra, disponed
los partidos, que yo acepto
cuando los dos dispusiereis;
que tales albricias debo
en nuevas de un desengaño
que le pago y agradezco
dando a Rugero la mano
de esposa.

RUGERO
—Tus plantas beso.
Yo, que en ser de Estela esposo
la mayor ventura espero,
la mano la doy...
LOTARIO
...Confuso y corrido quedo;
pero por satisfacer
las ofensas de Rugero,
hoy me caso con Diana,
haciendo el agravio deudo.

A veces hay una leve resistencia en el nombrado a dedo para esposo de quien apenas conocía o soñaba en casarse. En este caso el casamentero es el tío, que sale «por su honor». En *¿Cuál es mayor perfección?*

O en *El acero de Madrid.*

ALONSO
Caballero, que Leonor
a ver a Beatriz viniese
Félix por su hermana, y que
se case con Beatriz Félix,
es creer lo que está bien;
pero no se sospeche
que a vos os hallo en mi casa
y que mi honor no remedie.
Dale a Ángela la mano.

ANTONIO
¿Yo?
ALONSO
¿Qué mal estaros puede
si sois pobre y ella rica?
ANTONIO
Ahora bien, coma y reviente;
echad esa mano acá.
ÁNGELA
Ahora bien, tomad.

Aun suponiendo que el comediógrafo exagere parece que así se combinan muchos matrimonios en el siglo XVII.

Que se case la gente por voluntad o presión de los padres, resulta lógico incluso a un ser tan humano como don Quijote:

> Porque... si a la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre y tal al que vio pasar por la calle, a su parecer bizarro aunque fuese un desbaratado espadachín; que el amor y la afición con facilidad cierran los ojos del entendimiento tan necesarios para escoger estado y el de matrimonio está muy a peligro de errarse y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarla. [*Quijote*, II-19.]

La promesa de matrimonio se hacía con una cédula, que rezaba, más o menos, así:

Digo yo, don Pedro de Ribera, vecino de la ciudad de Sevilla, que por esta cédula firmada de mi nombre me otorgo esposo de mi señora doña... a la cual le cumpliré esta palabra dada y cuando que por esta cédula me sea pedida... [CASTILLO SOLÓRZANO, *La garduña de Sevilla.*]

...cédula que permitía la experiencia premarital en muchos casos. Y por ello era documento sagrado por el que se podía llevar a la cárcel al que se negaba luego a cumplirlo... si antes no había sido muerto por el padre o el hermano de la abandonada.

¡Qué increíbles situaciones teatrales! A los del XVIII les será fácil burlarse de ellas, aunque la solución que ofrecían ellos mejorara la obra dramática de sus abuelos sólo en lógica y no en el arte. Al restarle imaginación, la sustituyeron por el aburrimiento. En la reacción romántica posterior, volvió a levantarse el mito del teatro español del siglo de oro y el triunfalismo, que invadió la historia de la literatura del final de la guerra civil, se empeñó en poner a alturas ditirámbicas un conjunto de obras de las que se salvan tres o cuatro por su contextura total y por escenas sueltas, líricas más que dramáticas, algunas de las demás. En su inmensa mayoría son hoy totalmente irrepresentables, y la prueba es que no se representan, a pesar de la ayuda oficial de los últimos años. Cuando algún director se atreve a ello, las enmascara con ballets o escenografía impresionante, atrevida y modernísima. Los versos de Lope, de Tirso o de Calderón flotan entonces sin ser oídos en un escenario ocupado por gimnastas, bailarines o símbolos fálicos. Por las buenas, con un decorado normal, nadie resiste hoy tres jornadas de la inmensa mayoría de las obras lopescas y calderonianas.

Cuando se quiere salvar a un autor de la condena literaria se dice: «No hay que juzgarle por una obra sino por la totalidad.» A Lope y a Calderón, a Tirso y a Moreto, les convendría mucho más que la posteridad les juzgase por algunas de sus obras dramáticas, olvidándose totalmente de las demás.

Que, en el fondo, voluntaria o involuntariamente, es lo que ha ocurrido. Por eso siguen entronados en el Olimpo literario como grandes dramáticos por quienes no conocen más que las tres o cuatro que les dieron fama. O que creen que el patriotismo debe extenderse también a la literatura.

LOPE, EL PETULANTE

No ha habido, probablemente, en el mundo de las letras españolas hombre más elogiado por sus contemporáneos que Lope de Vega. «Es tan bueno que parece de Lope», decía el vulgo ante cualquier maravilla. «Creo en Lope de Vega todopoderoso, poeta del cielo y de la tierra», empezaba una composición que prohibió, con cierta lógica, el Santo Oficio.

No es raro que se le subiera a la cabeza esa fama; así en *La Filomena*, Lope describe la fuente del Parnaso, «donde bebían Homero, Virgilio y otro cuyo nombre callo». No es raro tampoco que esa petulancia irritara a sus compañeros de pluma. En un ejemplar de esa obra, que se guarda en la Biblioteca Nacional, hay, al margen de ese párrafo, una nota autógrafa de Góngora: «Si lo dices por ti, Lopillo, eres un *hidiota* sin arte ni juicio.»

Lope pasa en silencio éste y otros ataques de Góngora, por quien siente —quizá la única excepción— un gran respeto como poeta. Pero aún así, cuando éste se burla de su estilo literario llamándole

Patos del aguachirle castellana

es decir, gente con poca variedad literaria, con pobreza de estilo y vulgaridad...

...Lope se revuelve contra su maestro.

Zambúllome de pato por no verte, ¡oh calavera cisne!

Es decir, lo que Góngora tiene de belleza literaria —el cisne contra

el pato—, la tiene también por la misma razón, de frialdad. Lope, en cambio, es la fuerza viva, la fuerza del pueblo, la lengua que hablaron fray Luis de León y Mariana.

Pero si a Góngora le respeta, cuando Cervantes se atreve a atacarle —ese novelista populachero atreviéndose con el primer poeta del siglo—, le contestará con unos versos increíbles.

Yo que no sé de la, de li, de le
no sé si eres, Cervantes, co ni cu;
solo digo que es Lope, Apolo y tú
frisión de su carrera y puerco en pie.
Para que no escribieses, orden fue
del cielo que mancases en Corfú.
Hablaste buey, pero dijiste mu.
Honra a Lope, polilla, o guay de ti,
que es sol y si se enoja, lloverá;
y ese tu don Quijote baladí,
de culo en culo por el mundo va,
vendiendo especias y azafrán rumí
y, en fin, en muladares parará.

...usando el mismo estilo con que le había aludido Cervantes, es decir, con versos de pie quebrado:

Hermano Lope, bórrame el sone-
de versos del Ariosto y Garcila-
y la Biblia no tomes de la ma-
pues nunca de la Biblia dices le-

También me borrarás la Dragonte-
y un librillo que llaman del Arca-
con todo el comediaje y epita-
y por ser mora, quemarás a Ange-

Sabe Dios mi intención con «San Isi-
mas, puesto se me va por lo devo-
bórrame en su lugar el «Peregri-

Y en cuatro lenguas no me escribas co-
que supuesto que escribes boberi-
lo vendrán a entender cuatro gracio-
Ni acabes de escribir la «Jerusa-
bástale a la cuitada su traba-

Todo alusiones a la forma bombástica y ditirámbica con que empezaba sus obras Lope de Vega y que, naturalmente, fueron comprendidas y reídas por el mundillo literario contemporáneo.

La petulancia de Lope está en una cifra que dio él mismo y que ha quedado durante siglos como verdad inconclusa. Es la que teniendo en cuenta que una obra...

> *En horas veinticuatro* [prisa que se nota a veces]
> *pasaron de las musas al Teatro...*

...afirma haber escrito mil quinientas obras. Creo que fue Gerardo Diego quien, por vez primera, puso en tela de juicio a cifra tan alta, y le bastó con dividirla entre las horas de la vida de Lope. Calculando cincuenta y tres años de vida literaria (desde los 20 hasta su muerte, en 1635), necesitaría haber escrito veintiocho obras al año, cifra altísima para un hombre metido en un convento, pero mucho más para la intensa vida social, religiosa, amorosa, burocrática de Lope de Vega. Por otra parte, si las encontradas y publicadas no pasan de las seiscientas, la disparidad de cifras, que podría ser lógica en un escritor ignorado en vida, resulta muy difícil de explicarse en autor tan admirado y seguido. Fue, probablemente, una «andaluzada» de las muchas que dijo Lope. Si en calidad era capaz de beber en la fuente del Parnaso, en cantidad también tenía que superar a todos los escritores del mundo.

Es lógico que el que pide un cargo ofrezca una imagen generosa de sus méritos para obtenerlo, pero Lope, en grande todo, hasta en eso se pasa. Una de sus obsesiones fue ser cronista y para ello hace petición al Consejo, refiriéndose a sí mismo como

> este hombre es a quien más debe nuestra nación y que más la honra y sirve y con más limpias entrañas; es hijo de algo [hidalgo], comisario del Santo Oficio, fiscal de la Cámara Apostólica, sacerdote y pobrísimo y con cuatro hijos de sus dos primeros matrimonios; débenle esta merced en conciencia, y es esta tanta verdad que no encarezco a V.Exc. que yo lo deseo y pido porque creo que sea a gusto de toda España y aun de todo el mundo.

1. Aunque fue en 1632 cuando lo dijo:

> ...Aquí
> puso fin a esta comedia.
> quien si perdiere este pleito
> Apela a Mil y Quinientas.
> Mil y quinientas ha escrito
> bien es que perdón merezca.
>
> [*La Moza de Cántaro*, final]

Nada menos. Amezúa, que comenta esta carta de Lope (*Epistolario,* Cod. V., n. 197), explica que el cargo no se le dio porque, evidentemente, el Consejo debía dudar bastante de la capacidad de Lope para ser fiel cronista de lo ajeno cuando lo era tan falso de lo propio. Porque, al mencionar que le quedaban cuatro hijos de sus dos primeros matrimonios, es decir, Feliciana, Lope Félix, Marcela y Antonia Clara, olvidaba que sólo la primera era hija de legítimo matrimonio y los otros tres fruto de amores adúlteros, y aun sacrílegos, tras haberse ordenado sacerdote, situación familiar que en el Madrid de entonces era cosa difícil de ocultar a la gente.

Cuando no le daban lo que pretendía, Lope lo achacaba siempre a la enemiga de sus rivales escritores, escocidos por su talento. Ruiz de Alarcón le reprocha esto en *Los pechos privilegiados.*

Culpa al que siempre se queja
de que es envidiado, siendo
envidioso universal
de los aplausos ajenos.

Indignación lopesca. Y con la misma falta de elegancia con que había echado en cara a Cervantes su manquedad, buscará la fácil y fea forma de vengarse de Alarcón aludiendo a su joroba: «poeta rana en la figura y en el estrépito... corrector de ajenos vicios y solapador de los suyos propios...» y hace decir a Antonia Clara, su hija, que tras adquirir unas comedias

Las de don Juan de Alarcón
todas me salieron tuertas;
que aunque letrado en derecho,
nunca las hizo derechas.

La petulancia de Lope en el terreno linajudo hizo que Góngora se burlase de sus armas; insiste el cordobés en el diminutivo que no es ciertamente cariñoso.

Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diecinueve torres de tu escudo,
pues aunque tienes mucho viento, dudo
que tengas viento para tantas torres.

La verdad es que su vida y su literatura estaban muy alejadas en ese aspecto, cosa, por otra parte, común entre los escritores. La vanidad de su linaje, la seguridad de su *status* social acompañaba su vida diaria, pero cuando se asomaba a las candilejas decía al pueblo...

Sangre tiene cualquier vena
y todas son coloradas.

[*Servir a señor discreto*]

la nobleza es la virtud;
todos nacimos de un padre,
es la tierra común madre
de la cuna el ataúd.

[*El caballero de Illescas*]

...porque, naturalmente, sabía que era lo que iba a complacerles. Lo dijo él mismo, con sinceridad rayana en el cinismo.

El vulgo es necio y, pues paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto

Por ello, sus protagonistas saltan las barreras de la época y salen adelante con su éxito. Como Peribáñez, que mata nada menos que a un Comendador; como Fuenteovejuna, que hace lo propio colectivamente.

LOPE, EL AMOROSO

Quejándose de unos ataques, escribía el Fénix de los ingenios.

> Ya estos delitos... corren con mi nombre; gracias a mi fortuna, que no me han hallado otra pasión viciosa fuera del amor natural en que yo, como los ruiseñores, tengo más voz que carne.

No sabemos a qué le llamaría tener poca carne Lope, porque la historia de sus relaciones amorosas es tan extensa como intensa, y sabida por todos sus contemporáneos, que le zahirieron sin cesar por ello. El nombre de alguna de ellas, Marta de Navares, dará pie a Ruiz de Alarcón para aludir a la diferencia de edad (cincuenta y cuatro años Lope, veintitantos su adorada):

Culpa a un viejo avellanado,
tan verde, que al mismo tiempo
que está aforrado de Martas,
anda haciendo Madalenos.

[*Los pechos privilegiados*]

...Y a Góngora para una décima envenenada.

Dicho me han por una carta,
que es tu cómica persona
sobre los manteles mona
y entre las sábanas Marta.
Agudeza tienen harta
los que me advierten después:
que tu nombre, del revés,
siendo Lope de la haz,
en haz del mundo y en paz,
Pelo de esta Marta es.

La hija de esa unión irregular se llamará Antonia Clara y, como si se tratara de castigar al pecador con sus mismos métodos, será raptada, muy a su gusto, claro, por un aristócrata que responde al nombre profético de Tenorio.

Lope vivió para el amor en la vida y en el verso. Lo describe infinitas veces como un contrasentido, que da gusto y amarga al mismo tiempo.

Es una pena agradable
y es un gustoso dolor,
un apacible rigor
y un veneno saludable.
Es una dulce pasión
de los sentidos empleo,
donde es tirado el deseo
y esclava la razón.

[*Quien más no puede.* Obras, IX]

Y en un soneto mezclará todo lo que representa la capacidad de amar, en bien y en mal.

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;

No hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;

huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño;

creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño,
esto es amor; quien lo probó lo sabe.

[*Obras sueltas*, IV-252.]

Predicó, si puede decirse de un cura sacrílego, con el ejemplo. Dos mujeres legítimas: Isabel de Urbina y Juana de Guardo, tras enviudar de la primera. Elena Ossorio, actriz, casada (en poesía, «Filis»), Micaela de Luján, actriz (en sus versos «Lucinda»), Marta de Nevares, también actriz y también casada con otro. Éstas son las que conocemos como fijas. Las «aventuras» esporádicas debían sumar bastantes más. De vez en cuando sufría; «¿mas cuándo se dio en amor herida que saliese libre el alma?», pregunta en una carta al duque de Sessa. O, muy a la española, se arrepentía, lloraba, prometía volver al camino que le marcaba el hábito que llevaba. Era inútil.

Cuántas veces, Señor, me habéis llamado
y cuántas con vergüenza he respondido,
desnudo como Adán, aunque vestido
de las hojas del árbol del pecado.

LO SEXUAL EN LOPE

El descaro natural de Lope aumenta para distraer a su corresponsal y protector el duque de Sessa.

Por ejemplo: Hablando de «vergüenzas grandes» por pedirle un vaquero

> no sé si es buen término «vergüenzas grandes»; pero sé que a un estudiante que meaba debajo de la reja de una dama le dijo ella: «¡qué poca vergüenza!», y él, haciéndose afuera y enseñándole la lanza, dicen que respondió: «¿ésta le parece poca vergüenza»? La mía lo debe de ser pues escribo a VE disparates... [*Epistolario,* ob. cit., III-158; ¿verano del 1614?]

> ...El día que una mujer se lava, obligación corre a su dueño de gozar lo limpio... [Id., III-182.]

...o contándole de las cortesanas que había en su calle...

> *Pues en tantas cortesanas,*
> *ningunas hay que lo sean:*
> *tanto las curten y emplean*
> *tardes, noches y mañanas;*
> *flaquezas al fin humanas,*
> *de que mi calle es tan bella,*
> *por calor o por estrella,*
> *que ya sus arroyos son*

la Tierra de Promisión
pues corre leche por ella.

[*Epistolario,* III-202.]

...quedéme un poco en conversación con las ninfas de la calle de la leche, discurriendo en el talle de VE, que la una decía que no le había visto a pie, aunque lo deseaba; y yo respondí a sus alabanzas que era cosa de risa para como VE parecía a caballo y que si no lo creía que lo probase. [Verano de 1615. *Epistolario,* III-203.]

Para distraer a su señor el duque, Lope cuenta recuerdos; la «jornada de Inglaterra» es la de la Armada Invencible, y su vanidad resulta clara en el recuerdo de su éxito.

En llegando yo mozuelo a Lisboa, cuando la jornada de Inglaterra, se apasionó una cortesana de mis partes y yo la visité lo menos honestamente que pude; dábale unos escudillos, reliquias tristes de los que había sacado de Madrid a una vieja madre que tenía; la cual, con un melindre entre puto y grave, me dijo así: «No me pago cuando me huelgo.» [17 de octubre de 1611. III-69.]

El incorregible adúltero que es Lope describe así el típico triángulo:

El marido me quitaba el sueño pensando cuándo se le antojaría de decirle «llégate a mí», que los maridos tienen llave maestra de sus mujeres y entran cuando quieren y como quieren; y por eso decía un hombre que yo conocía que merecían ser ofendidos de otros por la comodidad con que hacían sus gustos; que un pobre galán espera, teme, desconfía, padece y, cuando llega la ocasión, todo se le va en pensar en el poco tiempo que tiene para gozarla y lleno de miedo y desvanecido en besar desde el cabello al pie de aquel bulto que tiene en los brazos y que no cree que se le ha pasado el tiempo y le dicen: «Mirad que es tarde»; cosa que ha helado a muchos valientes del amor y no malos oficiales de su gusto. [*Epistolario,* ob. cit., III-141; marzo 1614.]

Realmente, no sabe uno quién era más cínico, si el duque o Lope. Cuando muere el marido de Jacinta, la amante del de Sessa, éste se entristece y le dice Lope:

¿Cuál de los dos ha enviudado:
vos o Jacinta, señor?
Que siendo uno mismo Amor
será uno mismo el cuidado.

Pero yo no pongo duda
de que quedastes los dos
tan juntos, que seréis vos
la mitad de la viuda.

Señor, ¿dígame VE para qué le fuera bueno un hombre que le dio tantos celos? Pero como es tan discreto VE, débele de haber pesado que le quiten la dificultad al gusto, porque suele ser la que los hace mayores; y ahora que el de VE queda solo en la estacada, ¿quién duda que le ha de parecer que sin la contradicción, que sin celos, se ha de cansar presto de la abundancia? Que un mismo mantenimiento cansa el gusto, aunque él sea por sí mismo precioso. ¡Alegre VE esa cara, por Dios! Cosas son que Él hace; no era tanto lo que él amaba a VE que le merezca esta tristeza... y advierta que no ha tenido suceso de hombre dichoso tan feliz como éste después que nació Duque de Sessa; porque si se quiere holgar, nadie se lo impide y, si holgándose mucho ha de cansarse, ¿qué mayor dicha que estarlo para no vivir con el cuidado que solía? [Junio 1616? *Epistolario,* III-248.]

¡Qué cosas se le ocurrían a Lope, el sacerdote, contra los frailes!

ningún hombre cuerdo compitió con genovés, músico y fraile... pero con celo más temiera el pistolete del fraile porque tiene la pólvora seca y disparan a deseo, fuera de que en la marca son venturosos, débelo de hacer que siempre la friegan y la holgura en que la traen; y por eso decía una mujer que yo conocí que nacían los hombres grandes en la edad pasada porque traían los antiguos unos sayos sin gregüescos. No ande VE tan atacado. [*Epistolario,* II-296.]

Es decir, tan prieto en la entrepierna como se llevaba entonces.
Y al terminar con «La Loca», uno de sus amores, llega a decir...

Cruces me hago de mi desatinada imaginación, pero yo entiendo que cuando los antiguos escribieron que Pásifae se echó con un toro y Semíramis con un caballo, querían dar a entender que es tan ciega la voluntad que no separa el sujeto cuando la lleva ciego el apetito y que así yo trataba con una borrica; que tal debía de ser mi necedad a los ojos de los que no me miran como VE... [Nov. 1616? *Epistolario*, III-260.]

LOPE, EL SERVIL

Si impresiona a un español de hoy ver cómo se humillaba Cervantes ante un noble de menor cuantía humana, los ejemplos que da Lope, siempre mucho más lanzado en todo que Cervantes, son ya lastimosos. En sus cartas al duque de Sessa, las muestras de adhesión y entrega, muchos más enfáticas por el estilo del tiempo, resultan difícilmente digeribles hoy. Por ejemplo...

> ...y tengo a Vuestra Excelencia tan singular amor, que me atrevo a decir que se le tengo, que entre tan desiguales parece ofensa, a no fijarse el ejemplo de Dios que sufre ser amado de cosas tan distantes de su perfección... No hallo yo, señor excelentísimo, cómo pueda responder a tantos favores ni imaginar si podría yo querer más a Vuecencia... [*Epistolario de Lope de Vega.* III-18.]

> ...y en cuanto a la merced que VE me promete a mí, digo que no tenga ese cuidado que todos le habemos de servir y, si acertamos, eso basta para premio...

Lo cual no era óbice para que se pasase el día pidiéndole un coche para ir a Toledo, unos reposteros para su casa, unos vestidos para alguna de sus amantes, una sotana para él mismo.

Mi sotana sin reparos
tiene, por ser de provecho,
cuatro bocas en el pecho,
mas todas por alabaros.

Y no es por importunaros
el hablar en mi sotana,
pues tengo por cosa llana,
según es agradecida,
que si os alaba rompida,
mejor os alabe sana.

[*Epistolario,* IV-17; ¿1618?]

Para obligarle más no deja de humillarse con promesa que más que de motañés, parece de andaluz.

> ...que le juro como montañés, que si mi sangre fuera necesaria a un caballo de VE no dudaría en sacármela toda, y créame que digo verdad y que deseo ocasión que se conozca que lo es, como es la experiencia. [Id., III-22; 30-6-1610.]

Antes ha mencionado a Dios, aunque de refilón, para mostrar la diferencia grande entre los dos. En otra misiva llegará más cerca en la sacrílega relación. Quejándose de que no le ha visto durante la Cuaresma...

> me sucede con VE con que a las almas santas que nunca ven a su dueño sino cuando Él quiere; y así me sucede a mí, pues nunca veo a VE si no es por revelación y humillación de su grandeza a mi humildad. [Id., III-29; marzo 1611.]

¿Qué hombre sería ese duque de Sessa? Mejor dicho, ¿qué hombre se empeñaba Lope en que fuese?:

> Yo sin lisonja he pensado muchas veces que VE es una viva idea de un perfecto príncipe; escriben de Jenofonte que quiso, pintando y describiendo las virtudes de Ciro, no referir las suyas, sino enseñar a los hombres cuáles habían de ser las de un rey; y yo digo que si él conociera las de VE, ocupara mayores libros en alabarle que compuso en describirle con estos pensamientos. [*Ob. cit.*, III-53.]

¡Y a eso le llamaba hablar «sin lisonja»! A veces, leyendo estas cartas, da la impresión de que el duque de Sessa se complacía en provocar esas demostraciones de amor, con sus hipócritas quejas de que Lope no le hacía caso. Tanto ello como las frases usadas por el Fénix

harían quizá pensar mal de esas relaciones, si no fuera por la fama que ambos caballeros tenían en el campo contrario, es decir, en el normal. Incluso, una vez, se asombra Lope de que haya gente «del otro lado»:

> Dícenme que están en Madrid muy quejosas las mujeres de que, siendo tan fáciles, haya hombres presos por traidores a la naturaleza; que así llamo yo a los que andan por detrás a tan feos gustos; no se va hombre del lugar que no se diga que es por eso [es decir, desterrados]... lo escribo por la risa que me ha dado hoy el ver murmurar a ciertas personas que han ido a sus negocios y que de semejante bellaquería tienen los suyos tan inocentes. [*Ob. cit.*, III-49; 1611, agosto.]

Lope, a pesar de su hábito, actuaba como tercero del duque de Sessa, escribiendo por él sus cartas de amor. Hasta que un día tiene que decirle...

> ...no se canse de venir aquí a la noche, pues bien puedo, como a tan gran señor y dueño mío, hablar tan claro; que como cada día confieso escribir estos papeles no quisieron el de San Juan absolverme si no daba palabra de dejar de hacerlo y me aseguraron que estaba en pecado mortal. Heme entristecido de suerte que creo no me hubiera ordenado si creyera que había de dejar de servir a VE en alguna cosa, mayormente en las que son tan de su gusto...

y para dorar la píldora de su rehúse:

> ...si algún consuelo tengo es saber que VE escribe tanto mejor que yo, que no he visto en mi vida quién la iguale; y pues esto es verdad infalible y no excusa mía, suplico a VE tome este trabajo por cuenta suya, para que yo no llegue al altar con este escrúpulo ni tenga cada día que pleitear con los censores de mis culpas; que le prometo que me aventaja tanto en lo que escribe como en el haber nacido hijo de tan altos príncipes. [*Epistolario*, ob. cit., III-156.]

Pero, en el mismo verano de 1614, Lope muestra que no ha renunciado a su oficio...

Yo escribo a VE ese papel para aquella persona por el último; la razón es que, como los confesores propios hilan tan delgado, les ha parecido no absolverme como si yo estuviera a pan y cuchillo con esta secretaría; crea VE que en mí tiene un esclavo y que lo seré toda mi vida, como lo podrá experimentar mandándome las demás cosas que fueren sin culpa; que dicen que los partícipes y coadjutores la tenemos como los propios. [*Ob. cit.* III-159.]

LOPE, AUTOR «NACIONAL»

Lope utilizaba los elementos que tenían que gustar a los hombres de su tiempo. *Fuenteovejuna,* basado en un hecho, al parecer, ocurrido en tiempos de los Reyes Católicos, le daba la oportunidad de levantar una trama literaria de seguro éxito.

Una pareja enamorada, ingenua y auténtica: Frondoso y Laurencia.

Un hombre malvado, el tirano por excelencia, el comendador Fernán-Gómez, que intenta conseguir a la muchacha con promesas y dádivas. Ante el fracaso, la hace raptar por sus secuaces el día de su boda y llevarla a su casa. Cuando la suelta, Laurencia entra en el Concejo Municipal a insultar a los hombres, empezando por su padre, el alcalde, e incitarles a la revuelta contra el tirano. Es la escena más apasionante de la obra: el verso de Lope juega con los sentimientos como el arpista con las cuerdas de su arpa.

ESTEBAN
¡Hija mía!
LAURENCIA
No me nombres
tu hija.
ESTEBAN
¿Por qué, mis ojos?
¿Por qué?
LAURENCIA
Por muchas razones,
y sean las principales,
porque dejas que me roben
tiranos sin que me vengues,
traidores sin que me cobres.
Ovejas, sois, bien lo dice
de Fuenteovejuna el nombre.
Dadme unas armas a mí,
pues sois piedras, pues sois bron-
[ces,
pues sois jaspes, pues sois tigres.
Tigres no, porque feroces
siguen quien roba sus hijos,
matando los cazadores
antes que entren por el mar,
y por sus ondas se arrojen.
Liebres cobardes nacisteis;
bárbaros sois, no españoles.
Gallinas, ¡vuestras mujeres

sufrís que otros hombres gocen!
Poneos ruecas en la cinta;
¿Para qué os ceñís estoques?
¡Vive Dios, que he de trazar
que solas mujeres obren
la honra destos tiranos,
la sangre destos traidores,
y que es han de tirar piedras,
hilanderas, maricones,
amujerados, cobardes,
y que mañana os adornen
nuestras tocas y basquiñas,
solimanes y colores!
...Llevóme de vuestros ojos
a su casa Fernán Gómez;
la oveja al lobo dejáis,
como cobardes pastores.
¿Qué dagas no vi en mi pecho?
¡Qué desatinos enormes,
qué palabras, qué amenazas,
y qué delitos atroces,
por rendir mi castidad
a sus apetitos torpes!
Mis cabellos ¿no lo dicen?
¿No se ven aquí los golpes,
de la sangre y las señales?
¿Vosotros sois hombres nobles?
¿Vosotros padres y deudos?
¿Vosotros, que no se os rompen
las entrañas de dolor,
de verme en tantos dolores?
A Frondoso quiere ya,
sin sentencia, sin pregones,
colgar el comendador
del almena de una torre;
y todos hará lo mismo;
y yo me huelgo, medio hombres,
porque quede sin mujeres
esta villa honrada, y torne
aquel siglo de amazonas,
eterno espanto del orbe.

ESTEBAN

Yo, hija, no soy de aquellos
que permiten que los nombres
con esos títulos viles.
Iré solo, si se pone
todo el mundo contra mí.

JUAN ROJO

Y yo, por más que me asombre
la grandeza del contrario.

REGIDOR

Muramos todos.

BELLILDO

Descoge
un lienzo al viento en un palo,
y mueran estos inormes.

JUAN ROJO

¿Qué orden pensáis tener?

MENGO

Ir a matarle sin orden.
Juntad el pueblo a una vez;
que todos están conformes
en que los tiranos mueran.

ESTEBAN

Tomad espadas, lanzones,
ballestas, chuzos y palos.

MENGO

¡Los reyes nuestros señores
vivan!

TODOS

¡Vivan muchos años!

MENGO

¡Mueran tiranos traidores!

TODOS

¡Traidores tiranos mueran!

(Vanse todos los hombres)

Lope vive en una sociedad monárquica y sus comedias están hechas para animar al pueblo a seguir por ese camino. La revolución popular existe, puede existir, *siempre* que se mantenga una fórmula sacramental. «¡Los reyes, nuestros señores, vivan!» Ellos no pueden equivocarse, son los defensores de nuestros derechos y jamás permitirían que nos hicieran injusticia de saberlo. Son los «tiranos traidores» los que se aprovechan de su autoridad delegada (en el caso de Fuenteovejuna es la autoridad residual del Medievo: la villa pertenece a la orden

de Calatrava, de la que es alto jerarca Fernán-Gómez), para ofender a lo más sagrado que el pueblo tiene: la honra.

«¿Vosotros tenéis honor? —se ha burlado antes el Comendador ante las quejas del alcalde—; ¡Qué frailes de Calatrava!» ¿Es decir, con los frailes, caballeros de las Órdenes Militares, se atreven a igualarse?; y aún más, parece gritar Lope. Los pueblerinos, los villanos, atacan el palacio, y matan al Comendador y a sus cómplices en los crímenes. El Rey envía un juez que procede al interrogatorio normal del tiempo, es decir, la tortura. Su informe al Rey es claro.

...JUEZ

A Fuenteovejuna fui
de la suerte que han mandado,
y con especial cuidado
y diligencia asistí.
Haciendo averiguación
del cometido delito,
una hoja no se ha escrito
que sea en comprobación;
porque conformes a una,
con un valeroso pecho,
en pidiendo quién lo ha hecho,
responden: «Fuenteovejuna.»
Trescientos he atormentado
con no pequeño rigor,
y te prometo, señor,
que más que esto no he sacado.
Hasta niños de diez años
al potro arrimé, y no ha sido
posible haberlo inquirido
ni por halagos ni engaños.
Y pues tan mal se acomoda
el poderlo averiguar,
o los has de perdonar,
o matar la villa toda.

Eso, efectivamente, contestaron todos, desde el niño al anciano, del gordo al flaco, del hombre a la mujer, con algunas variantes. Mengo, el personaje cómico, parece que va a confesar para acabar gritando que quien lo hizo fue «...¡Fuenteovejunica!»

(La única respuesta que no da ninguno de los atormentados es la que todo el mundo conoce cuando se habla de esa obra, la que se pone como ejemplo de fervor colectivo.

—¿Quién mató al Comendador?
—Fuenteovejuna, señor.
—¿Y quién es Fuenteovejuna?
—Todos a una.

Perfecto como definición, absolutamente clara como resumen de una situación dramática. Verso perfecto. Lo que ocurre es que *no aparece* en toda la obra.)

Y ya está la escena preparada para el desenlace. Por un lado, los campesinos que han hecho algo tan grave como levantarse contra su

señor natural; enfrente hay unos reyes que sabrán escucharles. Preguntan: ¿Qué ocurrió?

... las haciendas nos robaba
y las doncellas forzaba,
siendo de piedad extraño...
FRONDOSO
Tanto, que aquesta zagala,
que el cielo me ha concedido,
en que tan dichoso he sido
que nadie en dicha me iguala,
cuando conmigo casó,
aquella noche primera,
mejor que si suya fuera,
a su casa la llevó.

(El ataque a la honra, en algo tan importante como la de la esposa, reciente la boda, tenía que provocar, necesariamente, la simpatía de los reyes. Pero, de pronto, el escritor se echa atrás. Si el final tiene que ser feliz, el *happy-end* típico de los dramas que han sido populares en todo el mundo y en todas las épocas, no puede quedar en esa pareja el recuerdo de algo tan grave como ese forzamiento. Y así, de pronto, Lope cambia la historia. Quien oye a Laurencia gritar su rabia y desesperación y precisa: «Gallinas, vuestras mujeres sufrís que otros hombres gocen», no podría creer jamás que... no pasó nada.

...y a no saberse guardar
ella, que en virtud florece,
ya manifiesto parece
lo que pudiera pasar.

Es lo que se llama una concesión al público sano: una concesión al público y una traición al espíritu de su misma obra.)

El rey dará la razón al pueblo... y, de paso, se quedará con él, quitándole así una baza más a la nobleza endiosada que los Católicos habían encontrado al llegar al trono. Hay mucho de la famosa habilidad de Fernando de Aragón al resolver, apoyándose en un problema técnico, «la dificultad de la comprobación»

...ESTEBAN
Señor, tuyos ser queremos.
Rey nuestro eres natural,
y con título de tal
ya tus armas puesto habemos.
Esperamos tu clemencia,
y que veas esperamos,
que en este caso te damos
por abono la inocencia.
EL REY
Pues no puede averiguarse
el suceso por escrito,
aunque fue grave el delito,
por fuerza ha de perdonarse.
Y la villa es bien se quede
en mí, pues de mí se vale,
hasta ver si acaso sale
comendador que la herede.

FRONDOSO
Su majestad habla, en fin,
como quien tanto ha acertado.
Y aquí, discreto senado,
Fuenteovejuna da fin.

El discreto senado es, naturalmente, el público que llena los «corrales» de comedia en cuanto se anuncia una obra de Lope de Vega. El autor, como todos los de su tiempo, les habla con cariño y respeto, rayando en el servilismo. La verdad es que el público de lo que hoy llamaríamos «platea», que aguantaba de pie una obra en varias jornadas, era fácil al insulto a gritos y aun al arrojo de verduras y hortalizas a los cómicos que no eran de su agrado.

Lo importante para Lope, en *Fuenteovejuna,* es hacer llegar al público que el rey —llámese Fernando o Felipe III— está allí, dispuesto siempre a atenderle en sus justas peticiones, como padre amantísimo que es de todos los españoles.

En el caso de *Peribáñez y el Comendador de Ocaña,* Lope emplea el mismo «truco» psicológico que en *Fuenteovejuna.* La pareja ahora, sin embargo, es más importante. Peribáñez más hombre, más completo que Frondoso, no necesitará del apoyo de sus conciudadanos para la defensa de su honor.

La trama se desarrolla en forma parecida a la obra anterior. La felicidad de su pueblo se personifica aquí en la de un hogar con absoluta identificación de los cónyuges. Casilda le echa flores a su marido, flores rústicas, como han de ser las de labradora que no ha cursado estudios. El «relincho» es aquí una expresión amable, un pastel lo más a que puede compararle, zapatos nuevos equivale a alegría máxima; hasta la procesión, gran fiesta del pueblo, puede parangonarse con Peribáñez.

En mañana de San Juan
nunca más placer me hicieron
la verbena y arrayán,
ni los relinchos me dieron
en que tus voces me dan.
¿Cuál adufe bien templado,
cuál salterio te ha igualado?
¿Cuál pendón de procesión,
con sus borlas y cordón,
a tu sombrero chapado?
No hay pies con zapatos nuevos
como agradan tus amores;
eres entre mil mancebos
hornazo en pascua de Flores
con sus picos y sus huevos.

Y sólo en una rústica puede comprenderse el recuerdo de un toro como símbolo de belleza agreste, de fuerza vital.

(«Como un toro la boda, levantándose está», dirá muchos años después García Lorca.)

Pareces en verde prado
toro bravo y rojo echado;
pareces camisa nueva,
que entre jazmines se lleva
en azafate dorado.

Pareces cirio pascual
y mazapán de bautismo,
con capillo de cendal,
y paréceste a ti mismo,
porque no tienes igual.

Igual le había alabado, en rústico, Peribáñez. Lope, naturalmente, sabe que un campesino no habla tan «bonito»; la altura del verso es grande pero, en cambio, la metáfora es la que podía imaginar un labrador. Con ello el poeta lograba dar, al mismo tiempo, belleza y realismo a la escena entre los dos esposos.

PERIBÁÑEZ

Casilda, mientras no puedas
excederme en afición,
no con palabras me excedas.
Toda esta villa de Ocaña
poner quisiera a tus pies,
y aun todo aquello que baña
Tajo hasta ser portugués,
entrando en el mar de España.
El olivar más cargado
de aceitunas me parece
menos hermoso, y el prado
que por el mayo florece,
sólo del alba pisado.

...Ni el vino blanco imagino
de cuarenta años tan fino
como tu boca olorosa;
que como al señor la rosa,
le huele al villano el vino.
Cepas que en diciembre arranco
y en octubre dulce mosto,
ni mayo de lluvias franco,
ni por los finos de agosto
la parva de trigo blanco,
igualan a ver presente
en mi casa un bien que ha sido
prevención más excelente
para el invierno aterido
y para el verano ardiente.

Casilda se muestra cálida, vehemente; cuando cuenta a su prima la alegría del encuentro diario a la vuelta del campo, la belleza de la frase está refrendada por su erotismo sostenido, el abrazo en la cuadra, al acostarse, con la aurora pesándole el ir a llamarles. (Como en Romeo y Julieta: ¿es la alondra o el ruiseñor?)

INÉS
¿Dícete muchos amores?
CASILDA
No sé yo cuáles son pocos;
sé que mis sentidos locos
lo están de tantos favores.
Cuando se muestra el lucero
viene del campo mi esposo,

de su cena deseoso;
siéntele el alma primero,
y salgo a abrille la puerta,
arrojando el almohadilla;
que siempre tengo en la silla
quien mis labores concierta.
Él de las mulas se arroja,
y yo me arrojo en sus brazos;
tal vez de nuestros abrazos
la bestia hambrienta se enoja,
y sintiéndola gruñir,
dice: «En dándole la cena
al ganado, cara buena,
volverá Pedro a salir.»
Mientras él paja les echa,
ir por cebada me manda;
yo la traigo, él la zaranza;
y deja la que aprovecha.
Revuélvela en el pesebre,
y allí me vuelve a abrazar;
que no hay tan bajo lugar
que el amor no lo celebre.
Aváhole su escudilla
de sopas con tal primor,
que no las come mejor
el señor de nuesa villa;
y él lo paga, porque a fe,
que apenas bocado toma,
de que, como a su paloma,
lo que es mejor no me dé.
Bebe y deja la mitad,
bébole las fuerzas yo,
traigo olivas, y si no,
es postre la voluntad.
Acabada la comida,
puestas las manos los dos,
dámosle gracias a Dios
por la merced recibida;
y vámonos a acostar,
donde le pesa a la aurora
cuando se llega la hora
de venirnos a llamar.

La pasión sexual de Casilda tiene un único destinatario, Peribáñez. Y cuando el Comendador la requiebre bajo falsas apariencias de labrador, cantará las virtudes de su marido. Al público del tiempo le tenía que complacer que alguien prefiera un campesino a un señor, fórmula que ha sido usada, sin fracaso, durante siglos. La campesina de los hermanos Álvarez Quintero, que confesaba al señorito su preferencia por el «aperaor», no hacía más que repetir, con peor labia, la brillante defensa del humilde contra el poderoso. Y con el mismo gusto lo oían los sufridos villanos del XVII y los del siglo XX. ¿Y los señorones? En ambos casos lo veían con cierta complacencia y condescendencia. ¡Ocurría tan pocas veces en la vida real!

Casilda empieza por negar la posibilidad de que el Comendador pueda querer a un ser modesto, pero aun suponiendo que fuese así...

...Y cuando el Comendador
me amase como a su vida
y se diesen virtud y honra
por amorosas mentiras,
más quiero yo a Peribáñez
con su capa la pardilla
que al Comendador de Ocaña
con la suya guarnecida.
Más precio verle venir
en su yegua la tordilla,
la barba llena de escarcha
y de nieve la camisa,
la ballesta atravesada,
y del arzón de la silla
dos perdices o conejos,
y el podenco de traílla
que ver al Comendador
con gorra de seda rica,
y cubiertos de diamantes
los brahones y capilla;

que más devoción me causa
la cruz de piedra en la ermita
que la roja de Santiago
en su bordada ropilla.
Vete, pues, el segador,
mala fuese la tu dicha;
que si Peribáñez viene,
no verás la luz del día.

Peribáñez descubre en Toledo un retrato de su mujer, encargo del Comendador, y vuelve a su casa lleno de tristes presentimientos. Su soliloquio está salpicado de un «ritornello» muy del tiempo. Quien está debajo en la escala social no tiene siquiera derecho a la belleza que corresponde a los seres de categoría superior.

¡Mal haya el humilde, amén
que busca mujer hermosa!

En este monólogo aparece un tema que Calderón desarrollará mucho más amplia y profundamente. Al español del tiempo le preocupa casi tanto el qué dirán como el hecho en sí.

Don Fadrique me retrata
a mi mujer: luego ya
haciendo dibujo está
contra el honor, que me mata.
Si pintada me maltrata
la honra, es cosa forzosa
que venga a estar peligrosa
la verdadera también:
¡mal haya el humilde, amén,
que busca mujer hermosa!

Llega Peribáñez a su casa y escucha a los labriegos cantar una canción en la que se explica cómo el Comendador requirió a Casilda, inútilmente; para el marido que oye, ese consuelo tiene una grave falta.

que aunque en gran satisfacción
Casilda, de ti me pones,
pena tengo con razón,
porque honor que anda en canciones
tiene dudosa opinión.

Ya entramos de lleno en el concepto que tiene que informar gran parte de la literatura del tiempo, precisamente porque informaba gran parte de la vida del tiempo. El honor es una virtud intrínseca; forma parte del alma del individuo (patrimonio del alma la llamará Calderón). La honra es el eco de ese honor en el mundo que nos rodea. Lope lo dice en otra comedia.

Entre todas las naciones
tiene el español valor,
fundando todo su honor
en ajenas opiniones;
y en estas satisfacciones
que en fin de la honra son,
en que estriba su opinión;
aunque fundada en mujer,
veo que debe ser
la más honrada nación.

[*Porfiar hasta morir.*]

Y así la «opinión», fundada —fíjese— «en ajenas opiniones», de los demás acabará siendo la honra y, hasta tal punto, que deshonrar es tanto el acto físico de violar a una mujer como hablar mal de ella. En el entremés de Cervantes, *La Guarda cuidadosa,* la criadita asegura a sus amos que el sacristán «la deshonró» en la plaza pública. Gran susto de sus señores y protectores naturales, hasta que la mozuela explica que la deshonra consistió en insultarla.

Con qué ilusión esperaría el público de mosqueteros, en el centro, las damas de los aposentos, las mujeres de la cazuela, el momento en que se enfrentarían el traidor lobo que busca a la infeliz muchacha y su defensor. Peribáñez tendrá que olvidar el humilde puesto que ocupa en la escala social para atreverse a atacar nada menos que a un Comendador...

CASILDA
Mujer soy de un capitán,
si vos sois comendador.
Y no os acerquéis a mí
porque a bocados y a coces
os haré...
COMENDADOR
Paso y sin voces
PERIBÁÑEZ (Aparte.)
—¡Ay honra!, ¿qué aguardo aquí?
(Sale de donde estaba.)
Mas soy pobre labrador:
bien será llegar a hablalle...
pero mejor es matalle.
(Adelantándose con la espada desenvainada.)

Perdonad, Comendador;
que la honra es encomienda
de mayor autoridad.
(Hiere al COMENDADOR.)

El final sigue el mismo hilo que en el caso de *Fuenteovejuna*. Un rey que se indigna ante las noticias del asesinato...

EL REY D. ENRIQUE
¡Qué desvergüenza extraña!
¡Con estas nuevas a Toledo llego!
¿Así de mi justicia tiembla España:
Dad un pregón en la ciudad, os ruego,
Madrid, Segovia, Talavera, Ocaña,
que a quien los diere presos o sean muertos,
tendrá de renta mil escudos ciertos.
Ir luego, y que ninguno los encubra
ni pueda dar sustento ni otra cosa,
so pena de la vida.

Un campesino llega a hablarle —obsérvese aquí ya la propaganda; cualquier súbdito puede llegar a la presencia del Rey para exponer sus agravios. Reacción violenta del Rey al oír el nombre.

PERIBÁÑEZ
Dame, gran señor, tus pies.

EL REY D. ENRIQUE
Habla, y no estés de rodillas.

PERIBÁÑEZ
¿Cómo, señor, puedo hablar,
si me ha faltado la habla
y turbado los sentidos
después que miré tu cara?
Pero siéndome forzoso,
con la justa confianza
que tengo de tu justicia,
comienzo tales palabras.
Yo soy Peribáñez...

EL REY D. ENRIQUE
¿Quién?

PERIBÁÑEZ
Peribáñez el de Ocaña.

EL REY D. ENRIQUE
Matadle, guardas, matadle.

LA REINA
No en mis ojos. Teneos, guardas.

EL REY D. ENRIQUE
Tened respeto a la Reina.

PERIBÁÑEZ
Pues ya que matarme mandas,
¿no me oirás, siquiera, Enrique,
pues Justiciero te llaman?

LA REINA
Bien dice: oídle, señor.

EL REY D. ENRIQUE
Bien decís; no me acordaba
que las partes se han de oír,
y más cuando son tan flacas.
Prosigue.

Ya está el público en suspenso. (La palabra es auténtica y del tiempo, no hace falta el «suspense» de hoy.) ¿Será capaz el labrador humilde de cambiar las ansias de venganza del rey agraviado? Por de

pronto no es tan humilde. Lope hace empezar su perorata revelando lo que hacía del villano español algo distinto y superior a algún rico de su propio país, incluso a veces al noble. Era la limpieza de sangre, que permitía al hambriento burlarse del usurero hebreo con millones.

PERIBÁÑEZ

Yo soy un hombre,
aunque de villana casta,
limpio de sangre, y jamás
de hebrea o mora manchada.
...Fui el mejor de mis iguales,
y en cuantas cosas trataban
me dieron primero voto,
y truje seis años vara.
Caséme con la que ves,
también limpia, aunque villana;
virtuosa, si la ha visto
la envidia asida a la fama.
El comendador Fadrique,
de vuesa villa de Ocaña
señor y comendador,
dio, como mozo, en amarla.

Sigue Peribáñez explicando las argucias del Comendador que le regala reposteros (tapices) y le nombra luego capitán de cien labradores para ir a la guerra que los reyes hacen contra los moros. De cómo volvió a tiempo...

...Hallé mis puertas rompidas
y mi mujer destocada
como corderilla simple
que está del lobo en las garras.
Dio voces, llegué, saqué
la misma daga y espada
que ceñí para servirte,
no para tan triste hazaña;
paséle el pecho, y entonces
dejó la cordera blanca,
porque yo, como pastor,
supe del lobo quitarla.

¿Y por qué no ha huido después? La razón que da Peribáñez es una razón práctica, que tenía que gustar al sentido común del auditorio. Si alguien tiene que cobrar una prima por su captura que sea su mujer, a fin de que no acabe, además de viuda, pobre.

...Vine a Toledo, y hallé
que por mi cabeza daban
mil escudos; y así, quise
que mi Casilda me traiga.
Hazle esta merced, señor;
que es quien agora la gana,
porque viuda de mí,
no pierda prenda tan alta.

La reacción del rey y de la reina es, naturalmente, la esperada. No sólo habrá perdón sino ascenso. Queda, sí, la sorpresa en la mente del monarca que un hombre humilde tenga, «en tanto su fama», algo que corresponde solamente a los nacidos caballeros. Hijo de algo era hijo

de sus obras. Así Ercilla niega el posible nacimiento oscuro de Cristóbal Colón en *La Araucana,* porque quien es capaz de tales cosas no puede ser un cualquiera. De la misma manera, el rey Enrique, al confirmarle como capitán —lo era sólo provisionalmente—, le sitúa donde debería estar. La escala social sigue igual de rígida, y cada uno hace lo que le corresponde según su nacimiento. En casos aparecidos, el monarca *corrige* la situación de un individuo sin alterar por ello el orden establecido.

...El Rey D. Enrique
¡Cosa extraña!
¡Que un labrador tan humilde
estime tanto su fama!
¡Vive Dios, que no es razón
matarle! Yo le hago gracia
de la vida... Mas, ¿qué digo?
Esto justicia se llama.
Y a un hombre deste valor
le quiero en esta jornada
por capitán de la gente
misma que sacó de Ocaña.
Den a su mujer la renta,
y cúmplase mi palabra,
y después desta ocasión,
para la defensa y guarda
de su persona, le doy
licencia de traer armas
defensivas y ofensivas.
Peribáñez
Con razón todos te llaman
Don Enrique el Justiciero.

No hay que insistir en que esos casos no pasaban normalmente en la España de entonces. Un Peribáñez, alzado contra su señor natural, hubiera sido ahorcado mucho antes que pudiera dirigirse a ningún rey comprensivo. Pero la mera posibilidad de que ocurriera, llenaba de gozo al público sencillo de los corrales, contribuyendo a la fama de Lope.

...Que igualmente ensalzaba al ejército, sostén de ese Estado bien organizado.

Muchas veces los Tercios de España se quedaban sin cobrar y varias se sublevaron por ello, robando lo que creían les debían. Lope presenta una escena típica. Una dama en las cercanías de Bruselas, un soldado que se le acerca.

Liranzo
Señor, yo vengo a ser
hablando en lengua vulgar,
embajador del sustento
de aquellos pobres soldados.
Esos diamantes sobrados
de vuestro pecho ornamento,
dicen que faltan allí
y que luego os los quitéis.

...Tiburcio
¿Cómo soldados del Rey
roban sus mismos vasallos?

Peralta
No venimos a roballos;
la necesidad sin ley
nos obliga, como gente
mal pagada, mientras llega
dinero de España.

CARRERA
Entrega
Madame, tú blandamente
las joyas para empeñarlas,
que en pagándonos el Conde
la misma razón responde
que vendremos a quitarlas.

El conde es el de Fuentes, que gobierna a Flandes desde la muerte del Archiduque. Lope presenta a un soldado que en realidad sólo pide un anticipo, por decirlo así («quitarlas» significa recuperarlas, devolviéndolas a la dama). Pero aun eso sería demasiado para su idealización del español. Sobreviene Mendoza...

...no es justo
ya que he visto su persona
que se le haga este agravio.

LIRANZO
¿Pues de cuándo acá le toca
no siendo oficial del Rey?

MENDOZA
De ver que es injusta cosa
que infamen vuestras mercedes
a la nación española;
y el ser de su compañía
me obliga, por hijodalgo,
a que vuelva por su honra.
[*Pobreza no es vileza,* I-3.]

Lo lógico en casos parecidos es que los soldados mataran a él y a la señora que se resiste, pero Lope deja siempre bien el carácter nacional. Los agresores se retiran respetando a Mendoza.

Más elogios al soldado español:

MENDOZA
Pensaba hacerme cobarde
amor con su tierna mano;
mas fuera de su nación,
si en casos de honor se emplea
no hay español que no sea
un africano león.
[*Pobreza no es vileza,* II-3.]

LORENZO
De humo como en nube polvorosa
se cubren los soldados.
CONDE
Esa nube
no cubre el sol que del Oriente sube.
Del valor español, donde le llama
a su verde laurel la inmortal fama.
[*Pobreza no es vileza,* II-7.]

Lope, como soldado, tenía sus puntos de escéptico cuando, después de haber luchado, oía que la victoria se debía sólo a Alguien muy alto. A pesar de que él no estuvo en Lepanto, llamada simplemente «La Naval» (las tres naciones son España, el Papa y Venecia), le cuesta trabajo creer que se venció por ser el día del Rosario.

> Don Juan de Oquina me dijo que VE, Señor, mandaba que buscase el sujeto de una comedia para la fiesta del Rosario; y he leído con particular atención el libro nuevo de sus milagros y no le hallo poderoso a sustentar tres actos con invención bastante: allí atribuyen los padres dominicos la batalla naval, digo sus vencimientos, a este día y misterio. No creo que las tres naciones que pelearon, muriendo de nuestra parte seis veces mil hombres, querrán que lo sea; pero finalmente corre esta fama.
>
> [*Al conde de Lemos*, 6 mayo 1620; Epistolario, IV-53.]

LOPE, RIPIOSO

Como hombre tuvo mucho más de lo que correspondía a su cupo de debilidades humanas. Como poeta, se le escaparon bastantes ripios y, entre la bellísima flora de sus versos, aparecen algunos cardos, en cierta manera obligados por la prisa y el argumento dramático que fuerza más que el poema libre o el soneto.

Por ejemplo:

ROSELA
Soy ya tan amiga vuestra
como veréis.
Dios os guarde.
¿Qué te parece?
PANDURO
Que es tarde,
y que esa huéspeda nuestra
se querrá quedar aquí.
LAURA
¿Qué importa?
PANDURO
Hay sólo cerveza.
EL CONDE FABIO (entrando)
No ha sido poca fineza.
FRISIO
Novedad ha sido en ti.

[*Pobreza no es vileza*, I-6.]

Por mencionar una obra poco conocida. Pero incluso en las mejores surge de pronto, como una pedrada, el increíble monstruo del ripio. Como en *Fuenteovejuna*...

LAURENCIA
¿Aquestos los reyes son?
FRONDOSO
Y en Castilla poderosos.
LAURENCIA
Por mi fe que son hermosos;
¡bendígalos San Antón!
[Última jornada, esc. XXV.]

Ventajas de tener un gran santoral. Si Laurencia empieza diciendo: ¿Aquí los reyes están?, podía rematarse siempre la cuarteta con un: ¡Bendígalos san Froilán!

A veces más que el ripio nos asombra el giro de la frase, cuando asoma el Lope chistoso que divertía en sus cartas al duque de Sessa. ¿Cómo puede interpretarse, si no, esta frase de Peribáñez? Casilda está a punto de ser vendida por su prima, que, tras intentar convencerla de que haga caso al Comendador, ha permitido a éste la entrada. Y en ese momento, importante y dramático, que terminará nada menos que con la muerte de asaltante, grita Casilda:

¡Oh prima cruel y fiera
vuelta de prima, tercera!

... en un juego de palabras, bastante pobre e inoportuno, entre lo celestinesco y el orden numérico de las cuerdas de una guitarra.

NACE DON JUAN

El personaje había dado antes leves vagidos. Fue primero *El Galán y la Calavera,* el romance medieval. Joven desafiando a la muerte, burlándose de la otra vida.

Pa *misa iba un galán*
caminito de la iglesia,
no iba pa *oír la misa*
ni pa *estar atento a ella;*
que iba por ver las damas
las que van guapas y frescas

Con «Tirso de Molina», el seudónimo de un fraile mercedario, fray Gabriel Téllez, el tipo está ya en pie. La personalidad de don Juan existe marcada en el doble título: por un lado, la burla de las mujeres.

El burlador de Sevilla...

... por el otro la burla del más allá.

y Convidado de Piedra.

... con ello el fraile apuntaló las dos vertientes de Don Juan, tal y como ha llegado hasta nosotros. Hoy, en tiempos de menor importancia dada

a la vida eterna, con una existencia menos impregnada de sentimiento religioso, se llama don Juan el tipo que triunfa en sus aventuras con mujeres sin llegar a unirse sentimental ni legalmente, con ellas; «don-juanesco» a lo que representa esa vida.

Veamos primero al «Burlador»... que se descubre en la primera escena de la primera jornada, como si el personaje no pudiese esperar para asomarse al mundo. Salen Isabela y don Juan del dormitorio de la primera. Vienen hablando de amores pero también de obligaciones. Las mujeres de entonces —decíamos— aceptaban la experiencia prematrimonial, si existía un compromiso de desposorio por parte del hombre. Podía ser una simple promesa o una cédula escrita, como una letra a tantos días vista. En el caso de don Juan sólo ha sido una promesa.

DON JUAN
Duquesa, de nuevo os juro
de cumplir el dulce sí.
ISABELA
¿Mis glorias serán verdades,
promesas y ofrecimientos,
regalos y cumplimientos,
voluntad y amistades?
[Dicho de otra manera: ¿Te casarás conmigo?]
DON JUAN
Sí, mi bien.
ISABELA
Quiero sacar
una luz.
DON JUAN
Pues ¿para qué?
ISABELA
Para que el alma dé fe
del bien que llego a gozar
DON JUAN
Mataréte la luz yo.
ISABELA
¡Ah, cielo! ¿Quién eres, hombre?
DON JUAN
¿Quién soy? Un hombre sin nombre.
ISABELA
Que no eres el duque.
DON JUAN
No.

Un «hombre sin nombre». ¿Analizamos? Don Juan tiene que ser cada día uno distinto para gozar cada día a distinta mujer. Su personalidad consiste en aparentar cada vez otra distinta. De enamorado, de convencedor. Don hombre sin nombres, hombre de mil nombres.

¿Ironizamos? ¿Qué extrañas mujeres eran aquellas que tras hablar, tocar, gozar de un caballero, no sabían quién era? Es cierto que la oscuridad era cosa aceptada en tiempos de rubor, pero hasta ahí... No es la primera vez que ocurre en el teatro clásico. No será, ni con mucho, la última.

Don Juan huye de Nápoles. (Don Juan está siempre huyendo, cambiando de lugar, «vendaval erótico» le llama Américo Castro. Es una larga, apasionada jornada la suya.) Su próxima víctima será una pescadora llamada Tisbea. No creemos que hubiera muchas pescadoras de ese nombre en la España del tiempo. Tisbea resuena todavía a Renacimien-

to, a Salicio y Nemoroso, a Amarilis, la novia de Lope. Tisbea es la nueva aventura de don Juan, porque don Juan tiene eso a su favor. Jamás ha discriminado; recordará su «alter ego» años más tarde: «Desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca.» El Tenorio de Zorrilla lo decía, pero el de Tirso lo prueba pasando, sin vacilar, de la duquesa a la pescadora de Tarragona. Veamos. Catalinón, criado con nombre que refleja su vaguedad sexual, para contrastar más con la masculinidad de don Juan, le saca medio ahogado a la playa tras el naufragio de su barco. Tisbea se inclina, solícita.

TISBEA

Mancebo excelente,
gallardo, noble y galán.
Volved en vos, caballero.

DON JUAN
¿Dónde estoy?
TISBEA
Ya podéis ver;
en brazos de una mujer.

La frase le basta. Don Juan se dispara. Apenas escapado de la muerte ya está lanzado a la nueva conquista; jamás se ha visto profesionalidad mayor. No pierde un segundo para declararle que...

DON JUAN
Vivo en vos, si en el mar muero.
Ya perdí todo el recelo
que me pudiera anegar,
pues del infierno del mar
salgo a vuestro claro cielo.
Un espantoso huracán
dio con mi nave al través,
para arrojarme a esos pies
que abrigo y puerto dan.
Y en vuestro divino oriente
renazco, y no hay que espantar,
pues veis que hay de amar a mar
una letra solamente.

Hay que advertir que tampoco las mujeres con que topan esos profesionales del amor son precisamente de mármol. Tisbea reacciona con la misma voracidad, cosa curiosa en una mujer que, en soliloquio anterior, había presumido de estar

...sola de amor exenta
como en ventura sola,
tirana me reservo
de sus pasiones locas
...segura me entretengo;
que en libertad se goza
el alma que a amor áspid
no le ofende ponzoña.

Claro que era más fácil rechazar un pescador de Tarragona que un caballero principal, como muestra ser el náufrago, a pesar de su lastimoso estado. Y así, su principal duda —en ese aspecto se iguala a la duquesa— es que sea cierto lo que dice el náufrago, es decir, que traiga buenas intenciones.

Mucho habláis cuando no habláis,
y cuando muerto venís
mucho al parecer sentís;
¡plega a Dios que no mintáis!
Parecéis caballo griego
que el mar a mis pies desagua,
pues venís formado de agua,
y estáis preñado de fuego.
Y si mojado abrasáis,
estando enjuto ¿qué haréis?
Mucho fuego prometéis;
¡plega a Dios que no mintáis!

Se preparan las fiestas de la boda, se prepara don Juan para huir cuando la obtenga. Por vez primera, Tirso coloca al criado frente al dueño como su conciencia. Ya hemos mencionado el carácter del individuo que acompaña siempre al protagonista en el teatro clásico español. Es la sombra, el cómplice, el administrador, el *alter ego,* el gracioso, el antihéroe... A veces recuerda el coro griego, levantando quejumbrosamente la voz y advirtiendo lo que va a ocurrir al que rehúye cumplir con su deber. La mezcla de servilismo y confianza del criado de la época resulta curiosa hoy. El tuteo para empezar; un tuteo que no es de falta de respeto sino de confianza ilimitada como el usado con Dios, un tuteo que puede darse, *precisamente,* porque la distancia social es grande... Catalinón advierte a su dueño, pero Catalinón obedece a su dueño cuando va por mal camino. Está condicionado para ello y no podría hacer otra cosa, aunque vea claramente que se encamina hacia el despeñadero. Don Juan, se defiende recordando su «fama», cosa muy importante: la obligación de servir a su destino:

DON JUAN
Si burlar
es antiguo hábito mío,
¿qué me preguntas, sabiendo
mi condición?

¿Condición o profesión? El criado le contesta de forma que puede informar al público hasta entonces quizás ignorante:

CATALINÓN
Ya sé que eres
castigo de las mujeres.

Don Juan se pavonea; unas escenas más tarde, Catalinón le dirá algo que tiene que complacerle todavía más.

CATALINÓN
Y tú, señor, eres
langosta de las mujeres,
y con público pregón,
porque de ti se guardara
cuando a noticia viniera
de la que doncella fuera,
fuera bien se pregonara:
«Guárdense todos de un hombre
que a las mujeres engaña,
y es el burlador de España.»
DON JUAN
Tú me has dado gentil nombre.

Porque la principal obsesión de don Juan es que se entere la gente de sus hazañas. Catalinón le hace la advertencia que servirá de *leit-motiv* de la obra.

CATALINÓN
Los que fingís y engañáis
las mujeres de esa suerte,
lo pagaréis con la muerte.
DON JUAN
¡Qué largo me lo fiáis!

La frase tiene un gran valor simbólico. El desafío de don Juan de Tirso a las costumbres tiene mayor fuerza en cuanto que, en el fondo, es religioso. Con un don Juan ateo la batalla no tendría tanto mérito, porque al no creer en la vida eterna no le importaría temerla. Pero en el XVII, el incrédulo es prácticamente desconocido en España, donde el catolicismo se ha convertido en una segunda piel del vencedor del musulmán y expulsor del judío. Don Juan cree en Dios y en la posible vida eterna. Lo que ocurre es que eso está lejos: «largo»... y, por lo tanto, habrá tiempo de arrepentirse. El individualismo español encuentra en ese tipo su máxima altura. El «yo» no está inmerso en un mundo superior del que depende. El «yo» manda en la vida, tanto en ésta como en la siguiente. Y decidirá cuando sea tiempo de arrepentirse, sin que nadie le marque plazos...

Entrega de Tisbea después de dudar un poco contra promesa de matrimonio. Resulta que todos los triunfos donjuanescos han sido debi-

dos a ese truco, que se avergonzaría de utilizar hoy ningún galán con presunción de gustar a las mujeres. No le quiere lo bastante insinúa don Juan...

TISBEA
Casi te quiero creer;
mas sois los hombres traidores...
DON JUAN
¿Posible es, mi bien, que ignores
mi amoroso proceder?
Hoy prendes con tus cabellos
mi alma.
TISBEA
Yo a ti me allano
bajo la palabra y mano
de esposo.
DON JUAN
Juro, ojos bellos,
que mirando me matáis,
de ser vuestro esposo.
TISBEA
Advierte
mi bien, que hay Dios y que hay
[muerte
DON JUAN
¡Qué largo me lo fiáis!

La obra sigue y el título va llegando a su segunda parte. Con la jornada tercera empieza *El Convidado de Piedra*... La audacia del conquistador saltaba las barreras terrenas. Desafía ahora al Más Allá en la persona sagrada de los muertos.

JORNADA III

Una iglesia en Sevilla. Descúbrese un sepulcro de DON GONZALO DE ULLOA

DON JUAN
¿Qué sepulcro es éste?
CATALINÓN
Aquí
don Gonzalo está enterrado.
DON JUAN
Éste es al que muerte di.
¡Gran sepulcro le han labrado!
CATALINÓN
Ordenólo el rey ansí.
¿Cómo dice este letrero?
DON JUAN
«Aquí aguarda del Señor,
el más leal caballero,
la venganza de un traidor.»
Del mote reírme quiero.
¿Y habéidos vos de vengar,
buen viejo, barbas de piedra?
CATALINÓN
No se las podrás pelar,
que en barbas muy fuertes medra.

Como le ocurrirá en parecidas circunstancias al Tenorio de Zorrilla, el don Juan de Tirso se crece cuando hay gente delante, porque sus actos están siempre dedicados a la galería. Y sobreviene el sacrílego convite:

DON JUAN
Aquesta noche a cenar
os aguardo en mi posada.
Allí el desafío haremos,
si la venganza os agrada;
aunque mal reñir podremos,
si es de piedra vuestra espada.

El público, desde luego, sabe que el convidado aceptará la oferta, contra toda lógica física pero con toda lógica católica, para que don Juan pague su osadía. Catalinón inicia una escena que los dramaturgos repetirán hasta hartarse: La del criado miedoso. «Señor, si sabes que soy un Catalinón...», se levanta, coge la vela, abre la puerta, se encuentra con la estatua de don Gonzalo, que, durante un rato, se sienta y habla por señas. Sólo cuando los criados han desaparecido, se digna hacer uso de la palabra, porque únicamente su ofensor tiene derecho a oír la voz del Cielo.

DON JUAN
La puerta
ya está cerrada. Ya estoy
aguardando. Di, ¿qué quieres,
sombra o fantasma o visión?
Si andas en pena o si aguardas
alguna satisfacción
para tu remedio, dilo,
que mi palabra te doy
de hacer lo que me ordenares.
¿Estás gozando de Dios?
¿Dite la muerte en pecado?
Habla, que suspenso estoy.
DON GONZALO
(Habla paso [*despacio*], como cosa del otro mundo.)
¿Cumplirásme una palabra
como caballero?
DON JUAN
Honor
tengo, y las palabras cumplo,
porque caballero soy.

Esta frase, extrañamente, no provoca la risa del público. Don Juan se ha pasado la vida, y la obra lo especifica claramente, engañando, estafando a las mujeres que encuentra. Y, sin embargo, siéndolo de nacimiento, *tiene que ser* un caballero.

Tirso podía haber terminado la obra en ese momento con el castigo de don Juan, pero para prolongar el suspenso, tiene que haber otro convite. Don Gonzalo le ofrece cenar a las diez del día siguiente en la capilla. Catalinón irá también porque hace falta un testigo. En el menú figuran alacranes, víboras, vino que es hiel y vinagre. Mientras tanto, los coros resuenan premonitorios...

Adviertan los que de Dios
juzgan los castigos grandes,
que no hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague.
CATALINÓN
¡Malo es esto, vive Cristo!,
que he entendido este romance,
y que con nosotros habla.
DON JUAN
Un hielo el pecho me parte.
(Cantan)
Mientras en el mundo viva
no es justo que diga nadie;
¡Qué largo me lo fiáis!,
siendo tan breve el cobrarse.
DON JUAN
Ya he cenado; haz que levanten
la mesa
DON GONZALO
Dame esa mano;
no temas, la mano dame.
DON JUAN
¿Eso dices? ¿Yo, temor?
¡Que me abraso! ¡No me abrases
con tu fuego!
DON GONZALO
Éste es poco
para el fuego que buscaste.
Las maravillas de Dios
son, don Juan, investigables,
y así quiere que tus culpas
a manos de un muerto pagues,
y si pagas desta suerte,
ésta es justicia de Dios:
«Quien tal hace, que tal pague.»
DON JUAN
¡Que me abraso, no me aprie-
[tes!
Con la daga he de matarte.
Mas, ¡ay!, que me canso en vano
de tirar golpes al aire.
A tu hija no ofendí,
que vio mis engaños antes.
DON GONZALO
No importa, que ya pusiste
tu intento.

Resulta curioso que la venganza inmediata sea por la única felonía que don Juan no cometiera. Pero, naturalmente, don Gonzalo es la representación de todas las víctimas del Burlador. Que, en ese momento, reivindica su «derecho», como buen español, a arrepentirse y salvar el alma ya que no puede salvar el cuerpo.

DON JUAN
Deja que llame
quien me confiese y absuelva.
DON GONZALO
No ha lugar; ya acuerdas tarde.
DON JUAN
¡Que me quemo! ¡Que me abra-
[so!
¡Muerto soy!
(Cae muerto.)
CATALINÓN
No hay quien escape,
que aquí tengo de morir
también por acompañarte.
DON GONZALO
Ésta es justicia de Dios:
«Quien tal hace, que tal pague.»
(Húndese el sepulcro con DON JUAN y DON GONZALO, con mucho ruido, y sale CATALINÓN arrastrando.)

Lógico final en el tiempo de la Contrarreforma, cuando el Renacimiento había dejado florecer demasiados placeres carnales y permitido a la intelectualidad recordar demasiados goces clásicos. Tirso de Molina,

como fraile que es, condena a don Juan lógicamente; una lógica abstracta que seguirá Molière, por ejemplo, porque tiene sentido. Pero al pueblo español ese final no acabará de convencerle. Y cuando salga la versión de Zorrilla, y la absurda salvación de ese don Juan, malvado pero simpático, y con el cual se identifican la mayoría de los espectadores, la aceptarán con entusiasmo, hasta representarlo durante años y años en la época de los difuntos. Mientras, *El Burlador de Sevilla* seguirá en los anaqueles de las bibliotecas, conocido sólo por los especialistas de la literatura española.

LA VIDA ¿ES SUEÑO?

Uno de los seres más famosos de la literatura mundial se llama Segismundo y, como Hamlet —su casi contemporáneo—, duda del cielo y de la tierra. Príncipes los dos, Segismundo ha aprendido una extensa cultura aun encerrado en su mazmorra, cultura que le sirve para asombrarse más de la falta de algo tan unido al ser humano como es la libertad. En un arranque de mil trompetas —quizás el más brillante comienzo de toda la historia del teatro en el mundo—, Segismundo pone ejemplo tras ejemplo del albedrío.

SEGISMUNDO
¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros naciendo;
aunque sí nací, ya entiendo
qué delito he cometido.
Bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.

Sólo quisiera saber,
para apurar mis desvelos
(dejando a una parte, cielos,
el delito de nacer),
qué más os pude ofender,
para castigarme más.
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegio tuvieron
que yo no gocé jamás?

Nace el ave, y con las galas
que la dan belleza suma,
apenas es flor de pluma,
o ramillete con alas,
cuando las etéreas salas
corta con velocidad,
negándose a la piedad
del nido que deja en calma;
¿y teniendo yo más alma,
tengo menos libertad?

Nace el bruto, y con la piel
que dibujan manchas bellas,
apenas signo es de estrellas
gracias al docto pincel,
cuando, atrevido y cruel,

la humana necesidad
la enseña a tener crueldad,
monstruo de su laberinto:
¿Y yo con mejor instinto
tengo menos libertad?

Nace el pez que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas bajel de escamas
sobre las ondas se mira,
cuando a todas partes gira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le da el centro frío:
¿y yo con más albedrío
tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas, sierpe de plata,
entre las flores se quiebra,
cuando músico celebra
de las flores la piedad
que le da la majestad
del campo abierto a su huida:
¿y teniendo yo más vida
tengo menos libertad?

En llegando a esta pasión,
un volcán, un Etna hecho,
quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazón:
¿qué ley, justicia o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan suave,
excepción tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?

Se ha explicado la famosa obra calderoniana como una demostración dramática de la importancia de la libertad católica —el escoger el camino justo cuando se quiera, en contra del calvinismo que presupone una determinación total en la vida del hombre.

> Llamamos predestinación al eterno decreto de Dios con que Su Majestad ha determinado lo que quiere hacer de cada uno de los hombres; porque Él no los cría a todos en una misma condición y estado; mas ordénalos unos a vida eterna y los otros a perpetua condenación. Por tanto, según el fin a que el hombre es criado, así decimos que es predestinado a vida o muerte. [CALVINO, J. *Institución de la Religión Cristiana,* 1536.]

De Segismundo dijeron los astrólogos que iba a ser el enemigo feroz de su padre; se intenta probar si es cierto, y así se lo explica su carcelero Clotaldo al besarle la mano como a su Señor tras haberle llevado, inconsciente, al palacio real.

...CLOTALDO
Con la grande confusión
que el nuevo estado te da,
mil dudas padecerá
el discurso y la razón;
pero ya librarte quiero
de todas si puede ser,
porque has, señor, de saber
que eres príncipe heredero.
de Polonia. Si has estado

retirado y escondido.
por obedecer ha sido
a la inclemencia del hado
que mil tragedias consiente
a este imperio, cuando en él
el soberano laurel
corone tu augusta frente.
Mas fiando a tu atención
que vencerás las estrellas,
porque es posible vencellas
a un magnánimo varón,
a palacio te han traído
de la torre en que vivías,
mientras al sueño tenías
el espíritu rendido.
Tu padre, el rey mi señor,
vendrá a verte, y dél sabrás,
Segismundo, lo demás.

Reacción indignada del príncipe:

SEGISMUNDO
Pues vil, infame, traidor,
¿qué tengo más que saber,
después de saber quién soy,
para mostrar desde hoy
mi soberbia y mi poder?
¿Cómo a tu patria le has hecho
tal traición, que me ocultaste
a mí, pues que me negaste,
contra razón y derecho,
este estado?

Así empieza Segismundo a mostrar su ferocidad, la del hombre que ha estado sometido durante años a lo que, de pronto, descubre como una gran injusticia. Quiere matar a Clotaldo, arrojar por la ventana a un criado que le recrimina, quiere abrazar a su prima Estrella, la primera mujer que ve como tal en su vida y, por fin, se enfrenta con el rey su padre, que se asombra —un poco ingenuamente— de que no muestre agradecimiento por pasar de «humilde y pobre preso» a príncipe...

SEGISMUNDO
Pues en eso,
¿qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
si viejo y caduco estás,
muriéndote, ¿qué me das?
¿Dasme más de lo que es mío?
Mi padre eres y mi rey;
luego toda esta grandeza
me da la naturaleza
por derecho de su ley.
Luego, aunque esté en tal esta-
[do,
obligado no te quedo,
y pedirte cuentas puedo
del tiempo que me has quitado
libertad, vida y honor;
y así, agradecerme a mí
que yo no cobre de ti,
pues eres tú mi deudor.

EL REY BASILIO
Bárbaro eres y atrevido;
cumplió su palabra el cielo;
y así, para él mismo apelo,
soberbio y desvanecido.

Y aunque sepas ya quién eres,
y desengañado estés,
y aunque en un lugar te ves
donde a todos te prefieres,

mira bien lo que te advierto,
que seas humilde y blando,
porque quizás estás soñando,
aunque ves que éstas despierto.

El problema que Calderón quiso teológico podría abordarse desde la sociología. Hoy divide a los especialistas de la educación en todo el mundo la cuestión de hasta qué punto privan las leyes genéticas de la herencia sobre la educación recibida. El rey Basilio ha resuelto la situación moral demasiado rápidamente, quizá porque así tranquiliza su conciencia tras haber tenido encerrado a su hijo durante toda su vida. Efectivamente, los astros, «el cielo», tenían razón; se trata de un monstruo que no merece otra cosa que el encierro. Pero la objeción es fácil. ¿Era un monstruo o lo ha convertido en monstruo ese increíble castigo? Tratado como una fiera, ha reaccionado como ella. Vuelto a dormir, vuelto a la mazmorra, Segismundo se despierta sin saber dónde está la débil barrera que separa la verdad de la mentira.

...Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños sueños son.

...A las preguntas de Clotaldo que finge haberlo dejado dormir todo el tiempo.

...No,
ni aun ahora he despertado;
que, según Clotaldo, entiendo,
todavía estoy durmiendo:
y no estoy muy engañado;
porque si ha sido soñado
lo que vi palpable y cierto,
lo que veo será incierto:
y no es mucho que rendido,
pues veo estando dormido,
que sueñe estando despierto.

Así llega Segismundo a una conclusión curiosa, reflejada en los famosos versos que siguen. Corresponden a una teología católica —el autor es sacerdote—, a una política —estamos en el XVII—. Oficialmente, España es la primera potencia de Europa, del mundo; pero, de verdad, el país está ya maduro para la caída. (*La vida es sueño* es de los años 163...; Rocroi ocurrirá en 1643.)

...Es verdad, pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos;
y sí haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive sueña
lo que es hasta despertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,

disponiendo y gobernando;
y este aplauso que recibe
prestado, en el viento escribe,
y en cenizas le convierte
la muerte (¡desdicha fuerte!)
¡Que hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte!
Sueña el rico en su riqueza
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

Los soldados sublevados le aclaman por rey. Segismundo duda; ya le ocurrió antes; ahora sabe que la vida es sueño. Los otros insisten y Segismundo adopta una posición posibilista: de la vida, de lo que la vida parece, tomará lo que le convenga, cubriéndose la retirada por si está de nuevo soñando.

...pues que la vida es tan corta,
soñemos, alma, soñemos,
otra vez; pero ha de ser
con atención y consejo
de que hemos de despertar
deste gusto al mejor tiempo;
que, llevándolo sabido,
será el desengaño menos;
que es hacer burla del daño
adelantarle el consejo.
Y con esta prevención
de que, cuando fuese cierto,
es todo el poder prestado
y ha de volverse a su dueño,
atrevámonos a todo.

De ahora en adelante un cálculo perfecto presidirá sus actos. Da el perdón a Clotaldo; cuando éste reitera su fidelidad al padre, le insulta... antes de arrepentirse de nuevo.

¡Villano,
traidor, ingrato!
(aparte) *Mas cielos,*
el reportarme conviene
que aún no sé si estoy despierto.

Curiosa actitud, que puede llamarse de muchas maneras pero nunca muestra de nobleza de ánimo. Segismundo ha dejado de ser un héroe para ser un calculador, un concienzudo sopesador de probabilidades y posibilidades en la vida. Cuando no se deja arrastrar por su natural

violento no es porque la bondad llame a sus puertas; es «porque no le conviene». Su fórmula es ésta:

obrar bien es lo que importa;
si fuere verdad, por serlo;
si no, por ganar amigos,
para cuando despertamos.

Cálculo de poquísima grandeza que llevará a efecto también con su padre vencido. Basilio se humilla ante él y Segismundo le explica la diferencia entre educación y destino.

Lo que está determinado
del cielo, y en azul tabla
Dios con el dedo escribió,
de quien son cifras y estampas
tantos papeles azules
que adornan letras doradas,
nunca engaña, nunca miente;
porque quien miente y engaña
es quien, para usar mal dellas,
las penetra y las alcanza.
Mi padre, que está presente,
por excusarse a la saña
de mi condición, me hizo
un bruto, una fiera humana;
de suerte que cuando yo,
por mi nobleza gallarda,
por mi sangre generosa,
por mi condición bizarra,
hubiera nacido dócil
y humilde, sólo bastara
tal género de vivir,
tal linaje de crianza,
a hacer fieras mis costumbres.
¡Qué buen modo de estorbarlas!

Movido de esa meditada beneficencia respeta al padre, enaltece a Clotaldo, casa a Astolfo con Rosaura y él lo hace con Estrella. Y, en su cálculo, puede permitirse el lujo de moralizar cuando el jefe de la sublevación le reprocha con toda lógica...

UNO
Si así a quien no te ha servido
honras, ¿a mí, que fui causa
del alboroto del reino,
y de la torre en que estabas
te saqué, qué me darás?
SEGISMUNDO
La torre; y por que no salgas
della nunca, hasta morir
has de estar allí con guardas;
que el traidor no es menester,
siendo la traición pasada.
EL REY BASILIO
Tu ingenio a todos admira.
ASTOLFO
¡Qué condición tan mudada!
ROSAURA
¡Qué discreto y qué prudente!
SEGISMUNDO
¿Qué os admira? ¿Qué os espanta
si fue mi maestro un sueño,
y estoy temiendo en mis ansias
que he de despertar y hallarme
otra vez en mi cerrada
prisión? Y cuando no sea,
el soñarlo sólo basta;
pues así llegué a saber
que toda la dicha humana

en fin pasa como un sueño;
y quiero hoy aprovecharla
el tiempo que me durare,
pidiendo de nuestras faltas
perdón, pues de pechos nobles
es tan propio el perdonarlas.

Pocas veces ha habido una acción menos noble, más práctica, más egoísta que la realizada por Segismundo, príncipe de Polonia.

EL ASTUTO ALCALDE DE ZALAMEA

En su obra más famosa, Calderón emplea el mismo sistema que Lope, es decir, presentar una rebelión contra el *establishment* con final feliz para el rebelde, pero *siempre dentro del cuadro* en el que hay que moverse, con un monarca que acabará haciendo justicia.

Pedro Crespo es otro de los grandes personajes literarios españoles. Se enfrenta nada menos que con el respetado ejército del tiempo, venga su honra y consigue el perdón. Estamos otra vez en *Peribáñez*, en *Fuenteovejuna*.

Pero ese personaje es mucho más enrevesado, más sutil y, no me importa decirlo, más cuco. Un cazurro campesino que se defenderá de su superior social con un vigor apoyado en habilidades y engaños.

Cuando la obra empieza, le advierten a Pedro Crespo que su casa será la del capitán. De cómo debían ser los alojamientos de los soldados del tiempo da idea el romance militar.

Huéspeda mate una gallina
que el carnero me hace mal

Pedro Crespo es un campesino rico. «Tengo muy bastante hacienda porque no hay, gracias al cielo — otro labrador más rico — en todos aquestos pueblos», dirá luego al capitán. Pedro Crespo podría escapar a la obligación de alojar a los soldados del rey si fuera noble, pero ¿cómo puede un villano llegar a ser noble? Comprando una ejecutoria, trámite que ha tenido que aceptar un Estado que, aunque celoso de las diferencias sociales, no tiene más remedio que abrir de vez en cuando la mano y dejar subir un escalón a quien pueda pagarlo. Un noble, por el mero hecho de serlo, tiene ventajas como la de no

albergar tropas ni pagar pechos o tributos. Mil veces los procuradores en Cortes llamaron la atención al gobierno del rey sobre esa mala costumbre. Al remontarse a ese paraíso fiscal precisamente los pudientes, los impuestos que quedaban tenían que repartirse entre los pobres que lo resultaban entonces doblemente.

Juan, el hijo con ambiciones, le pregunta a su padre por qué no quiere librarse así de problemas. Pedro Crespo contesta que él nació villano y es lo que le va. De la misma forma que un calvo no dejará de serlo aunque se ponga peluca y nadie dirá «qué buen pelo tiene fulano», sino «qué buena peluca se ha mercado». A lo que Juan responde, con bastante razón, que se habrá librado al menos de la incomodidad del sol y ofrecerá mejor aspecto a la gente.

La incomodidad era en ese caso la representada por un grupo de jóvenes militares, seguros de su superioridad sobre los villanos y de sus derechos de posesión.

Y si las aves de corral corrían peligro, no era éste menos para las mujeres jóvenes. Pedro Crespo dice al sargento...

...que para servir a Dios
y al rey en sus capitanes
está mi casa y mi hacienda.

...pero, inmediatamente después, advierte a su hija que se quede en el desván mientras estén ellos en la casa. Naturalmente, basta esto para que el nuevo huésped, militar y enamoradizo, busque la forma de hallarla. Es el primer diálogo en que se marcan los caracteres. Juan, el hijo, impetuoso y que no quiere —¡qué español!— pasar por bobo. Crespo, su padre, calmándole y aceptando «oficialmente» la versión de que subió sólo para perseguir a un soldado insolente y, al mismo tiempo, negando al capitán el derecho a castigar al muchacho.

JUAN (aparte)
(¡Vive el cielo,
que todo ha sido invención
para haber entrado aquí!
Corrido en el alma estoy
de que piensen que me engañan,
y no ha de ser.)
Bien, señor
capitán, pudierais ver
con más segura atención
lo que mi padre desea
hoy serviros, para no
haberle hecho este disgusto.

CRESPO
¿Quién os mete en eso a vos,
rapaz? ¿Qué disgusto ha habido?
Si el soldado le enojó,
¿no había de ir tras él? Mi hija
estima mucho el favor
del haberle perdonado,
y el de su respeto yo.

CAPITÁN
Claro está que no habrá sido
otra causa, y ved mejor
lo que decís.

JUAN
Yo lo he visto
muy bien.
CRESPO
Pues ¿cómo habláis vos
así?
CAPITÁN
Porque estáis delante,
más castigo no le doy
a este rapaz.
CRESPO
Detened,
señor capitán; que yo
puedo tratar a mi hijo
como quisiere, y no vos.
JUAN
Y yo sufrirlo a mi padre,
mas a otra persona no.
CAPITÁN
¿Qué habéis de hacer?

Ya tiene Calderón la primera oportunidad de mostrar su filosofía. El campesino defenderá su «fama», su «opinión» que equivale, como hemos dicho, a honra. El militar, y, como tal, noble, se extrañará igual que hizo el comendador de Fuenteovejuna. Calderón resumirá el sistema en una frase de tipo social. Si hay una casta superior es porque hay otra inferior que la sostiene y mantiene.

JUAN
Perder
la vida por la opinión.

CAPITÁN
¿Qué opinión tiene un villano?

JUAN
Aquella misma que vos;
que no hubiera un capitán
si no hubiera un labrador.

CAPITÁN
¡Vive Dios, que ya es bajeza
sufrirlo!

CRESPO
Ved que yo estoy
de por medio. (Sacan las espadas.)

Entra don Lope de Figueroa, otro arquetipo: el del militar viejo, malhumorado, lleno de prejuicios de casta pero honrado, en el fondo: escucha a las partes y disimula la necesidad de dar la razón al villano echando al capitán y quedándose él en la casa. Y sobreviene la primera de las conversaciones entre dos tipos representando a las dos Españas. Crespo imita la altisonancia de don Lope llevando el agua a su molino y hace una defensa de los derechos humanos contra los oficiales, que rematan en la cuarteta más famosa de las letras españolas: «Al rey la hacienda y la vida...» El público debía quedar admirado y feliz: ¡qué bien hablaba «su representante»! El otro podía venir de la Corte, estar acostumbrado a las letras, ¡pero no se quedaba corto el villano!

(Aunque, en realidad, Crespo no representa a la España proletaria sino a la rica y no noble, la que luego se llamará burguesa.)

CRESPO
...Mil gracias, señor, os doy
por la merced que me hicisteis
de excusarme la ocasión
de perderme.

DON LOPE
¿Cómo habíais,
decid, de perderos vos?

CRESPO
Dando muerte a quien pensara
ni aun el agravio menor...

DON LOPE
¿Sabéis, vive Dios, que es
capitán?

CRESPO
Sí, vive Dios;
y aunque fuera el general,
en tocando a mi opinión,
le matara.

DON LOPE
A quien tocara,
ni aun al soldado menor,
sólo un pelo de la ropa,
viven los cielos, que yo
le ahorcara.

CRESPO
A quien se atreviera
a un átomo de mi honor,
viven los cielos también,
que también le ahorcara yo.

DON LOPE
¿Sabéis que estáis obligado
a sufrir, por ser quien sois,
estas cargas?

CRESPO
Con mi hacienda;
pero con mi fama no.
Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

DON LOPE
¡Vive Cristo, que parece
que vais teniendo razón!

CRESPO
Sí, vive Cristo, porque
siempre la he tenido yo.

DON LOPE
Yo vengo cansado, y esta
pierna que el diablo me dio,
ha menester descansar.

CRESPO
Pues, ¿quién os dice que no?
Ahí me dio el diablo una cama,
y servirá para vos.

DON LOPE
¿Y diola hecha el diablo?

CRESPO
Sí.

DON LOPE
Pues a deshacerla voy;
que estoy, voto a Dios, cansado.

CRESPO
Pues descansad, voto a Dios.

DON LOPE (aparte)
Testarudo es el villano.
Tan bien jura como yo.

CRESPO (aparte)
Caprichudo es el don Lope;
no haremos migas los dos.

Gracioso juego en que alterna la seriedad de unas posiciones contradictorias con la burla de una actitud violenta. Vienen los consejos del padre al hijo, que quiere entrar a servir en el Ejército y surge la misma

seguridad racial que en el caso de *Peribáñez*. Situación social intermedia. Lo bastante para tener dignidad, insuficiente para tener soberbia.

CRESPO
En tanto que se acomoda
el señor don Lope, hijo,
ante tu prima y tu hermana
escucha lo que te digo.
Por la gracia de Dios, Juan,
eres de linaje limpio
más que el sol, pero villano,
lo uno y lo otro te digo,
aquello, porque no humilles
tanto tu orgullo y tu brío,
que dejes, desconfiado,
de aspirar con cuerdo arbitrio
a ser más; lo otro, porque
no vengas, desvanecido,
a ser menos; igualmente
usa de entrambos designios
con humildad, porque siendo
humilde, con recto juicio
acordarás lo mejor;
y como tal, en olvido
pondrás cosas que suceden
al revés en los altivos.

El drama se precipita, El capitán traidor raptará a Isabel, la hija de quien acaba de ser nombrado —coincidencia muy cómoda para el autor— alcalde de Zalamea. Pedro Crespo se humilla ante el capitán, habla de su vida sin mancha, de sus riquezas; le ofrece todo a cambio del matrimonio con su hija para reparar el yerro.

Restaurad una opinión
que habéis quitado. No creo
que desluzcáis vuestro honor,
porque los merecimientos
que vuestros hijos, señor,
perdieren por ser mis nietos,
ganarán con más ventaja,
señor, por ser hijos vuestros.

El capitán, naturalmente, se ríe de la oferta. ¡Va a casar él con una aldeana, cuando puede hacerlo con una dama de la Corte! Y no teme a la reacción del alcalde. Él es un militar, él goza de jurisdicción especial. Le juzgará, en todo caso, el Consejo de Guerra, sus pares, que lógicamente serán comprensivos ante la calaverada. Crespo *no puede* detenerle. El alcalde le muestra sus hombres. Evidentemente puede. El capitán se refugia, por fin, en una fórmula ya que no es posible mantener sus efectos prácticos. Fórmula que Crespo recoge en unos versos sarcásticos...

...CAPITÁN
Tratad con respeto...

CRESPO
Eso
está muy puesto en razón.
Con respeto le llevad
a las casas, en efeto,
del concejo; y con respeto
un par de grillos le echad
y una cadena; y tened,
con respeto, gran cuidado

que no hable a ningún soldado;
y a esos dos también poned
en la cárcel, que es razón
y aparte, porque después,
con respeto, a todos tres
les tomen la confesión.
Y aquí, para entre los dos,
si hallo harto paño, en efeto,
con muchísimo respeto
os he de ahorcar, juro a Dios

Ya está la escena pronta para el enfrentamiento de los dos poderes. Don Lope vuelve, lleno de rabia, ante la noticia. No sabe que el que ha infringido algo tan grave como el fuero militar es ya su amigo. El diálogo en que lo descubre rezuma de habilidad y fuerza.

...Un soldado me alcanzó
y me dijo en el camino...
Que estoy perdido, os confieso,
de cólera.

CRESPO

Proseguid.

DON LOPE

Que un alcaldillo de aquí
al Capitán tiene preso.
Y, ¡vive Dios!, no he sentido
en toda aquesta jornada
esta pierna excomulgada,
sino es hoy, que me ha impedido
el haber antes llegado
donde el castigo le dé.
¡Vive Jesucristo, que
al grande desvergonzado
a palos he de matar!

CRESPO

Pues habéis venido en balde,
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.

DON LOPE

Pues dárselos, sin que deje
dárselos.

CRESPO

Malo lo veo;
ni que haya en el mundo creo
quien tan mal os aconseje.
¿Sabéis por qué le prendió?

DON LOPE

No; mas sea lo que fuere,
justicia la parte espere
de mí, que también sé yo
degollar, si es necesario.

CRESPO

Vos no debéis alcanzar,
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.

DON LOPE

¿Será más que un villanote?

CRESPO

Un villanote será,
que si cabezudo da
en que ha de darle garrote,
por Dios, se salga con ello.

DON LOPE

No se saldrá tal, por Dios;
y si por ventura, vos,
si sale o no, queréis vello,
decid dónde vive o no.

CRESPO

Bien cerca vive de aquí.

DON LOPE

Pues a decirme vení
quién es el alcalde.

CRESPO

Yo.

DON LOPE

¡Vive Dios, que si sospecho!...

CRESPO

¡Vive Dios, como os lo he dicho!

DON LOPE

Pues, Crespo, lo dicho, dicho.

CRESPO

Pues, señor, lo hecho, hecho.

DON LOPE

Yo por el preso he venido,
y a castigar este exceso.

CRESPO

Pues yo acá le tengo preso
por lo que acá ha sucedido.

El diálogo se va avivando, las situaciones personales definiéndose. Don Lope habla de la letra de la ley; Pedro Crespo del espíritu. Don Lope de las convenciones sociales; el alcalde de la reacción de un ofendido.

...¿Vos sabéis que a servir pasa
al Rey, y soy su juez yo?
CRESPO
¿Vos sabéis que me robó
a mi hija de mi casa?
DON LOPE
¿Vos sabéis que mi valor
dueño desta causa ha sido?
CRESPO
¿Vos sabéis cómo atrevido
robó en un monte mi honor?
DON LOPE
¿Vos sabéis cuánto os prefiere
el cargo que he gobernado?
CRESPO
¿Vos sabéis que le he rogado
con la paz y no la quiere?
DON LOPE
Que os entráis, es bien se arguya,
en otra jurisdicción.
CRESPO
Él se me entró en mi opinión,
sin ser jurisdicción suya.
DON LOPE
Yo sabré satisfacer,
obligándome a la paga.
CRESPO
Jamás pedí a nadie que haga
lo que yo me puedo hacer.
DON LOPE
Yo me he de llevar el preso.
Ya estoy en ello empeñado.
CRESPO
Yo por acá he sustanciado
el proceso.
DON LOPE
¿Qué es proceso?
CRESPO
Unos pliegos de papel
que voy juntando, en razón
de hacer la averiguación
de la causa.
DON LOPE
Iré por él
a la cárcel.
CRESPO
No embarazo
que vais, sólo se repare
que hay orden que al que llegare
le den un arcabuzazo.
DON LOPE
Cómo estas balas estoy
enseñado yo a esperar.

Los soldados atacan la cárcel y en ese momento... el rey llega. Llega en el momento justo, ni un minuto antes ni otro después. Después que la sentencia se ha cumplido y antes que don Lope pueda vengarse. Hay una argucia: el alcalde habla de haber hecho un proceso. ¿Cuando? ¿Cómo? Los acontecimientos se han precipitado de tal forma que esto sólo es posible en la imaginación del autor. El rey, hombre justo y digno, pone sólo algunos reparos legales... ¿No sabe el alcalde que la situación social de un español llega incluso hasta la muerte? No se puede matar de la misma forma a un desgraciado que a un caballero. Le dieron garrote vil (¡Larra se extrañará, con razón, dos siglos mas tarde, del apelativo!)

...REY
¿Qué ha sucedido?
DON LOPE
Un alcalde
ha prendido un capitán,
y viniendo yo por él,
no le quieren entregar.
REY
¿Quién es el alcalde?
CRESPO
Yo.
REY
¿Y qué disculpas me dais?
CRESPO
Este proceso, en que bien
probado el delito está,
digno de muerte, por ser
una doncella robar,
forzarla en un despoblado,
y no quererse casar
con ella, habiendo su padre
rogádole con la paz.
DON LOPE
Éste es el alcalde, y es
su padre.
CRESPO
No importa el tal
caso, porque si un extraño
se viniera a querellar,
¿no habría de hacer justicia?
Sí: pues ¿qué más se me da
hacer por mi hija lo mismo
que hiciera por los demás?
Fuera de que, como he preso
un hijo mío, es verdad
que no escuchara a mi hija,
pues era la sangre igual...
Mírese si está bien hecha
la causa, miren si hay
quien diga que no haya hecho
en ella alguna maldad,
si he inducido algún testigo,
si está escrito algo de más
de lo que he dicho, y entonces
me den muerte.
REY
Bien está
sentenciado; por vos
no tenéis autoridad
de ejecutar la sentencia
que toca a otro tribunal.
Allá hay justicia, y así
remitid el preso.
CRESPO
Mal
podré, señor, remitirle,
porque como por acá
no hay más que una sola audien-
[cia,
cualquiera sentencia que hay,
la ejecuta ella, y así
está ejecutada ya.
REY
¿Qué decís?
CRESPO
Si no creéis
que en esto, señor, verdad,
volved los ojos, y vedlo.
Aquéste es el Capitán.
Abren una puerta, y aparece dado garrote en una silla el CAPITÁN
REY
Pues ¿cómo así os atrevisteis?
CRESPO
Vos habéis dicho que está
bien dada aquesta sentencia:
luego esto no está hecho mal.
REY
...¿por qué, como a capitán
y caballero, no hicisteis
degollarle?
CRESPO
¿Eso dudáis?
Señor, como los hidalgos
viven tan bien por acá,
el verdugo que tenemos,
no ha aprendido a degollar.
y ésa es querella del muerto,
que toca a su autoridad,
y hasta que él mismo se queje,
no les toca a los demás.
REY
Don Lope, aquesto ya es hecho.
Bien dada la muerte está;
que errar lo menos no importa,
si acertó lo principal.
Aquí no quede soldado

alguno, y haced marchar
con brevedad; que me importa
llegar presto a Portugal.
Vos, por alcalde perpetuo
de aquesta villa os quedad.
CRESPO
Sólo vos a la justicia
tanto supierais honrar.

Cuando se va el rey quedan de nuevo, frente a frente, Lope y el alcalde. El primero al que el veredicto del rey le permite volver, con la concienca tranquila, al antiguo hondo afecto que sentía por Pedro Crespo. Le pide al hijo que, como soldado, tiene que seguirle. Crespo se defiende diciendo que quiere castigarle por haber herido a su capitán...

Hipócritamente, cuando mandó detenerle, ante el asombro de sus convecinos y para presumir de imparcial, dijo en un aparte

Yo veré cómo librarle...

...lo que implica cierto grado de astucia, muy lejano del tipo digno que el mismo autor se empeña en presentarnos en otros momentos. Accede, desde luego, a la petición de don Lope y le libera para que vaya con él. ¿Y la hija?

En un convento entrará,
que ha elegido y tiene esposo,
que no mira en calidad.

¿«Ha elegido»? ¡Pobre Isabel! Quien ha elegido por ella es su padre al que su honra no permite que siga paseando por el pueblo una muchacha entre el chismorreo de los vecinos. «Mira, ahí va... la que forzó el capitán aquel...»

Se va su hijo, el Ejército. Pedro Crespo queda de alcalde perpetuo de la villa, según disposición real. Se ha salido con la suya. ¡Pero qué solo ya!

CALDERÓN Y EL SISTEMA

Aunque su protagonista más famoso sea un «villano», Calderón da continuamente incienso al Ejército porque sabía que ésa era su obligación igual que Lope. El militar español está —según él— compuesto sólo de soldados maravillosos y con generosidad suma. Resulta que Bredá quiere entregarse, «darse a partido», lo que significa en la jerga militar del tiempo, que no podrá ser saqueada. El marqués de Espínola solicita la opinión de los soldados de las varias naciones que luchan por el Imperio. Tudescos, valones, borgoñones, escoceses, ingleses, se niegan a aceptar la rendición y que se les prive de lo que consideran justa recompensa después de tantos sinsabores guerreros. Espínola, pregunta entonces a los españoles que contestan:

...Que se dé
en partido o sin partido,
como quede conseguido
nuestro intento, y es que esté
por el Rey. Y si no quieren
pasar esotras naciones
por pactos ni condiciones,
españoles se prefieren
a darles todo el dinero,
joyas, vestidos y cuanto
tuvieren, porque con tanto
oro, que es un reino entero,
su codicia esté pagada,
nuestra gloria conseguida,
dando la hacienda y la vida,
tan dignamente empleada,
al rey; pues mayor hazaña
con la sangre la victoria,
y sea Bredá de España.

Naturalmente Espínola se emociona y dice lo que el público esperaba oír. Que eran los mejores:

ESPÍNOLA
¡Oh españoles! ¡Oh leales
vasallos, cuanto atrevidos,
para la guerra sujetos,
para la paz obedientes,
cuanto sujetos, valientes
y en todo extremo perfetos!
De la gentilidad dudo,
que por Dios hubiesen dado
altares a Marte armado,
y no a un español desnudo.
[*El sitio de Bredá*, III-11.]

Olvidándose, naturalmente, como buen propagandista, de las mil ocasiones en que los soldados españoles se negaron a luchar hasta que cobraran las pagas atrasadas, o se las cobraron a su manera saqueando una ciudad aun después de su rendición.

La defensa del *statu quo* que lleva a efecto Calderón tiene aún más amplitud que en el caso de Lope. Por si el pueblo no se conformara con la seguridad de que un rey puede llegar en el último momento para darle la razón ante la injusticia queda la posibilidad de la recompensa final tras la muerte. En sus *Autos sacramentales*, Calderón muestra repetidamente cómo ganará en la otra vida quien más sufriera en ésta. Su más famosa obra en este sentido se llama *El Gran Teatro del Mundo*. El Autor, Dios, reparte los papeles de la obra de la vida. El Pobre se quejará, claro está, de su papel

POBRE
...¿Por qué tengo de hacer yo
el pobre en esta comedia?
¿Para mí ha de ser tragedia
y para los otros no?
¿Cuando este papel me dio
tu mano, no me dio en él
igual alma a la de aquél
que hace el rey? ¿Igual sentido?
¿Igual ser? Pues, ¿por qué ha sido
tan desigual mi papel?
Si de otro barro me hicieras,
si de otra alma me adornaras,
menos vida me dieras,
menos sentidos me dieras;
ya parece que tuvieras
otro motivo, señor;
pero parece rigor,
perdona decir cruel,
el ser mejor su papel
no siendo su ser mejor.

...y, naturalmente, el Autor le consuela. Todos los papeles son igual de importantes. Luego daremos la recompensa a los que lo hagan mejor. Y el pobre, tanto en la escena como en el público, se conformaba...

AUTOR
En la representación
igualmente satisface
el que bien al pobre hace
con afecto, alma y acción,
como el que hace al rey, y son
iguales éste y aquél
en acabando el papel.
Haz tú bien el tuyo, y piensa
que para la recompensa
yo te igualaré con él.
No porque pena te sobre,

siendo pobre, es en mi ley
mejor papel el del rey
si hace bien el suyo el pobre;
uno y otro de mí cobre
todo el salario después
que haya merecido, pues
en cualquier papel se gana,
que toda la vida humana
representaciones es.
Y la comedia acabada,
ha de cenar a mi lado
el que haya representado
sin haber errado en nada
su parte más acertada;
allí, igualaré a los dos.

LABRADOR
Tú, ¿qué me has dado?

MUNDO
Un azadón te di.

LABRADOR
¡Qué linda alhaja!

MUNDO
Buena o mala con ella habrás pa-
[gado.

LABRADOR
¿A quién el corazón no se le raja
viendo que deste mundo desdi-
[chado
en cuanto la codicia vil trabaja
un azadón, de la salud castigo,
aun no le han de dejar llevar con-
[sigo?

...La muerte lo iguala todo. Se asombra el rey que alguien más modesto quiera ir delante de él. Lo mismo el rico ante la presencia del villano.

REY
¿Tú, también, tanto baldonas
mi poder, que vas delante?
¿Tan presto de la memoria
que fuiste vasallo mío,
mísero mendigo, borras?

POBRE
Ya acabado tu papel,
en el vestuario ahora
del sepulcro iguales somos.
Lo que fuiste poco importa.

RICO
¿Cómo te olvidas que a mí
ayer pediste limosna?

POBRE
¿Cómo te olvidas que tú
no me la diste?

RICO
¿Tú vas delante de mí,
villano?

LABRADOR
Deja las locas,
ambiciones, que, ya muerto,
del sol que fuiste eres sombra.

RICO
No sé lo que me acobarda
el ver al Autor ahora.

Los diversos estamentos sociales van declarando su condición. El labrador, el campesino, explica su modesta vida. Ni siquiera le alcanza el trato cortés reservado a los señores. Le toca sólo el humillante «vos», el «él» vago, el «tú». Jamás «vuestra merced» o «vuestra señoría». La gleba, en fin.

MUNDO
Tú, villano, ¿qué hiciste?
LABRADOR
Si villano,
era fuerza que hiciese, no te
[asombre,
un labrador, que ya tu estilo vano
a quien labra la tierra da ese
[nombre.
Soy a quien trata siempre el cor-
[tesano
con vil desprecio y bárbaro re-
[nombre;
y soy, aunque de serlo más me
[aflijo,
por quien el «él», el «vos» y el
[«tú» se dijo.
MUNDO
Deja lo que te di.

El rico es arrojado de la Compañía, es decir, de la presencia de Dios. Lo que tenía que complacer a todos los que en el público, habían sufrido alguna vez de la prepotencia de los pudientes.

RICO
...¡Autor!
AUTOR
¿Cómo así me nombras?
Que aunque soy tu Autor, es bien
que de decirlo te corras,
pues que ya en mi compañía
no has de estar. De ella te arroja
mi poder. Desciende adonde
te atormente tu ambiciosa
condición eternamente
entre penas y congojas.
RICO
¡Ay de mí! Que envuelto en fuego
caigo arrastrando mi sombra.

¿Y el Rey? ¿No fue poderoso también, no pecó de soberbia? El Calderón sacerdote le hubiera probablemente mandado al infierno con el rico, pero el Calderón cortesano tiene que pesar mucho sus decisiones aunque sean teatrales. Al monarca primero se le dirá que espere en el Purgatorio.

REY
Yo, Señor, ¿entre mis pompas
ya no te pedí perdón?
Pues, ¿por qué no me perdonas?
con el labrador también
que, aunque no te dio limosna,
no fue por no querer darla,
que su intención fue piadosa,
.....
AUTOR
La hermosura y el poder,
por aquella vanagloria
que tuvieron, pues lloraron,
subirán, pero no ahora,
y porque llorando culpas
pedisteis misericordia,
los tres en el Purgatorio
en su dilación penosa
estaréis.

Ahora bien, eso es grave. El público no puede quedarse con la idea de que el monarca no vaya al cielo. ¿Dónde iría a pagar la confianza

en él? Calderón acude a un sistema muy español —el de la intercesión de alguien— para salvarle. En lugar de la Virgen, será aquí la Religión representada por la Discreción.

LA DISCRECIÓN
Autor divino,
en medio de mis congojas
el Rey me ofreció su mano
y yo he de dársela ahora
(Le da la mano.)

Y remata Dios:

Yo le remito la pena
pues la religión le abona.

¡AH, LA HONRA!

Lope ha puesto en escena, literariamente hablando, el honor y su defensa a la que tienen derecho todos, humildes y ricos, caballeros y villanos. Normal la creencia hasta entonces en el caso primero, Lope advierte que también tienen ese derecho los segundos. Con ello consigue darles una seguridad en su destino. En otro libro he definido su trabajo como de propaganda de la España Imperial. En una situación social de increíble desigualdad, que iba desde la cuna a la tumba, pasando incluso por los medios de locomoción —no era normal que un campesino fuera a caballo como tampoco lo era que lo montara una mujer o un fraile a los que iba mejor la mula—, Lope les exhorta con sus comedias a vivir dentro del sistema, porque hay una zona en la que todos pueden responder de sus hechos. Es la defensa de la honra. Esa teoría de igualdad aplicada a los pobres del tiempo parecería un sarcasmo si no fuese porque Lope les presenta un espejismo de categoría. Es el de la raza, el de tener sangre limpia sin mancha de moros ni judíos. Al ahincar en ese principio racista, Lope defiende la sociedad en que viven y en cierto modo hace una fácil demagogia. Por humilde que sea un español, está por encima de un rico que haya entroncado con persona de raza espuria. Dado que los judíos que se quedaron en España con la conversión obligada matrimoniaron lógicamente con quien mejor les podía proteger —los nobles—, ocurría que el villano tenía siempre una carta en la manga cuando se ponía muy altivo el conde o el marqués. Era su limpieza sanguínea, su pureza racial, tanto más importante porque unas gotas de sangre hebrea o mora implicaban también, automáticamente, una sospecha de desviación religiosa, gravísima culpa en la sociedad del tiempo.

La honra, hemos dicho, es la proclamación pública del honor perso-

nal, y se siente ofendida cuando el nombre anda en lenguas —como advertía Peribáñez *aun a sabiendas* de que su mujer es pura y sin mancha—. Y llega a tanto el qué dirán, que el saber que existe —el darse por enterado— tiene valor de ofensa mayor. De toda la obra calderoniana la frase más clara en este sentido no está en los títulos tremebundos, *El médico de su honra, el pintor de su deshonra, A secreto agraviado secreta venganza,* etc. Para mí, figura en una obra que no se considera entre las típicas de esa obsesión. Al principio de *La vida es sueño,* Segismundo ha estado dando al aire sus quejas, sus penas, ha desnudado el alma contando sus cuitas, ha dicho la verdad en voz alta, todo lo que un caballero no hace nunca ante extraños, porque en él es muy importante la gravedad y el contenerse. Cuando nota que alguien le ha oído pregunta si es su carcelero, Clotaldo. Contesta Rosaura —disfrazada de hombre— que ha sido ella: Y Segismundo la agarra, violentamente diciendo

Pues muerte aquí te daré,
porque no sepas que sé
que sabes flaquezas mías

«Porque no sepas que sé, que sabes», casi un trabalenguas lleno de interés sociológico. De la misma forma que un marido engañado produce más burla si la gente conoce que es consentidor, cualquier debilidad es más grave si ha sido descubierta a sabiendas del débil. Porque, automáticamente, la otra persona adquiere una superioridad sobre el individuo «desnudo», desposeído de su manto, de seguridad en sí mismo.

El vulgo se equivocó, quizás, en la apelación «quijotesca» haciéndola más amplia de lo que quería el Ingenioso Hidalgo, pero fue claro y preciso en el apelativo de «calderoniano». Un marido así llamado, es un marido que ama más el honor que a su mujer y que, por ello, no tiene ningún inconveniente en despacharla de este mundo. La honra que, en el caso de Lope, llevó a excesos, llega aquí a extremos increíbles. Los maridos de Calderón matan a sus mujeres pero, en general, no lo hacen en el cúlmine de una pasión. Siempre se considera al español como a un ser impetuoso, violento, que se ciega ante las ofensas, olvidando las posibles consecuencias de su reacción. En ese aspecto, los protagonistas de los dramas de Calderón no tienen nada de españoles, aunque tantas veces se haya dado lo hispánico como sinónimo de lo calderoniano.

Cuando un esposo de este tipo de obras se siente ultrajado y decide matar a la esposa culpable, lo hace con cálculo, con premeditación y alevosía. Porque se trata no sólo de vengarse de la culpable, sino de evitar que se sepa que ello ha ocurrido.

Como en *El médico de su honra.* Don Gutierre sospecha que su esposa está en relación culpable con el infante don Enrique. Jornada a jornada, escena a escena, su sufrimiento crece y, al mismo tiempo, su necesidad de vengarse.

...Y así acortemos discursos
pues todos juntos se cierran
en que Mencía es quien es
y soy quien soy. No hay quien
[*pueda*
borrar de tan esplendor
la hermosura y la pureza.
Pero sí puede, mal digo;
que al sol una nube negra,
si no le mancha, le turba,
si no le eclipsa, le hiela.
¿Qué injusta ley condena
que muera el inocente y que pa-
[*dezca?*
A peligro estáis honor,
no hay honra en vos que no sea
crítica, en vuestro sepulcro
vivís, puesto que os alienta
la mujer, en ella estáis
pisando siempre la huesa
yo os he de curar, honor...
[II-14.]

Don Gutierre ya se ha autonombrado médico de su honra; procede, como el médico, a estudiar los síntomas de la grave enfermedad y una serie de circunstancias le harán creer que es cierto su temor.

El miedo al «qué dirán», si don Enrique se marcha de Sevilla repentinamente, obliga a doña Mencía, mal aconsejada, a escribirle una carta diciendo se quede. El marido la sorprende, ella se desmaya. Al volver en sí encuentra esta carta del esposo:

El amor te adora, el honor de aborrece; y así el uno te mata y el otro te avisa. Dos horas tienes de vida; cristiana eres. Salva el alma que la vida es imposible.

Porque los maridos de la época son creyentes y no mandarían al otro mundo a una persona en pecado. Don Gutierre medita una venganza que le libre a él de sospechas. Y encuentra el remedio en un sistema que, como médico de su honra, encuentra natural. Es el tiempo en que la mayoría de las enfermedades se curaban sangrando al enfermo. La teoría de que, abierta la vena, saldrían por allí los malos humores comportaba a menudo que saliese también la vida toda. Se llegó incluso a sangrar a parturientas ya débiles después de un parto difícil. Don Gutierre asalta y lleva con el rostro cubierto a un barbero —practicante diríamos hoy—, a su casa. El cuerpo de ella está atado, la cara cubierta de tafetanes. Le obliga a sangrarla hasta que muera. Ésta es la explicación que el marido se da y da al público.

Éste fue el más sutil medio
para que mi afrenta acabe
disimulada, supuesto
que el veneno fuera fácil
de averiguar, las heridas
imposibles de ocultarse.
Y así, contando la muerte,
y diciendo que fue lance
forzoso hacer la sangría,
ninguno podrá probarme
lo contrario, si es posible
que una venda se desate.
Haber traído a ese hombre
con recato semejante,
fue bien; pues si descubierto
viniera, y viera sangrarse
una mujer, y por fuerza
fuera presunción notable.
Éste no podrá decir,
cuando refiera este trance,
quién fue la mujer; demás
que cuando de aquí le saque
muy lejos ya de mi casa
estoy dispuesto a matarle.
Médico soy de mi honor:
la vida pretendo darle
con una sangría; que todos
curan a costa de sangre.

Programa perfecto, incluso con este añadido de la otra víctima inocente —que parece se la ha ocurrido de pronto al autor—, para asegurar más la inmunidad de su personaje. Ante el rey don Pedro, don Gutierre da la explicación oficial. El rey la acepta, aun sabiendo la verdad, y encima le concede la mano de doña Leonor, una antigua novia que había ido a reclamar la palabra dada por don Gutierre. Éste le advierte que no le ponga de nuevo en el trance de que ocurra algo parecido. El rey admite la posibilidad y aun le dice lo que tiene que hacer cuando las sospechas son razonables y persistentes

...REY
Para todo habrá remedio.
GUTIERRE
¿Posible que a esto le haya?
REY
Sí, Gutierre.
GUTIERRE
¿Cuál, señor?
REY
Uno vuestro.
GUTIERRE
¿Qué es?
REY
Sangrarla.
GUTIERRE
¿Qué decís?
REY
Que hagáis borrar
las puertas de vuestra casa;
que hay mano sangrienta en ellas.
GUTIERRE
Los que de un oficio tratan,
ponen, señor, a las puertas
un escudo de sus armas;
trato en honor, y así pongo
mi mano en sangre bañada
a la puerta; que el honor
con sangre, señor, se lava.
REY
Dádsela pues a Leonor;
que yo sé que su alabanza
la merece.
GUTIERRE
Sí la doy,
mas mira que va bañada
en sangre, Leonor.
LEONOR
No importa;
que no me admira ni espanta.

GUTIERRE
Mira que médico he sido
de mi honra; no está olvidada
la ciencia.
LEONOR
Cura con ella.
mi vida, en estando mala.
GUTIERRE
Pues con esa condición
te la doy. Con esto acaba
El médico de su honra,
perdonad sus muchas faltas.

Es posible que la mayoría de los espectadores del tiempo lo hicieran. Hoy se nos hace más cuesta arriba. Un marido asesino y cobarde, ocultando los propios actos; un rey que acepta la venganza feroz como natural y aun le ofrece como premio a otra mujer. Y el sacerdote don Pedro Calderón de la Barca dando testimonio de estas increíbles actitudes sin una palabra de condena. Al contrario, su protagonista es recompensado y en cierto modo animado a proseguir en esa actitud.

Los personajes de Calderón se mueven en soliloquios con esa obsesión. La honra. Lo más contrario a un hombre que pida pruebas antes de cometer una venganza sangrienta, es un personaje de Calderón al que le basta la mera sospecha.

Basta honor, no hay que esperar;
que quien llega a sospechar,
no ha de llegar a creer,
ni esperar a suceder
el mal,

dice don Lope en *A secreto agravio, secreta venganza* (III-4). La posibilidad de que el mal estuviera sólo en su imaginación es de menor importancia. Don Lope mata al adúltero, fingiendo un accidente en el mar, y a la esposa quemando la casa donde se halla. Así cuenta su amigo, al rey, lo ocurrido:

DON JUAN
Pues óigame vuestra Alteza
aparte; porque es razón
que solo este caso sepa.
Don Lope sospechas tuvo
que pasaron de sospechas
y llegaron a verdades;
y en resolución tan cuerda,
por dar a secreto agravio
también venganza secreta,
al galán mató en el mar,
porque en un barco se entra
con él solo; así el secreto
al agua y fuego le entrega.
Porque el que supo el agravio
sólo la venganza sepa.
REY
Es el caso más notable
que la antigüedad celebra,
porque secreta venganza
requiere secreta ofensa.

Como en el caso anterior, el monarca, supremo justiciero, da la razón al asesino. ¿Qué moraleja sacarían los espectadores de esas obras de Calderón?

GÓNGORA SÍ, GÓNGORA NO

Pocos escritores han causado en la historia de la literatura española el impacto de Góngora. La ira que despertó en sus enemigos poéticos era mayor porque se mezclaba a una admiración total. Les deslumbraba y les irritaba al mismo tiempo su capacidad de verso, su dominio del idioma, su maravillosa idea de la imagen.

A veces gongorineaba Lope, más veces lo hizo Calderón. Su arranque de *La vida es sueño,* por ejemplo, cuando sale Rosaura, vestida de hombre, entre unas peñas. Acaba de sufrir un acidente con su caballo y así lo cuenta al público...

Hipógrifo violento,
que corriste parejas con el viento,
¿donde rayo sin llama,
pájaro sin matiz, pez sin escama,
y bruto sin instinto
natural al confuso laberinto
de estas desnudas peñas
te desbocas, arrastras y despeñas?
Quédate en este monte
donde tengan los brutos su Faetonte;
que yo sin más camino
que el que me dan las leyes del destino,
ciega y desesperada
bajaré la aspereza enmarañada
desde monte eminente,
que arruga al sol el caño de su frente.

Lo natural en quien quiere describir que se ha caído del caballo. Las apelaciones a éste, que pasan por todas las metáforas posibles (de las que por cierto aprovechará segundos después Segismundo, el pájaro, el pez y el bruto, olvidándose del rayo), hasta pedir para él otro cochero (Faetonte) que le acomode mejor. ¡Tampoco está mal la montaña arrugando el ceño con sus altas cimas que son poderosas cejas!

Para Góngora esto era verso sencillo. Había tomado el castellano de las manos sabias de Garcilaso, de Fernando de Herrera, del primer Lope de Vega y lo transformó como por arte de alquimia. El principio de las *Soledades* es la muestra típica del nuevo sentido que ha de tener, para él, la poesía. Nunca ha ido más allá la metáfora; es imposible leerle sin un conocimiento previo de mitología, de astrología, de geografía y de la historia. Jamás había surgido tampoco tal transposición de la forma verbal. El adjetivo que iba normalmente con el sustantivo aparece de pronto tres versos más allá, el predicado muy lejos del verbo. Así empieza el poema...

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
—media luna las armas de su frente,
y el Sol todos los rayos de su pelo—
luciente honor del cielo,
en campos de zafiro pace estrellas;

cuando el que ministrar podía la copa
a Júpiter mejor que el garzón de Ida
—náufrago y desdeñado, sobre ausente—,
lagrimosas de amor dulces querellas
da al mar; que, condolido,
fue a las ondas, fue al viento
el mísero gemido,
segundo de Arión dulce instrumento.

Del siempre en la montaña opuesto pino
al enemigo noto,
piadoso miembro roto
—breve tabla— delfin no fue pequeño
al inconsiderado peregrino
que a una Libia de ondas su camino
fió, y su vida a un leño.

Del Océano, pues, antes sorbido,
y luego vomitado
no lejos de un escollo coronado
de secos juncos, de calientes plumas
—alga todo y espumas—
halló hospitalidad donde halló nido
de Júpiter el ave.

Besa la arena, y de la rota nave
aquella parte poca
que le expuso en la playa dio a la roca;
que aún se dejan las peñas
lisonjear de agradecidas señas.
Desnudo el joven, cuando ya el vestido
Océano ha bebido,
restituir le hace a las arenas;
y al sol lo extiende luego,
que lamiéndolo apenas
su dulce lengua de templado fuego,
lento lo embiste, y con suave estilo
la menor onda chupa al menor hilo.

No bien pues da su luz los horizontes
—que hacían desigual, confusamente
montes de agua y piélagos de montes—
desdorados los siente,
cuando —entregado el mísero extranjero
en lo que ya del mar redimió fiero—,
entre espinas crepúsculos pisando,
riscos que aun igualara mal volando,
veloz, intrépida ala
—menos cansado que confuso—, escala.

Vencida al fin la cumbre
—del mar siempre sonante,
de la muda campaña
árbitro igual e inexpugnable muro—,
con pie ya más seguro
declina al vacilante
breve esplendor de mal distinta lumbres
farol de una cabaña
que sobre el cerro está, en aquel incierto
golfo de sombras anunciando el puerto.
.....

Llegó pues el mancebo, y saludado,
sin ambición, sin pompa de palabras,
de los conducidores fue de cabras,
que a Vulcano tenía coronado.

Clarísimo, dice esa admirable mezcla de erudito y poeta que se llama Dámaso Alonso, cuando se lanzó en los años 20 a la reivindicación del poeta cordobés. La fama de oscuro de Góngora es equivocada. «Robador de Europa». Júpiter, naturalmente, disfrazado de toro, «media luna las armas de su frente»... ¿El garzón de Ida? Ganimedes, ¿quién iba a

ser?: Claro, fácil para un hombre de la cultura de Dámaso Alonso, oscuro para casi todos los demás.

Empezando por sus compañeros de profesión en el Madrid del XVII. Ruiz de Alarcón le define así...

No como algún presumido
en cuyos humildes versos
hay climas de alegorías
y confusión de conceptos,
retruécano de palabras,
tiquimiqui y embeleco
patarata del oído
y engañifa del ingenio

Más profundo y completo fue el ataque de Quevedo. La intención aparece sin rebozo en el título: *Aguja de navegar cultos con la receta para hacer «Soledades» en su día; y es probada.*

RECETA

Quien quisiere ser culto en sólo un día,
la jeri —aprenderá— gonza siguiente:
fulgores, arrogar, joven, presidente,
candor, construye, métrica, armonía;
poco mucho, si no, purpuracía,
neutralidad, conculca, erige, mente,
pulsa, ostenta, librar, adolescente,
señas, traslada, pira, frustra, harpía;
cede, impide, cisuras, petulante,
palestra, liba, meta, argento, alterna,
si bien, disuelve, émulo, canoro.
Use mucho de líquido y de errante,
su poco de nocturno *y de* caverna,
anden listos livor, adunco y poro;
que ya toda Castilla
con sola esta cartilla,
se abrasa de poetas babilones,
escribiendo sonetos-confusiones;
y en la Mancha, pastores y gañanes,
atestadas de ajos las barrigas,
hacen ya cultedades como migas.

«La jeri —aprenderá— gonza siguiente» es una graciosa burla de la alteración del orden de sustantivo-adjetivo gongorino de que hablábamos antes. Pero el resto de la burla queda hoy contradicha por la realidad lingüística, que ha aceptado, como voces normales, las sacadas por Góngora de la antigüedad grecolatina. Es decir, que mientras «conculca», «pira», «liba», «émulo», por ejemplo, siguien siendo palabras pedantes las demás son hoy todas de uso normalísimo. Sólo por ese enriquecimiento del lenguaje tendría Góngora que ser considerado como gran autor. Quevedo termina atacando unas expresiones cuya exclusiva no existía en Góngora. Todos los poetas del tiempo —incluido Lope, puesto aquí como ejemplo de limpieza— empleaban en sus poemas esas alusiones de joyería.

> En la platería de los cultos hay hechos *cristales fugitivos* para arroyos, y *montes de cristal* para las espumas, y *campos de zafir* para los mares, y *margen de esmeraldas* para los praditos. Para las facciones de las mujeres hay *gargantas de plata bruñida* y *trenzas de oro* para cabellos, y *labios de coral y de rubíes* para getas y hocicos, y *alientos de ámbar* (como pomos) para resuellos, y *manos de marfil* para garras, *pechos de diamantes* para pechos, y *estrellas coruscantes* para ojos, y *infinito nácar* para mejillas; aunque los poetas hortelanos todo esto lo hacen de verduras, atestando los labios de *claveles*, las mejillas de *rosas y azucenas*, el aliento de *jazmines*. Otros poetas hay charquías, que todo lo hacen de nieve y de hielo, y están nevando de día y de noche, y escriben una mujer puerto, que no se puede pasar sin trineo y sin gabán y bota; manos, frente, cuello y pechos y brazos, todo es perpetua ventisca y un Moncayo.
>
> Con esto, y con gastar mucho Calepino sin qué ni para qué, serás culto, y lo que escribieres oculto, y lo que hablares lo hablarás a bulto. Y Dios tenga en el cielo el castellano y le perdone. Y Lope de Vega a los clarísimos nos tenga de su verso:
>
> *Mientras por preservar nuestros pegasos*
> *del mal olor de culta jerigonza,*
> *quemamos por pastillas Garcilasos.*

Ya lo había hecho notar Cervantes por boca de su *Licenciado Vidriera*:

> Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas, por la mayor parte, eran pobres. Respondió que, porque ellos querían, pues estaba en su mano ser ricos si se sabían

aprovechar de la ocasión que por momentos traían entre las manos que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos verde esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral y la garganta de cristal transparente y que lo que lloraban eran líquidas perlas... y que su aliento era puro ámbar, almizcle y algalía que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza.

Lope le pedirá, por favor, que vuelva al buen castellano:

> Un soneto vide de don Luis; agradóme; escribe ya en lengua castellana que dicen que se le apareció una noche, vestida de remiendo de diversos colores y le dijo: Hombre de Córdoba, mira cuál estoy por tu causa, los pies errantes, el rostro mentido, los ojos brillantes, las manos ministrantes, ostentando remiendo y emulando girigonzas. Vuélvete a tus exordios; restitúyeme la llaneza de Herrera y Laso. Con la cual estupenda visión habla ya nuestra lengua; pero dicen que es tarde porque los Errezuelos quieren morir quemados antes que dejar de llamar a las naves veleras palomas, sagitario a la mar y a Fe o Garipundio. [*Epistolario*, IV-68; 1621 a D. Diego Félix de Quijada.]

Góngora reacciona con mucha indignación pero con mayor desprecio; los que le atacan son sólo unos incultos. Y para demostrárselo, provoca aún más su ira hablando en el mismo estilo retorcido y culterano. El «monóculo galán» era naturalmente Polifemo, de un solo ojo. La crítica enana «pigmea» era de Lope y Quevedo entre otros. Bárbaros eran los que se metían contra el forastero elegante que traía nuevas modas de sitios más civilizados.

Pisó las calles de Madrid el fiero
monóculo galán de Galatea,
y cual suele tejer bárbara aldea
soga de gozques contra forastero;
rígido un bachiller, otro severo,
crítica turba al fin, si no pigmea,
su diente afila y su veneno emplea
en el disforme cíclope cabrero...

Cuando quiere, Góngora pondrá de su culteranismo sólo unas gotas y un hermoso castellano en su resto. Saldrá sí, el garzón de Ida, Gani-

medes, de nuevo, pero apenas importa. El mensaje más sensual de la poesía española aparece en los primeros versos aunque el espíritu de la Contrarreforma esté en los últimos. El amor trae siempre un castigo, la vida siempre es predecesora de la muerte.

La dulce boca que a gustar convida
un humor entre perlas destilado,
y a no envidiar aquel licor sagrado
que a Júpiter ministra el Garzón de Ida;

amantes, no toquéis si queréis vida,
porque, entre un labio y otro colorado,
amor está, de su veneno armado,
cual entre flor y flor siempre escondida.

No os engañen las rosas, que a la aurora
diréis que aljofaradas y olorosas
se le cayeron del purpúreo seno.

Manzanas son de Tántalo, y no rosas,
que después huye del que incitan ora,
y sólo del amor queda el veneno.

Como persona, Góngora era tan endiosado como poeta. Le gustaba usar y presumir de pajes, criado, coche. Dámaso Alonso ha glosado su *Epistolario* para presentarle como hombre que quería vivir bien y, para ello, hará lo mismo que Lope y que otros escritores de su tiempo. Pedir, pedir, y pedir... humillarse, adular, embaucar a sus patronos con juegos de palabras y que acababan siempre con la misma cuerda:

> Mire cómo quedo. Socórrame que está mi coche que es una vergüenza, que no pueden parecer los caballos con aquellas guarniciones que vuestra merced vio ni tengo qué comer, porque cuando viene un socorro, le debo; y basta la fatiga del espíritu sin lastimar la carne tanto; sobre la vigilia el ayuno mata a los muertos... Perico, mi paje, está peor tratado que los caballos del coche; yo ando que es vergüenza vestido; con la misma ropa que el invierno, que diera calor, a no estar rota.

Como se ve, como la sotana de Lope. El estilo literario de ambos escritores puede ser distinto pero la petición los hermana. Pero si el principal gasto de Lope eran las mujeres, el de Góngora parece ser que era el juego. Dámaso Alonso cita otra frase en la que parece defenderse

de esa acusación: «Yo estoy sin una blanca el día de hoy y debo muchos maravedíes, no (por el Santísimo Sacramento) jugados ni mal expendidos.»

Góngora vive intensamente la vida política de un siglo tan preñado de acontecimientos militares, pero, en lugar de emplear las noticias bélicas como motivo para una obra triunfalista, las usa para simbolizar, en hechos de guerra, sus propios y personales problemas. Por ejemplo, el sitio de Bredá —cantado por Lope, Calderón, pintado por Velázquez—, le sirve para decir «tráteme vuestra merced como a Bredá, tomándome por hambre» (julio de 1625), y si los ingleses sitian a Cádiz, escribe: «Yo, señor, perezco y estoy peor que en Cádiz porque los de aquella ciudad, aunque sitiados, tienen socorros; yo, triste de mí, ni de amigos ni de parientes lo espero.»

No sacó de Madrid tanto como esperaba con el convencimiento de su altura literaria y volvió a morir a Córdoba desengañado. Éste es el soneto con que juzga, condena y despide a la Capital de las Españas...

Grandes más que elefantes y que abadas
títulos liberales, como rocas,
gentileshombres sólo de sus bocas,
ilustres, «cavaglier», llaves doradas:

hábitos, capas digo remendadas,
damas de haz y envés, dueñas con tocas,
carrozas de ocho bestias, y aún son pocas
con las que tiran y que son tiradas.

Catarriberas, ánimas en pena,
con bártulos y abades la milicia,
y los derechos con espada y daga,

Caras y pechos todo a la malicia,
lodos con perejil y hierbabuena.
Ésta es la Corte; buena pro les haga.

Como para desmentir su fama de hermético, Don Luis de Góngora se arrancaba a veces por letrillas con fácil verso para fácil comprensión. La del estado económico-moral del país en el primer tercio del siglo XVII, por ejemplo:

Poderoso caballero
es don Dinero.
Nace en las Indias honrado,
donde el mundo le acompaña;
viene a morir en España,
y es en Génova enterrado.
Y pues quien le trae al lado
es hermoso, aunque sea fiero.
poderoso caballero
es don Dinero.
Es galán y es como un oro,
tiene quebrado el color,
persona de gran valor,
tan cristiano como moro.
Pues que da y quita el decoro
y quebranta cualquier fuero,
poderoso caballero
es don Dinero.
Son sus padres principales,
y es de nobles descendientes,
porque en las venas de Oriente
todas las sangres son reales;
y pues es quien hace iguales
al rico y al pordiosero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Superior a la nobleza de cuna...

Sus escudos de armas nobles
son siempre tan principales,
que sin sus escudos reales
no hay escudos de armas dobles;
y pues a los mismos nobles
da codicia su dinero,
poderoso caballero
es don Dinero.

...Capaz de sobornar jueces.

Por importar en los tratos
y dar tan buenos consejos,
en las casas de los viejos
gatos le guardan de gatos.
Y pues él rompe recatos
y ablanda al juez más severo,
poderoso caballero
es don Dinero.

...y convencer a damas reacias...

Nunca vi damas ingratas
a su gusto y afición;
que a las caras de un doblón
hacen sus caras baratas;
y pues las hace bravatas
desde una bolsa de cuero,
poderoso caballero
es don Dinero.

QUEVEDO, EL ESCRITOR «COMPROMETIDO»

Así llamaríamos hoy a quien se negó a dedicarse, como otros escritores de su época, como Lope, como Calderón, a ensalzar al de arriba y olvidarse del de abajo mientras le llovieran prebendas y regalos. Abrazó un partido, el del duque de Osuna; le sirvió en sus empresas políticas incluso con riesgo de su vida —si es verdad su entrada disfrazado en Venecia para preparar el «comando» que tenía que dañar a la enemiga de España— y cuando cayó su protector, por envidias de Corte, permaneció fielmente a su lado. Combatió al conde-duque de Olivares con las armas que tenía a su alcance; sus mordaces versos corrían por todo Madrid con gran indignación del valido y aparecían incluso bajo una servilleta en el cubierto del Rey. Los que empiezan...

Católica, sacra, real Majestad,
que Dios en la tierra os hizo deidad.
Un anciano pobre, sencillo y honrado
humilde os invoca y os habla postrado.
A cien reyes juntos, nunca ha tributado
España las sumas que en vuestro reinado,
y el pueblo doliente echa a recelar
que le echen gabela sobre el respirar.

...mientras en la Corte se derrocha el dinero:

...Un ministro en paz se come los gajes
más que en guerra gastan diez linajes.
Pero ya que hay gastos en Italia y Flandes,
cesen los de casa superfluos y grandes,

y no con la sangre de mí y de mis hijos
abunden estanque para regocijos.

Lope, por el contrario, no hallaba ninguna contradicción entre dos noticias que da seguidas. Después de hablar de una corrida de toros...

> Esperan unas fiestas que quiere su Majestad, que Dios guarde, salir a ellas. Ayer decían que se publicaba la baja de la moneda y no ha salido... el pueblo tiembla, todo anda desconectado. Afirman que es el último remedio y que no hay otro en el mundo, ni le hallan los ingenios de los hombres, las oraciones de los buenos ni los deseos de los gobernadores. Más daño hace dilatar el golpe que hará el cuchillo. [2 agosto 1628, *Epistolario,* IV-128.]

Al parecer, se había olvidado ya de unas fiestas de que había dado cuenta unos meses antes y que podrían explicar algo de la falta de numerario en la corte.

> La máscara se hizo y habrán escrito a VE la bizarría del conde mi señor [Olivares] y cómo su librea fue la más lucida. Su Majestad, Dios le guarde, anduvo como siempre. Fue su cuadrilla de su hermano del sr. conde duque y del marqués de Carpio. Llevaban unas mascarillas francesas de terciopelo negro que parecían muy bien. Hicieron a la de Su Majestad esta coplilla:
>
> *El Júpiter español,*
> *a quien hoy Marte acompaña,*
> *¿qué tiene qué sale a España*
> *cubierto de sombra el sol?*
>
> [*Epistolario,* IV-115.]

De otra estofa estaba hecho Quevedo que siguió impertérrito, acusando, aclarando, preguntando.

Le habían advertido. Era peligroso atacar al conde-duque. Contestó con unos bellos versos, definición del hombre libre:

No he de callar, por más que con el dedo
ya tocando la boca, ya la frente,
me representes o silencio o miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de sentir lo que se siente?

Él lo hizo. Y, por ello, quien podía haberse refugiado como tantos otros escritores del tiempo en una torre de marfil, se encontró recluido en la de San Marcos de León.

QUEVEDO, EL PATRIOTA

El patriotismo de Quevedo tenía, como todos los buenos patriotismos, dos filos. Igual combatía al enemigo de dentro que de fuera, al que desgobernaba como al que amenazaba nuestras fronteras. Su crítica al Estado no le impedía ser fervoroso paladín del mismo cuando se trataba del enemigo exterior.

Cuando Luis XIII, por ejemplo...

> ...Como muy poderoso rey, ocasionaréis que digan que los herejes que en Francia desarmareis, para vuestra quietud y gloria, los armáis en Flandes para opresión de los católicos y para agravios de Jesucristo; que os armasteis inquisidor contra herejes para armar herejes contra inquisidores...
>
> ...Sire, si llamáis tener paz con nosotros hacernos en Flandes una guerra desmentida y en Alemania pública, trayendo herejes a que roben el Imperio y, en Italia, con un amparo mal arrebozado, fatigar la cristiandad, ¿por qué llamáis guerra nuestra justa defensa? [*Carta al serenísimo, muy alto y muy poderoso Luis XIII*, BAE XXIII-257.]

Es típico el asombro español ante la política realista de Richelieu, que termina con los protestantes de la Rochela, más por separatistas que por protestantes y, luego, se apoya en los herejes de toda Europa, suecos, holandeses o alemanes contra su principal enemigo, la España todavía imperial, que rodea a Francia desde Flandes a los Pirineos, pasando por el Luxemburgo, Franco Condado e Italia. Natural obsesión que había hecho que otro rey católico, Francisco I, se aliase con los turcos contra España con gran escándalo de los pensadores de este país que seguían creyendo, los pobres, que en política había que pensar, primero, en salvar el alma y luego en ganar batallas.

Como los holandeses...

> Los holandeses que por merced de la mar pisan la tierra en unos andrajos de suelo que la hurtan por detrás de unos montones de tierra que llaman diques, rebeldes a Dios en la fe y a su rey en el vasallaje, amasando su discordia en un comercio político, después de haberse crecido en territorio por la traición bien armada y atenta, adquirido con prósperos sucesos opinión belicosa y caudal opulento; presumiendo de hijos primogénitos del Océano y persuadidos a que el mar que les dio la tierra que cubría por habitación no les negaría lo que les rodeaba, se determinaron escondiéndole en nave y poblándole de corsarios a pellizcar y roer por diferentes partes el occidente y el oriente. Van por el oro y plata a nuestras flotas como nuestras flotas van por él a las Indias. Tienen por ahorro y atajo tomarlo de quien lo trae y no sacarlo de quien lo cría. Dales más barato los millones el descuido de un general o el descamino de una borrasca que las minas. Para esto les ha sido aplauso, confederación y socorro la envidia que todos los reyes de Europa tienen a la suprema grandeza de la monarquía de España. [*La hora de todos.*]

Hace falta ser español a machamartillo para considerar con desprecio de señor a labrador, la increíble hazaña de los holandeses construyendo su patria contra las olas. Lo que en una sociedad industrial sería motivo de admiración es, para el caballero Quevedo, un mezquino hurtar de suelo al mar. La obra ingente de la protección es sólo «montones de arena que llaman diques». Y luego la queja, más razonada, de quienes se aprovechan del esfuerzo ajeno esperando a los galeones de vuelta de las Indias. ¿Pensó alguna vez Quevedo que nosotros, a nuestra vez, nos aprovechábamos del «esfuerzo ajeno» de unos indios americanos?

Venecia, la gran enemiga de España en el tiempo, la gran enemiga personal de Quevedo, es descrita con acrimonia. La última frase es la mayor acusación para un hombre acostumbrado a unir la patria con la Iglesia Católica.

> Dime, ¿hay todavía Venecia en el mundo? Sí la hay, dije yo, que no hay otra cosa sino Venecia y venecianos. Oh, doyla al diablo (dijo el nigromántico), por vengarme del mismo diablo, que no sé que pueda darla a nadie sino por hacerle mal. Es república esa que mientras que no tuviere conciencia durará, porque si restituye lo ajeno no le queda nada. ¡Linda gente! La ciudad fundada en el agua, el tesoro y la libertad en el aire, la deshonestidad en el fuego; y al fin es gente que de quien huyó la tierra y son narices de las naciones y el albañal de las monarquías por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra; y el turco los permite por hacer mal a los cristianos, los cristianos por hacer mal a los tur-

> cos y ellos, por poder hacer mal a unos y a otros, no son moros ni cristianos; y así dijo uno de ellos mismos en una ocasión de guerra, para animar a los suyos contra los cristianos: Ea, que antes fuisteis venecianos que cristianos. [*La visita de los chistes.*]

También le irrita al patriota Quevedo la rebelión catalana a la que niega razón en cualquiera de sus dos vertientes. No es por el huevo (razón material) ni por el fuero (derecho). Al advertir que los catalanes eligen por rey a Luis XIII...

> Que debiera advertir Cataluña que el mudar señores no es ser libre sino mudables... Hoy nada es suyo sino de la rebelión... Las haciendas son de las armas auxiliares, las vidas del peligro, las honras de los huéspedes y el sagrado santuario sueldo de los calvinistas. Luego, no es ni ha sido por el huevo.
>
> Que [en cuanto al fuero] no hay fuero que diga que tenga Barcelona conde y el conde no tenga Barcelona ni condado. Ni le hay que diga que los catalanes sean vasallos sin señor, de quien quisieran, como quisieren, hasta cuando quisieren. [*La rebelión de Barcelona no es por el huevo ni por el fuero,* BAE XXIII-281.]

QUEVEDO, SATIRICO SOCIAL

Aunque Quevedo, como Lope, presumía de su sangre hidalga, le producía risa la obsesión social de la España del tiempo, obsesión que el estado general de la Monarquía, deshaciéndose en pedazos, hacía aún más ridícula. En varios de los «sueños» en los que, como Freud, quiso hallar la verdad de la vida, Quevedo ve a los demonios riéndose de la vanidad humana que llega a los mismos avernos..

> Fuime allá por ver risa en el infierno, cosa tan nueva.
> —¿Qué es esto? —dije.
> Cuando veo dos hombres dando voces en un alto, muy bien vestidos con calzas atacadas. El uno con capa y gorra, puños

como cuellos y cuellos como calzas. El otro traía valonas y un pergamino en las manos. Y a cada palabra que hablaban, se hundían siete u ocho mil diablos de risa y ellos se enojaban más. Lleguéme más cerca para oírlos, y oí al del pergamino, que, a la cuenta, era hidalgo, que decía:

—Pues si mi padre se decía tal cual y yo soy nieto de Esteban tales y cuales, y ha habido en mi linaje trece capitanes valerosísimos y de parte de mi madre doña Rodriga desciendo de cinco catedráticos, los más doctos del mundo, ¿cómo me puedo haber condenado? Y tengo mi ejecutoria y soy libre de todo y no debo pagar pecho.[1]

—Pues pagad espalda —dijo un diablo.

Y diole luego cuatro palos en ellas, que le derribó de la cuesta. Y luego le dijo:

—Acabaos de desengañar, que el que desciende del Cid, de Bernardo o de Godofredo, y no es como ellos, sino vicioso como vos, ese tal más destruye el linaje que lo hereda. Toda la sangre, hidalguillo, es colorada. Parecedlo en las costumbres y entonces creeré que descendéis del doctor, cuando lo fuéredes o procuráredes serlo, y si no, vuestra nobleza será mentira breve en cuanto durare la vida. Que en la chancillería del infierno arrúgase el pergamino y consúmense las letras, y, el que en el mundo es virtuoso, ése es el hidalgo, y la virtud es la ejecutoria que acá respetamos, pues aunque descienda de hombres viles y bajos, como él con divinas costumbres se haga digno de imitación, se hace noble a sí y hace linaje para otros. Reímonos acá de ver lo que ultrajáis a los villanos, moros y judíos, como si en éstos no cupieran las virtudes, que vosotros despreciáis.

Tres cosas son las que hacen ridículos a los hombres: la primera, la nobleza; la segunda, la honra; la tercera, la valentía.

Sigue el demonio hablando esta vez contra otro de los temas tabú del tiempo, el de la heroicidad, el del coraje. Hay una gran modernidad en su interpretación de lo que significa, verdaderamente, el acto heroico:

—¡La valentía! ¿hay cosa tan digna de burla? Pues no habiendo ninguna en el mundo sino la caridad, con que se vence la fiereza de otros y la de sí mismo y la de los mártires, todo el mundo es de valientes; siendo verdad que todo cuanto hacen los hombres, cuanto han hecho tantos capitanes valerosos como ha habido en la guerra, no lo han hecho de valentía, sino de miedo de mayor mal, que es ser cautivo y verse muerto, y el que sale a conquistar los que están en sus casas,

1. Es decir, impuestos.

> y a veces lo hace de miedo de que el otro no le acometa y los que no llevan este intento, van vencidos de la codicia.

Pero Quevedo se adelanta mucho más a su tiempo en los párrafos que siguen. Cuando es idea general que unas naciones tienen no sólo el derecho sino el deber, de conquistar a otros pueblos salvajes para llevarles la luz del Cristianismo y de la civilización, el autor, por boca del demonio, pone en tela de juicio tales intromisiones en vidas ajenas.

> —¡Ved qué valientes! ¡A robar oro y a inquietar los pueblos apartados, a quien Dios puso como defensa a nuestra ambición mares en medio y montañas ásperas! Mata uno a otro, primero vencido de ira, pasión ciega, y otras veces de miedo de que le mate a él. Así, hombres que todo lo entendéis al revés, bobo llamáis al que no es sedicioso, alborotador y maldiciente; sabio llamáis al malacondicionado, perturbador y escandaloso; valiente, al que perturba el sosiego; y cobarde, al que con bien compuestas costumbres, escondido de las ocasiones, no da lugar a que le pierdan el respeto. Estos tales son en quien ningún vicio tiene licencia.
>
> —¡Oh, pesia tal! —dije yo—. Más estimo haber oído este diablo que cuanto tengo.

El escepticismo de Quevedo le lleva a cantar esas verdades a una sociedad anclada en el pasado, pero sabe también, precisamente por ello, que no van a servir de nada. La conclusión del caballero es la del español vencido en sus tradiciones —podría vivir todavía en estos años del siglo XX— y al que no le convence ninguna razón que esté en contra de sus heredados sentimientos de superioridad. He aquí la más dramática de las frases quevedescas, precisamente porque muestran su propia inutilidad como reformador de costumbres.

> Dijo en esto el de las calzas atacadas muy mohíno:
>
> —Todo eso se entiende con ese escudero; pero no conmigo a fe de caballero —y tornó a decir caballero tres cuartos de hora—. Que es ruin término y descortesía. ¡Deben de pensar que todos somos unos! [QUEVEDO *Los Sueños (Las zahúrdas de Plutón)*.]

Y mientras su contemporáneo, Calderón de la Barca, hacía matar a las esposas, hijas o hermanas por defender ese sacrosanto principio que se llama la honra, Quevedo sitúa ese tesoro en unas bajas y tremendas

perspectivas. Palabras que debieron sonar a revolucionarias en aquel año:

> —...Pues, ¿qué diré de la honra mundana? Que más tiranías hace en el mundo y más daños y la que más gustos estorba. Muere de hambre un caballero pobre, no tiene con qué vestirse, ándase roto y remendado, o da en ladrón, y no lo pide, porque dice que tiene honra; ni quiere servir, porque dice que es deshonra. Todo cuanto se busca y afana dicen los hombres que es por sustentar honra. ¡Oh, lo que gasta la honra! Y llegando a ver lo que es la honra mundana, no es nada. Por la honra no come el que tiene gana donde le sabría bien. Por la honra se muere la viuda entre dos paredes. Por la honra, sin saber qué es hombre ni qué es gusto, se pasa la doncella treinta años casada consigo misma. Por la honra, la casada se quita a su deseo cuanto pide. Por la honra, pasan los hombres el mar. Por la honra, mata un hombre a otro. Por la honra gastan todos más de lo que tienen. Y es la honra mundana, según esto, una necedad del cuerpo y alma, pues al uno quita los gustos y al otro el descanso. Y porque veáis cuáles sois los hombres desgraciados y cuán a peligro tenéis lo que más estimáis, hase de advertir que las cosas de más valor en vosotros son la honra, la vida y la hacienda. La honra está en arbitrio de las mujeres; la vida en manos de los doctores, y la hacienda, en las plumas de los escribanos.
>
> —Desvaneceos, pues, bien, mortales —dije yo entre mí—. ¡Y cómo se echa de ver que esto es el infierno, donde, por atormentar a los hombres con amarguras, les dicen las verdades!

QUEVEDO Y EL EROTISMO

La línea erótica de nuestra literatura es mucho más amplia de lo que las *Obras Completas* de los grandes escritores muestran. La Inquisición aconsejó la supresión de varias composiciones que se llamaron festivas —porque el humor, acompañó muchas veces al erotismo— cuando se trataba de presentarlas impresas en libros, tras leerse como

pliegos sueltos en la España de entonces. La censura que impera el país desde 1939 he recortado igualmente muchas de las ediciones.

Esa persecución de siglos ha provocado, en muchos escritores, pero más especialmente en el autor de los *Sueños*, una difícil selección de originales. La fama de desvergonzado que le acompañó en sus letrillas ha hecho que se le atribuyesen infinidad de epigramas, historietas, chistes que van desde lo erótico a lo obsceno, pasando a menudo por la escatología —como en la composición titulada «al ojo del culo». Por el otro lado, probablemente con la misma sinrazón, se le ha denegado la paternidad de infinidad de obras que son probablemente suyas habida cuenta del estilo y del ritmo de sus versos. La única seguridad se conseguiría con los métodos cibernéticos ahora aplicados a la literatura. Las IBM han resuelto muchas cuestiones de paternidad literaria analizando vocabulario y sistemas verbales que cada autor tiene, tan precisa e independientemente, como las huellas dactilares. Mientras llega ese momento, mencionaré algún soneto que tiene todas las características de ser de don Francisco. Como el del matrimonio en el que «la niña» contesta mucho más fogosamente de lo esperado por el marido en la noche de bodas:

Casó de un Arzobispo el despensero,
Y la noche que el novio se acicala
Para hacer de la novia cata y cala,
Y repicar el virginal pandero,

Le dijo el secretario: «Por mí quiero
Que un cañonazo la tiréis con bala.»
Lo mesmo el Mayordomo, el Maestresala,
Veedor, Caballerizo y Camarero.

Llegado el plazo, el caso sucedido
Contó a la dama, y trece golpes diole;
Siete por él, y seis encomendados.

Durmióse, y ella dijo: «¡Ah del dormido!»
Él despertó; la niña preguntóle:
«¿No tiene el Arzobispo más criados»

[*Cancionero de obras de burlas*, XLII.]

...O como la cortesana que quiere recompensar la parte de su cuerpo que le permite vivir ricamente y termina, quevedescamente, en postura ridícula.

A la orilla del agua estando un día,
Agena de cuidado, cierta hermosa,
De se mirar su cosa deseosa,
Por verse sola y allí sin compañía,

La camisa se alzó, que lo impedía,
Y, contenta de ver tan rica cosa,
La dice con voz blanda y amorosa
Que de dentro del alma le salía:

«Por vos soy yo de todos requebrada;
Por vos me dan gorguera y gargantilla,
Corpiño, manto y saya para el frío,

Un beso quiero daros», y abajada
A darle, por estar tan a la orilla,
Trompicó y de cabeza dio en el río.

Para ese Quevedo hay algo muy importante en el amor físico y es la forma con que se lleva a cabo; «parsimonia en el trámite» decía Mourlane Michelena que era lo importante. Los consejos que da el poeta a una casada son una perfecta muestra de psicología humana. La iniciativa debe partir de él; en ella es mejor una dulce resistencia que animé más al hombre.

Damas las que os preciáis de mal casadas,
Haceos desear, y haréis amaros;
Jamás os acontezca convidaros,
Por más que estéis con ellos abrazadas.

Siempre habéis de mostrar que sois forzadas,
Y que os vence el marido con rogaros;
De resistencia siempre habéis de armaros,
Veréis cómo seréis siempre estimadas.

Cuando sintáis de él, que tanto os quiere,
Mostrad entonces menos entendello;
Dejad que lo busque él, que manos tiene:

Y cuando la mostrare y os pidiere,
Primero que vengáis a concedello,
Probad el apetito con que viene.

Curiosamente, Quevedo da a los hombres el mismo consejo. No os precipitéis, procurad que el fuego crezca brizna a brizna para mejor conseguir la felicidad total.

Primero es el besalla y abrazalla,
Y con besos un poco entretenella;
Primero provocalla y encendella,
Para que entre con brío en la batalla;

Primero es el por fuerza arregazalla,
Metiendo piernas entre piernas de ella;
Primero es acabar esto con ella;
Después viene el deleite de gozalla.

No hacer como acostumbran los casados,
Mas de llegar y hallarla aparejada
De puro dulce creo de dentera.

Han de ser los contentos deseados,
Si no no dan placer, ni valen nada:
Que no hay quien lo barato comprar quiera

A veces, Quevedo hace hablar a un testigo de los contentamientos de los amantes. Una cama. La amenaza de que le hace objeto era la que se realizaba con prisioneros a quienes se les quería interrogar. «Trato de cuerda» era tirar de sus extremidades estando sujeto al potro, con probable rotura de miembros. En la obra de Calderón, Lope de Figueroa dictamina ese castigo para el soldado que subió a los aposentos de la hija del *Alcalde de Zalamea,* obligando a éste a denunciar la artimaña urdida por el capitán:

Señora cama, ¿en qué habéis vos hallado
Que habéis de estar contino rechinando,
Cuando en vuestro regazo está gozando
Su hermosa dama el fiel enamorado?

¿Tenéis acaso de su gusto enfado,
Que estáis, lo que hacen ellos, murmurando,
O vais a sus acentos remedando,
Con a la voz el eco en hondo prado?

¿Gruñís vos porque os dan en picotera
Pues no os componen para estar compuesta
Sino para mejor descomponeros?

Guardaos, pues no gruñáis, no seáis molesta,
No os den trato de cuerda, y de manera
Os aprieten, que no podáis moveros.

El amor de Quevedo está siempre teñido de sensualidad aunque esta sensualidad tenga, como prototipo que es de un barroco español en el que la Carne se avecina con la Muerte (Calderón escribe *El médico de su honra,* Valdés Leal pinta *Las postrimerías*), un constante recuerdo del final. El amor sobrevivirá a la muerte, un amor en que entra tanto lo físico (médulas) como lo espiritual (alma). Los dos versos finales son de lo más bello que se haya escrito nunca en castellano.

Cerrar podrán mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no desotra parte en la ribera
dejará la memoria en donde ardía;
nadar sabe mi alma la agua fría,
y perder el respeto a ley severa,

Alma a quien todo un Dios prisión ha sido
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido

su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, más tendrá sentido;
polvo serán, más polvo enamorado

QUEVEDO CONTRA OTROS AUTORES

En la feroz polémica entre escritores del XVII, Quevedo entró con saña y gracia. He aquí atacando a Góngora, en envenenada alusión a su origen judío. Pues que los hebreos no pueden comer carne de cerdo...

...Yo te untaré mis versos con tocino,
porque no me los muerdas, Gongorilla,
perro de los ingenios de Castilla,
docto en pullas, cual mozo de camino.

Apenas hombre, sacerdote indino,
que aprendiste sin christus la cartilla;
chocarrero de Córdoba y Sevilla,
y, en la Corte, bufón a lo divino.

¿Por qué censuras tú la lengua griega
siendo sólo rabí de la judía,
cosa que tu nariz aún no lo niega?

No escribas versos más, por vida mía;
aunque aquesto de escribas se te pega,
por tener de sayón la rebeldía.

Y luego a Ruiz de Alarcón con la misma crueldad. Esta vez no se trata de una herencia judía, sino de la deformidad física del pobre escritor dramático.

Corcovilla
¿Quién es poeta juanetes,
siendo, por lo desigual,
piña de cirio pascual,
hormilla de los bonetes?
¿Quién enseña a los cohetes
a buscar ruido en la villa?

Corcovilla.
¿Quién tiene cara de endecha
y presume de aleluya?
¿Quién, porque parezca, suya,
no hace cosa bien hecha?
¿Quién tiene por pierna mecha
y torcida por costilla?

Corcovilla.
...¿Quién tiene espaldas con moño
de gibas, y, bien mirado,
tiene el pecho levantado
como falso testimonio?
¿Quién para el primer demonio,
es Coco, con su carilla?

Corcovilla.
...¿Quién anda engañando bobas,
siendo rico de la mar?
Y ¿quién es en el lugar
monada entre dos corcovas?
¿Quién trae el alma en alcobas,
y consigo propio trilla?

Contestará, dolido, Ruiz de Alarcón a Quevedo:

Culpa a aquel que de su alma
olvidando los defectos,
graceja con apodar
lo que otro tiene en el cuerpo.

BALTASAR GRACIÁN, EL JESUITA ALEGÓRICO

Dice Charles Aubrun, de su *Criticón,* que relata la historia del hombre desde su nacimiento hasta su muerte. Asimila nuestra vida a una larga peregrinación, a la manera de la epopeya que lleva a Ulises desde Ítaca, su cuna, hasta Ítaca, su patria celeste. Los escritores españoles contemporáneos miraban al hombre como al protagonista de una tragicomedia en tres jornadas y representaban su vida como una serie de confrontaciones dramáticas en el teatro del mundo. Baltasar Gracián le mira como al navegante que adquiere su saber y su sabiduría zozobrando de un escollo en un bajío, de un temporal en una bonanza hasta llegar al puerto de su salvación final. El novelista filósofo no se propone alcanzar la esencia del hombre o definir algún estatuto suyo anterior al fluir del tiempo. Busca su ser detrás y a través de sus múltiples encarnaciones físicas e históricas, y lo describe por medio de entelequias en una serie ordenada de situaciones parabólicas y de actuaciones alegóricas.

Como Segismundo, el protagonista, Andrenio, vive en la Naturaleza como una fiera; como Segismundo se interroga, si existe, quién es y para qué vive: «Critilo» su maestro, le iluminará con su reflexión...

> A los principios no sentía tanto aquel penoso encerramiento; antes con las interiores tinieblas del ánimo desmentía las exteriores del cuerpo y con la falta de conocimiento disimulaba la carencia de la luz, si bien algunas veces brujuleaba unas confusas vislumbres que dispensaba el cielo, a tiempos, por lo más alto de aquella infausta caverna.

La luz de la razón

Pero, llegando a cierto término de crecer, y de vivir, me salteó de repente un tan extraordinario ímpetu de conocimiento, un tan grande golpe de luz y de advertencia, que revolviendo sobre mí, comencé a reconocerme, haciendo una y otra reflexión sobre mi propio ser.

¿Qué es esto? Decía. ¿Soy o no soy? Pero, pues vivo, pues conozco y advierto, ser tengo. Mas si soy, ¿quién soy yo? ¿Quién me ha dado este ser y para qué me lo ha dado? Para estar aquí metido, ¡grande infelicidad sería! ¿Soy bruto como éstos? Pero no, que observo entre ellos y entre mí palpables diferencias: ellos están vestidos de pieles; yo, desabrigado, menos favorecido de quien nos dio el ser.

...¡Qué de soliloquios hacía tan interiores, que aun este alivio del habla exterior me faltaba! ¡Qué de dificultades y dudas trataban entre sí mi observación y mi curiosidad, que todas se resolvían en admiraciones y en penas!

Era para mí un repetido tormento el confuso ruido de estos mares, cuyas olas más rompían en mi corazón que en estas peñas. ¿Pues qué diré cuando sentía el horrísono fragor de los nublados y sus truenos? Ellos se resolvían en lluvia; pero mis ojos, en llanto. Lo que llegó ya a ser ansia de reventar y agonía de morir era que, a tiempos, aunque para mí de tarde en tarde, percibía acá fuera unas voces como la tuya (al comenzar con grandes confusión y estruendo; pero después poco a poco más distintas), que naturalmente me alborozaban y se me quedaban muy impresas en el ánimo.

Bien advertía yo que eran muy diferentes de las de los brutos, que de ordinario oía, y el deseo de ver y de saber quién era el que las formaba, y no poder conseguirlo, me traía a extremos de morir. Poco era lo que unas y otras veces percibía, pero discurríalo tan mucho, como de espacio.

Concierto del universo

Una cosa puedo asegurarte, que con que imaginé muchas veces y de mil modos, lo que habría acá fuera, el modo, la disposición, la traza, el sitio, la variedad y máquina de cosas, según lo que yo había concebido, jamás di en el modo ni atiné con el orden, variedad y grandeza de esta gran fábrica que vemos y admiramos.

—¡Qué muchos —dijo Critilo—, pues, si aunque todos los entendimientos de los hombres, que ha habido ni habrá, se juntaran antes de trazar esta gran máquina del mundo y se les consultara cómo había de ser, jamás pudieran atinar a disponerla! ¿Qué digo el universo? La más mínima flor, un mosquito, no supieran formarlo. Sola la infinita sabiduría de aquel supremo Hacedor pudo hallar el modo, el orden y el concierto de tan hermosa y perenne variedad.

Pero, dime, que deseo mucho saberlo de ti y oírtelo contar, ¿cómo pudiste salir de aquella tu penosa cárcel, de aquella sepultura anticipada de tu cueva? Y, sobre todo, si es posible el exprimirlo, ¿cuál fue el sentimiento de tu admirado espíritu, aquella primera vez que llegaste a descubrir, a ver, a gozar y admirar este plausible teatro del universo?

Gracián cuenta la geografía de los Pecados cuando salieron en busca de hogar en que vivir y prosperar. Las características de entonces casi pueden servir para los indígenas de ahora...

ESPAÑA

La Soberbia, como primera en todo lo malo, cogió la delantera. Topó con España, primera provincia de la Europa. Parecióla tan de su genio, que se perpetuó en ella. Allí vive y allí reina con todos sus aliados; la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hacer del don Diego y vengo de los godos, el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco, la gravedad, el fausto, el brío, con todo género de presunción; y todo esto desde el noble hasta el más plebeyo.

FRANCIA

La Codicia, que la venía a los alcances, hallando desocupada la Francia, se apoderó de toda ella, desde la Gascuña hasta la Picardía. Distribuyó su humilde familia por todas partes: la miseria, el abatimiento de ánimo, la poquedad, el ser esclavos de todas las demás naciones, aplicándose a los más viles oficios, el alquilarse por un vil interés, la mercancía laboriosa, el andar desnudos y descalzos con los zapatos

bajo el brazo, el ir todo barato con tanta multitud, finalmente el cometer cualquier bajeza por el dinero. Si bien dicen que la Fortuna, compadecida, para realzar tanta vileza, introdujo su nobleza, pero tan bizarra, que hacen dos extremos sin medio.

ITALIA

El Engaño trascendió toda la Italia, echando hondas raíces en los italianos pechos: en Nápoles hablando y en Génova tratando. En toda aquella provincia está muy válido, con toda su parentela, la mentira, el embuste y el enredo, las invenciones, trazas, tramoyas; y todo ello dicen es política y tener brava testa.

AFRICA

La Ira echó por otro rumbo. Pasó al África y a sus islas adyacentes, gustando vivir entre árabes y entre fieras.

ALEMANIA

La Gula, con su hermana la Embriaguez, asegura la preciosa Margarita de Valois, se sorbió toda la Alemania alta y baja, gustando y gastando en banquetes los días y las noches, las haciendas y las conciencias. Aunque algunos no se han emborrachado sino una sola vez, pero les ha durado toda la vida. Devoran en la guerra las provincias, abastecen los campos y aun por eso formaba el emperador Carlos V de los alemanes al vientre de su ejército.

INGLATERRA

La Inconstancia aportó a la Inglaterra. La Simplicidad a Polonia, la Infidelidad a Grecia, la Barbaridad a Turquía, la

Astucia a Moscovia, la Atrocidad a Suecia, la Injusticia a la Tartaria, las Delicias a la Persia, la Cobardía a la China, la Temeridad al Japón. La Pereza aun esta vez llegó tarde y, hallándolo todo embarazado, hubo de pasar a la América a morar entre los indios.

La Lujuria, la nombrada, la famosa, la gentil pieza, como tan grande y tan poderosa, pareciéndola corta una sola provincia, se extendió por todo el mundo, ocupándolo de cabo a cabo. Concertóse con los demás vicios, aviniéndose tanto con ellos, que en todas partes está tan válida, que no es fácil averiguar en cuál más. Todo lo llena y todo lo inficiona.

FEIJOO O LA RAZÓN TODAVÍA A MEDIAS

Nace en 1676, muere en 1764. Está a caballo de dos siglos pero, mucho más importante, de dos épocas. Trata de explicar los sucesos por vez primera por la cabeza y el razonamiento, y no por la pasión, el patriotismo, la religión. Éstas han sido tan influyentes en el espíritu hispano hasta entonces, que incluso gente tan despierta como Quevedo, ha creído a pie juntillas cualquier clase de milagros. Feijoo denuncia a los falsos milagreros, no importándole caer en la sospecha de incrédulo e igualmente se mofará de los astrólogos los que siguieron reyes y nobles hasta muy reciente:

«Confieso que no puedo tolerar que a expensas de la piedad se haga capa el embuste. No tiene bien asentada la fe quien piensa que las verdades divinas necesitan del socorro de invenciones humanas», afirma valientemente (era mucho coraje oponerse a la superstición del tiempo) el padre asturiano. Y en el mismo trabajo cita a un autor, que durante tiempo ha sido considerado sospechosamente por el mando monárquico-religioso: el holandés Erasmo aun curándose un poco en salud por si acaso.

En el fondo, Feijoo seguía la línea de los Valdés, Vives, los de «la España que pudo ser», que mencionábamos en el XVI. La España de la tolerancia y de la comprensión:

> Rara vez, yo lo confieso, llevará a tan peligrosos precipicios la ligereza del vulgo en soñar milagros; pero siempre tiene el gravísimo inconveniente de desautorizarse el menor número de los verdaderos con la inmensa multitud de los fingidos. Por esto me parece harían un considerable servicio a Dios y su Iglesia los prelados eclesiásticos, ocurriendo con fervoroso celo a este abuso; y aun cuando constase que de

intento se fingen milagros (como sucede no pocas veces por varios motivos), hasta el magistrado secular debería proceder contra el autor del embuste, siendo de su fuero, con severas penas.

Digna juzgo de ser imitada y aplaudida la rectitud de un corregidor de la villa de Ágreda, en caso semejante. Había dejado la venerable madre María de Jesús un pequeño crucifijo, alhaja de su pobre celda, para memoria, al presbítero don Francisco Coronel, sobrino suyo. Una vieja, criada de este sacerdote, habiendo discurrido que podía resultarle alguna utilidad si hiciese respectable aquella imagen por milagrosa, esparció por el pueblo (haciéndoselo también creer a su propio amo) que a tiempos sudaba sangre. De hecho, habiendo concurrido muchos diferentes veces a verla, reconocieron algo teñido de sangre el rostro; y aunque no de modo que pudiese ser sudada, ya por estar la imagen en sitio algo sombrío, ya porque en materia de milagros la piedad vulgar ve mucho más con la imaginación que con los ojos, ya porque la notoria sobresaliente virtud del antecedente dueño de aquella alhaja ayudaba de su parte a conciliar el asenso, todo el pueblo consintió en que era verdad lo que la vieja había esparcido. Fue notable la conmoción de todos, nobles y plebeyos; hubo rogativas, procesiones, votos, limosnas. Sólo un escribano, hombre advertido y sagaz, sospechó algún latente engaño en el que todos los demás juzgaban indubitable prodigio. Para averiguarlo, halló modo de quedarse escondido de noche en la misma cuadra donde estaba el crucifijo, y allí vio cómo la vieja, después de recogido el amo, iba al sitio, y sacándose sangre de las narices, teñía con ella, según la porción que le parecía, el rostro de la imagen. Sobre el cimiento de esta noticia se llegó a hacer jurídica información del caso, y de cómo la vieja ya teñía, ya lavaba la imagen, como juzgaba a propósito; y el Corregidor, hombre de piedad sólida, hizo dar doscientos azotes a la vieja, que fueron tan bien merecidos como cuantos hasta ahora se dieron en las calles públicas. Refirióme este suceso el padre maestro fray Miguel Jiménez Barranco, de mi religión, natural del mismo lugar de Ágreda, y que se hallaba en él a la sazón.

...Confieso que no puedo tolerar que a expensas de la piedad se haga capa al embuste. No tiene bien asentada la fe quien piensa que las verdades divinas necesitan del socorro de invenciones humanas. Cualquiera fábula portentosa que se derrame en el vulgo halla presto patronos, aun fuera de los vulgares, debajo del pretexto que se debe dejar al pueblo en su buena fe. Eso sólo debe tener cabimiento cuando no se puede aclarar la verdad, porque en caso de duda se debe amparar la posesión; mas siempre que se pueda descubrir, es justo perseguir la mentira en cualquier parte que se halle, y mucho más cuando se acoge a sagrado, pues sólo

> entra en él para profanar el templo. No estoy bien con los críticos audaces puestos siempre sobre las armas contra monumentos o tradiciones que han autorizado los siglos. Siempre me alistaré de parte de la multitud, cuando se funde sólo en falibles conjeturas la opinión de un particular; pero habiendo pruebas constantes contra el común asenso, degenera de racional quien no se rinde, porque contra la verdad no hay prescripción. No esperemos a que la enemiga de los herejes descubra lo que erró la falsa piedad de algunos católicos. Seamos nosotros los delatores de la impostura, antes que nuestros contrarios nos den con ella en los ojos, haciendo guerra a nuestras verdades con nuestras ficciones. Por este camino hizo Erasmo, enemigo escondido y más artificioso que Lutero, mucho daño a la Iglesia. Mientras éste impugnaba las verdades de la fe, aquél descubría las fábulas de la historia. Dice el ilustrísimo Cano, que Erasmo refutó diligentísima y rectísimamente muchos prodigios fabulosos estampados en varios libros: *Hujus generis sunt alia multa, quae et diligentissime et rectissime Erasmus refutavit.* Subscribo en cuanto a la diligencia, no en cuanto a la rectitud. Usó Erasmo de la crítica con exceso y en mala ocasión. En aquel tiempo y en aquellas regiones, donde se predicaban doctrinas nuevas, los que cavaban en la historia eclesiástica para descubrir fábulas, minadores ocultos contra los dogmas, porque la errada lógica del vulgo argüía de lo uno para lo otro.

Feijoo habla de Astrología... o la respuesta a Calderón: Si a veces resulta cierto lo que prometen las estrellas es porque los mortales obran en consecuencia y ayudan a que se realice lo anunciado.

> ...una u otra vez puede deberse el acierto de las predicciones, no a las estrellas, sino a políticas y naturales conjeturas, gobernándose en ellas los astrólogos, no por los preceptos de su arte, de que ellos mismos hacen bien poco aprecio, por más que los quieren ostentar al vulgo, sí por otros principios, que, aunque falibles, no son tan vanos. Por la situación de los negocios de una república, se pueden conjeturar las mudanzas que arribarán en ella. Sabiendo por experiencia qué raro valido ha logrado constante la gracia de su príncipe, de cualquiera ministro alto, cuya fortuna se ponga en cuestión, se puede pronunciar la caída con bastante probabilidad. Y con la misma, a un hombre de genio intrépido y furioso se le podrá amenazar muerte violenta. Por la fortuna, genio, temperamento e industria de los padres, se puede discurrir la fortuna, salud y genio de los hijos.

...Algunas veces las mismas predicciones influyen en los sucesos; de modo que no sucede lo que el astrólogo predijo, porque él lo leyó en las estrellas; antes sin haber visto él nada en las estrellas, sucede sólo porque él lo predijo. El que se ve lisonjeado con una predicción favorable, se arroja con todas sus fuerzas a los medios, ya de la negociación, ya del mérito, para conseguir el profetizado ascenso, y es natural lograrle de ese modo. Si a un hombre le pronostica el astrólogo la muerte en un desafío, sabiéndolo su enemigo, le saca al campo, donde éste batalla con más esfuerzo, como seguro del triunfo, y aquél lánguidamente, como quien espera la ejecución de la fatal sentencia; al modo que nos pinta Virgilio el desafío de Turno y Eneas. Creo que no hubiera logrado Nerón el imperio si no le hubieran dado esa esperanza a su madre Agripina los astrólogos, pues sobre ese fundamento aplicó aquella ardiente y política princesa todos los medios. Acaso César no muriera a puñaladas si los matadores no tuvieran noticia de la predicción de Spurina, que les aseguraba aquel día la empresa. Lo mismo digo de Domiciano y otros.

LOS MILAGROS PUEDEN ENGAÑAR... PERO PUEDEN EXISTIR HOMBRES-PECES

Pero nadie puede librarse tan fácilmente de una herencia de siglos de credulidad. El mismo intelectual que ha denunciado a los curas que fingían milagros, y burládose de las profecías que muchas veces se cumplen, precisamente porque el aludido se coloca en la situación de que así ocurra, dará cuenta, con pelos y detalles, de la existencia de un hombre-pez, el de Liérganes. Y hará algo peor, intentará probar con la ayuda de la razón esa increíble patraña.

> ...El año de 1679 se apareció a los pescadores del mar de Cádiz, nadando sobre las aguas y sumergiéndose en ella a su voluntad, una figura de persona racional, y queriendo arrimársele, se le desapareció el primer día; pero dejándose ver de dichos pescadores el siguiente, y experimentando la misma figura y fuga, volvieron a tierra, contando la novedad, que habiéndose divulgado, se aumentaron los deseos de saber lo que fuese, y fatigaron los discursos en hallar medios para lograrlo; y habiéndose valido de redes que circundasen a lo largo la figura que se les presentaba, y de arrojarle pedazos de pan en el agua, observaron que los tomaba y comía, y que en seguimiento de ellos se fue acercando a uno de los barcos, que con el estrecho cerco de las redes le pudo tomar y traer a tierra; en donde, habiendo contemplado éste, que se consideraba monstruo, le hallaron hombre racional en su formación y partes; pero hablándole en diversas lenguas, en ninguna y a nada respondía, obstante haberle conjurado, por si le poseía algún espíritu maligno, en el convento de San Francisco, donde paró; pero nada bastó por entonces, y de allí a algunos días pronunció la palabra Liérganes; la que, ignorada de los más, explicó

un mozo de dicho lugar, que se hallaba trabajando en la referida ciudad de Cádiz, diciendo en su lugar, que estaba situado en la parte arriba mencionada; y don Domingo de la Cantolla, secretario de la suprema Inquisición, era del mismo lugar; con cuya noticia, un sujeto que le conocía, le escribió el caso; y don Domingo le comunicó a sus parientes de Liérganes, por si acaso había sucedido allí alguna novedad, que se diese la mano con la de Cádiz, respondiéronle, que nada había más que haberse desaparecido en la ría de Bilbao el hijo de María del Casar, viuda de Francisco de la Vega, que se llamaba también Francisco, como su padre; pero que había años le tenían ya por muerto. Todo lo cual participó don Domingo a su correspondiente de Cádiz, que lo hizo notorio en el referido convento de San Francisco, donde se mantenía.

...Era de estatura de seis pies, poco más o menos, corpulencia correspondiente y bien formado; el pelo rojo, corto, como si le empezara a nacer, el color blanco, las uñas tenía gastadas, como si estuvieran comidas de salitre. Andaba siempre descalzo. Si le daban vestido, le ponía; si no, el mismo cuidado tenía de andar desnudo que descalzo.

Si le daban de comer, tomaba y comía todo lo que fuese; si no, tampoco lo pedía; de suerte, que parecía una cosa inanimada para discurrir, y animada para obedecer, mudo para hablar, menos las palabras arriba expresadas, que pronunciaba tal vez, pero sin propósito ni concierto; lo que puedo asegurar, por haberle conocido.

Cuando era muchacho tenía gran inclinación a pescar y estar en el río que pasa por dicho lugar de Liérganes, y era gran nadador. En dicha edad tenía las potencias regulares.

Todo lo que viene referido es la verdad del hecho, según relación de sus hermanos, el sacerdote don Tomás, y Juan, que vive; y todo lo que se separe de este hecho es falso, como lo es el decir que tenía escamas en el cuerpo, y que este prodigio procedió de una maldición que le echó su madre.

En esta disposición se mantuvo en casa de su madre, y en este país, el expresado mozo Francisco de la Vega, por espacio de nueve años, poco más o menos, y después se desapareció, sin que se haya sabido más de él; aunque dicen que poco después le vio en un puerto de Asturias un hombre de la vecindad de Liérganes; pero carece de fundamento.

Verdaderamente es cosa lastimosa que nuestro nadante hombre perdiese el uso de la razón, no sólo mirándolo como fatalidad suya, mas también como pérdida nuestra y de todos los curiosos; pues si este hombre hubiese conservado el juicio, y con él la memoria, ¡cuántas noticias, en parte útiles y en parte especiosas, nos daría como fruto de sus marítimas peregrinaciones! ¡Cuántas cosas ignoradas hasta

> ahora de todos los naturalistas, pertenecientes a la errante república de los peces, podríamos saber por él! Él sólo podía haber exactamente averiguado su forma de criar, su modo de vivir, sus pastos, sus transmigraciones, y las guerras o alianzas de especies distintas. ¡Qué bien explorados tendría los lechos de varios mares, Océano nuevo dentro del mismo Océano, y fondo sin suelo, respecto de innumerables especulaciones filosóficas, ya por las plantas que en él nacen, ya por las materias que en él se juntan, ya por las inmutaciones que en él reciben, ya por las fuentes y ríos que en él brotan, ya por las cavernas que reciben las mismas aguas marítimas, para transportarlas a lugares distintísimos, ya por otras mil cosas! Pero lo que más de cerca pica la curiosidad filosófica, y lo que sólo por el mismo hombre podía saberse, son algunas circunstancias del mismo hecho; cómo se acomodó este hombre tan repentinamente a un género de vida en todo tan diverso del que en tierra había tenido; cómo se alimentaba en el mar; si dormía algunos intervalos; hasta cuánto tiempo sufría la falta de respiración; cómo se evadía de la voracidad de algunas bestias marinas, etc.

...Y el buen Padre Feijoo explica por qué es posible que existiera el hombre-pez apuntalando con la *lógica* y la *deducción* sus conclusiones...

> La uniformidad en la configuración de miembros es para todos una prueba tan segura de uniformidad en la especie, que nadie hay que no colija de la primera la segunda; de modo que, si un europeo, trasladado a una tierra incógnita, viese allí un animal semejante en la configuración de todos los miembros a nuestros caballos, otro semejante a nuestros perros, otro semejante a nuestros bueyes, afirmaría sin duda que el primero era caballo, el segundo perro, el tercero buey. Es verdad que la certeza de esta prueba debe considerarse limitada a los casos en que no haya alguna dificultad totalmente insuperable, contra la conclusión que se deduce en ella. Esta dificultad se creyó que la había, en que los hombres marinos fuesen verdaderos hombres, porque nadie imaginó que aquellos animales no fuesen marinos en su primer origen; esto es, cuya primera creación se había hecho en las aguas, como la de todos los demás acuátiles. Siendo esto así, no podían ser descendientes de Adán; luego ni verdaderos hombres; pues nos enseña la fe, que todos los que son, descienden de Adán: *Omnes homines de solo, et ex terra, unde creatus est Adam* (*Eclesiast.*, capítulo XXXIII). Aun cuando a alguno ocurriese el pensamiento de si era posible o no, que aquellos acuátiles tuviesen su origen en nues-

tra misma especie, resolvería sin duda por parte de la imposibilidad, pues miraría, como una gran quimera, que algún hombre, nacido y criado en la tierra como los demás, quisiese ni pudiese hacer morada perpetua en el mar como los peces.

Esta dificultad, que parecía insuperable, ya se halla superada con el ejemplo de nuestro acuático peregrino; con que subsiste toda la fuerza del argumento, tomado de la uniformidad de configuración en hombres marinos y terrestres. Lo que hizo el hombre de Liérganes, pudieron hacer en siglos anteriores otros algunos, no sólo hombres, mas mujeres, pues no repugna en algunos individuos de este sexo toda la fuerza, la habilidad, inclinación y ejercicio en el nado que tenía nuestro hombre. Y como un hombre y una mujer, de común acuerdo, pudieron juntarse (lo que por innumerables accidentes podía suceder), de éstos, por varias sucesiones, podrían originarse todos los hombres y mujeres marinas que se han visto en distintas partes del Océano.

Dificultaráse acaso cómo se podría ejercer dentro de las aguas la obra de la generación, la del parto, y también la educación de los infantes. Mas en nada de esto encuentro dificultad, que no sea muy vencible; pues sobre que a todos esos oficios podían servir varias isletas desiertas, y las roças mismas, que son estorbo a los navegantes, y aun muchas orillas despobladas de uno y otro continente, no se ofrece imposibilidad alguna en que las dos primeras operaciones se ejerciesen dentro de las aguas; y por lo que mira a la tercera, podrían alternar padre y madre el cuidado de sostener al infante sobre la superficie del agua el tiempo necesario para respirar, hasta tanto que se habilitase para nadar como ellos.

También me persuado a que el no pensar nadie en que los hombres marinos fuesen verdaderos hombres, provendría en parte de verlos negados el uso de la locución, con pocas o ningunas apariencias de racionalidad; mas también esta dificultad queda perfectamente allanada con la experiencia del embrutecimiento y carencia casi total del habla del hombre de Liérganes. Es de creer, que estando más tiempo en el agua, perdiese el uso aun de aquellas pocas voces, que fuera de propósito articulaba. Así, supuesta la uniformidad de configuración de todos los miembros, que atestiguan las historias, entre hombres marinos y terrestres, todo conspira a persuadir, que aquéllos son descendientes de éstos. Caben en la posibilidad innumerables accidentes, por los cuales un hombre y una mujer, u algunos hombres y mujeres, se entregasen al mismo destino que nuestro Francisco de la Vega. ¿Cuán factible es que en uno o muchos lugares marítimos haya en la antigüedad dominado a uno y otro sexo una violenta pasión por la diversión

del nado? Puesta ésta, el mucho ejercicio, y la emulación de excederse unos a otros, habilitaría algunos hombres y mujeres hasta aquel grado en que consideramos al siciliano Nicolao y al español Francisco. Habilitados de este modo, ¿qué imposibilidad, ni aun qué inverisimilitud, hay en que el amor loco de un hombre y una mujer, a quienes era imposible lograr en la tierra el apetecido consorcio, los impeliese a procurarse perpetua compañía en la libre república de los peces? ¿Qué imposibilidad, ni aun qué inverisimilitud, hay en que muchos hombres y muchas mujeres de un pueblo, cómplices en algún atroz delito, no hallando otro medio de evitar la muerte merecida, recurriesen al mismo asilo? A este modo se pueden discurrir otros motivos. Acaso la fábula de los navegantes tirrenos, transformados por Baco en delfines, tuvo su origen de algún acaecimiento de este género.

El argumento tomado de la uniformidad de configuración, que por sí solo es muy fuerte, adquiere mucho mayor vigor de la conformidad en la anatomía o disposición de las partes internas; y hallarse dicha conformidad entre los hombres marinos y terrestres, consta del examen anatómico que hizo el médico del virrey de Goa, de los hombres y mujeres marinas de la costa de Ceilán.

Por lo que mira a los tritones y nereidas, o monstruos, cuya figura es de medio arriba humana y de medio abajo de pez, puede conjeturarse que nacieron del enorme concúbito de individuos de las dos especies, como sospechamos respectivamente de los sátiros.

EL SIGLO ANODINO

Ya estamos de lleno en el siglo de la razón. El siglo del entendimiento. Literariamente hablando, el siglo anodino. Se han acabado ya las frivolidades, entendiéndose por tales todo lo que distraiga al hombre moderno de las cosas útiles, por un lado, morales, por el otro. Hay que ser razonable, lo cual no impide ser sensible, pero sin exageraciones. En la poesía hay que buscar, sobre todo, la utilidad (¿Qué dirían Góngora y Lope?), algo que sirva para trasplantar del autor al lector buenos y nobles sentimientos.

Habla Ignacio Luzán imitando, casi copiando, lo que han dicho los autores del país más celebrado en todo el mundo civilizado: Francia. En España hay todavía gente que se resiste a esta influencia benefactora pero, afortunadamente, la élite, la gente selecta, opina así y Luzán explica para qué sirve, de verdad la poesía.

> ...Ésta es la razón y éste es el origen de la utilidad poética, que consiste en que, siendo nuestra vida débil y corta, y no pudiendo por eso sufrir, sin cegar, todos de golpe los rayos de la moral, se acomoda con gusto y provecho a la morada luz de la poesía, que con sus fábulas y velos interpuestos rompe el primer ímpetu y templa la actividad de la luz de las demás ciencias. Tras esto, como los hombres apetecen más lo deleitable que lo provechoso, encuentran desabrido todo lo que no los engolosina con el sainete de algún deleite; y esto es lo que se halla abundantemente en la poesía y la hace utilísima; pues las otras ciencias no enseñan la verdad simple y desnuda y el camino de la virtud y de la gloria arduo, áspero y lleno de abrojos; mas, por el contrario, la poesía nos enseña la verdad, pero adornada de ricas galas y, como

dijo el Tasso, sazonada en dulces versos, y nos guía a la virtud y a la gloria por un camino amenísimo, cuya hermosura engaña y embelesa de tal suerte nuestro cansancio que nos hallamos en la cumbre sin sentir que hemos subido una cuesta muy áspera. Nos dice, por ejemplo, la filosofía que la pobreza puede ser feliz, si quiere serlo; que vencer una pasión propia es mayor hazaña que triunfar de un enemigo, que la riqueza ni el poder no hacen feliz al hombre, etc. Éstas y otras mil máximas y verdades semejantes, que nos enseña la filosofía, son simples, desnudas, y cuesta arriba para el vulgo, que despreciándolas por su desnudez y desechándolas por su novedad, o no les da oídos o las juzga extravagantes e impracticables. Pero la poesía, siguiendo otro rumbo, propone estas mismas máximas con tal artificio, con tales adornos y con colores y luces tan proporcionadas a la corta vista del vulgo, que no hallando éste razón para negarse a ellas, es preciso que se dé a partido y se deje vencer de su persuasión. Las severas máximas de la filosofía, no sólo no adornan la verdad ni persuade la virtud que enseñan, sino que antes parece que ahuyentan a los hombres de ellas, por la austeridad y entereza que ostenta; pero la poesía persuade con increíble fuerza aquello mismo que enseña. La filosofía, en fin, habla al entendimiento, la poesía, al corazón, en cuyo interior alcázar, introduciendo disfrazadas las máximas filosóficas, se enseñorea de él como por interpresa y logra con estratagema lo que otras ciencias no pueden lograr con guerra abierta.

Ésta es la utilidad principal de la poesía, a la cual se puede añadir la que resulta de la misma, considerada como recreo y entretenimiento honesto, en cuya consideración hace grandes ventajas a todas las demás diversiones, pues la poesía, finalmente, aunque carezca de toda otra utilidad, tiene por lo menos la de enseñar discreción, elocuencia y elegancia. [LUZÁN, *Poética* (1737), libro segundo, cap. 1.º.]

Las obras del XVIII tienen, casi todas, un tipo pedante y paternal; con ellas se intenta explicar siempre algo. Los escritores de entonces han llegado a la conclusión de que están en posesión de la verdad a la que han llegado por la reflexión y la filosofía. Esto de la filosofía es un concepto más amplio que el de hoy, abarcando desde la psicología y la filantropía. Cuando se describe una poesía se intenta aclararla con un consejo. Por eso, en la época de las fábulas, que combinan lo útil y lo agradable, tomados de Esopo a través de La Fontaine, dice Samaniego:

EL CUERVO Y EL ZORRO

En la rama de un árbol,
bien ufano y contento,
con un queso en el pico,
estaba el señor Cuervo.
Del olor atraído
un Zorro muy maestro,
le dijo estas palabras,
o poco más o menos:
«Tenga usted buenos días,
señor Cuervo, mi dueño;
vaya que estáis donoso,
mono, lindo en extremo;
yo no gasto lisonjas,
y digo lo que siento;
que si a tu bella traza
corresponde el gorjeo,
juro a la diosa Ceres,
siendo testigo el cielo,
que tú serás el fénix
de sus vastos imperios.»
Al oír un discurso
tan dulce y halagüeño,
de vanidad llevado,
quiso cantar el Cuervo.
Abrió su negro pico,
dejó caer el queso;
el muy astuto Zorro,
después de haberle preso,
le dijo: «Señor bobo,
pues sin otro alimento,
quedáis con alabanzas
tan hinchado y repleto,
digerid las lisonjas
mientras yo como el queso.»
Quien oye aduladores,
nunca espere otro premio.

A veces el poeta aconseja a la muchacha que sale al bosque en busca de «honesto esparcimiento». Para que de verdad sea honesto, el mentor le explica las primeras impresiones que sentirá al despertar sus sentimientos por un galán poniéndola así en guardia.

su vista te alegra
y si en ti por dicha
sus miradas tiernas
amorosa fija,
tu naciente seno
sin cesar se agita;
dile que le quieres,
no seas tan niña

Pero, ¡ah!, hay que tener cierto cuidado. Porque ese galán digno de amor puede ser también un aprovechado que intenta conseguir algo más que el corazón de la muchacha. Nada menos que «la flor de Citerea» (así se alude pudorosamente a la virginidad)...

...La flor de Citerea
la más exquisita,
pediráte luego
con instancias vivas;
dársela no debes,
si tu bien estimas;
y, aunque niña seas
¡no seas tan niña!

Esos ramplones versos de Pablo de Jérica (BAE. t. 67-719) son típicos de la producción dieciochesca que en cien años no dio un solo poeta de categoría. Parecía que, tras la impresionante floración del XVII, el país había quedado exhausto para ese mester. La obligación del buen gusto, no exagerar, no forzar las metáforas, eran los consejos más propicios para que jamás surgiera el poeta o que el que lo tuviera dentro lo ahogara.

En el teatro ocurre lo mismo. Los sentimientos tienen que ser razonables —que es algo así como decir que no sean sentimientos. En *El sí de las niñas,* Moratín establece el clarísimo criterio. Un hombre mayor, don Diego, que se enamora de una muchacha, Paquita, a la que su madre está dispuesta a casar, muy a su disgusto. Un sobrino, Carlos, que se prenda de ella y es correspondido pero que jamás se atreverá a obstaculizar el camino de su tío y señor porque este siglo, además del de la Razón es el del Despotismo ilustrado, y los mayores saben muy bien lo que conviene a los menores, sean éstos hijos o súbditos. Por fin, el descubrimiento y la concesión del viejo. Razonablemente abandona su presa.

...ESCENA IV

DON DIEGO. ¿Y a quién debo culpar? *(Apoyándose en el respaldo de una silla.)* ¿Es ella la delincuente, o su madre, o sus tías, o yo? ¿Sobre quién... sobre quién ha de caer esa cólera, que por más que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable a mis ojos...! ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué felicidades me prometía!... ¡Cielos!... ¿Yo? ¡En qué edad tengo celos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignación, estos deseos de venganza, ¿de qué provienen? ¿cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... *(Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de* DOÑA FRANCISCA, *se retira a un extremo del teatro.)* Sí.

...Escena XIII

La madre indignada ante la noticia que estropea la boda quiere pegarla.

(Sale don Carlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo a doña Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.)

Don Carlos. Eso no. Delante de mí nadie ha de ofenderla.

Doña Francisca. ¡Carlos!

Don Carlos. *(A don Diego.)* Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

Doña Irene. ¿Qué es lo que me sucede? ¡Dios mío! ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son éstas?... ¡Qué escándalo!

Don Diego. Aquí no hay escándalo. Ése es de quien su hija está enamorada. Separarlos y matarlos, viene a ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza a tu mujer.

(Se abrazan don Carlos y doña Francisca, y después se arrodillan a los pies de don Diego.)

Doña Irene. ¿Conque su sobrino de usted?

Don Diego. Sí, señora, mi sobrino, que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

Doña Francisca. ¿Conque usted nos perdona y nos hace felices?

Don Diego. Sí, prendas de mi alma... Sí.

(Los hace levantar con expresión de ternura.)

Doña Irene. ¿Y es posible que usted se determine a hacer un sacrificio?...

Don Diego. Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesión de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... ¡Paquita! ¡Qué dolorosa impresión me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

Don Carlos. *(Besándole las manos.)* Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar a consolar a usted en tanta pérdida...

Doña Irene. ¡Conque el bueno de don Carlos! Vaya que...

Don Diego. Él y su hija de usted estaban locos de amor, mientras que usted y las tías fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de autoridad, de la opresión que la juventud padece, éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto es lo que se debe: fiar en El sí de las niñas... Por una casuali-

dad he sabido a tiempo el error en que estaba. ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE. En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle. *(Abrazando a* DON CARLOS. DOÑA FRANCISCA *se arrodilla y besa la mano a su madre.)* Hija, Franciscquita. ¡Vaya! Buena elección has tenido... Cierto que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA. Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... señorita, un millón de besos. *(Se besan doña* FRANCISCA *y* RITA.*)*

DOÑA FRANCISCA. Pero, ¿ves qué alegría tan grande?... ¡Y tú, como me quieres tanto!... Siempre, siempre serás mi amiga.

DON DIEGO. Paquita hermosa *(abraza a* DOÑA FRANCISCA*)*, recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba a mi vejez... Vosotros *(asiendo de las manos a doña* FRANCISCA *y a don* CARLOS*)* seréis la delicia de mi corazón; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquél... no hay remedio, aquél es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: a mí debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

DON CARLOS. ¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO. Hijos, bendita sea la de Dios.

Así eran de razonables... y aburridas las obras del tiempo. No en vano la gente inculta y populachera seguía yendo a ver las obras de corte antiguo donde pasaban mil extravagancias pero que eran mucho más divertidas, con gran indignación de los Moratines y de su mundo. Como decía muy resentido, aunque queriendo ser gracioso, al describirlas en otra pieza:

DOÑA AGUSTINA. Figúrese usted una comedia heroica como ésta con más de nueve lances que tiene. Un desafío a caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una función de máscara, un incendio de la ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado; figúrese si esto ha de gustar precisamente.

DON SERAPIO. Toma si gustará.

DON HERMÓGENES. Aturdirá.

DON SERAPIO. Se desplomará Madrid por ir a verla.

DOÑA MARIQUITA. Y a mí me parece que unas comedias así debían representarse en la plaza de toros. [*La comedia nueva o el café.*]

...y lo peor es que de verdad iba la gente, que según los ilustrados, estaba equivocada. Así juzgaban los escritores del tiempo a sus antecesores en el Teatro:

Por ejemplo Nicolás Fernández de Moratín decía de Calderón:

> El profundo Calderón, quien con la inmensa fantasía que pródigamente le dio naturaleza, amontonó tantos lances en sus comedias, que hay alguna que de cada acto o jornada se pudiera componer otra muy buena; y el vulgo embelesado en aquel laberinto de enredos, se está con la boca abierta, hasta que al fin de la comedia, salen absortos, sin poder repetir toda la sustancia de ella. Pero los hombres de juicio que saben que la comedia se hizo para corregir las malas costumbres y que no podemos cumplirlo sin entenderlo, conocen que es inverosímil, superflua aquella redundancia, la cual es originada de la libertad que se toman en que dure la acción lo que ellos quieren, pues si la redujeran a los límites del arte, no pudieran en tan poco tiempo desatar tantos enredos; y si alguno lo conseguía tropezaba con la inverosimilitud, porque es imposible, o al menos muy extraño, que en un día y en un paraje le sucedan a un hombre tantos acasos. [Disertación que precede a *La petimetra,* comedia nueva... don NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Madrid, 1762. Rivadeneyra, 7-XLVII.]

Y así definía su hijo Leandro F. de Moratín a Lope de Vega:

> Son fábulas sin objeto moral ni oportunidad, ni expresión de caracteres, ni enredo verosímil, confundidas en episodios inconexos, ataviadas con la brillante pompa de imágenes y metáforas atrevidas, conceptos falsos; doctrina pedantesca y enigmática, retruécanos, equívocos, glosas, descripciones, bajeza tabernaria, sublimidad épica, elegancia lírica, fáciles, sonoros versos, suplen la falta de otros mejores. [*Obras póstumas de don Leandro F. de Moratín.* Madrid, Rivadeneyra, t. I., página 156, 1867.]

El XVIII es el siglo francés. La nación vecina, que habrá visto a temas y autores españoles, dictando su teatro (De Guillén de Castro y las «Mocedades del Cid» nace el *Cid* de Corneille), toma su desquite.

La influencia francesa lo invade todo. De vez en cuando un intelectual como José Cadalso se ofende e intenta, con las armas de la sátira, acabar con ello. Éstos son los consejos a un petimetre (= «petit maître»).

Primero, no sepáis una palabra de España; y es tanta vuestra desgracia que sepáis algo, olvidadlo, por amor de Dios, luego que toquéis la falda de los Pirineos.

Segundo, id como bala salida del cañón, desde Bayona a París y luego que lleguéis, juntad un consejo de peluqueros, sastres, bañadores, etc., y con justa docilidad entregaos en sus manos, para que os pulan, labren, acicalen, compongan y hagan hombres de una vez.

Tercero, luego que estéis bien pulidos y hechos hombres nuevos, presentaos en los paseos, teatros y otros parajes, afectando un aire francés, que os caerá perfectamente.

Cuarto, después que os hartéis de París, París se harte de vosotros, lo que creo más inmediato, idos a Londres. A vuestra llegada os aconsejo dejéis todo el exterior contraído en París, porque os podrá costar caro el afectar mucho galicanismo. En Londres os entregaréis a todo género de libertad, y volved al continente para correr la posta por Alemania e Italia.

Quinto, volveréis a entrar en España con algún extraño vestido, peinado, tonillo y gesto; pero sobre todo haciendo tantos ascos y gestos como si entrarais en un bosque o desierto. Preguntad cómo se llama el pan y agua en castellano, y no habléis de cosa alguna de las que Dios crió de este lado de los Pirineos por acá. De vinos, alabad los del Rin; de caballos, los de Dinamarca; y así de los demás renglones, y seréis hombres maravillosos, estupendos, admirables y dignos de haber nacido en otro clima.

Esto en lo personal. En cuanto a gustos literarios...

Con igual discernimiento escogeréis entre literatura y la extranjera. Si, como es más natural, escogéis todo lo extranjero y desheredáis lo patriota, comprad cuatro libros franceses que hablen de nosotros peor que de los negros de Angola; arrojad rayos, truenos, centellas y granizo, y aun haced caer lluvias de sangre sobre todas las obras cuyos autores hayan tenido la grande y nunca bastantemente llorada desgracia de ser paisanos de los Sénecas, Quintilianos, Marciales, etc. [*El erudito a la violeta,* BAE, t. 61-262.]

El intelectual es generalmente afrancesado y Cadalso es una excepción que encuentra su mejor auxiliar en un autor teatral de gran popularidad. Ramón de la Cruz dedicará gran parte de sus obras a burlarse de las modas extranjeras y a reivindicar la bondad de las nacionales. Para Ramón de la Cruz la influencia francesa ataca lo más sólido y autén-

tico de nuestras tradiciones: Por ejemplo, el sentido del honor, tan caro a los hombres del XVII:

...ya nadie al vernos se espanta,
pues yace oculto de miedo
el duelo o la patarata
de aquel honor, que fundaron
en ser las doncellas castas,
muy religiosas las viudas,
recogidas las casadas,
los ancianos venerables,
los niños de cera blanda,
los hombres ingenuos
y muy hombres de su palabra.
Que porque me dijo «mientes»...
porque se sopló la dama...
u otras tales bagatelas,
¿he de andar a cuchilladas?
¡Hubo entre nuestros antiguos
gentiles extravagancias!

[*El Petimetre.*]

Igualmente se ataca a la nueva decoración, que hace olvidar a los artistas españoles de calidad para seguir huellas francesas

...Ya le amanece el buen gusto
en el mueblaje; las casas
se adornan de cornucopias,
en vez de petos y lanzas,
y ya ven los españoles
que el papel y las indianas
para vestir las paredes
les hacen muchas ventajas
a los cuadros de Velázquez,
Cano, Ribera, que llaman
El Españoleto, y otros
pintorcillos de esta laya

[*El Petimetre.*]

Pero la mayoría de críticas se hacen contra la forma de hablar. Las traducciones continuas y los viajes a París, aportan al español una serie

de expresiones que se ponen de moda entre las clases elevadas y que irritan a los escritores nacionalistas. Como al padre Isla:

Otros defectos tienen no crecidos,
mas serán unos bestias sus maridos
si los sufren y callan;
pues cuando piensan se hallan
con mujer andaluza o castellana,
sin sentir, de la noche a la mañana,
se les volvió francesa,
por cuanto dicen que la moda es ésa.
Amaneció contenta con su doña,
y acostóse Madame de Borgoña,
pues aunque su apellido es de Velasco,
comenzó a causarle asco,
cuando supo que en Francia las casadas
están acostumbradas
a dejar para siempre su apellido,
por casarse aún así con el marido;
y suelen ser más fieles con el nombre
las que menos lo son con el buen hombre.
...Una mujer de manto
no ha de llamar al Papa, Padre Santo
porque, cuadre o no cuadre,
es más francés llamarle Santo Padre.
...Llamarle a un pisaverde, pisaverde,
no hay mujer que de tal nombre se acuerde;
petimetre es mejor y más usado,
«Ya hice mis devociones»,
por «ya cumplí con ellas», ¡qué expresiones
tan cultas y elegantes!
o por lo menos más afrancesado.
Y no decir, como decían antes,
«ya recé», frase baja, voz casera
sufrible sólo en una cocinera.

[*Fray Gerundio*, IV-10.]

Ramón de la Cruz destacará en tipo de letra distinto en la edición de sus obras, galicismos típicos.

CRÍTICO
Y bien Madama, *esta noche,*
¿cómo sale usted del fuego?
CRÍTICA
He venido a perder nueve
pesetas que hice de resto

CRÍTICO
Pues tuvo usted con don Pedro
una mano remarcable.

[*El hospital de la moda.*]

Las letras españolas sufrieron, efectivamente, una invasión de galicismos que provocó en el siglo siguiente, y aun en el nuestro, una campaña de gran dureza para desalojarlas de nuestra conversación y libros. Ocurrió, sin embargo, que en muchos casos se dieron por palabras exóticas, formas verbales que llevan siglos en España. Así se eliminaron «finanzas» «suceso», «quitar» (por dejar), «defender» en el sentido de prohibir, que aparecen en textos españoles desde el Medievo. («Defender» está en el testamento de Isabel la Católica, «quitar» en el Poema del Cid, «suceso» y «finanza» son utilizados por Quevedo... etc.)

EL ROMANTICISMO O LA EXALTACIÓN

En términos generales los románticos se oponen a los clasicistas en todos y cada uno de sus terrenos.

A la Razón, sustituye la Pasión. A la sensibilidad, el sentimiento. Al orden político y social (recordemos a Goethe, «prefiero la injusticia al desorden»), la Violencia, la libertad social y la libertad política. Los héroes griegos y romanos son cambiados por los cristianos, especialmente medievales. Héctor por el Cid, por ejemplo. Igualmente la mitología deja paso a la Religión católica aunque, en muchos casos, haya más estética que creencia en el cambio. Lo artificial, desde la peluca del hombre al jardín cuidado, deja paso a lo natural y por ello «vale» la melena y el bosque inculto. El día, el sol, se cantan menos que la noche, la penumbra. La brisa es ya un vendaval. Filis, Cloris, Amarilis, tienen ahora nombres castizos españoles.

En lo estilístico, la métrica fija desaparece surgiendo la libertad de metros y las unidades aristotélicas en el teatro rompen su cerrojo. Las obras románticas cambiarán de lugar cuando les plazca; durará la acción el tiempo que el autor estime conveniente y habrá en la obra argumentos entrelazados, si así lo requiere la inspiración del autor.

Fue, efectivamente, una gran revolución de las letras españolas. Empezó con cambiar al tipo humano.

EL ROMANTICO, ESE HIPPY DEL XIX

En el siglo XVIII el clasicismo representaba una figura humana. Los petimetres seguían la moda francesa, pero sólo la aparente, la externa. Un petimetre podía ir a la última de París, pero ignorar al arte de Boileau.

El romántico, en cambio, se viste por fuera y por dentro con el nuevo uniforme. Empieza por aborrecer el falso estilo de la peluca para dejar hablar a la naturaleza en su peinado

> ...descolgábanse en entrambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado que, formando un doble bucle convexo, se introducían por bajo de las orejas, haciendo desaparecer éstas de la vista del espectador; las patillas, las barbas y el bigote, formando una continuación de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear las mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de un mirar sombrío; una frente triangular y fatídica...

Está Mesonero Romanos describiendo a su sobrino en *Memorias de un setentón.* Como se ve, las características del joven se parecen mucho a las que hoy denominamos como «hippy». El primer desafío a la sociedad que le rodea es vestir y peinar de una forma distinta, más natural, menos forzada por reglas y normas.

> Me declaró rotundamente su resolución contraria a seguir ninguna de las carreras que le propuse...

El héroe de Mesonero no acepta caminos establecidos por la sociedad; quiere nuevas perspectivas. Pero, en general, la ruta que elige es la literaria y, dentro de la literatura, quiere la misma libertad que en su indumentaria. La lógica, dice Gil y Carrasco debe aceptarse pero

> no la lógica de las reglas, insuficientes y mezquinas... sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración; y del romanticismo aceptamos todo el vuelo de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones. [*Semanario Pintoresco.*]

En pocos años la revolución literaria se ha consumado. Y en este caso no habrá, como en el XVIII, un divorcio entre lo que la élite creía bello y lo que la masa admitía. En el caso romántico, el público seguirá con pasión lo que poetas y dramaturgos de fama, escriban o representen. Más todavía. El escritor, especialmente el poeta, obtendrá en la sociedad un puesto que no había tenido antes ni tendrá después. Será el mimado de las damas, se le pedirán versos para el «álbum» que ocupa puesto de honor entre las posesiones de la señora de la casa donde es regularmente invitado.

He aquí a los románticos enfrentados con los grandes temas de sus obras:

LA REBELIÓN

El romántico es, como primera providencia, un rebelde. Lo que constituye la sociedad que ha heredado de sus padres le parece absolutamente despreciable. De la misma forma que los inconformistas de hoy, buscarán, en su lucha contra el *establishment*, la forma de encontrarse a sí mismo.

La rebelión contra el orden establecido puede ser política o social. En el primer caso tenderá, lógicamente, a ser lo que hoy llamaríamos izquierdista, en pugna con el elemento conservador. La inmensa mayoría de escritores románticos han cantado este movimiento de protesta en su juventud aunque luego la edad y la seguridad social y económica cambiara —o al menos entibiara— su actitud. Es el caso del Duque de Rivas, entre otros.

Pero no el de José de Espronceda, entregado toda su vida a la misma causa social. El «pueblo» es el protagonista de todos los hechos gloriosos; el «tirano» lo es de todas las desgracias. Cuando recuerda la gesta del «dos de mayo» no piensa, como otros poetas, en un movimiento nacional contra Napoleón sino en una lucha en que el pobre lu-

chó heroicamente mientras los ricos y aristócratas se asustaban y vendían al francés.

¡Oh es el pueblo! Es el pueblo, cual las olas
del hondo mar alborotado braman,
las esplendentes glorias españolas
su antigua prez, su independencia clama.

.....

Y vosotros, ¿qué hicisteis entretanto,
los del espíritu flaco y alta cuna?
Derramar con hembras débil llanto,
o adular bajamente a la fortuna.
Buscar, tras la extranjera bayoneta,
seguro a vuestras vidas y muralla
y, siervos viles, a la plebe inquieta
en baja lengua apellidar canalla.
¡Canallas, sí los que en la lid alarde
hicieron de su infame villanía
disfrazando su espíritu cobarde,
con la sana razón segura y fría!
Oh la canalla, la canalla en tanto
arrojó el grito de venganza y guerra,
y arrebatada en su entusiasmo santo
quebrantó las cadenas de la tierra.

[JOSÉ DE ESPRONCEDA. *Al dos de mayo. Poesías.*]

Durante el gobierno absolutista de Fernando VII, Espronceda, refugiado en el extranjero, lo combatirá con la pluma e intentos de invasión. Uno de los episodios de esta lucha, la fracasada expedición de Torrijos al sur de España, permitirá un dolorido soneto.

Helos allí: junto a la mar bravía
cadáveres están, ¡ay!, los que fueron
honra del libre, y con su muerte dieron
almas al cielo, a España nombradía.

Ansia de patria y libertad henchía
sus nobles pechos que jamás temieron,
y las costas de Málaga los vieron
cual sol de gloria en desdichado día.

Españoles llorad; mas vuestro llanto
lágrimas de dolor y sangre sean,
sangre que ahogue a siervos y opresores,

y los viles tiranos, con espanto,
siempre delante amenazando vean
alzarse sus espectros vengadores.

[JOSÉ DE ESPRONCEDA, *A la muerte de Torrijos y sus compañeros.*

Cambian los tiempos pero no las ideas de Espronceda, siempre lo más a la izquierda posible dentro de un cierto respeto a la monarquía; su último ídolo será el «progresista» Espartero. En *El diablo mundo*, publicado en 1840, su condena de las clases conservadoras es terminante. Hay pinceladas goyescas en la forma en que describe un mundo caduco que se esfuerza inútilmente en detener a las nuevas fuerzas sociales.

Llega la multitud formando cola
al sitio en que se alzaba Mariblanca,
y la nueva falta de que tremola
ya su pendón, y que asomó su zanca
el espantoso monstruo que atortola
al más audaz ministro, y lo abarranca,
el Bu de los gobiernos, la anarquía,
llegó aterrando a la secretaría.

Órdenes dan que apresten los cañones,
salgan patrullas, dóblense los puestos,
no se permitan públicas reuniones,
pesquisas ejecútense y arrestos,
queden prohibidas tales expresiones,
obsérvense los trajes y los gestos
de los enmascarados anarquistas,
y de sus nombres que se formen listas.

Que luego a son de guerra se publique
la ley marcial, y a todo ciudadano,
cuyo carácter no lo justifique,
luego por criminal que le echen mano;
que a vigilar la autoridad se aplique
la mansión del Congreso soberano,
y bajo pena y pérdida de empleos,
sobre todo la Casa de Correos.

.....

¡Oh imbécil, necia y arraigada en vicios
turba de viejas que ha mandado y manda!
Ruinas soñar os hace y precipicios
vuestra codicia vil que así os demanda:
¿Pensáis tal vez que los robustos quicios
del mundo saltarán si aprisa anda,
porque son torpes vuestros pasos viles
tropel asustadizo de reptiles?

¿Qué vasto plan? ¿Qué noble pensamiento
vuestra mente raquítica ha engendrado?
¿Qué altivo y generoso sentimiento
en ese corazón respuesta ha hallado?
¿Cuál de esperanza vigoroso acento
vuestra podrida boda ha pronunciado?
¿Qué noble porvenir promete al mundo
vuestro sistema de gobierno inmundo?

Pasad, pasad como funesta plaga,
gusanos que roéis nuestra semilla,
vuestra letal respiración apaga,
la luz del entusiasmo apenas brilla:
pasad, huid, que vuestro tacto estraga
cuanto toca y corrompe y lo amancilla;
sólo nos podéis dar, canalla odiosa,
miseria y hambre y mezquindad y prosa.

Basta, silencio, hipócritas parleros,
turba de charlatanes eruditos,
tan cortos en hazañas y rastreros
como en palabras vanas infinitos:
ministros de escribientes y porteros,
de la nación eternos parásitos:
basta, que el corazón airado salta,
la lengua calla y la paciencia falta.

[JOSÉ DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo.*]

Mariano José de Larra, «Fígaro», está de acuerdo en los males que aquejan a una sociedad evidentemente clasista y, por tanto, injusta. Al no ser representación de todo el país, las medidas que toma se basan más que en la ética que en la defensa de los intereses de unos pocos. Larra, aprovechando el caso auténtico de un vendedor callejero condenado a muerte por haber matado a un hombre, hace hablar así a la sociedad:

—Mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta a aquéllos a quienes no alcanzan con la protección. Ellas renuncian a amparar pero no a vengar: lo bueno de ellas, baratero, es para mí; lo malo para ti; porque yo tengo jueces para ti y tú no los tienes para mí; yo tengo alguaciles para ti y tú no los tienes para mí; yo tengo, en fin, cárceles y tengo un verdugo para ti y tú no lo tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo que, solos, fueron de él ocasión.

BARATERO. ¿Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí? Ignoro si mi vida es mía; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mía y por la religión no puedo disponer de ella; pero si no es mía siquiera, ¿cómo será tuya?

(Contesta la sociedad.) ...Algún día, baratero, tendrás razón, pero, por el pronto, te ahorcaré porque no es llegado ese día en que tendrás razón y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdicción; en el día, la sociedad a que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente... ya que no pudiste aguardar a batirte a que yo derogase mi ley, debiste de aguardar por lo menos a ser opulento, o siquiera caballero, o aprender en tanto a eludir mi ley.

—¿Y la igualdad ante la ley, sociedad?

—Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad y entre en mi composición el cuerpo popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo pero soy un cuerpo truncado; ¿no ves que no tengo sino cabeza, que es la nobleza y brazos que es la curia y una espada ceñida que es mi fuerza militar? Pero, ¿no ves que me falta la base del cuerpo que es el pueblo? ¿No ves que ando sobre él en vez de andar con él?

(El baratero proclama su desafío.) ...¡Mi día llegará, oh falsa sociedad, oh sociedad incompleta y usurpadora! Y llegará pronto por tu culpa porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle aprendan a leer. [MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Los barateros o el desafío y la pena de muerte, El Español.*]

Esa sociedad injusta convierte en héroe a quien la desafía, sin preocuparse de convencionalismos ni de barreras religiosas o sociales. Nace el gran rebelde que obedece sólo a sus instintos y encuentra un placer en el mismo hecho de negarse a la disciplina social. El tipo es descrito con evidente simpatía, tanto por poetas declaradamente revolucionarios como Espronceda, como por los conservadores y tradicionalistas como Zorrilla.

En el caso de Espronceda el protagonista se llama Félix de Monte-

mar, al que no preocupa ser descortés, temerario, impío, cuando sigue a una desconocida, y a pesar de las advertencias de ésta.

Lo mismo ocurre con don Juan Tenorio y con don Luis Mejía. Sus aventuras son contadas en un tono admirativo. Los engaños a las mujeres tienen gracia, la burla a los sacerdotes resulta cómico. Hablará primero don Juan.

...Nápoles, rico vergel
de amor, de placer emporio,
vio en mí segundo cartel:
«Aquí está don Juan Tenorio,
y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
a la que pesca en ruin barca,
no hay hembra a quien no suscri-
[ba,
y a cualquiera empresa abarca
si en oro o valor estriba.
Búsquenle los reñidores;
cérquenle los jugadores;
quien se precie, que le ataje;
a ver si hay quien le aventaje
en juego, en lid o en amores.»
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
Nápoles, no hay lance extraño,
no hubo escándalo ni engaño
en que no me hallara yo.
Por dondequiera que fui,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé
y a las mujeres vendí.
Yo a las cabañas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.
Ni reconocí sagrado,
ni hubo razón ni lugar
por mi audacia respetado;
ni en distinguir me he parado
al clérigo del seglar.
A quien quise provoqué,
con quien quise me batí,
y nunca consideré,
que pudo matarme a mí
aquel a quien yo maté.
A esto don Juan se arrojó,
y escrito en este papel
está cuanto consiguió;
y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él.

[JOSÉ ZORRILLA. *Don Juan Tenorio*, acto I.]

Don Luis Mejía le da la réplica usando los mismos conceptos como resumen de su rebeldía. En favor del instinto puede y debe atropellarse la moral, la justicia, la razón en suma.

...Y en Flandes conmigo di,
mas con tan negra fortuna,
que al mes de encontrarme allí
todo mi caudal perdí,
dobla a dobla, una por una.
En tal total carestía
mirándome de dineros
de mí todo el mundo huía,
mas yo busqué compañía
y me uní a unos bandoleros.
Lo hicimos bien, ¡voto a tal!
y fuimos tan adelante,
con suerte tan colosal,
que entramos a saco en Gante
el palacio episcopal.
¡Qué noche! Por el decoro
de la Pascua, el buen obispo
bajó a presidir el coro,

y aún de alegría me crispo
al recordar su tesoro.
Todo cayó en poder nuestro;
mas mi capitán, avaro,
puso mi parte en secuestro;
reñimos, fui yo más diestro,
y le crucé sin reparo.
Juróme al punto la gente
capitán, por más valiente;
juréles yo amistad franca;
pero a la noche siguiente
huí y les dejé sin blanca.
Yo me acordé del refrán
de que «quien roba al ladrón
ha cien años de perdón»
y me arrojé a tal desmán
mirando a mi salvación.
Pasé a Alemania, opulento,
mas un Provincial Jerónimo,
hombre de mucho talento,
me conoció, y al momento
me delató en un anónimo.
Compré a fuerza de dinero
la libertad y el papel,
y topando en un sendero
al fraile, le envié certero
una bala envuelta en él.
Salté a Francia. ¡Buen país!
Y como en Nápoles vos,
puse un cartel en París
diciendo: «Aquí hay un don Luis
que vale lo menos dos.
Parará aquí algunos meses,
y no trae más intereses
ni se aviene a más empresas,
que adorar a las francesas
y reñir con los franceses.»
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
París, no hubo lance extraño
ni hubo escándalo ni daño
donde no me hallara yo.
...Y cual vos, por donde fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé
y a las mujeres vendí.
Mi hacienda llevo perdida
tres veces; mas se me antoja
reponerla, y me convida
mi boda comprometida
con doña Ana de Pantoja.
Mujer muy rica me dan
y mañana hay que cumplir
los tratos que hechos están;
lo que os advierto, don Juan,
por si queréis asistir.

[JOSÉ ZORRILLA, *Don Juan Tenorio*, acto I.]

Otro rebelde, el pirata, desafía la ley protegido por el amplio mar bravío, «a quien nadie puso leyes». La posible derrota, el castigo de la sociedad a la que desprecia por mezquina, no preocupa a quien se jugó el todo por el todo «cuando el yugo del esclavo — como un bravo sacudí»:

...Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra:
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.
Y no hay playa,
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho,
y dé pecho
a mi valor

Que es mi barco mi tesoro...

A la voz de «¡Barco viene!»
es de ver
cómo vira y se previene
a todo trapo a escapar;
que yo soy el rey del mar
y mi furia es de temer.
En las presas,
yo divido
lo cogido
por igual;
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río;
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena
colgaré de alguna entena,
quizá en su propio navío.
Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo,
sacudí.

...Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad;
mi ley, la fuerza y el viento;
mi única patria, la mar.

[JOSÉ DE ESPRONCEDA, *Canción del pirata.*]

Que es mi barco mi tesoro...

Con menos violencia pero igual dramatismo, Espronceda cantará a otra víctima de la organización social: el mendigo. Su repulsivo aspecto basta a enturbiar la alegría y la belleza de quienes no gustan de recordar que, en el mundo, hay también desgraciados. Y la generosa reacción es su medio de vida.

Mal revuelto y andrajoso,
entre harapos
del lujo sátira soy,
y con mi aspecto asqueroso
me vengo del poderoso
y adonde va, tras él voy.

Y a la hermosa que respira
cien perfumes,
gala, amor,
la persigo
hasta que mira,
y me gozo
cuando aspira
mi punzante
mal olor.
Y las fiestas
y el contento
con mi acento
turbo yo,
y en la bulla
y la alegría
interrumpen
la armonía
mis harapos
y mi voz.

Mostrando cuán cerca habitan
el gozo y el padecer,
que no hay placer sin lágrima, ni
[*pena*
que no transpire en medio del
[*placer.*
Y para mí no hay mañana
ni hay ayer.

Mío es el mundo, como el aire *una limosna por amor de Dios.*
[libre,
otros trabajan por que coma yo; [JOSÉ DE ESPRONCEDA,
todos se ablandan si doliente pido *El mendigo.*]

Idéntica comprensión muestra el poeta ante la víctima femenina de esa misma injusticia social: la prostituta.

Tu desdicha en tus quejas adivino:
¿y habrá de ser eterno tu dolor?
¿Qué poderosa mano a ese destino
para siempre, Salada, te amarró?

[JOSÉ DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo.*]

EL PAISAJE

«Los románticos —dice una publicación del tiempo— prefieren una selva virgen del Nuevo Mundo con todo su desorden, su aspereza y su imponente majestuosidad, con sus cataratas, despeñaderos y ríos tormentosos, llenos de caimanes, a un parque con las calles tiradas a cordel y tapizadas de blanca y menuda arena, con los árboles peinados y recortados según el capricho del jardinero, y los piélagos artificiales de agua espesa y verdosa en que sólo nadan peces de colores, sapos y sanguijuelas.» (De *El Artista.*)

El paisaje estático: Color. El escritor romántico tiene en la mano una paleta cuando se trata de describir el paisaje. Su descripción puntúa uno a uno los matices cromáticos y le encanta que éstos sean fuertes, intensos, violentos, que hieran los ojos como los olores el olfato. Puede ser el amanecer...

La escena que le ofrecía la naturaleza era, en aquellos momentos, bellísima. Al frente y a lo lejos se descubrían las almenas de Torre Gutiérrez, doradas de sol naciente; a un lado y otro brillaba el rocío de las rubias espigas que ondeaban mansamente al soplo del céfiro de la mañana, mientras en los oteros que ciñen aquel camino se veían colgar abundantes racimos entre los verdes pámpanos de la viña aún destilando el agua de la pasada lluvia, en cuyas argentadas gotas, que temblaban al viento quebrando al sol sus rayos, reflejaban mil iris de vario y transparente color.

Más allá se divisaba a lo lejos el verde oscuro de los elevados pinos, aún confusos entre la niebla que, levantándose poco entre visos y reverberos, parecía envolver misteriosa-

mente al bosque como para ocultar en él a los humanos ojos la mansión de las Sílfides y los aéreos Alcázares de las Hadas. [JOSÉ DE ESPRONCEDA, *Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar.*]

La belleza se hará mayor si la naturaleza se mezcla con la ruina. El abandono de los castillos medievales, la desamortización que obligó a muchos monjes a abandonar sus conventos, dejaron en España infinidad de lugares donde el poeta podía soñar entre la historia y la leyenda.

En la época a que nos referimos, los caballeros de la orden habían ya abandonado sus históricas fortalezas; pero aún quedaban en pie restos de los anchos torreones de sus muros; aún se veían, como en parte se ve hoy, cubiertos de hiedra y campanillas blancas, los macizos arcos de su claustro, las prolongadas galerías ojivales de sus patios de armas, en las que suspiraba el viento con un gemido, agitando las altas hierbas.

En las huertas y en los jardines, cuyos senderos no hollaban hacía muchos años las plantas de los religiosos, la vegetación, abandonada a sí misma, desplegaba todas sus galas, sin temor de que la mano del hombre la mutilase, creyendo embellecerla. [GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *El rayo de luna.* Leyendas.]

Paisaje dinámico. Amantes de la naturaleza en su libertad máxima, sin doblegarse al capricho del hombre, los románticos gustan de la tormenta en todas sus modalidades.

El viento zumbaba y hacía crujir las puertas, como si una mano poderosa pugnase por arrancarlas de sus quicios; la lluvia caía en turbiones azotando los vidrios de las ventanas y, de cuando en cuando, la luz de un relámpago iluminaba por un instante todo el horizonte que desde ellas se descubría. [GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *El miserere.* Leyendas.]

A veces los objetos adquieren movimiento, vida...

Las luces, como antorchas funerales,
lánguida luz y cárdena esparcían,
y en torno en movimientos desiguales

las sombras se alejaban o venían:
arcos aquí ruinosos, sepulcrales,
urnas allí y estatuas se veían,
rotas columnas, patios mal seguros,
yerbosos, tristes, húmedos, oscuros,
todo vago quimérico y sombrío,
edificio sin base ni cimiento
ondula cual fantástico navío
que anclado mueve borrascoso viento.

Cruzan tristes calles,
Plazas solitarias,
Arruinados muros,
.....
y otras calles, otras playas
reconoce y otra ciudad,
y ve fantásticas torres
de su eterno pedestal
arrancarse, y sus macizas
negras masas caminar,
apoyándose en sus ángulos
que en la tierra, en desigual,
perezoso tronco fijan:
.....
palacios, templos, se cambian
en campos de soledad,
y en un yermo y silencioso,
melancólico arenal
sin luz, sin aire, sin cielo
perdido en la inmensidad.
.....
La calle parece se mueve y camina,
faltarle la tierra sintió bajo el pie;
sus ojos la yerta mirada fascina
del cristo que intensa clavada está en él.

[JOSÉ DE ESPRONCEDA, *El estudiante de Salamanca.*]

La velocidad, fenómeno atractivo; lo que queda a los lados se confunde, se hace borroso —como en un sueño.

El corcel corría, corría sin detenerse, y árboles, rocas, castillos y aldeas pasaban a su lado como una exhalación. Nuevos y nuevos horizontes se abrían ante su vista; horizontes que se borraban para dejar lugar a otros más y más desconocidos. Valles angostos, erizados de colosales fragmentos de

granito que las tempestades habían arrancado de la cumbre de las montañas, alegres campiñas cubiertas de un tapiz de verdura y sembradas de blancos caseríos; desiertos sin límites, en donde hervían las arenas calcinadas por los rayos de un sol de fuego; vastas soledades, llanuras inmensas, regiones de eternas nieves, donde los gigantescos témpanos asemejaban, destacándose sobre un cielo gris y oscuro, blancos fantasmas que extendían sus brazos para asirlo por los cabellos al pasar: todo esto, y mil y mil otros casos que yo no podré deciros, vio en su fantástica carrera hasta tanto que envuelto en una niebla oscura, dejó de percibir el ruido que producían los cascos del caballo al herir la tierra. [GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Creed en Dios,* Leyendas.]

EL AMOR

«En sus amores —recuerda Juan Valera— debía aspirar el poeta a un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna; y, sin embargo, amaba a una mujer con delirio, imaginando ver en ella a la maga de sus sueños, a la paloma del diluvio, a la rosa de Jericó; mas al cabo debía palpar la realidad, conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle y menospreciarle, y llorar sus ilusiones perdidas, ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose a los pies de los altares y entonando plegarias a la Virgen y a Jesucristo.»

El ideal. Lo más importante de la mujer para el romántico son los ojos. En la línea de Lope de Vega se admira a menudo el color verde. En Bécquer ese color corresponde casi siempre a la mujer peligrosa.

> Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tales cuales ellos eran, luminosos, transparentes como gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano...
>
> ...Una mujer hermosa sobre toda ponderación. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto... Sí, porque los ojos de aquella mujer eran de un color imposible; unos ojos... ¡Verdes!
>
> Ella era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro. Uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo, como un rayo del sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una

joya de oro. [GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Los ojos verdes.* Leyendas.]

Los azules, en cambio, indican pureza y candor.

¿Cómo serán sus ojos?... Deben de ser azules y húmedos como el cielo de la noche; me gustan tanto los ojos de ese color; son tan expresivos, tan melancólicos, tan... Sí... no hay duda; azules deben de ser; azules son, seguramente. [GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *El rayo de luna,* Leyendas.]

Tu pupila es azul, y cuando ríes
su claridad suave me recuerda
el trémulo fulgor de la mañana
que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul, y cuando lloras
las transparentes lágrimas en ella
se me figuran gotas de rocío
sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y si en su fondo
como un punto de luz radia una idea,
me parece en el cielo de la tarde
¡una perdida estrella!

[GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Rima XIII.*]

¿Qué es poesía? —dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul—
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía... eres tú.

[GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Rima XXI.*]

Como resumen de la admiración física estalla el sentimiento. Es difícil decir en menos palabras lo que significa para el poeta Bécquer un encuentro.

Hoy la tierra y cielo me sonríen;
hoy llega al fondo de mi alma el sol,
hoy la he visto, la he visto y me ha mirado,
¡hoy creo en Dios!

[GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Rima XVII.*]

Pero el sueño, ¿puede hacerse realidad?

Bécquer a la hora de elegir no vacila. Quizás intuye que el único amor que no lleva en sí mismo la desilusión posterior es el que no existe físicamente. Tres mujeres se le ofrecen.

Yo soy ardiente, yo soy morena,
de ansia de goces mi alma está llena,
¿a mí me buscas? —No es a ti, no.

Mi frente es pálida; mis trenzas de oro;
puedo brindarte dichas sin fin;
yo de ternuras guardo un tesoro,

¿a mí me llamas? —No; no es a ti.

Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte —¡Oh, ven; ven tú!

[BÉCQUER, *Rima XI.*]

Con el espíritu o con el recuerdo, el amor está ahí presente en todos los días de nuestra vida.

¿Quieres saber lo que es el amor? Recógete dentro de ti misma y si es verdad que lo abrigas en tu alma, siéntelo y lo comprenderás, pero no me lo preguntes.

Yo sólo te podré decir de él que es la suprema ley del universo; ley misteriosa por la que todo se gobierna y rige, desde el átomo inanimado hasta la criatura racional; que de él parten y a él convergen, como a un centro de irresistible atracción, todas nuestras ideas y acciones; que está, aunque oculto, en el fondo de toda cosa y efecto de una primera causa: Dios; es, a su vez, origen de esos mil pensamientos desconocidos que todos ellos son poesía, poesía verdadera y espontánea que la mujer no sabe formular, pero que siente y comprende mejor que nadie. [MARIANO JOSÉ DE LARRA, *El doncel de don Enrique el Doliente.*]

Así nace y se desarrolla en los amantes más famosos de nuestra historia —los de Teruel—, paralelo a su vida natural.

Yo creo que al darme el ser
quiso formar el Señor
modelos de puro amor
un hombre y una mujer.

Y para hacer la igualdad
de sus afectos cumplida,
les dio un alma en dos partida
y dijo «Vivid y amad».

Al son de la voz creadora,
Isabel y yo existimos
y ambos los ojos abrimos
en un día y una hora.

Desde los años más tiernos,
nos amábamos sin vernos;
porque el amor principió
a enardecer nuestras almas
fuimos ya finos amantes;
desde que nos vimos... antes
al contacto de las palmas
de Dios cuando nos crió;
y así fue nuestro querer
prodigioso en niña y niño,
encarnación del cariño
anticipado al nacer.

[JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH, *Los amantes de Teruel*, acto I.]

El ser humano vive mientras está en pie la adorada, y, al desaparecer ella, su existencia no tiene razón de ser. Romeo y Julieta necesitaron del puñal y el veneno para terminar una vida ya sin objeto; a los amantes de Teruel les basta con «dejarse morir».

ISABEL
...No le mató la vengativa mora,
donde estuviera yo, ¿quién le tocara?
Mi desgraciado amor que fue su vida...
mi desgraciado amor es quien la mata.
Delirante le dije: «Te aborrezco»;
él creyó la sacrílega palabra
y expiró de dolor.
MARGARITA
¡Por todo el cielo!
ISABEL
El cielo que en la vida nos aparta,
nos unirá en la tumba.
...Mansilla
un lugar a su lado me señala.
...Mi bien perdona
mi despecho fatal. Yo te adoraba.
Tuya fui, tuya soy; en pos del tuyo
mi enamorado espíritu se lanza.

[JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH, *Los amantes de Teruel*, escena última.]

Y Larra, al hacer una entusiasta crítica de la obra, se indigna contra los posibles escépticos.

Y si oyese [el autor] el cargo vulgar de que el amor no mata a nadie, responda que las pasiones y las penas han llenado más cementerios que los médicos y necios, y aún será mejor que a ese cargo no responda, porque el que no lleva en su corazón la respuesta no comprende ninguna. [MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Crítica a «Los amantes de Teruel»*.]

Ese apasionamiento amoroso que muestra la poesía de la época no está demasiado alejada de la Vida diaria muy influida por el movimiento literario. Había, efectivamente, suicidios por amor, aunque en el caso de Larra, por ejemplo, la negativa de la antigua amante a reanudar las relaciones fuera sólo la última gota de un vaso muv colmado de tristeza. Los periódicos daban noticias como éstas

> Se ha suicidado en Sevilla el capitán... don José María González. A este extremo a que nos conducen las pasiones desenfrenadas y las ideas que sin estudiarlas las acogen los volcánicos cerebros, le condujo, según se asegura, la muerte de una interesante joven a quien amaba

Para muchos el romanticismo en su exageración era de influencia ultrapirenaica

> esos escritores franceses que ocultan bajo la sombra de sus poéticas ideas una exaltación y un idealismo delirante que, acogido irreflexivamente por una imaginación inexperta, produce fatales resultados; ellos han aumentado los prosélitos del suicidio [*La luna, periódico para el bello sexo.* Madrid 1848.]

En la escena de amor más popular del teatro español, los protagonistas oscilarán entre lo espiritual y lo material, entre el alma y la pasión carnal.

DON JUAN
Cálmate, pues, vida mía;
reposa aquí, y un momento
olvida de tu convento
la triste cárcel sombría.

¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,
que en esa apartada orilla
más pura la luna brilla
y se respira mejor?

Esa aura que vaga llena
de los sencillos olores
de las campesinas flores
que brota esa orilla amena;

esa agua limpia y serena,
que atraviesa sin temor
la barca del pescador
que espera cantando el día,
¿no es cierto, paloma mía
que están respirando amor?

Esa armonía que el viento
recoge entre esos millares
de floridos olivares,
que agita con manso aliento;
ese dulcísimo acento
con que trina el ruiseñor
de sus copas morador,
llamando al cercano día,
¿no es verdad, gacela mía,
que están respirando amor?

Y estas palabras que están
filtrando insensiblemente
tu corazón, ya pendiente
de los labios de don Juan,
y cuyas ideas van
inflamando en su interior
un fuego germinador
no encendido todavía,
¿no es verdad, estrella mía,
que están respirando amor?

Y esas dos líquidas perlas
que se desprenden tranquilas
de tus radiantes pupilas
convidándome a beberlas,
evaporarse a no verlas
de sí misma al calor,
y ese encendido color
que en tu semblante no había,
¿no es verdad, hermosa mía,
que están respirando amor?

¡Oh! Sí, bellísima Inés,
espejo y luz de mis ojos;
escucharme sin enojos
como lo haces, amor es;
mira aquí a tus plantas, pues,
todo el altivo rigor
de este corazón traidor
que rendirse no creía,
adorando, vida mía,
la esclavitud de tu amor.

DOÑA INÉS

Callad, por Dios, ¡oh!, don Juan,
que no podré resistir
mucho tiempo sin morir
tan nunca sentido afán.

¡Ah! Callad, por compasión,
que oyéndoos, me parece
que mi cerebro enloquece
y arde mi corazón.

¡Ah! Me habéis dado a beber
un filtro infernal, sin duda,
que a rendiros os ayuda
la virtud de la mujer.

Tal vez poseéis, don Juan,
un misterioso amuleto
que a vos me atrae en secreto
como irresistible imán.

Tal vez Satán puso en vos
su vista fascinadora,
su palabra seductora
y el amor que negó a Dios.

¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!,
sino caer en vuestros brazos,
si el corazón en pedazos
me vais robando de aquí?

No, don Juan, en poder mío
resistirte no está ya:
yo voy a ti, como va
sorbido al mar ese río.

Tu presencia me enajena;
tus palabras me alucinan,
y tus ojos me fascinan,
y tu aliento me envenena.

¡Don Juan! ¡Don Juan! Yo lo im-
[ploro
de tu hidalga compasión:
arráncame el corazón
o ámame porque te adoro.

[ZORRILLA, JOSÉ, *D. Juan Tenorio*, acto 4.º.]

Amores así no admiten obstáculos en su camino. La educación moral se olvida como se olvida la religiosa. El protagonista del cuento de Bécquer se enfrenta, incluso, con la posible condena eterna.

> —...¿Querrás que dé crédito a lo que de ti me han dicho? ¡Oh, no! Háblame. Yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer.
> —O un demonio... ¿Y si lo fuese?
> El joven vaciló un instante, un sudor frío corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y, fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebato de amor:
> —Si lo fueses... te amaría... te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más allá de ella. [GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Los ojos verdes*. Leyendas.]

Toda la tradición española de respeto a la Iglesia tiene poca importancia ante el amor desbocado. «Don Juan» rapta a una novicia, doña Inés, del convento. «El Trovador» quiere convencer a la monja Leonor para que huya con él.

> *No, Leonor; tus votos indiscretos*
> *no complacen a Dios; ellos le ultrajan.*
> *¿Por qué temes? Huyamos; nadie puede*
> *separarme de ti... ¿Tiemblas? ¿Vacilas?*
> *...¿Y tiemblas sí, de abandonar las aras*
> *donde tu puro afecto y tu hermosura*
> *sacrificaste a Dios? ¡Pues qué! ¿No fueras*
> *antes conmigo que con Dios perjura?*
> [ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ, *El trovador*, Jornada III.]

Cuando el amor acaba... El romántico podía enfrentarse sin miedo con la muerte del hombre o de la mujer enamorados porque creía que el sentimiento superaba esa prueba. Pero cuando era el mismo amor el que moría...

Puede ser sencillamente la frivolidad de ella al terminar con el juego.

> *¡No me admiró tu olvido! Aunque un día*
> *me admiró tu cariño mucho más,*
> *porque lo que hay en mí que vale algo,*
> *eso... ¡ni lo pudiste sospechar!*
> [GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Rima XXXV*.]

La tragedia es mayor cuando hay engaño.

Me ha herido recatándose en las sombras,
sellando con un beso su traición,
los brazos me echó al cuello y, por la espalda,
partióme a sangre fría el corazón.
[GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Rima XLVI.*]

LA EDAD MEDIA

«No podemos negar —confiesa López Soler— que al tomar la pluma para describir algún objeto de la Edad Media se apodera de nosotros un venerable entusiasmo. Sobre todo cuanto tiene referencia con la caballería, suspende de antemano la fantasía y excita algún sentimiento de ternura en el corazón.»

Y es cierto. Todo lo medieval atrae al romántico, porque en lo medieval hay violencia, fuerza, interés; como la invasión árabe, un episodio de sombría belleza para el escritor.

> Es un huracán de África que barre ejércitos como polvo; guadaña de la muerte que hoy viene segando imperios como ayer segaba cabezas; remolino del mar que se traga naciones como naves. Un puñado de sarracenos ha concluido en un día con la España visigoda. ¡Doce mil musulmanes contra cien mil godos! ¡Yo los vi! ¡Yo los vi! De Toledo acudí a Córdoba, de Córdoba a Sidonia y sólo pude alcanzar el estertor de un pueblo en agonía. ¡Yo los vi! Revueltos en el torbellino, gentes cuyo idioma y religión no tienen entre sí la menor semejanza, berberiscos y godos, árabes y romanos, los de oriente y occidente, los del norte y los del sur, día y noche han peleado sin errar el golpe ni en el furor de las batallas ni en el horror de las tinieblas! ¡Árabes y moros! ¡Ah! Su rostro atezado espanta, sus ojos despiden centellas, su sonrisa diabólica fascina, respiran fuego, arma ofensiva parece su gesto; con brazo nervudo esgrimen curvo alfanje y antes se cansa el acero de herir que el brazo de matar. De cuño semejante sus corceles, tales caballos para tales hombres: secos, duros, ferocísimos como ellos. Ligeros como el viento relinchan ale-

gres, al eco del clarín y se lanzan al combate dejando atrás al viento en su carrera. Tigres sedientos de sangre, parecen animados del espíritu del jinete y se embriagan con el triunfo y no desmayan en la derrota. No penséis, Munio, que esas hordas salen allá de páramos helados buscando dulce clima, fértiles campos, vergeles y palacios; no vienen como los godos, a trocar pieles por túnicas de lino, pedregales por jardines, ni carros ni tiendas de campaña por termas, alcázares y coliseos. Su semblante aterra; pero su atavío encanta. Cuando el viento de la lid ondea su manto, parecen espíritus alados que baten en bandadas su plumaje de mil colores. Esos hombres buscan los perfumes porque vienen de la Arabia saturada de fragancia; ni perlas ni oro, porque emigran del oriente cuajados de esmeraldas y diamantes. No pelean por territorios porque nacieron ayer y hoy son dueños del África y del Asia. Combaten por combatir, pelean por matar; su vida es la guerra; su galardón la muerte en la batalla. Atila fue el azote de Dios contra los romanos; ellos son el azote de Dios contra los hijos de Atila. No hay remedio, Munio. Cuando pasa rodando el terreno, las más soberbias fábricas se derrumban; cuando suena el fragor del incendio, los tesoros mismos de la ciencia sirven de pábulo a las llamas; cuando llega la inundación, entre lodo ruedan los ídolos y altares. El mundo no se puede pasar sin bárbaros; cuando los godos del septentrión se civilizan, tienen que venir del sur los musulmanes. [FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA, *Amaya o los vascos en el siglo VIII.*]

La Orden del Temple atrae la atención del escritor porque el templario es caballero, viaja, conoce el lejano Oriente. Su rito está lleno de misterio. He aquí su profesión de fe.

...Cuando ya la oscuridad se derramó por la tierra, el comendador Saldaña y otro caballero vinieron a buscar a don Álvaro, que los aguardaba armado con una riquísima armadura negra con veros de oro, un casco adornado de un hermoso penacho de plumas encarnadas; en la cinta, una espada y puñal con puño de pedrería y calzadas unas grandes espuelas de oro. El que aspiraba entrar en el Temple se ataviaba con todas las galas del siglo para dejarlas al pie de los altares. Condujeron, pues, a don Álvaro ambos caballeros a la hermosa capilla del castillo, a cuya puerta se pararon un momento, llamando en seguida con golpes mesurados y acompasados.

—¿Quién llama a la puerta del templo? —preguntó desde

dentro una voz hueca.

—El que viene poseído de celo hacia su gloria, de humildad y de desengaño —respondió Saldaña como primer padrino.

Entonces abrieron las puertas de par en par y presentó a su vista la iglesia tendida de negro, con un número muy escaso de blandones de cera amarilla y verde encendidos en el altar. En sus gradas estaba el maestre sentado en una especie de trono rodeado de los comendadores de la Orden, y más abajo, en una especie de semicírculo, se extendían los caballeros profesos, únicos que a esta ceremonia se admitían y que, envueltos en sus mantos blancos, parecían otros tantos fantasmas lúgubres y silenciosos. Don Álvaro, en cuya imaginación ardiente y exaltada hacía gran impresión este aparato, atravesó por medio de ellos acompañado de sus dos ancianos padrinos y fue a arrodillarse ante las gradas del trono del maestre. Extendió éste su cetro ante él y le preguntó sus deseos. Don Álvaro respondió:

—Considerando que el Salvador dijo: «El que quiera ser de mi grey, tome su cruz y sígame», yo, aunque indigno y pecador, he aspirado a tomar la del templo de Salomón para seguirla.

...Entonces los padrinos comenzaron a desarmarle, y los circunstantes a cantar el salmo *Nunc dimitis servum tuum, Domine* con voces vigorosas y solemnes. Calzáronle espuelas y manoplas con que sustituyeron su armadura; por último le ciñeron una espada de Damasco y le pusieron en la cinta un puñal buido de fino temple, pero sin ningún género de adorno. Echáronle por fin el manto blanco de la Orden y entonces le vendaron los ojos, en seguida de lo cual se postró en el suelo mientras la congregación cantaba los salmos penitenciales con que los cristianos se despiden de sus muertos. Acabóse por fin el cántico... y entonces sus padrinos acudieron a levantarse y le destaparon los ojos... Las colgaduras negras estaban recogidas y los altares todos resplandecían con infinitas antorchas; el aire estaba embalsamado con delicioso incienso que en vagos e inciertos festones se perdía entre los arcos y columnas y los caballeros todos tenían en las manos velas blanquísimas de cera encendida. En cuanto descubrieron a don Álvaro, entonaron todos en voces regocijadas y altísimas el salmo *Magnificat anima mea, Dominum,* durante el cual, conducido por sus padrinos, fue abrazando a todos sus hermanos y recibiendo de ellos el ósculo de paz y fraternidad. [ENRIQUE GIL Y CARRASCO, *El señor de Bembibre.*]

La Edad Media tiene otro aspecto amable y sonriente. Es el de los bardos viajeros, los trovadores. Zorrilla, hace declaración de principios románticos. Buscará en la historia patria los temas para su inspiración.

Yo soy el trovador que vaga errante;
si son de vuestros parques estos linderos
no me dejéis pasar, mandad que cante.
Venid a mí, yo canto los amores,
yo soy el trovador de los festines;
yo ciño el arpa con vistosas flores,
guirnalda que recojo en mil jardines;
yo tengo el tulipán de cien colores
que adoran de Stambul en los confines,
y de lirio azul, incógnito y campestre,
que nace y muere en el pino silvestre.

Ven a mis manos, ¡ven, arpa sonora!,
baja a mi mente inspiración cristiana
y enciende en mí la llama creadora,
que del aliento del Querub emana.

El tener en la misma España el ambiente exótico permite al poeta hacer fe de nacionalismo lírico. Zorrilla, el más conservador de los románticos, hace profesión de patriota y de católico.

Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión profana.
Mi voz, mi corazón y fantasía,
la gloria cantan de la patria mía.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
del pueblo en que he nacido la creencia;
respetaré su ley y sus altares;
en su desgracia a par que en su opulencia
celebraré su fuerza o sus azares,
y, fiel maestro de la gaya ciencia,
levantaré mi voz consoladora
sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! ¡Tesoro de memorias,
grande, opulenta y vencedora un día,
sembrada de recuerdos y de historias,
y hollada asaz por la fortuna impía!

Yo cantaré tus olvidadas glorias,
que en las alas de la ardiente poesía
no aspira a más laurel ni a más hazaña
que a una sonrisa de mi dulce España.

[JOSÉ ZORRILLA, *Cantos del trovador.*]

EL SIGLO DE ORO

La época representada por los siglos XVI y XVII atrae también al nuevo estilo. Hay aventura, viajes, se lucha por el rey y la patria en lejanos países, se viste de forma aparatosa y elegante al mismo tiempo. El romántico gusta de describir el traje y apostura de sus hombres...

Tan galán como altanero
dejó ver la escasa luz
por bajo el arco primero,
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.
Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera
y sin pluma el diestro lado,
el sombrero derribado,
tocando con la gorguera.
Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido
y a una cadena prendido
agudo cuchillo moro.
Vienen tras este jinete
sobre potros jerezanos,
de lanceros hasta siete
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.
.....
Entre ellos está Martínez,
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote a la borgoñona,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido,
con cuatro lazos de plata,
en pie delante de otro
y el puño en el de la espada.

[JOSÉ ZORRILLA, *A buen juez, mejor testigo.*]

Aún atraídos por la atmósfera del Siglo de Oro, los románticos, liberales en su mayoría, se enfrentan con los reyes autoritarios de la casa de Austria con recelo y antipatía. Carlos V es presentado a veces como víctima de su propio poder (la descripción corresponde al cuadro de Tiziano que se guarda en el Museo del Prado):

...En pie estaba Carlos Quinto,
que en España era el primero,
con gallardo y noble talle,
con noble y tranquilo aspecto.
De brocados de oro y blanco
viste tabardo tudesco;
de rubias martas orlado
y desabrochado y suelto,
dejando ver un justillo
de raso jade, cubierto
con primorosos bordados
y costosos sobrepuestos;
y la excelsa y noble insignia
del Toisón de oro, pendiendo
de una preciosa cadena
en la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
con un blanco airón, sujeto
por un joyel de diamantes
y un antiguo camafeo.
Descubre por ambos lados,
tanta majestad cubriendo
rubio cual barba y bigote,
bien atusado el cabello.
Apoyado en la cadena
la potente diestra ha puesto
que aprieta guantes de ámbar
y un primoroso mosquero,
Y con la siniestra halaga
de un mastín muy corpulento
blanco y las orejas rubias,
el ancho y carnoso cuello.

[DUQUE DE RIVAS, *Un castellano leal*, de *Romances.*]

Pero el poeta romántico estará de corazón con los rebeldes de aquel tiempo; por ejemplo, con los de las Germanías, las sociedades laborales que se sublevaron contra Carlos I.

LORENZO
Cerca tenemos al rey;
en Barcelona.
SOROLLA
¿Osarás
hablarle?
LORENZO
Tendré valor
para decirle: ¡Señor:
tu pueblo no puede más!
No quebrante tu obediencia,
aunque justicia reclame,
ni al romper su yugo infame
te desconoce Valencia.
Pero quiere averiguar
en sus tormentos prolijos,
si no nos llamas tus hijos,
¿qué nombre nos quieres dar?
SOROLLA
El de esclavos.
LORENZO
Es muy bravo
el corazón que sustento
para sufrir un momento
ni la apariencia de esclavo.
Pero ese temor te engaña;
conoce el rey nuestra historia,
y sabe que no hay memoria
de tal oprobio en España.

[ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ, *Juan Lorenzo*, acto II.]

El jefe de los «agermanados» se adelanta a su tiempo. Sus palabras son típicas de un liberal del siglo XIX.

LORENZO

...Lo que niego
no es la razón con que gozan
los bienes de sus abuelos,
ni me importan sus blasones
ni de su orgullo me ofendo;
lo que me ofende es que toquen
a mis naturales fueros.
Me indigna que ante la absurda
invención del privilegio,
prevarique la justicia
y retroceda el derecho.

[*Juan Lorenzo*, acto I.]

...LORENZO
¿Cuál es de mi afán el móvil?
.....
¡Libertad tiene por nombre!
Aclamadla y que del seno
de nuestras desdichas brote,
acaba la inútil queja
y los cobardes clamores;
males que tanto lastiman
no se remedian con voces.
Cuando la justicia calla
y la razón se desoye,
la fuerza, Guillén, la fuerza
es el único resorte.

[*Juan Lorenzo*, acto II.]

Pero si Carlos aparece todavía como una víctima de su propio poder, oprimido por sus obligaciones, la enemiga a su hijo es constante en la mayor parte de los escritores románticos. Hace poco que Schiller ha escrito *Don Carlos*, en donde se acusa a Felipe II de parricida al matar a su hijo por arrebatarle la novia. Goethe, poco antes, había publicado *Egmont*, donde se canta al héroe flamenco víctima de la intolerancia española. Núñez de Arce seguirá esa línea en su obra *El haz de leña* con un príncipe Carlos de sensibilidad moderna, horrorizado ante el episodio legendario.

DON CARLOS
...Si propicio
premia el cielo mis afanes,
yo atajaré los desmanes
y horrores del Santo Oficio,
que en vano del alma quiero
borrar una cruel historia.
.....
Vi indiferente cruzar
prelados, inquisidores,
grandes, títulos, doctores
y ministros del altar.
Mas cuando escuché los gritos
de horror, y mal ordenados
vi pasar los sentenciados
con velas y sambenitos,
y miré entre aquellos seres
a los fúnebres reflejos
de la luz niños y viejos,
hasta débiles mujeres,
y observé su agitación
y vi su faz descompuesta,
¡tuve miedo de la fiesta
que daba la Inquisición!
Mi padre impasible y frío
con trémula voz rezaba.
...y vagos temores
me hirieron y con pavor
le oí: ¡Buen premio, señor,
sois a vuestros servidores!
«Si como vos mi hijo fuera
—dijo el rey—, no dudaría;
el haz de leña echaría
para quemarle en la hoguera.»

[*El haz de leña*, acto II.]

LA MUERTE

La gran amiga del movimiento romántico asoma su calva cabeza en infinidad de composiciones. Ante una sociedad que les resulta falsa, materialista, mezquina los escritores de la época mueren jóvenes —Espronceda, Bécquer— o adelantan esa muerte con sus propias manos, como Mariano José de Larra. Sus obras glosan continuamente la muerte en diversas manifestaciones, la noche o la muerte del día, la ruina o la muerte del hogar, la zarza o la muerte del jardín.

A veces, se dirigen directamente a ella. Como Zorrilla, imitando a Hamlet ante la calavera de Yorick:

...Ahí estás con tu irónica sonrisa,
tus huecos ojos y tu calva frente,
aguardando tal vez la última brisa,
que al puerto del morir lleve la gente.

¿Qué miran, di, tus cóncavos vacíos?
¿Qué escuchan tus oídos sin orejas?
¿Ríen de los humanos desvaríos
con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿Quién eres, di, desnuda calavera,
crédito del que fue, prenda de alguno
que por ser una prenda de cualquiera
no como suya te querrá ninguno?

¿Fuiste hermosa y joven y adorada,
fuiste grande, feliz, rica y temida,
o cruzaste el mundo despreciada
mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, ¿qué se hizo tu corona?
Si grande, ¿qué se hicieron tus blasones?
¿Quién tu nobleza y tu poder abona
del callado sepulcro en las regiones?

¿Oyes alguna vez esa campana
que dobla por los vivos que murieron?
Al eco de su voz triste y lejana,
¿sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,
acaso algunos monjes te llevaron
a un templo, donde en pompa lastimera
sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada oscura,
¡sin duda que gozarás cuando vieras
tantas cabezas que la tierra impura
ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,
¿no te halagaba en la mortuoria fiesta
en recinto común tener contigo,
un pueblo, un trono, un ara y una orquesta?

[JOSÉ ZORRILLA, *A una calavera. Obras.*]

A veces lo fúnebre aparece como ambiente y presagio, rodeando al protagonista de terror.

El teatro representa el panteón de la familia Morosino; vense a entrambos lados varios sepulcros con estatuas y emblemas fúnebres; en el fondo se descubre una pequeña capilla, cerrada con una verja de hierro y alumbrada con unu lámpara.

LAURA. ¡Qué silencio, Dios mío!... Hasta el ruido de mis pasos me da pavor... Mucho tienes que agradecerme, Rugiero, mucho... ¿Por quién en el mundo haría yo otro tanto? ¡Yo, tan tímida, tan cobarde, que ni siquiera osaba antes bajar sola al jardín, atravieso ahora a media noche las galerías y salones y oso penetrar en este sitio donde todo anuncia la muerte!... La vista de estos sepulcros me intimida aún más que otras veces; me parece que hasta las estatuas fijan en mí los ojos, me reprenden y me amenazan... «¡Laura, infeliz Laura!» *(Óyese hacia el fondo un débil eco que repite «¡Laura!»)* ¡Válgame Dios!... Creí que repetían mi nombre y es sin duda el eco de estas bóve-

das... La sangre toda se me ha helado en las venas y el cabello se ha erizado en mi frente... Infeliz Laura, ¿qué será de ti?... Un presentimiento fatal me estrecha el corazón y ni me deja respirar siquiera. Ven, esposo mío, ven; cerca de ti nada temo en el mundo... *(Abre la ventana.)* No descubro ningún objeto, ¡está la noche tan oscura!...
Ni una estrella se divisa en el cielo y sólo se oye el murmullo del viento en este canal solitario... ¡Si no vendrá! ¡Si le habrá sucedido alguna desgracia! ¡No, Dios mío, no, harto infeliz es ya!
...Me parece que oigo a lo lejos como un ruido de remos... ¿Si será ilusión? No, no hay duda; los latidos de mi corazón me anuncian ya mi dicha y el temblor se apodera de todos mis miembros. Él es, él es, voy a verle, a oírle, a estrecharle en mis brazos. [FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA, *La conjuración de Venecia.*]

La muerte se anuncia a veces antes de ocurrir como en *El Caballero de Olmedo.* En varios casos, el protagonista de las obras románticas contempla su propio entierro. Como le pasa a *El estudiante de Salamanca*:

Llegó de don Félix luego a los oídos
y luego cien luces a lo lejos vio,
y luego en hileras largas divididos
vio que murmurando con lúgubre voz,

enlutados bultos andando venían:
y luego más cerca con asombro ve,
que un féretro en medio y en hombros traían
y dos cuerpos muertos tendidos en él.

Calado el sombrero y en pie, indiferente
el féretro mira don Félix pasar,
y al paso pregunta con aire insolente
los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas, ¡cuál su sorpresa!, su asombro cuál fuera,
cuando horrorizado con espanto ve
que el uno don Diego de Pastrana era,
y el otro, ¡Dios santo! ¡y el otro era él!

.y a Don Juan:

ESTATUA
...Don Juan
un punto de contrición,
da a un alma la salvación
y ese punto aún te le dan.
DON JUAN
¡Imposible! ¡En un momento
borrar treinta años malditos
de crímenes y delitos!
ESTATUA
Aprovéchale con tiento
(tocan a muerto)
porque el plazo va a expirar,
y las campanas doblando
por ti están, y están cavando
la fosa en que te han de echar.
(Se oye a lo lejos el oficio de difuntos.)
DON JUAN
¿Conque por mí doblan?
ESTATUA
Sí.
DON JUAN
¿Y estos cantos funerales?
ESTATUA
Los salmos penitenciales
que están cantando por ti.
(Luces de hachones por la izquierda y se oyen rezos.)
DON JUAN
¿Y aquel entierro que pasa?
ESTATUA
Es el tuyo.
DON JUAN
¿Muerto yo?
ESTATUA
El capitán te mató
a la puerta de tu casa.
[JOSÉ ZORRILLA. *Don Juan Tenorio*, acto III.]

Otras veces la muerte llega a anunciar su hazaña. El joven de Alcudiel ha sido devorado por los lobos; la muchacha que provocó la tragedia con sus burlas recibirá la visita del cadáver:

> ...Y cerrando los ojos intentó dormir... pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Ya no era una ilusión; los colgadores de brocado de la puerta habían rozado al separarse y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y a su compás se oía crujir una cosa como madera o hueso. Y se acercaba, y se movió el reclinatorio que estaba a la orilla de la cama. Beatriz lanzó un grito agudo y arrebujándose en la ropa que la cubría escondió la cabeza y contuvo el aliento. El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.
>
> ...Cuando sus servidores llegaron despavoridos a notificarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que a la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del monte de las Ánimas, le encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos a una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los la-

bios, rígidos los miembros, muerta, ¡muerta de terror!

...Un cazador que pasó la noche de difuntos sin poder salir del monte de las Ánimas y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, asegura que vio a los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible y, caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como unas fieras a una mujer hermosa, pálida y desmelenada que, con los pies desnudos y sangrientos y arrojando gritos de terror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso. [GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *El monte de las ánimas*. Leyendas.]

La muerte puede representar a la soledad. Dice Bécquer:

Al ver mis horas de fiebre
e insomnio lentas pasar,
a la orilla de mi lecho,
¿quién se sentará?

Cuando la trémula mano
tienda, próximo a expirar
buscando una mano amiga,
¿quién la estrechará?

Cuando la muerte vidrie
de mis ojos el cristal,
mis párpados aún abiertos,
¿quién los cerrará?

Cuando la campana suene
(si suena en mi funeral),
una oración al oírla,
¿quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos
oprima la tierra ya,
sobre la olvidada fosa
¿quién vendrá a llorar?

Quién, en fin, al otro día,
cuando el sol vuelva a brillar,
de que pasé por el mundo,
¿quién se acordará?

O, por el contrario, puede significar una continua compañía para el poeta: Zorrilla que se dio a conocer en el entierro de Larra, recuerda:

Yo, poeta que al mundo fue evocado
del fondo de una abierta sepultura,
camino de fantasmas rodeado,
sueños de mi creencia y mi locura.
Manes que sus sepulcros han dejado
para seguirme por la tierra oscura
conmigo van y con mi aliento aspiran
doquier me cercan y doquier me inspiran.

[JOSÉ ZORRILLA, *Recuerdos y fantasías.*]

La muerte, pesando sobre el mundo, presente en todas partes. Así la ve Larra. Y en su evocación hay más verdad que literatura. El escritor se suicidó unos meses después de escribir estas líneas:

> El bronce herido que anunciaba con lamentos de clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiare su propia muerte.
>
> El cementerio está dentro de Madrid..., cada casa es el nicho de una familia; cada calle el sepulcro de un acontecimiento; cada corazón la urna cineraria de una esperanza o deseo.
>
> ...¿Os movéis para ver muertos? ¿No tenéis espejos, por ventura?... Vosotros sois los muertos. Ellos viven, porque ellos tienen paz, la única posible sobre la tierra, la paz de la muerte.
>
> ...Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi pobre corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos ¡Santo cielo! También otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos: ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! Aquí yace la esperanza. ¡Silencio! ¡Silencio!
>
> [MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Día de difuntos de 1836.*]

A veces, el destino empuja, oprime, deshace al hombre que intenta rehuirle. Es el caso de don Álvaro, el de la fuerza del sino. Por ello, su muerte llega entre gritos que son casi aullidos, con coros que sirven de eco del desastre.

> *(Los mismos y doña Leonor, vestida con un saco y esparcidos los cabellos; pálida y desfigurada aparece a la puerta de la gruta y se oyen repicar a lo lejos las campanas del convento.)*
>
> LAURA. Huid, temerario; temed la ira del cielo.
>
> DON ÁLVARO. *(Retrocediendo horrorizado por la montaña abajo.)* ¡Una mujer! ¡Cielos! ¡Qué acento! ¡Es un espectro!... ¡Imagen adorada!... ¡Leonor! ¡Leonor!
>
> DON ALFONSO. *(Como queriéndose incorporar.)* ¡Leonor! ¿Qué escucho? ¡Mi hermana!
>
> LEONOR. *(Corriendo detrás de don Alvaro.)* ¡Dios mío! ¡Es don Álvaro! Conozco su voz... Él es... ¡Don Álvaro!
>
> DON ALFONSO. ¡Oh, furia! ¡Ella es...! ¡Estaba aquí con su seductor!... ¡Hipócritas! ¡Leonor!
>
> LEONOR. ¡Cielos!... ¡Otra voz conocida!... Mas, ¿qué veo? *(Se precipita hacia donde ve a don Alfonso.)*
>
> DON ALFONSO. ¡Ves al último de tu infeliz familia!
>
> LEONOR. *(Precipitándose en los brazos de su hermano.)* ¡Hermano mío!... ¡Alfonso!

DON ALFONSO. *(Hace un esfuerzo, saca un puñal y hiere de muerte a Leonor.)* Toma, causa de tantos desastres, recibe el premio de tu deshonra... Muero vengado. *(Muere.)*

DON ÁLVARO. ¡Desdichado! ¿Qué hiciste? ¡Leonor! ¿Eras tú?... ¿Tan cerca de mí estabas? ¡Ay! *(Sin osar acercarse a los cadáveres.)* Aún respira, aún palpita aquel corazón todo mío... ángel de mi vida... vive, vive, yo te adoro... Te hallé por fin, sí, te hallé... ¡muerta! *(Queda inmóvil.)*

(Escena última. Hay un rato de silencio; los truenos resuenan más fuertes que nunca, crecen los relámpagos y se oye cantar a lo lejos el Miserere *a la Comunidad que se acerca lentamente.)*

VOZ. *(Dentro.)* ¡Aquí, aquí, qué horror! *(Don Álvaro vuelve en sí y luego huye hacia la montaña. Sale el padre Guardián con la Comunidad que queda asombrada.)*

GUARDIÁN. ¡Dios mío!... ¡Sangre derramada! ¡Cadáveres!... ¡La mujer penitente!

TODOS LOS FRAILES. ¡Una mujer!... ¡Cielos!

GUARDIÁN. ¡Padre Rafael!

DON ÁLVARO. *(Desde un risco, con sonrisa diabólica, todo convulso, dice.)* Busca, imbécil, al Padre Rafael. Yo soy un enviado del infierno, soy el demonio exterminador... Huid, miserables.

TODOS. ¡Jesús! ¡Jesús!

DON ÁLVARO. Infierno, abre tu boca y trágame. Húndase el cielo, perezca la raza humana, exterminio, destrucción... *(Sube a lo más alto y se precipita.)*

EL GUARDIÁN Y LOS FRAILES. *(Aterrados y en actitudes diversas.)* ¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia! [DUQUE DE RIVAS, *Don Álvaro o la fuerza del sino*, jornada V.]

EL ORIENTE

Todo el mundo europeo occidental está, ya desde los últimos años del XVIII, fascinado por el Oriente. Las «chinoiseries», objetos de porcelana o pinturas sobre seda de esa procedencia, llenan los rincones de las salas francesas. Se empieza a poner de moda lo exótico...

Pero esa moda se reforzará grandemente con la llegada del Romanticismo. En su empeño de alejarse de una realidad que consideran monótona, disgraciosa, materialista, los escritores buscarán en el Oriente su inspiración y su refugio.

El Oriente puede ser el Próximo y el Lejano. En el próximo, las hazañas de Napoleón pusieron de moda a los turcos, a los harenes y a las odaliscas. Delacroix lo pinta y los escritores románticos franceses lo describen. En España, la línea de inspiración prefiere la lejana y fabulosa India pero, además, sus autores tienen una posibilidad vedada a las demás naciones occidentales. El Oriente está en España porque vino con la ocupación musulmana. Por ello, a los escritores del tiempo les basta con asomarse a la Giralda, a la Alhambra, a la Mezquita de Córdoba y dejar volar su imaginación. No hay que añadir que, al tratar del Oriente como de un lugar más interesante, sus paisajes y sus seres humanos se presentan siempre con tonos agradables. Como en el caso de los romances fronterizos del XVI, los capitanes musulmanes son nobles, elegantes y generosos al par que valientes.

He aquí el paisaje y el hombre del misterioso Oriente vistos por Bécquer:

> Ha desaparecido el sol tras las cimas del Jawi y la sombra de la montaña envuelve con un velo de crespón a la perla de

las ciudades de Oria, a la gentil Kattak, que duerme a sus pies, entre los bosques de canela y sicómoros, semejantes a una paloma que descansa sobre un nido de flores.

...Los confusos rumores de la ciudad, que se evaporan temblando; los melancólicos suspiros de la noche, que se dilatan de eco en eco repetidos por las aves; los mil ruidos misteriosos que, como un himno a la Divinidad, levanta la Creación al nacer y al morir el astro que la vivifica, se unen al murmullo del Jawkion, cuyas ondas besa la brisa de la tarde produciendo un canto dulce, vago y perdido, como las últimas notas de la improvisación de una bayadera.

La noche vence, el cielo se corona de estrellas y las torres de Kattak, para rivalizar con él, se ciñen una diadema de antorchas. ¿Quién es ese caudillo que aparece al pie de sus muros, al mismo tiempo que la luna se levanta entre ligeras nubes, más allá de los montes a cuyos pies corre el Ganges como una inmensa serpiente azul con escamas de plata?

Él es. ¿Qué otro guerrero de cuantos vuelan como la saeta a los combates y a la muerte, tras el estandarte de Schiwen, meteoro de la gloria, puede adornar sus cabellos con la roja cola de ave de los dioses indios, colgar a su cuello la tortuga de oro, suspender un puñal de mango de ágata del amarillo chal de Cachemira sino Pulo Dhelí, rajá de Dakka, rayo de las batallas y hermano de Thippot-Dhelí, magnífico rey de Orsira, señor de los señores, sombra de Dios e hijo de los astros luminosos?

...Un aura fresca mece las magnolias y tulipanes que crecen entre los juncos de la ribera y enjuga el sudor de sus frentes. El bubul, sobre las ramas de un penachudo talipot, entona un canto melancólico y suavísimo, y entre las ráfagas de luz que reverberan las arenas cruzan, diáfanos como el ámbar, miríadas de pájaros e insectos con ropajes de oro y azul, de crespón y esmeraldas. [GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *El caudillo de las manos rojas*. Leyendas.]

Y en cuanto a los musulmanes, Zorrilla mezcla historia y poesía en unos populares versos que son aún recitados por miles de jovencitas en salones familiares:

Corriendo van por la vega
a las puertas de Granada
hasta cuarenta gomeles
y el capitán que los manda.
Al entrar en la ciudad
parando su yegua blanca,
le dijo éste a una mujer
que entre sus brazos lloraba:

—Enjuga el llanto, cristiana,
no te atormentes así,
que tengo yo, mi sultana,
un nuevo Edén para ti.
Tengo un palacio en Granada,
tengo jardines y flores,
tengo una fuente dorada
con más de cien surtidores,

y en la vega del Genil
tengo parda fortaleza,
que será reina entre mil
cuando encierre tu belleza.
...Yo te daré terciopelos
y perfumes orientales;
de Grecia te traeré velos
y de Cachemira, chales.
Y te daré blancas plumas
para que adornes tu frente,
más blancas que las espumas
de nuestros mares de Oriente.
Y perlas para el cabello,
y baños para el calor,
y collares para el cuello;
para los labios, amor.
—¿Qué me valen tus riquezas
—respondióle la cristiana—
si me quitas a mi padre
mis amigos y mis damas?
Vuélveme, vuélveme, moro,
a mi padre y a mi patria,
que mis torres de León
valen más que tu Granada.
Escuchóla en paz el moro,
y, manoseando su barba,
dijo, como quien medita,
en la mejilla una lágrima:
—Si tus castillos mejores
que nuestros jardines son,
y son más bellas tus flores
por ser tuyas, en León,
y tú diste tus amores
a alguno de tus guerreros,
hurí del Edén, no llores;
vete con tus caballeros.
Y dándole su caballo
y a la mitad de su guardia,
el capitán de los moros
volvió en silencio la espada.

[José Zorrilla, *Oriental.*]

Espronceda cantará en la amenaza rusa, dos constantes románticas: el exotismo y la violencia.

¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
sangrienta charca sus campiñas sean,
de los grajos espléndido festín.

¡Hurra, a caballo, hijos de la niebla!

Suelta la rienda a combatir volad,
¿Veis estas tierras fértiles? Las puebla
gente opulenta, afeminada ya.
Casas, palacios, campos y jardines,
todo es hermoso y refulgente allí;
son sus hembras celestes serafines,
su sol alumbra un cielo de zafir.

¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!

Nuestros sean su oro y sus placeres;
gocemos de ese campo y de ese sol;
son sus soldados menos que mujeres,
sus reyes, viles mercaderes son.
Vedlos huir para esconder su oro.

Vedlos, cobardes, lágrimas verter.
Hurra, volad; sus cuerpos, su tesoro
huellan nuestros caballos con sus pies.

¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!

Desgarremos la vencida Europa
cual tigres que devoran su ración;
en sangre empaparemos nuestra ropa
cual rojo manto de imperial señor.
Nuestros nobles caballos relinchando
regias habitaciones morarán;
cien esclavos, sus frentes inclinando,
al mover nuestros ojos temblarán.

¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!

Volad, volad, guerreros del desierto
como nubes en negra confusión
todo suelto el bridón, el ojo incierto,
todo atropellándose en montón.
Id a la espesa niebla confundidos,
cual tromba de arrebate el huracán,
cual témpanos de hielo endurecidos
por entre rocas despeñados van.

¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!

...Y nuestras madres nos verán triunfantes
y a esa caída Europa a nuestros pies,
y acudirán de gozo palpitantes
en cada hijo a contemplar un rey.

[JOSÉ DE ESPRONCEDA, *¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!*]

LA RELIGIÓN

Si la idea religiosa significa acordarse de Dios, la Virgen y los santos, los románticos están totalmente inmersos en ella. En sus composiciones en prosa y en verso, no dejan jamás de aparecer esos elementos metafísicos. Pero la realidad es muy distinta. En principio, y siendo el hombre romántico medida de todas las cosas, lo religioso sólo tiene valor en cuanto se relaciona con él. Dado que —ya hemos visto— una de las características del héroe del romanticismo es su rebeldía, la usará a menudo contra el mayor de los tabúes en una España con catolicismo de siglos: La Iglesia, su dogma y su moral. Cuando Félix de Montemar, don Juan Tenorio griten su desafío a las viejas trabas religiosas que les coartan en su camino triunfal, existirá entre los espectadores o lectores una curiosa sensación de pecado «por procura», que debía proporcionarles un agradable, aunque culpable, sensación. La tranquilidad de conciencia llegaba cuando el autor, al final de la obra, se inventaba un final absolutamente ilógico y heterodoxo para conseguir salvar al protagonista tras su difícil vida. Es el caso de don Juan Tenorio de Zorrilla. En cambio, don Félix de Montemar, creado por un escritor más «izquierdista», Espronceda, sucumbirá entre esqueletos vengadores, pero el autor hará notar que su caída se debe a su débil naturaleza física, no al altivo espíritu...

Por lo demás, la Religión es sobre todo un elemento estético. El Dios del Sinaí con su grandeza, las iglesias españolas con su misterio, se prestan a la descripción embelesada, casi sensual, de los autores del tiempo.

Zorrilla se emociona ante la potencia divina:

¡Qué tormenta nos amaga!
¡Qué noche, válgame el cielo!
Y esta lumbre se me apaga.
Si está lloviznando hielo.
Cuán grande a Dios se concibe
en aquesta soledad.
¿De quién sino de Él recibe
su aliento la tempestad?
¿Cúyo es el terrible acento
y el fulgor que centellea,
cuando zumba airado el viento
y el cenit relampaguea?
¿Quién penas y árboles hiende
sobre las nubes sereno
cuando en las nubes revienta
el fragor del ronco trueno?
Señor, que de las alturas
de tu omnipotencia ves
a tus pobres criaturas
que se arrastran a tus pies;
detén, Dios bueno, tus iras,
detén tu justo furor,
si justa saña respiras
contra la obra de tu amor.
Pudiste en un punto hacerla,
y tu inmensa potestad
puede en otro deshacerla,
si tal es tu voluntad;
mas considera, Dios mío,
que vas a igualar así
al que se te aparta impío
y al que se postra ante ti.
[JOSÉ ZORRILLA, *El puñal del godo*, acto I.]

El escritor en el templo sombrío se siente invadido de emoción sensual.

¡La catedral de Toledo! Figuraos un bosque de gigantescas palmeras de granito que al entrelazar sus ramas forman una bóveda colosal y magnífica, bajo la que se guarece y vive, con la vida que le ha prestado el genio, toda una creación de seres imaginarios y reales.

Figuraos un caos incomprensible de sombra y luz, en donde se mezclan y confunden con las tinieblas de las naves los rayos de colores de las ojivas, donde lucha y se pierde con la oscuridad del santuario el fulgor de las lámparas.

Figuraos un mundo lleno de piedra, inmenso como el espíritu de nuestra religión, sombrío como sus tradiciones, enigmático como sus parábolas, y todavía no tendréis una idea remota de ese eterno monumento del entusiasmo y la fe de nuestros mayores, sobre el que los siglos han derramado a porfía el tesoro de sus creencias, de su inspiración y de sus artes.

En su seno viven el silencio, la majestad, la poesía del misticismo y un santo horror que defiende sus umbrales contra los pensamientos mundanos y las mezquinas pasiones de la tierra.

La consunción material se alivia respirando el aire puro de las montañas: el ateísmo debe curarse respirando su atmósfera de fe.

Pero si grande, si imponente se presenta la catedral a nuestros ojos a cualquiera hora que se penetra en su recinto misterioso y sagrado, nunca produce una impresión tan pro-

funda como en los días en que despliegan todas las galas de su pompa religiosa, en que sus tabernáculos se cubren de oro y pedrería, sus gradas de alfombras y sus pilares de tapices.

Entonces, cuando arden despidiendo un torrente de luz sus mil lámparas de plata; cuando flota en el aire una nube de incienso, y las voces del coro y la armonía de los órganos y las campanas de la torre estremecen el edificio desde sus cimientos más profundos hasta las más altas agujas que lo coronan, entonces es cuando se comprende al sentirla, la tremenda majestad de Dios, que vive en él y lo anima con un soplo, y lo llena con el reflejo de su omnipotencia. [GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *La ajorca de oro*. Leyendas.]

Espronceda es quizás el menos religioso de los románticos: Si el mundo está mal, Dios sólo es responsable.

¿Quién es Dios? ¿Dónde está? Sobre la cumbre
de eterna luz que altísima se ostenta,
tal vez en trono de celeste lumbre
su incomprensible majestad se asienta:
de mundos mil la inmensa pesadumbre
con su mano tal vez rige y sustenta,
sempiterno, infinito, omnipotente,
invisible doquier, doquier presente.
...¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
y hierve el rayo en su irritada mano,
y la angustia, el dolor, la muerta, lanza
al inocente que le implora en vano?
¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza,
frívolo, injusto y sin piedad tirano,
del corazón del hombre y le encadena
y a eterna muerte al pecador condena?
Embebido en su inmenso poderío,
¿es Dios el Dios que goza en su hermosura,
que arrojó el universo en el vacío,
leyes le dio y abandonó su hechura?
¿Fue vanidad del hombre y desvarío
soñarse imagen de su imagen pura?
¿Es Dios el Dios que en su eternal sosiego
no vio su llanto ni escuchó su ruego?

[JOSÉ DE ESPRONCEDA, *El diablo mundo*.]

Inútilmente el terror de Dios se pone en el camino del héroe romántico, éste le desprecia. Así Félix de Montemar:

...—Hay riesgo en seguirme. —Mirad qué reparo
—Quizá luego os pese. —Puede que por vos
—Ofendéis al cielo. —Del diablo me amparo.
—Idos caballero, no tentéis a Dios.
—Siempre me enamora más vuestro despego,
y, si Dios se enoja, pardiez que hará mal:
Véame en vuestros brazos y máteme luego,
—¡Vuestra última hora quizá ésta será!
Dejad ya, don Félix, delirios mundanos,
—Hola, me conoce. —¡Ay! ¡Temblad por vos!
¡Temblad no se truequen deleites livianos
en penas eternas! —Basta de sermón,
que yo para oírlos la cuaresma espero;
y hablemos de amores que es más dulce hablar;
dejad ese tono solemne y severo,
que os juro, señora, que os sienta muy mal.
La vida es la vida; cuando ella se acaba,
acaba con ella también el placer.
De inciertos pesares, ¿por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.
Si mañana muero, que sea en mala hora
o en buena, cual dicen, ¿qué me importa a mí?
Goce yo el presente, disfrute yo ahora
y el diablo me lleve, siquiera al morir.
...Esa voz con que hacéis miedo,
de vos me enamora más;
juzgad si me dará un bledo
de Dios ni de Satanás.
...Seguid, señora, y adelante vamos:
tanto mejor si sois el diablo mismo,
y Dios y el diablo y yo nos conozcamos
y acábese por fin tanto embolismo.

Al poeta le encanta su personaje capaz de desafiar tanto al castigo divino como a las leyes terrenas.

Grandiosa, satánica figura,
alta de frente, Montemar camina,
espíritu sublime en su locura,
provocando la cólera divina.
Fábrica frágil de materia impura,
el alma que la alienta y la ilumina,
con Dios le iguala y con osado vuelo
se alza a su trono y le provoca a duelo.
Segundo Lucifer que se levanta
del rayo vengador la frente herida,
alma rebelde que el temor no espanta,

hollada, sí, pero jamás vencida:
El hombre en fin que en su ansiedad quebranta
su límite a la cárcel de la vida,
y a Dios llama ante él a darle cuenta
y descubrir su inmensidad intenta.
[JOSÉ DE ESPRONCEDA, *El estudiante de Salamanca.*]

Tampoco para don Juan Tenorio, resultará la religión barrera para su egoísmo:

DON DIEGO
Don Juan, en brazos del vicio
desolado te abandono;
me matas..., mas te perdono
de Dios en el santo juicio.
DON JUAN
Largo el plazo me ponéis;
mas ved que os quiero advertir
que yo no os he ido a pedir
jamás que me perdonéis.
Conque no paséis afán
de aquí en adelante por mí,
que como vivió hasta aquí
vivirá siempre don Juan.

Zorrilla no podía dejar condenar a héroe tan admirado por el público, aunque reconoce la dificultad de explicar su salvación.

INÉS
Su fe nos salva... volveos
a vuestros sepulcros, pues.
La voluntad de Dios es;
de mi alma con la amargura
purifique su alma impura,
y Dios concedió a mi afán
la salvación de don Juan
al pie de la sepultura.
Yo mi alma he dado por ti
Y Dios te otorga por mí
tu dudosa salvación.
Misterio es que en comprensión
no cabe de criatura,
y sólo en vida más pura
los justos comprenderán
que el amor salvó a don Juan
al pie de la sepultura.
[ZORRILLA: *D. Juan Tenorio.*]

ESCEPTICISMO

Enfrentados con una sociedad que desprecia, los escritores románticos son siempre escépticos. El escritor es un desdichado, al que rodean amigos que traicionan, mujeres que engañan, gobiernos corrompidos, sacerdotes que sólo piensan en sus apetitos carnales. Frente a tanto desengaño, el romántico no tiene más salida que la lírica, la queja, la voz de alarma y de protesta aunque sabe, desde el principio, que será en vano.

Todos los románticos son escépticos pero, en algunos casos, se trata de un aprendizaje a que la vida obliga. Es el caso de Bécquer, por ejemplo, que pasa desde la seguridad en la vida de sus primeras rimas

—Hoy el cielo y la tierra me sonríen

...a la absoluta negación de las últimas, cuando asegura que un verso es mejor recibido cuando escrito al dorso de un billete de Banco. Espronceda también se graduará lentamente en escepticismo hasta culminar en los versos amargados de *El Diablo mundo.*

Sólo Larra nacerá a las letras con un escepticismo total. La diferencia en sus líneas estriba sólo en que, al principio, la poca fe le hacía sonreír de las faltas ajenas *(El castellano viejo... Vuelva usted mañana.)* Mientras en su madurez —¡Treinta años!— se desespera ante el mundo en que debe vivir.

...En el mundo feliz que habitamos, casi todas las desgracias son verdad; razón por la cual nos admiramos siempre

que vemos tantas investigaciones para buscar ésta. A nuestro modo de ver, no hay nada más fácil que encontrarla: allí donde está el mal está la verdad. Lo malo es cierto. Sólo los bienes son ilusión.

...De necesidad parece creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie de toda especie de carencias, trate de unir sus esfuerzos a los de sus semejantes para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la naturaleza entera, es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea; que busque a su hermano (que así se llaman los hombres unos a otros, por burla sin duda), para pedirle su auxilio. De aquí podría deducirse que la sociedad es un cambio mutuo de servicios recíprocos. Grave error, es todo lo contrario: nadie concurre a la reunión para prestarle servicios, sino para recibirlos de ella. Es un fondo común donde acuden todos a sacar y donde nadie deja, o sólo cuando pueden tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mutuo de perjuicios recíprocos. [MARIANO JOSÉ DE LARRA, *La sociedad.* Revista española.]

El escepticismo de Larra no admite excepciones: sarcasmo ante el escritor...

...Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres, echo mano de mi salario y las encuentro fieles, al menos por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón y vas y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla.

...Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de importancia. [MARIANO JOSÉ DE LARRA, *La noche buena de 1836.*]

...ante el amor a la vida...

Me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Ser Supremo que... ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda más que una sola cosa a la vez y que todos queden descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y

de ésta me asombro más... todavía..., de ese apego que todos tienen, sin embargo, a la vida tan mala. Esto último bastaría a confundir a un ateo si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento; porque sólo un Dios, y un Dios Todopoderoso, podría hacer amar una cosa como la vida..., vida inculta o civilizada, el hombre, en cuanto a su felicidad, nada habría adelantado. La civilización le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabras; de suerte es imposible. Nació víctima y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así bajo el dorado artesón como debajo de la rústica techumbre de ramas.

Paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer a los demás lo que no creo... Esto es, que mi vida está reducida a querer decir lo que los otros no quieren oír. [MARIANO JOSÉ DE LARRA, *La vida de Madrid.*]

...ante la política...

¿Me preguntas si es gobierno representativo lo que tenemos? No entiendo yo muchas veces tus preguntas. Todo es aquí representativo. Cada liberal es una pura y viva representación de los trabajos y pasión de Cristo, porque el que no anda azotado, anda crucificado. Luego, no hay oficina en que no se encuentren representaciones de algún quejoso; hay, por otra parte, muchos que están representados a cada paso sobre lo mucho que no se hace y lo poco que se deshace; verdad es que no se cuida más de estas representaciones que de las teatrales; pero, ¿son o no son representaciones? Cada español, por otra parte, representa un triste papel en el drama general, y toda nuestra patria misma está a dos dedos de representar el cuadro del hambre. Todo, es, pues, pura representación truhanesca. Si estamos o no en un sistema representativo es burlarse de uno en sus barbas y preguntarle a un borracho si bebe vino. [MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Tercera carta de un liberal de acá a un liberal de allá.* Artículos políticos y sociales.]

Nada es cierto. Todo acaba. Todo cansa. Habla Espronceda.

Y encontré mi ilusión desvanecida
y eterno e insaciable mi deseo;
palpé la realidad y odié la vida,
sólo en la paz de los sepulcros creo.

Como en el caso de la frase cervantina, el vulgo llevó más allá la intención del autor. «Sólo en la paz de los sepulcros creo» se convirtió en «ya ni en la paz de los sepulcros creo», con mayor énfasis y redoblado escepticismo.

Y busco aún y busco codicioso,
y aun deleites el alma finge y quiere,
pregunto y un acento pavoroso,
¡ay!, me responde: desespera y muere.
¡Muere, infeliz! La vida es un tormento,
un engaño el placer; no hay en la tierra
paz para ti, ni dicha ni contento,
sino eterna ambición y eterna guerra.
Que así castiga Dios el alma osada
que aspira loca, en su delirio insano,
de la verdad para el mortal velada,
a descubrir el insondable arcano.

[ESPRONCEDA, *A Jarifa en una orgía.*]

También el sarcasmo de Bécquer es sobrecogedor:

¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?
Pues amémonos hoy mucho y mañana
digámonos adiós.

[GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Rimas XXVI y LXVIII.*]

Mi vida es un erial:
flor que toco se deshoja;
que, en mi camino fatal,
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.

[GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Rima LX.*]

Al brillar un relámpago nacemos
y aún dura su fulgor cuando morimos:
¡tan corto es el vivir!
La gloria y el amor tras que corremos,
sombras de un sueño son que perseguimos:
¡despertar es morir!

¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero
de los senderos busca.

Las huellas de unos pies ensangrentados
sobre la roca dura;
los despojos de un alma hecha jirones
en las zarzas agudas,
te dirán el camino
que conduce a mi cuna.
¿A dónde voy? El más sombrío y triste
de los páramos cruza;
valle de eternas nieves y de eternas
melancólicas brumas.
En donde esté una piedra solitaria,
sin inscripción alguna,
donde habite el olvido,
allí estará mi tumba

[GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Rimas LXIX y LXVI.*]

LOS GRANDES RIPIOS DE LOS AUTORES ROMÁNTICOS

Tenía que ocurrir. No sólo planteaban problemas emocionantes; es que, además, se empeñaban en situaciones difíciles. Así, cuanto más se excitaba el personaje, más fácilmente mugía el ripio, un ripio que, generalmente, no era notado por el público enfervorizado por la voz y el gesto del actor, pero que salta a la vista en la meditada lectura.

El gran revolucionario del teatro romántico se llama el duque de Rivas. Su *Don Alvaro o la fuerza del sino* provoca en España una polémica parecida a la ocurrida en el estreno de *Hernani* por Víctor Hugo, en París. Como en el caso ultrapirenaico, los mayores se burlaron de los despropósitos de la obra y los jóvenes acusaron a los mayores de anticuados, insensibles, incapaces de comprender las acciones del corazón. Los ripios surgen continuamente:

—Soy don Félix de Avendaña,
que ha venido a esta campaña
sólo por curiosidad.

Más tarde el hermano de Leonor persigue a don Álvaro y le encuentra finalmente en el convento, donde se ha refugiado para expiar el pecado de haber matado al marqués y a su hijo y a llorar a Leonor a quien cree muerta. El vengador del honor familiar le recuerda la verdad usando de otro ripio:

Deponed tan necio engaño.
Desde aquel funesto día
en Córdoba, con mi tía,
mi hermana ha vivido un año.

Parecidos defectos se multiplican en el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. En busca de consonante, el autor hace los más difíciles juegos de palabras y de ideas. Por ejemplo, sin que venga a cuento asegura la gran inteligencia de un fraile. Habla don Luis de sus experiencias aventureras:

Pasé a Alemania opulento,
mas un provincial jerónimo
—hombre de mucho talento—
me conoció y al momento,
me delató en un anónimo.

Con un pie tan forzado como «Tenorio», Zorrilla tiene que buscar difíciles rimas.

...¿Sin apellido notorio?
—Tenorio

Don Luis dice más ripios que don Juan, aunque, a veces, éste le ayude. Como cuando le brinda...

—La arriesgáis, pues, en revancha
de doña Ana de Pantoja?
—Sí, y lo que tardo me enoja
en borrar tan fea mancha.

A fines de siglo aparece un escritor que los tratadistas llaman posromántico. Se llama José Echegaray. Sus temas son los de un romanticismo desfasado por el tiempo pero, mucho más, por el estilo. Coge de los antiguos las grandes pasiones pero las sirve con un lenguaje deleznable. He aquí algunos de los increíbles versos de *El gran galeoto,* la obra que le dio más fama:

SEVERO
(a Julián en voz baja)
Si nuestro padre te viera.
D. JULIÁN
¡Cómo!... Severo, ¿qué es esto?
MERCEDES
Silencio que viene Ernesto.
TEODORA *(aparte)*
¡Qué vergüenza! *¡Si él supiera!* [I-8.]

Ernesto explica luego por qué quiere marcharse.

...Yo necesito viajar;
soy rebelde y soy inquieto;
vamos, que no me sujeto,
como otros, a vegetar.
Espíritu aventurero,
me voy, cual nuevo Colón
En fin, si tengo razón,
que lo diga don Severo.

SEVERO
Habla usted como un abismo
de ciencia y como hombre ducho.
Hace mucho tiempo, mucho,
que pensaba yo lo mismo.

Echegaray no está haciendo una parodia del drama romántico. Echegaray escribe muy seriamente este drama, que ambiciona cálido y pasional.
He aquí la mejor perla:

PEPITO
Salud y buen apetito,
pero se acerca la hora.
Aquí está el palco, Teodora.
Don Julián...
TEODORA
Gracias, Pepito [I-7.]

EL REALISMO O LA IMPORTANCIA DE LO COTIDIANO

El péndulo de la literatura española oscila de nuevo. El Clasicismo dejó paso al romanticismo, éste al realismo. Los escritores ponen los pies de nuevo en la tierra; vuelve, en cierto modo, la Razón a presidir nuestras letras. Los temas no son ya lejanos en el tiempo (Edad Media) o en el espacio (exotismo), sino muy de nuestra época y ambiente. Puede ser Madrid, como Pérez Galdós; un pueblo andaluz, como en Alarcón o en Valera; un pueblo montañés como en Pereda; una ciudad provinciana del Norte, como en Clarín.

Los personajes de las obras no van vestidos ya a la antigua. No hay caballeros medievales o capitanes de los Tercios de Flandes, sino labradores, comerciantes y, sobre todo, el más antirromántico de los oficios, empleados de Ministerios.

El amor seguirá teniendo su valor inmenso para las reacciones de los humanos pero se matizará con sentido común, como en el siglo XVIII. Por ejemplo, en *Pepita Jiménez* el padre enamorado de la muchacha, cederá su puesto al hijo seminarista como hiciera con su sobrino el don Diego de *El sí de las niñas* de Moratín.

...y en toda novela del tiempo pesará sobre los protagonistas y secundarios personajes el problema del dinero, ese problema ausente de toda la literatura romántica, como no sea para anatematizarlo sarcásticamente como hacía Bécquer. El dinero despreciado, arrojado a los pies de Brígidas o de sayones en el drama o la novela histórica, adquirirá en la novela realista la máxima importancia. Sobre todo porque en ella se refleja la clase social llamada media, que intentará, con mínimas posibilidades económicas, mantener la apariencia social que cree le corresponde.

El gran revelador de esta sociedad se llama Benito Pérez Galdós. En sus novelas se tratará el vendedor *(Fortunata y Jacinta)* que se arrui-

na, el funcionario que llega a la catástrofe de la cesantía, la criada que mantiene a su señor *(Misericordia)*...

En este aspecto Pérez Galdós es sólo espejo más o menos deformado de una situación social. Pero su otra línea, la que le ha dado más popularidad, especialmente en el extranjero, es la que aprovecha la novela para una particular «cruzada». La cruzada contra el fanatismo, contra la intolerancia religiosa tan viva en la sociedad de su tiempo. Así *León Roch,* el judío rechazado por la linajuda familia; así, sobre todo, en *Doña Perfecta,* la dura católica que no vacilará en llegar al asesinato para salvar a su hija de lo que cree asechanzas del demonio. He aquí el final estremecedor de esta novela, donde frases, todavía románticas, muestran ejemplos de las dos Españas. «Rosario», la hija ha concertado la fuga con su amante. Un rastro del temor que debe a su madre la impulsa a confesar su «pecado», que doña Perfecta castigará a su manera.

...—Es mi esposo... Yo seré suya, protegida por la ley... Usted no es mujer... ¿Por qué me mira usted de ese modo que me hace temblar? Madre, madre mía, no me condene usted.

—Ya tú te has condenado: basta. Obedéceme, y te perdonaré... Responde: ¿cuándo recibiste cartas de ese hombre?

—Hoy.

—¡Qué traición, qué infamia! —exclamó la madre, antes bien rigiendo que hablando—. ¿Esperabais veros?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—Aquí, aquí. Todo lo confieso, todo. Sé que es un delito... Soy una infame; pero usted, que es mi madre, me sacará de este infierno. Consienta usted. Dígame usted una palabra, una sola.

—¡Ese hombre aquí en mi casa! —gritó doña Perfecta, dando algunos pasos que parecían saltos hacia el centro de la habitación.

Rosario la siguió de rodillas. En el mismo instante oyéronse tres golpes, tres estampidos, tres cañonazos. Era el corazón de María Remedios que tocaba a la puerta, agitando la aldaba. La casa se estremecía con temblor pavoroso. Hija y madre se quedaron como estatuas.

Bajó a abrir un criado, y poco después, en la habitación de doña Perfecta entró María Remedios, que no era mujer, sino un baselisco envuelto en un mantón. Su rostro, encendido por la ansiedad, despedía fuego.

—¡Ahí está, ahí está! —dijo al entrar—. Se ha metido en la huerta por la puertecilla condenada...

Tomaba aliento a cada sílaba.

—Ya entiendo —repitió doña Perfecta con una especie de bramido.

Rosario cayó exánime al suelo y perdió el conocimiento.

—Bajemos —dijo doña Perfecta, sin hacer caso del desmayo de su hija.

Las dos mujeres se deslizaron por la escalera como dos culebras. Las criadas y el criado estaban en la galería sin saber qué hacer. Doña Perfecta pasó por el comedor a la huerta, seguida de María Remedios.

—Afortunadamente, tenemos ahí a Ca... Ca... Caballuco —dijo la sobrina del canónigo.

—¿Dónde?

—En la huerta también... Sal... Sal... saltó la tapia.

Exploró doña Perfecta la oscuridad con sus ojos llenos de ira. El rencor les daba la singular videncia de la raza felina.

—Allí veo un bulto —dijo—. Va hacia las adelfas.

—Es él —gritó Remedios—. Pero allá aparece Ramos... ¡Ramos!

Distinguieron perfectamente la colosal figura del Cantero.

—¡Hacia las adelfas! ¡Ramos, hacia las adelfas!...

Doña Perfecta adelantó algunos pasos. Su voz ronca, que vibraba con acento terrible, disparó estas palabras:

—Cristóbal, Cristóbal... ¡Mátale!

Óyese un tiro. Después otro

Este tipo de literatura será la más conocida de la obra de Pérez Galdós, que se convertirá en un ídolo para la izquierda española y un nombre odiado por la derecha. La polémica llega a su punto mayor con el estreno de *Electra,* que transcurrió en medio de un escándalo, entre vítores y protestas. Al día siguiente, el órgano del tradicionalismo español, *El siglo futuro,* se indignaba contra el famoso autor a quien definía así: «Las obras de don Benito se reducen siempre a uno o varios católicos rabiosos que hacen todas las picardías posibles y uno o varios liberales rabiosos que los muerden y asaltan hasta no dejar hueso sano.» (31 enero 1901.)

Pero el anticlericalismo de Pérez Galdós no es óbice para que los chicos españoles hayan leído, casi obligatoriamente durante años, una serie de obras suyas.

GALDÓS: EL CRONISTA PATRIOTA

Efectivamente, millones de niños se han emocionado en España leyendo lo más conocido, aunque no lo mejor de Galdós: Los episodios nacionales. Estos párrafos corresponden al de Zaragoza.

> ...La maldita pesadilla no quiere irse, y me atormenta esta noche, como anoche, y como anteanoche, reproduciéndose lo que no quiere ver. Más vale no dormir, y prefiero el insomnio. Sacudo el letargo, y aborrezco despierto la vigilia como antes aborrecía el sueño. Siempre el mismo zumbido de los cañones. Esas insolentes bocas de bronce no han cesado de hablar aún. Han pasado diez días y Zaragoza no se ha rendido, porque todavía algunos locos se obstinan en guardar para España aquel montón de polvo y ceniza. Siguen reventando los edificios, y Francia, después de sentar un pie, gasta ejércitos y quintales de pólvora para conquistar terreno en que poner el otro. España no se retira mientras tenga una baldosa en que apoyar la inmensa máquina de su bravura.
>
> Yo estoy exánime y no puedo moverme. Esos hombres que veo pasar por delante de mí no parecen hombres. Están flacos, macilentos y sus rostros serían amarillos, si no les ennegrecieran el polvo y el humo. Brillan bajo la negra ceja los ojos, que ya no saben mirar sino matando. Se cubren de inmundos harapos, y un pañizuelo ciñe su cabeza como un cordel. Están tan escuálidos, que parecen los muertos del montón de la calle de la Imprenta que se han levantado para relevar a los vivos. De trecho en trecho se ven, entre columnas de humo, moribundos en cuyo oído murmura un fraile conceptos religiosos. Ni el moribundo entiende, ni el fraile sabe lo que dice. La religión misma anda desatinada y medio loca. Generales, soldados, paisanos, frailes, mujeres, todos están confundidos. No hay clases ni sexos. Nadie manda, y la ciudad se defiende en la anarquía.
>
> No sé qué me pasa. No me digáis que siga contando, porque ya no hay nada. Ya no hay nada que contar, y lo que veo no parece cosa real, confundiéndose en mi memoria lo verdadero con lo soñado. Estoy tendido en un portal de la calle de Albardería, y tiemblo de frío; mi mano izquierda está en-

vuelta en un lienzo lleno de sangre y fango. La calentura me abrasa, y anhelo tener fuerzas para acudir al fuego. No son cadáveres todos los que hay a mi lado. Alargo la mano y toco el brazo de un amigo que vive aún.

—¿Qué ocurre, señor Sursum Corda?

—Los franceses parece que están del lado acá del Coso —me contesta con voz desfallecida—. Han volado media ciudad. Puede ser que sea preciso rendirse. El Capitán General ha caído enfermo de la epidemia, y está en la calle de Predicadores. Creen que se morirá. Entrarán los franceses. Me alegro de morirme para no verlos. ¿Qué tal se encuentra usted, señor de Araceli?

—Muy mal. Veré si puedo levantarme.

—Yo estoy vivo todavía, a lo que parece. No lo creí. El Señor sea conmigo. Me iré derecho al Cielo. Señor de Araceli, ¿se ha muerto usted ya? [*Episodios Nacionales: Zaragoza.*]

DEL TEMPLARIO AL FUNCIONARIO

En pocos años el lector de una novela famosa en España se ha encontrado con un mundo totalmente distinto. El ambiente del castillo templario, donde se celebraba la ceremonia de armar caballero al trémulo aspirante, es hoy el de una oficina ministerial madrileña. En lugar de las paredes ornadas de tapices y el resonar de armas...

> Ya se conocía en el ruido de pisadas, en el sonar de timbres, en el movimiento y animación de las oficinas en que había empezado la operación. Cesaba el trabajo, se ataban los legajos, eran cerrados los pupitres y las plumas yacían sobre las mesas entre el desorden de los papeles y las arenillas que se pegaban a las manos sudorosas. En algunos departamentos los funcionarios acudían conforme los iban llamando al despacho de los habilitados. En otros, los habilitados mandaban un ordenanza con los santos cuartos en un hortera, en plata y billetes chicos y la nominilla. El jefe de sección se encargaba de distribuir —y de hacer firmar— lo que recibía.

Éste era el campo de batalla ahora reflejada por Pérez Galdós. El doncel de don Enrique el Doliente, Don Álvaro, o don Juan han sido

sustituidos por un ser humano cuya máxima aspiración no es la gloria ni el amor de una dama. A lo único que desea llegar es a servir al Estado unos días más para tener derecho a la jubilación con más paga.

> Se le representaba entonces toda su vida administrativa, carrera lenta y honrosa en la Península y Ultramar, desde que entró a servir, allá por el año 41 (siendo ministro de Hacienda el señor Surú). Poco tiempo había estado cesante antes de la terrible crujía en que le encontramos. Cuatro meses en tiempo de Bertrán de Lis, once durante el bienio y tres y medio en tiempo de Salaverría. Después de la revolución pasó a Cuba y luego a Filipinas, de donde le echó la disentería. En fin, que había cumplido sesenta años y los de servicio, bien sumados eran treinta y cuatro y diez meses. Le faltaban dos para jubilarse con los cuatro quintos de sueldo regulador, que era el de su destino más alto, jefe de administración de tercera. [*Miau*, Obras Completas, vol. V, págs. 583 y 682.]

Hasta en las quiebras físicas ha cambiado en unos años el ser humano. Los protagonistas del duque de Rivas, de Larra, de Bécquer, de Zorrilla podían haber derramado sangre por una herida en el corazón, o ser brutalmente decapitados por el feroz enemigo. Pero nunca hubieran sufrido de disentería.

Pérez Galdós se pasea por las oficinas del Ministerio de Hacienda. Pérez Galdós pinta o mejor dibuja al carbón, en dos trazos, un ambiente y unos hombres.

> La oficina de Pantoja formaba parte de un vastísimo salón, dividido por tabiques como de dos metros de alto. El techo era común a los distintos departamentos, y en la vasta capacidad se veían los tubos de las estufas, largos y negros, quebrados en ángulo recto para tomar la horizontal, horadando las paredes. Llenaba aquel recinto el estridor sonoro de los timbres, voz lejana de los jefes, llamando sin cesar a sus subalternos. Como era la hora en que entran los rezagados, en que los madrugadores almuerzan, en que otros toman café que mandan traer de la calle, no reinaba allí el silencio propicio al trabajo mental; antes, todo se volvía cierres de puertas, risas, traqueteo de loza y cafeteras, gritos y voces impacientes.
>
> ...Entró en aquel punto Pantoja... Cubría la cabeza del jefe de la sección un gorrete encarnado con unas al modo de alcachofas bordadas de oro, y borla deshilachada que caía con gracia. Vestía gabán pardo y muy raído, pantalón con rodilleras rabicorto, dejando ver la caña de las botas recién

estrenadas, sin lustre aún. Después de saludar al amigo, ocupó su asiento. Arrimóse Villaamil y charlaron. Pantoja no olvidaba por el palique los deberes y a cada instante daba órdenes a su tropa.

—Oiga usted, Argüelles, haga el favor de ponerme una orden a la Administración Económica de la Provincia pidiendo tal cosa... Usted, Espinosa, sáqueme en seguida el estado de débitos por Industrial.

Y deshacía con mano experta el lazo de balduque para destripar un legajo y sacarle el mondongo. En atarlos también mostraba singular destreza, y parecía que los acariciaba al mudarlos de sitio en la mesa o al ponerlos en el estante.

El tipo fisonómico de este hombre consistía en cierta inercia espiritual que en sus facciones se pintaba. Su frente era ancha, lisa y tan sin sentido como el lomo de uno de esos libros rayados para cuentas, donde no se lee rótulo alguno. La nariz era gruesa en el arranque, resultando tan separados los ojos, que parecían estar reñidos y mirar cada uno por su cuenta y riesgo, sin hacer caso del otro. Su gran boca no se sabía dónde acababa. Las orejas lo sabrían. Sus labios fruncidos parecía que se violentaban al desplegarse para hablar, cual si fuesen expresamente creados para la discreción. [*Miau.*]

La fuerza del realismo, del naturalismo, invade la segunda parte del siglo XIX a compás de los nuevos movimientos sociales que se van despertando. Incluso la poesía intentará amoldarse a la moda. Y en España saldrá un J. M. Bartrina, diciendo:

Sé que soy un mamífero bimano
que no es poco saber,
y sé lo que es el átomo, ese arcano
del ser y del no ser.
Sé que el rubor que enciende mis facciones
es sangre arterial,
que las lágrimas son las secreciones
del vaso lacrimal...

Como podía esperarse, su ejemplo no cuajó. La misma masa lectora que aceptaba la verdad diaria y «prosaica» en las novelas, se negó a que la poesía dejara de serlo por esos caminos. Por ello, el romanticismo, llamado ahora, no se sabe por qué, posromanticismo, siguió en los versos enlazando, casi sin solución de continuidad, con el Modernismo. El mismo año (1888) en que Pérez Galdós publica-

ba *Miau* y Pereda *La Montánchez,* Campoamor conseguía un triunfo parecido con *Humoradas.*

El romanticismo había dejado gran huella, especialmente entre los espíritus sencillos, los espíritus sin cultivar que son siempre románticos. He aquí la prueba. Cuando triunfaban oficialmente los Moratín, la gente iba a escuchar a un «romántico» —gritos, desafíos, pasiones violentas, mentiras escénicas— llamado Comella. Y cuando llega el Realismo oficialmente, la gente de la calle sigue leyendo novelas por entregas donde triunfa la prosa de Fernández y González, ese hombre que componía dos o tres libros al mismo tiempo con escenas del siglo XVI o XVII cargados de frailes, damas y caballeros que derrochaban valor y dinero, sacando con la misma facilidad la espada para el duelo que el bolsón para comprar conciencias. Los escritores realistas sabían muy bien que el romanticismo estaba allí cerca, más o menos escondido porque ya no se llevaba, pero vivo y vigente.

Y así hace decir a un personaje Leopoldo Alas («Clarín»): «Pero no, todo eso son disparates; yo no puedo asesinar con un puñal a ese infame... y... eso son necedades de novela.» *(La Regenta.)*

Igualmente Pérez Galdós se referirá, entre burla y admiración, al éxito que siguen teniendo las obras de ese tipo:

—¿Le gusta a usted el teatro?

—Eso sí, sobre todo los dramas que le hacen llorar a una.

—¡Ave María! Esas obras en que sale aquello de ¡Hijo mío! ¡Padre mío!

—Ésas y otras en que hay pasos de mucha aflicción, y sacan las espadas y se desmaya una actriz porque le quitan el hijo. [*Fortunata y Jacinta.*]

LAS FRASES DE BENAVENTE

Cuando el estilo romántico está dando sus últimas coletadas, éstas resultan también las menos importantes. Se trata de Echegaray que será destronado —dicen las historias de la literatura— por el nuevo estilo personificado por Jacinto Benavente. Por vez primera las pasiones se expresan en voz normal, no a gritos, y el diálogo adquiere un valor en sí mismo.

Resulta curioso que el destronamiento de Echegaray por Benavente se hiciese con las mismas armas manejadas de forma distinta. La primera obra de Benavente, *El nido ajeno* estrenada en 1894 y que se considera como el triunfo de un nuevo estilo tiene un argumento muy parecido a la obra máxima del ingeniero y político Echegaray, es decir, *El Gran Galeoto*. En ambos casos el drama se plantea con la presencia de un tercero. El «Ernesto» de Echegaray se llama aquí Manuel. Es un hermano vuelto al hogar tras largos años de vivir en el extranjero. La maledicencia, en ambos casos, acusará al extraño de relaciones con la esposa, maledicencia que llevará en ambas obras a situación límite...

La diferencia está en la forma con que esa situación se plantea. A la violencia amparada en malos versos que emplea Echegaray, Benavente contrapone unos parlamentos intencionados pero suaves. Hay en la escena V del primer acto una acotación que marca claramente el cambio de estilo.

MANUEL. *(Con tono ligero apenas tocado de cierta gravedad y ternura; sobre todo debe evitarse el tono solemne y declamatorio.)*

El autor no niega la posibilidad de una pasión culpable a la forma echegariana —Manuel confesará en un aparte del último acto que su hermano había visto más claro que él en su interior—, pero la matizará de forma civilizada: El intruso «Perdonad al ave de paso si turbó la tranquilidad de vuestro nido», se alejará prometiendo volver «cuando

seamos viejos y no quepan desconfianzas ni recelos entre nosotros... Cuando no podamos dudar... ni de nosotros mismos... Entonces volveré a buscar un rincón donde morir en nido ajeno».

Es la escena final. Un final muy distinto del violento griterío de Ernesto en *El Gran Galeoto* llamando a su progenitora como testigo de su honestidad hasta el momento y de su firme propósito de emprender una nueva vida con la esposa de su protector: «¡La sombra de mi madre sobre tu frente deposita un beso!»... mientras don Julián cae fulminado.

A partir de ahí Benavente dará a la sociedad española, de una España que está asomándose con retraso a la Europa industrial, una fórmula cultural fácil de comprender y, al mismo tiempo, con cierto aire misterioso que atrae a la gente. Son las famosas «frases de Benavente», en las que el autor juega a la paradoja, y demuestra cómo buscando el bien se puede hacer el mal, y al contrario. Al público le encanta ese juego de artificios verbales y se le entregará durante casi toda la primera mitad del siglo XX. Aunque la línea Echegaray se mantendrá con algunos autores como Linares Rivas, la benaventina seguirá triunfando, porque burgués es en general el público que va a los teatros y para burgueses escribe Jacinto Benavente. Seguirán sus pasos Honorio Maura, J. I. Luca de Tena, Ruiz Iriarte (con mezcla de Casona), López Rubio (con influencia inglesa).

Como en el caso de Valle-Inclán, la personalidad física del autor contribuirá muchísimo a su éxito. En un Madrid todavía pequeño, donde la gente pasea mucho y sobre todo se encuentra en los innumerables cafés, la exigua silueta de «don Jacinto», con su barbilla apuntada como un menudo Mefistófeles, será popularísima. Sus frases se repetirán alborozadamente como muestras de un ingenio ático, rápido y a veces malintencionado y, como ocurre siempre en esos casos, se le atribuirán muchas que, aun estando dentro de su estilo, quizá jamás pronunciara. Por ejemplo...

Al actor joven e impetuoso, con más audacia que talento, que le comunicaba...

—¿Sabe usted, don Jacinto, que voy a montar *Hamlet*?

...contestó paternalmente.

—Ten cuidado no te tire.

...a la señora que insistía en llevarle a pronunciar una conferencia ante una sociedad femenina, a pesar de que él decía no tener nada preparado...

—Gracias, pero no me gusta hablar «a tontas y a locas...».

Madrid se hace eco también de sus posibles «amistades particulares». Una dama se atreve a insinuárselo.

—Don Jacinto, su cabeza es hermosa, pero «sin seso».

El premio Nobel se inclina, terminando la cita.

—Dijo la zorra al busto, señora.

Su estilo predilecto es el del cinismo leve sin herir. Por ejemplo, en

una de sus obras más famosas, *Los intereses creados*, el criado explica a «Colombina» el juego a que se dedican los hombres, doblando su personalidad, para conseguir al mismo tiempo la tranquilidad de conciencia y los logros materiales.

...COLOMBINA. ¿Sois algún encantador, por ventura?

CRISPÍN. Ya me iréis conociendo. Sólo os diré que por algo juntó hoy el destino a la gente de tan buen entendimiento, incapaz de malograrlo con vanos escrúpulos. Mi señor sabe que esta noche asistirá a la fiesta el señor Polichinela con su hija única, la hermosa Silvia, el mejor partido de esta ciudad. Mi señor ha de enamorarla, mi señor ha de casarse con ella y mi señor sabrá pagar como corresponde los buenos oficios de doña Sirena y los vuestros también si os prestáis a favorecerle.

COLOMBINA. No andáis con rodeos. Debiera ofenderme vuestro atrevimiento.

CRISPÍN. El tiempo apremia y no me dio lugar a ser comedido.

COLOMBINA. Si ha de juzgarse al amo por el criado...

CRISPÍN. No temáis. A mi amo le hallaréis el más cortés y atento caballero. Mi desvergüenza le permite a él mostrarse vergonzoso. Duras necesidades de la vida pueden obligar al más noble caballero a empleos de rufián, como a la más noble dama a bajos oficios, y esta mezcla de ruindad y nobleza en un mismo sujeto desluce con el mundo. Habilidad es mostrar separado en dos sujetos lo que suele andar junto en uno solo. Mi señor y yo, con ser uno mismo, somos cada una parte del otro. ¡Si así fuera siempre! Todos llevamos en nosotros un gran señor de altivos pensamientos, capaz de todo lo grande y de todo lo bello... Y, a su lado, el servidor humilde, el de las ruines obras, el que ha de emplearse en las bajas acciones a que obliga la vida... Todo el arte está en separarlos, de tal modo, que cuando caemos en alguna bajeza podamos decir siempre: no fue mía no fui yo, fue mi criado. En la mayor miseria de nuestra vida siempre hay algo en nosotros que quiere sentirse superior a nosotros mismos. Nos despreciaríamos demasiado si no creyésemos valer más que nuestra vida... Ya sabéis quién es mi señor: el de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños. Ya sabéis quién soy yo: el de los ruines empleos, el que siempre, muy bajo, rastrea y socava entre toda mentira y toda indignidad y toda miseria. Sólo hay algo en mí que me redime y me eleva a mis propios ojos. Esta lealtad de mi servidumbre, esta lealtad que se humilla y se arrastra para que otro pueda volar y pueda ser siempre el señor de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños.

Benavente ha pasado a la historia de la literatura como el autor comedido, cáustico, suave en el tono de voz; intencionado en el fondo, siempre civilizado. Y sin embargo, su obra más conocida resulta ser un drama rural con tema puramente romántico. Un amor inconfesado, un crimen que se comete para conseguirlo, una mujer —la madre— que sólo en el último momento descubre la verdad de lo que hay entre su marido y Acacia. La diferencia entre el final de *La malquerida* y el de otra obra en que se planteara este drama, está en que el lenguaje, aun siendo apasionado, no llega nunca a excesos barrocos. Gente del pueblo grita y se indigna, llora y se exalta con palabras del pueblo: «miá», tié», «sío»... pero sin «literatura».

Escena XI

Dichos y Esteban

RAIMUNDA. ¡Esteban!

ESTEBAN. ¡Tié razón, tié razón! ¡No es ella la que tié que salir de esta casa! Pero yo no quiero que sea ella quien me entregue a la justicia. Me entregaré yo mismo. ¡Descuida! ¡Y antes de que puean entrar aquí, les saldré yo al encuentro! ¡Déjame tú, Raimunda! Te queda tu hija. Ya sé que tú me hubieas perdonao. ¡Ella no! ¡Ella me ha aborrecío siempre!

RAIMUNDA. No, Esteban. Esteban de mi alma.

ESTEBAN. Déjame, déjame, o llamo al padre de Norberto y se lo confieso todo aquí mismo.

RAIMUNDA. Hija, ya lo ves. Y ha sío por ti. ¡Esteban, Esteban!

ACACIA. ¡No le deje usted salir, madre!

RAIMUNDA. ¡Ah!

ESTEBAN. ¿Quies ser tú quien me delate? ¿Por qué me has odiao tanto? ¡Si yo te hubiea oído tan siquiera una vez llamarme padre! ¡Si tú pudieas saber cómo te he querío yo siempre!

ACACIA. ¡Madre, madre!

ESTEBAN. Malquerida habrás sío sin yo quererlo. ¡Pero, antes, cómo te había yo querío!

RAIMUNDA. ¿No le llamarás nunca padre, hija?

ESTEBAN. No me perdonará nunca.

RAIMUNDA. Sí, hija, abrázale. Que te oiga llamarle padre. ¡Y

hasta los muertos han de perdonaros y han de alegrarse con vosotros!

ESTEBAN. ¡Hija!

ACACIA. ¡Esteban! ¡Dios mío, Esteban!

ESTEBAN. ¡Ah!

RAIMUNDA. ¿Aún no le dices padre? ¿Qué, ha perdío el sentío? ¡Ah! ¿boca con boca y tú abrazao con ella? ¡Quita, aparta, que ahora veo por qué no querías llamarle padre! ¡Que ahora veo que has sío tú quien ha tenío la culpa de too, maldecía!

ACACIA. Sí, sí. ¡Máteme usted! Es verdad, es la verdad. ¡Ha sío el único hombre a quien he querío!

ESTEBAN. ¡Ah!

RAIMUNDA. ¿Qué dice, qué dice? ¡Te mato! ¡Maldecía!

ESTEBAN. ¡No te acerques!

ACACIA. ¡Defiéndame usted!

ESTEBAN. ¡No te acerques te digo!

RAIMUNDA. ¡Ah! ¡Así! ¡Ya estáis descubiertos! ¡Más vale así! ¡Ya no podrá pesar sobre mí una muerte! ¡Que vengan toos! ¡Aquí, acudir toa la gente! ¡Prender al asesino! ¡Y a esa mala mujer, que no es hija mía!

ACACIA. ¡Huya usted, huya usted!

ESTEBAN. ¡Contigo! ¡Junto a ti siempre! ¡Hasta el infierno! ¡Si he de condenarme por haberte querío! ¡Vamos los dos! ¡Que nos den caza si puen entre esos riscos! ¡Pa quererte y pa guardarte, seré como las fieras, que no conocen padres ni hermanos!

RAIMUNDA. ¡Aquí, aquí! ¡Ahí está el asesino! ¡Prenderle! ¡El asesino! *(Han llegado por diferentes puertas,* EL RUBIO, BERNABÉ y LA JULIANA, *y gente del pueblo.)*

ESTEBAN. ¡Abrir paso, que no miraré naa!

RAIMUNDA. ¡No saldrás! ¡Al asesino!

ESTEBAN. ¡Abrir paso, digo!

RAIMUNDA. ¡Cuando me haigas matao!

ESTEBAN. ¡Pues así! *(Dispara la escopeta y hiere a* RAIMUNDA.*)*

RAIMUNDA. ¡Ah!

JULIANA. ¡Jesús! ¡Raimunda! ¡Hija!

RUBIO. ¿Qué ha hecho usted, qué ha hecho usted?

UNO. ¡Matarle!

ESTEBAN. ¡Matarme si queréis, no me defiendo!

BERNABÉ. No; ¡entregarle vivo a la justicia!

JULIANA. ¡Ese hombre ha sío, ese mal hombre! ¡Raimunda! ¡La ha matao! ¡Raimunda! ¿No me oyes?

RAIMUNDA. ¡Sí, Juliana, sí! ¡No quisiera morir sin confesión! ¡Y me muero! ¡Mía cuánta sangre! ¡Pero no importa! ¡Ha sío por mi hija! ¡Mi hija!

JULIANA. ¡Acacia! ¿Ande está?

ACACIA. ¡Madre, madre!

RAIMUNDA. ¡Ah! Menos mal, que creí que aún fuera por él por quien llorases.
ACACIA. ¡No, madre, no! ¡Usted es mi madre!
JULIANA. ¡Se muere, se muere! ¡Raimunda, hija!
ACACIA. ¡Madre, madre mía!
RAIMUNDA. ¡Ese hombre ya no podrá nada contra ti! ¡Estás salva! ¡Bendita esta sangre que salva, como la sangre de Nuestro Señor!

UN NUEVO ROMANTICISMO LLAMADO MODERNISMO

El péndulo literario ha vuelto a oscilar. Pasó de la embriaguez de la palabra barroca al sentido común, los razonadores del XVIII, volvió a dispararse por los caminos de la imaginación cuando los románticos decidieron liberarse de las Reglas aristotélicas. Tras el vendaval romántico, las aguas volvieron a los cauces normales. No resucitaron las reglas pero se analizó el problema diario, la vida cotidiana en lugar de soñar en castillos, en princesas y en caballeros medievales. Es el tiempo de Valera, de Alarcón y, sobre todo, de Pérez Galdós, de la Pardo Bazán, de Pereda. La fraseologia es todavía romántica pero los temas son prácticos, normales, corrientes.

Hasta que el público se cansa también de tanta realidad y surge el Modernismo. Lo capitanea un centroamericano, Rubén Darío, y en sus filas entran muchos escritores españoles. Vuelve el verbo a tener tanta importancia como el fondo de la cuestión...

...Que púberes anéforas ofrenden el acanto

dice, de pronto, Rubén Darío. Y aunque la mayoría de los lectores ignoran lo que significa púberes, anéforas y acanto se complacen, se deleitan en la melodía. El verso se hace altisonante de nuevo. Vuelven los recuerdos de tiempos gloriosos.

Capitán, capitán,
el de la torcida espada,
de la capa colorada
y del caballo alazán.
Si fuera la empresa mía,
si mi honor no se oponía,
si diera a mi fantasía
rienda suelta en este día,
ya que partes, capitán,
contigo me partiría
y a la grupa montaría
de tu caballo alazán.

...dice Eduardo Marquina *(En Flandes se ha puesto el sol)*. Y Francisco Villaespesa volverá, como sus abuelos románticos, la mirada a Oriente.

¿Dónde alzaremos nuestra tienda?
¿Bajo qué arbusto, todo lleno
de blancas flores, nuestros cantos
deshojaremos a los vientos?
Habrá una luz de primavera,
brillará el mar como un espejo;
relucirán los minaretes
entre lúcidos limoneros.

[*El Alcázar de las perlas.*]

Igual ocurrirá en la prosa, incluso en la novela. Gabriel Miró hará brillar el sol y el agua en sus relatos, como hacía por los mismos tiempos Sorolla con sus cuadros.

Solos Félix y su bella madrina, quedaron silenciosos recogiendo todo el aliento del paisaje, contemplando juntos.

—¡Qué distinto eres de Silvio y de todos!

Félix la miró intensamente y le dijo cerca de sus sienes:

—¡Déjame... no, déjame que sea egoísta; no hablemos sino de nosotros! Toda mi alegría, más que alegría, mi exaltación, de sentir, de vivir, recibida por tu llegada comienza ahora a comunicárseme por toda mi sangre... ¡Tenerte libremente aquí! ¡Qué nuevas hermosuras hay en los árboles, en las montañas, en el azul y hasta en las hierbas húmedas de ese camino que se alborozan bajo la gracia de una gota de sol!

Y Félix le tomó las pálidas manos y besó sus dedos y sus sortijas y en una llana amatista puso un beso muy lento que empañó la joya.

—¡Eres mi prelada, madrina mía!

...Rendido, Félix descansó su cabeza en el seno de la amada.

Las manos de la señora jugaban alisando los rubios cabellos del hombre; y la caricia descendió a los labios y se detuvo en la garganta; desciñeron el lazo azul de la chalina y Beatriz se inclinó para contemplarle.

—Tu cuello es de estatua de mármol de un dios cruel —y lo besó suavemente.

Esos amantes que se quieren sin temor ni remordimiento son como los que reflejará el más conocido de los modernistas españoles, en *Corte de amor*:

> Era el amor de Augusta, alegría erótica y victoriosa, sin caricias lánguidas, sin decadentismos anémicos, pálidas figuras del bulevar. Ella sentía por aquel poeta galante y gran señor esa pasión que aroma la segunda juventud con fragancias de generosa y turgente madurez. Como el calor de un vino añejo, así corría por su sangre aquel amor de matrona lozana y ardiente. Amor voluptuoso y robusto como los flancos de una Venus, amor pagano, limpio de rebeldías castas, impoluto de los escrúpulos cristianos que entristecen la sensualidad sin domeñarla.
>
> ...Bajo las frondas del jardín había sentido Augusta la seducción del príncipe Attilio y el capricho de amarle y rendirle... como una princesa del Renacimiento se le ofreció desnuda. Deseaba entregarse y se entregó. Después aquellos amores llenaron con su perfume galante y sensual el sombrío palacio de una reina viuda. Fueron como las frescas y fragantes rosas pompadour, que crecían en el fondo de los jardines realengos, bajo las enamoradas melancólicas. Augusta parecía hechizada por aquel príncipe poeta que cincelaba sus versos con el mismo buril que cincelaba Benvenuto las ricas y floreadas copas de oro, donde el Magnífico Duque de Médicis bebía los vinos clásicos, loados por el viejo Horacio.

VALLE-INCLÁN

Quien así escribía se llamó Ramón María del Valle-Inclán. En sus obras fue impresionista; en su aspecto impresionante. Llevaba una larga y descuidada barba de chivo y su personalidad física mancada se impuso en aquel Madrid del primer tercio de siglo. Como don Juan, a quien tanto se parecía su alter ego, el marqués de Bradomín, a donde iba llevaba el escándalo. Si en un café, opinando en voz alta de todos y, generalmente, contra todos; si en un teatro, advirtiendo en voz alta de lo que le parecía la comedia, casi siempre en términos derogatorios. Como en el caso de Jacinto Benavente, se la atribuían frases que podía haber dicho, aunque quizá concretamente no las dijera, porque correspondían a su estilo, a su modo de ser. Si oía en una obra teatral que un personaje describía así a una mujer...

«Tiene por fuera la delicadeza de la seda. Por dentro es de acero.»

...se levantaba Valle-Inclán de su butaca:

—Eso no es una mujer, eso es un paraguas.

El poder público, por parte del general Primo de Rivera, dio sobre él un vaticinio de acuerdo con la mayoría de burgueses españoles: «Ese eximio escritor y extravagante ciudadano.»

En la inmensa obra vallinclanesca hay tres líneas claras. La que acaba de asomarse a estas páginas con sus jardines, sus palacios, su sensualidad a flor de piel, su amor a la vida. Es también el de la mayor parte de las obras que se refieren al marqués de Bradomín.

La segunda es la evocación a su tierra natal. Galicia feudal, dramática, angustiada, con un friso de mendigos, de brujas y de infanzones crueles. Es la del *Romance de Lobos.*

Don Juan Manuel llega por aquel camino aldeano de verdes orillas. El loco, la viuda y los huérfanos le acompañan.

El caballero camina entre ellos como un viejo patriarca entre su prole: Dolor, miseria y locura.

DON GALÁN. ¡Catay el amo que torna!

DOMINGA DE GÓMEZ. ¡Vuelve a su silla el rey de Castilla!

EL MANCO LEONÉS. ¡Vuelven los desvalidos a tener padre!

LA RECOGIDA. ¡Nos topábamos como ovejas sin pastor y cuidado que llega!

DON GALÁN. ¡No es el pastor sino el mastín! Veredes qué dientes le muestra a los lobos El Caballero.

*Apoyado en la jamba espera. Los mendigos y criados se agrupan detrás, todos en un gran silencio. (*EL CABALLERO *vuelve a pulsar la puerta y acompaña con grandes voces los golpes de su puño cerrado.)*

EL CABALLERO. ¡Abrid, hijos de Satanás!

(Resuenan en el ancho zaguán los golpes del CABALLERO. *Ante la puerta hostil y cerrada se levanta, como un oleaje, el vocerío de la hueste mendicante y los viejos criados despedidos de la casona.)*

LA VOZ DE TODOS. ¡Abran a su padre! ¡Abran a su padre!

EL CABALLERO. ¡Derribad la puerta! ¡Mis verdaderos hijos sois vosotros!

LA VOZ DE TODOS. ¡Tengan caridad para su padre! ¡Caridad y respeto! ¡Caridad y respeto!

EL CABALLERO. ¡Eso da solo el amor!

(Por las mejillas del viejo linajudo ruedan dos lágrimas que se pierden en la nieve de la barba. Los mendigos y los criados se arrojan sobre la puerta.)

...de pronto cesa el clamor. Espantados de sus voces, mendigos y criados oyen en un gran silencio descorrer los cerrojos de la puerta. Se abre rechinando y sobre el umbral, como una sombra de malas artes aparece ANDREÍÑA. *Al mismo tiempo asoman con bárbara violencia los cuatro segundones en aquel balcón de piedra que remata con el escudo de armas: Águilas y blasones. Todos hablan en un son.*

DON MAURO. ¡Ya tenéis franca la puerta!

DON ROSENDO. ¡Entrad si os atrevéis!

DON MAURO. ¡El que cruce estos umbrales no vuelve a salir!

DON GONZALITO. ¡Atreveos, miserables!

DON FARRUQUIÑO. ¡Ya no gritáis, mal nacidos!

EL CABALLERO. ¡Entrad conmigo todos! ¡Mis verdaderos hijos sois vosotros! ¡Ayudadme para que pueda saciar vuestra hambre de pan y vuestra sed de justicia! ¡Ayudadme como hijos! ¡Ayudadme como animales hambrientos, como arcángeles o como demonios! ¡Rabiad, ovejas!

(Todos permanecen ante la puerta, cobardes, mudos y quietos. EL CABALLERO *entra solo y sus voces roncas y tronantes bajo la bóveda del zaguán, se alejan y pierden. Los cuatro mancebos se retiran del balcón, unánimes en el impulso violento y fiero.* ANDREÍÑA *empuja la puerta para cerrarla y,*

en aquel momento, adelántase la figura gigante del pobre lazarado derriba por tierra a la bruja y penetra en el zaguán clamando y todos le siguen repitiendo sus voces.)
EL POBRE DE SAN LÁZARO. ¡Es nuestro padre! ¡Es nuestro padre! [III-5.]

Esa maravilla, ¿es una obra de teatro? Últimamente, en España, ha resucitado para la escena el gran don Ramón, pero la lectura de sus páginas produce un interrogante. Se trata de las acotaciones que no son, como en las obras teatrales al uso, sobrias y concisas, puramente de efecto práctico. En Valle-Inclán forman parte del texto, lo subrayan, lo amplían en su parte plástica sin perder emoción lírica, lo completan, en fin. ¿Cómo suprimir esa parte en la representación? Problema difícil.

La tercera dimensión de Valle-Inclán tiene su tema y ambiente al otro lado del Atlántico. En una maravillosa simbiosis de lenguajes de Centro y Sudamérica, don Ramón María consiguió una re-creación todavía no superada en lengua castellana. La inició con *Sonata de Estío* y la completó y superó en la trágica historia de *Tirano Banderas*. Éste fue el fin del fabuloso personaje.

...Mediada la mañana, habían iniciado el fuego de cañón las partidas rebeldes y en poco tiempo abrieron brecha para cubrir el asalto. Tirano Banderas intentó cubrir el portillo, pero las tropas se le desertaban, y tuvo que volver a encerrarse en sus cuarteles. Entonces, juzgándose perdido, mirándose sin otras compañías que la del fámulo rapabarbas, se quitó el cinto de las pistolas y salivando venenosos verdes, se lo entregó:

—¡El Licenciadito concertista será oportuno que nos acompañe en el viaje de los infiernos!

Sin alterar su paso de rata fisgona, subió a la recámara donde se recluía la hija. Al abrir la puerta oyó las voces adementadas:

—¡Hija mía, no habés vos servido para casada y gran señora, como pensaba este pecador que horita se ve en el trance de quitarle la vida que te dio hace veinte años! ¡No es justo quedés en el mundo para que te gocen los enemigos de tu padre, y te baldonen llamándote hija del chingado Banderas!

Oyendo tal, suplicaban despavoridas las mucamas que tenían a la loca en custodia. Tirano Banderas las golpeó en la cara:

—¡So chingadas! ¡Si os dejo con vida, es porque habés de amortajármela como un ángel!

Sacó del pecho un puñal, tomó a la hija de los cabellos

para asegurarla y cerró los ojos. Un memorial de los rebeldes dice que la cosió con quince puñaladas.

V

Tirano Banderas salió a la ventana, blandiendo el puñal, y cayó acribillado. Su cabeza, befada por sentencia, estuvo tres días puesta sobre un cadalso con hopal amarillas, en la Plaza de Armas. El mismo auto mandaba hacer cuartos el tronco y repartirlos de frontera a frontera, de mar a mar. Zamalpoa y Nueva Cartagena, Puerto Colorado y Santa Rosa del Titipay, fueron las ciudades agraciadas.

DELICADO AZORÍN...

Me dijo Ramón J. Sender una vez: «Azorín es un bibelot, a veces amable y decorativo». (Carta particular: 27-1-61.) Juicio extremoso como muy español, pero con cierta habilidad para dar en la diana. No ha habido en nuestra literatura escritor más pulcro, cuidadoso, suave. Parece caminar sobre las páginas de puntillas. Describe y retrata lo anodino para realzarlo, para darle categoría; jamás, que yo sepa, bajará su pluma a darnos la historia de un crimen o de una tempestad. Su mundo es el cotidiano. Sólo se asoma a veces la pasión cuando habla de los clásicos que conoce a fondo y adora (y ha logrado que compartiesen esta adoración muchos españoles).

Hace años, él era ya muy mayor, tuve el gusto de saludarle personalmente. Se repitió un rito que todos los que han ido a visitarle recuerdan. Su atención amable, su cortesía, sus buenas maneras. Siempre tenía un libro que sacar de sus estantes para dar ilustración literaria a sus palabras. En la casa se respiraba la serenidad y la paz que están en sus escritos. Cela escribió «la salita de Azorín es probablemente lo más parecido al Limbo».

Le hablé de mis trabajos sobre las costumbres españolas que él ya conocía —incluso había elogiado en *ABC* mi *Vida española en el siglo XVIII*—. Me dijo:

—Habría que escribir la historia de la silla en España.

—¿De la silla?

—Sí. ¿Usted sabe por qué llevan las mujeres españolas esas sillas pequeñas a la iglesia?

—Por comodidad creía, por el peso y tamaño...

—No. Es que es lo más cercano a lo tradicional que era la almohada en el suelo. Durante muchos años, las mujeres se sentaron en la iglesia

a la moruna, con cojines. Al llegar la silla procuraron que fuera pequeña para no separarles demasiado de la vieja costumbre.

No tuvo nunca pasiones desorbitadas. Cuando llevó su pluma a la polémica con mayor fuerza fue con motivo de la Guerra Europea, cuando militó a favor de los francófilos. Sus artículos de *ABC* dieron muy a menudo la nota propagandística a favor de los aliados, pero, especialmente, a favor de Francia que tanto amaba. Luego, tras la Guerra Civil, se acomodó sin estridencias en la España de Franco y siguió muchos años publicando artículos que luego recogía en libros. Ya no vendía demasiado, aunque seguía siendo apreciado por los hispanistas de todo el mundo. En su última época, descubrió de pronto el cine y acudía a las salas de Madrid con regularidad. Las crónicas que esa nueva afición le provocaron son, en general, ingenuas, como de primerizo en ese nuevo campo, aunque, de vez en cuando, aparezca una observación aguda y penetrante. Levantino, cantó a Castilla y a sus clásicos, como nadie. Resulta curioso que de los grandes enamorados de Castilla ninguno naciera en ella. Unamuno fue vasco; Marquina, catalán; Azorín, levantino; Antonio Machado, andaluz. En cambio, hubo dos madrileños que se sintieron europeos y aun universales. Se llamaban Ortega y Gasset y Marañón.

He aquí unos párrafos típicos de Azorín; es la velada en un pueblo español.

> La luz de la luna, suave, plateada, baña las fachadas de las casas; de los aleros, de los balcones, caen unas sombras largas, puntiagudas, sobre los blancos muros. Las lechuzas, en la torre de la iglesia, lanzan a intervalos misteriosos resoplidos. Don Juan y yo caminamos despacio. Ya hemos marchado a lo largo de una calle; después hemos torcido a la derecha y hemos atravesado una plaza; luego hemos pasado por dos, por tres, por cuatro calles más; al fin, nos hemos encontrado otra vez en la puerta del Casino. Esto es fatal. Don Juan se detiene otra vez en la puerta con la cabeza baja, apoyado en su bastón. Luego sale de sus meditaciones, levanta la vista y dice:
>
> —¿Usted se aburrirá aquí soberanamente?
>
> —No, don Juan —le contesto—; yo estoy aquí muy bien.
>
> En el Casino, la concurrencia de prima noche se ha ido disgregando; en un ángulo, medio sumido en la penumbra, cuatro jugadores mueven ruidosamente las fichas del dominó sobre el mármol. Las lamparillas eléctricas lucen mortecinas. Hay algo en la atmósfera que es cansancio, tedio, monotonía indefinible.
>
> —¿Subimos, Azorín? —pregunta don Juan.
>
> —Subamos, don Juan —contesto yo.
>
> Subimos lentamente por las escaleras que llevan al piso

principal. De nuevo don Juan se para un momento en la puerta del salón. Yo comienzo a sospechar que hay una secreta afinidad entre las puertas y don Juan. Pero otra vez sale don Juan de sus profundas cavilaciones.

—Deme usted dos pesetas, Azorín.

Yo le doy dos pesetas a don Juan. Y entramos. Los reflejos verdes de una lámpara caen sobre un grupo de cráneos que se inclinan absortos; una voz grita: «¡Juego!»

...La luz de la luna baña suave, plateada, las anchas calles; de los aleros, de los balcones, caen unas sombras largas, puntiagudas; reina un profundo silencio en la ciudad dormida; las lechuzas resoplan formidables, y una voz lejana canta, con una melopea plañidera: «¡Sereno, la una!»

Don Juan y yo caminamos despacio.

—Don Juan —le digo—, ¿usted se acuesta tarde todas las noches?

—Yo, Azorín —me dice él—, no puedo acostarme nunca sin ver la luz del día.

Yo me quedo mirando a don Juan. ¿Puede darse un ser más extraño y más interesante que un trasnochador de pueblo? ¿Qué hacen esos trasnochadores fantásticos durante toda la noche interminable de las ciudades muertas? ¿En qué emplean las horas monótonas, eternas, de las madrugadas invernales?

...Nos despedimos.

—¿Quiere usted que vayamos a casa a tomar algo? —dice don Juan.

—Como usted guste, don Juan —le digo yo.

...La cocina está cerca. Hacemos fuego y asamos las chuletas; pero no encontramos la sal. Don Juan sale y abre una puerta allá en lo hondo de la entrada.

—¡Lola! ¡Lola! —grita—. ¿Dónde habéis puesto la sal?

Luego vuelve, registra un cajón del aparador y saca el salero.

¿Cuántas horas pasan mientras comemos y charlamos? ¿Una, dos, tres, cuatro? Un reloj, uno de esos relojes terribles de las casas de los pueblos, suena cuatro metálicas campanadas; cantan los gallos a lo lejos. En los vidrios de las ventanas aparece una claridad vaga, opaca...

—Don Juan, me marcho —digo yo.

—Pues vaya usted con Dios, Azorín, y hasta la tarde.

La puerta hace un ruido sordo al ser cerrada. Yo miro al Oriente, que parece encuadrado entre las dos ringlas de las casas, y lo veo teñirse de carmín, de nácar y de oro.

LOS MACHADO, ¿DOS HERMANOS O DOS ESPAÑAS?

...Así vio un pueblo español Azorín. El autor no toma partido; observa simplemente.

Así lo vio, en cambio, otro escritor del tiempo. Se llamaba Antonio Machado:

...¡Oh estos pueblos! Reflexiones,
lecturas y acotaciones
pronto dan en lo que son:
bostezos de Salomón.
¿Todo es
soledad de soledades,
vanidad de vanidades
que dijo el Eclesiástés?
Mi paraguas, mi sombrero,
mi gabán... el aguacero
amaina... Vámonos, pues.
Es de noche, se platica
al fondo de una botica.
—Yo no sé,
Don José,
cómo son los liberales
tan perros, tan inmorales.
—¡Oh, tranquilícese usté!
Pasados los carnavales,
vendrán los conservadores,
buenos administradores
de su casa.
Todo llega y todo pasa.
Nada eterno:
ni gobierno
que perdure,
ni mal que cien años dure.
Tras estos tiempos vendrán
otros tiempos y otros y otros,
y lo mismo que nosotros
otros se jorobarán.
Así es la vida don Juan.
—Es verdad, así es la vida.
—La cebada está crecida.
—Con estas lluvias...
...Y van
las habas que es un primor
...Tic-tic, tic-tic... Y pasó
un día como otro día,
dice la monotonía
del reló.

Era un poeta que pensaba o un pensador que poetizaba. La observación es a menudo social, intencionada. Donde Azorín no ve más que la

apariencia —y la cuenta bellamente—, Antonio Machado busca las entretelas del hombre y de la sociedad. Estaba, diríamos en términos muy generales, a la izquierda.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y más que un hombre al uso que sabe mi doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Es difícil para Antonio ver sólo la superficie en el paisaje; siempre tiene que calar en lo humano que lo puebla. El campo es campo, pero también descampado. La estética no impedirá nunca a la ética que grite su alarma ante la situación española:

...El Duero cruza el corazón de roble
de Iberia y de Castilla.

¡Oh, tierra triste y noble,
la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas;
decrépitas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones
que aún van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?
Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;
cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.
¿Paso? Sobre sus campos aún el fantasma yerra
de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.
Filósofos nutridos de sopa de convento
contemplan impasibles el amplio firmamento;
y si les llega en sueños, como un rumor distante,
clamor de mercaderes de muelles de Levante,
no acudirán siquiera a preguntar ¿qué pasa?

Y ya la guerra ha abierto las puertas de su casa.

[*Campos de Castilla.*]

La lucha civil endureció su actitud, como endureció la actitud de la mayoría de los españoles. Esas gotas de sangre jacobina se convirtieron en torrente y puso su verso al servicio de una causa republicana, con entusiasmo que sería infantil si no fuera tan serio. Llegó casi a la blasfemia poética, a la negación de su responsabilidad de escritor al decirle a Líster —¿quién se acuerda hoy de Líster?— nada menos que le envía...

...de monte a mar, esta palabra mía:
si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría.

Y luego, Manuel Machado.

Tenemos también un autorretrato poético de éste donde encontrar la raíz —¡no más que la raíz!— de su actuación política posterior. Donde su hermano dice:

Ni un seductor Mañara ni un Bradomín he sido,
ya conocéis mi torpe aliño indumentario;
mas recibí la flecha que me asignó Cupido
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

...opone Manuel:

Lo demás... nada Vida... cosas... lo que se sabe...
calaveradas, amoríos... Nada grave.
...Las mujeres... —sin ser un Tenorio, ¡eso no!—
tengo una que me quiere y otra que quiero yo.
...mi elegancia es buscada, rebuscada. Prefiero
a lo helénico y puro lo «chic» y lo torero.

Lo andaluz, lo torero dejaron honda huella en Manuel. Mientras en Antonio...

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
y un huerto claro donde madura el limonero.

...contrapesados por

mi juventud, veinte años en tierras de Castilla

...Manuel recuerda...

Bebo por no negar mi tierra de Sevilla
media docena de cañas de Manzanilla.

y además...

Y antes que un tal poeta, mi deseo primero
hubiera sido ser un buen banderillero.

¿Profundidad en uno, frivolidad en otro? Demasiado fácil. Manuel puede ser hondo en alguna soleá y alegre —frívolo nunca— Antonio en una invocación al trabajo por la belleza de hacerlo, sin pedir nada a cambio:

¿Dices que nada se crea?
No te importe, con el barro
de la tierra haz una copa
para que beba tu hermano.

La línea andaluza de Manuel Machado puede hacerse castellana en el verso recordando al Cid.

El ciego sol, la sed y la fatiga,
por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

(Aunque quizás Antonio no hubiera llamado jamás «terrible» a la estepa castellana. Ni Unamuno.) Por su parte, Antonio se acercará a Andalucía en las *Nuevas Canciones*:

¡La del Romancero,
Córdoba la llana!
Guadalquivir hace vega,
el campo relincha y brama.

(Aunque el Romancero es puramente castellano.)
Hay un momento en que coinciden los dos hermanos, al enfrentar-

se, orgullosamente, con el mundo que les rodea. Y, curiosamente, el oficialmente modesto, humilde Antonio, tiene mayor énfasis en su declaración de independencia:

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito,
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho donde yago.

Manuel lejano, aristocrático:

Nada os pido. Ni os amo ni os odio. Con dejarme
lo que hago por vosotros hacer podéis por mí.
Que la vida se tome la pena de matarme,
ya que yo no me tomo la pena de vivir.

¿Del 1898 Antonio? ¿Modernista Manuel? Las mil polémicas que esos nombres han despertado nos servirían quizá para ponerle al problema dos nombres propios. Evidentemente, la llamada generación del 98 —idea de Azorín— nace de una derrota que se siente en la carne y en el espíritu. Se piensa, se indaga, se preocupan los escritores por cómo ocurrió y cómo puede evitarse que ocurra de nuevo. Ganivet es su profeta: «Encerremos con doble llave [no «con siete llaves», la gente siempre refuerza las frases ajenas] el sepulcro del Cid.» Se revuelve orgulloso, Unamuno: ¿Hace falta técnica? ¡Que inventen ellos! Otros, como Azorín, buscarán soluciones y otros, en fin, como Antonio Machado, confiarán en una España que se yergue...

La España de la rabia y de la idea

Mientras —que yo sepa— su hermano Manuel no atacará jamás en sus versos a un hipócrita como don Guido

Murió don Guido, un señor
de mozo muy jaranero,
muy galán y algo torero;
de viejo, gran rezador.

Los modernistas, en general, no mencionarán los problemas sociales del país aceptando el *statu quo* existente. La excepción será Valle-Inclán, que conciliará un «carlismo» literario, porque así conviene más a su brillante prosa —el socialismo es poco lírico— con una actuación personal de aire izquierdista.

J. R. JIMÉNEZ, LA PUREZA INSOLIDARIA

El modernismo encandila a muchos, pero algunos huyen después de su hechizo, de su belleza verbal, de su coruscante brillo. Por ejemplo, Antonio Machado que afirma en unos versos clave de su idea poética...

Adoro la hermosura y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard,
mas no amo los afeites de la actual cosmética
ni soy un ave de esas del nuevo «gay-trinar».

Juan Ramón Jiménez se irá también del modernismo pero no hacia la problemática del tiempo, como Machado (Antonio). Juan Ramón no huirá del modernismo porque crea que la pura estética no tiene razón de ser cuando falta la razón de vivir en política y sociedad. Juan Ramón Jiménez se irá porque dedica toda su vida a depurar la poesía para quitarle faramallas, túnicas, ropajes extraños...

Vino, primero, pura,
vestida de inocencia;
y la amé como un niño.
Luego se fue vistiendo
de no sé qué ropajes;
y la fui odiando, sin saberlo.
Llegó a ser una reina,
fastuosa de tesoros
¡Qué iracundia de hiel y sin sen-
[tido!
Y yo le sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda.
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

Era un poeta profesional en el más amplio y bello de los sentidos. Su aspecto ya era distinto del de los demás cuando escribía *Platero y yo.*

> Vestido de luto, con mi barba nazarena y mi breve sombrero negro, debo cobrar un extraño aspecto cabalgando en la blandura gris de *Platero.*
>
> Cuando, yendo a las viñas, cruzo las últimas calles, blancas de cal con sol, los chiquillos jitanos,[1] aceitosos y peludos, fuera de los harapos verdes, rojos y amarillos, las tensas barrigas tostadas, corren detrás de nosotros, chillando largamente:
>
> —¡El loco! ¡el loco! ¡el loco!
>
> ...Delante está el campo ya verde. Frente al cielo inmenso y puro de un incendiado añil, mis ojos —¡tan lejos de mis oídos!— se abren noblemente, recibiendo en su calma esa placidez sin nombre, esa serenidad armoniosa y divina que vive en el sin fin del horizonte...
>
> Y quedan, allá lejos, por las altas eras, unos agudos gritos velados finamente, entrecortados, jadeantes, aburridos:
>
> —¡El lo...co! ¡el lo...co!

La guerra civil le expulsó de España como a tantos otros intelectuales. Volvieron Marañón, Menéndez Pidal, Ortega, Pérez de Ayala, A. Castro... para quedarse. Volvieron, esporádicamente, Gómez de la Serna, Max Aub, Bergamín, Guillén. Se quedaron Sánchez Albornoz, F. Ayala, Salinas, R. J. Sender...

Juan Ramón fue de los que murió en el destierro, en Puerto Rico, como Pablo Casals. Había enseñado en universidades de los Estados Unidos y la de Riopiedras fue la última que oyó sus charlas antes de que la muerte de Zenobia le «enajenara» totalmente. Había ganado el Premio Nobel de Literatura poco antes.

Platero y yo molestó a Buñuel y a Dalí, que le escribieron una carta indignada porque le había dado a un animal sentimientos humanos, es decir, le había insultado. Me lo ha contado Luis Buñuel hace poco, e imagino que J. R. Jiménez quedaría aterrado ante su reacción.

Era pulcro, raro, alejado. Tuvo la suerte de vivir siempre como un poeta ha soñado que debería vivir, es decir, con una libertad fastuosa. Se decía de él que tenía en su casa dos habitaciones exactamente iguales, con la misma decoración muebles, jarros, flores... Porque para escribir tenía que cambiar de vez en cuando de «atmósfera» pero no de «ambiente».

Cuando se terminó el dinero de su familia, tuvo la suerte inmensa de encontrar a Zenobia Camprubí, que fue mucho más que una esposa;

1. J. R. Jiménez sustituía siempre la «g» por la «j», en los sonidos *ge, gi.*

le arropó, le aisló para que el mundo exterior no le dañase ni enturbiase un momento la serenidad que necesitaba para escribir. Así trabajaba para que él escribiera, amueblando pisos que luego alquilaba a extranjeros ricos.

Juan Ramón tuvo siempre gran obsesión por la muerte. Me contaba un compañero suyo de la Residencia de Estudiantes que ya entonces, años 20, le decía que fallecería joven y sólo le pedía que le dejaran bajo un árbol, porque no quería sentir el peso de la tierra sobre sí; bajo un árbol para que lo devorasen los cuervos.

EL VIAJE DEFINITIVO

...Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando.
Y se quedará mi huerto con su verde árbol
y con su pozo blanco.

Todas las tardes el cielo será azul y plácido,
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.

Se morirán los que me amaron
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y lejos del bullicio distinto, sordo, raro
del domingo cerrado,
del coche de las cinco, de las siestas del baño,
en el rincón secreto de mi huerto florido y encalado,
mi espíritu de hoy errará, nostálgico.

Y yo me iré y seré otro, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...
Y se quedarán los pájaros cantando.

UNAMUNO. NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE

Fue el más español de nuestros escritores, porque introdujo en la literatura todas las características raciales. La intolerancia para los que pensaban distinto que él, el amor por el desierto y el campo árido, la primacía dada siempre al sentimiento contra la razón, el engallar la cabeza ante todo y contra todo, el contradecirse cuando quería y explicar arrogantemente sus contradicciones en lugar de arrepentirse de ellas. Rebelde siempre, fue izquierdista cuando la Monarquía, reaccionario con la República, y acabó insultando a la Causa Nacional porque no estaba de acuerdo con su propia, inmensa, conciencia.

Lenguaje duro y seco pero usado con impresionante inteligencia para sus controversias literarias. (Unamuno tuvo controversias con todo el mundo empezando por él mismo.) Jugó con las ideas como Valle-Inclán con los adjetivos, pero cuando las tocaba él parecían otra cosa. Ni su narración se parece a otras narraciones ni su poesía a otra poesía ni su teatro tiene nada que ver con el teatro al uso. En cuanto al ensayo, esa forma literaria de reflexión y meditación en la que las ideas se engarzan para seguir postulado tras postulado y alcanzar el resumen completo de una teoría, en sus manos cambió de forma y de fondo. Era, como en cualquier otro caso, un grito apasionado de una personalidad que no aceptaba jamás que alguien, por alto que estuviera, marcara un camino por donde tenía que proceder él, don Miguel de Unamuno.

Victorio Macho lo retrató en una cabeza mezcla de búho pensador y de águila retadora. Así fue. Una cultura inmensa, una inteligencia privilegiada al servicio de una pasión, la de convencer a la gente.

...empezando por sí mismo.

No admitió que pusiese nadie cortapisas a su independencia espiritual. Trató siempre a las jerarquías con seguridad de no ser inferior a ninguna de ellas.

Alfonso XIII le dio una condecoración. El protocolo exigía que fuera a darle las gracias y Unamuno lo hizo, aunque se negó a ponerse el «chaqué» de ordenanza. «Vengo —dijo más o menos— a agradecer esta condecoración que me he merecido.» Sonrió el rey: «Es la primera vez que me ocurre. Los demás beneficiados dicen siempre que no se la merecían.» «Y tienen razón», remató el rector de Salamanca.

No buscó —sería esnobismo que no tuvo jamás— estar «en contra» de por el mero hecho de estarlo, pero dijo sus verdades a quien quiso oírle y a quien se negara. Cuando la pugna entre autonomistas vascos y Madrid era más fuerte, fue a dar una conferencia a Bilbao donde fue recibido con entusiasmo como hijo ilustre de aquella raza —soy vasco por treinta y dos costados le dijo a Fernández Almagro—. Pero Unamuno les echó en cara sus actitudes extremas, su odio al maqueto (el castellano que iba a trabajar a Vasconia), su cerrazón mental. Hubo un intento de agredirle. La Prensa castellana aplaudió su actitud y Valladolid le invitó a dar otra conferencia... en la que Unamuno procedió a atacar la cerrada actitud del castellano encastillado en su historia, incapaz de comprender a la periferia de España.

Cuando la Primera Guerra Mundial actuó ardorosamente en defensa de la causa aliada y fue el inventor del vocablo «troglodita», con que denominó a los tradicionalistas españoles que eran, en su mayoría, partidarios de Alemania. Con gran indignación de la derecha tradicional, llegó a decir, ante los ataques a Inglaterra, que lo mejor que podía haberle pasado al país, España, era perder la Invencible...

La Dictadura —por serlo— tenía que enfrentarse con don Miguel, que fue desterrado a Fuerteventura de donde escapó a París. La Ciudad Luz no lo era para quien tenía sed de estepas; se fue a vivir a Hendaya desde donde podía ver a su España.

Escribió en prosa en las páginas del clandestino *Hojas libres* y, en verso, en las composiciones reunidas en *De Fuerteventura a París*. Zahiriendo a los españoles que temían que el final del gobierno Primo de Rivera trajera el caos:

¿Y qué vendrá después? Tal la pregunta
que se hacen en España los borregos
del rebaño cobarde, y luego ciegos
marchan a paso de cansada yunta.

Le molestó físicamente —en el fondo era un aristócrata— la apariencia zafia con que fuese transformando la segunda República que había visto llegar con entusiasmo antiborbónico. Los artículos publicados en *Ahora*, en la primavera de 1936, muestran un desencanto cada vez mayor, que explica la buena acogida que hizo al principio del Movimiento Na-

cional. Por ello fue expulsado de sus cargos académicos por el Gobierno de Madrid...

...y poco después fue cesado también por el Gobierno de Burgos. El choque final ocurrió en la Universidad de Salamanca con motivo del acto en honor del día de la Hispanidad. No hubo taquígrafos ni magnetófono, de forma que las versiones que nos han llegado son fragmentarias y, naturalmente, intencionadas. A través de ellas surgen unos hechos ciertos. Habló Millán Astray con más agresividad propia del legionario que era que del lugar intelectual en que se encontraba. Se levantó después Unamuno. Como en Bilbao hacía unos años, como en Castilla poco después, no dijo lo que se esperaba que dijera ni mucho menos lo que le convenía decir. Al contrario, recordó su independencia total, su amor a la verdad por encima de todo, lo cual le obligaba a pronunciarse «porque aquél era el templo del saber y él, el Sumo Sacerdote».

Millán Astray —recordó— era un mutilado de guerra como lo había sido Cervantes. Pero en este caso la mutilación era más grave porque quería que mutilada fuese también la España del futuro. Unamuno advirtió que no podía aceptar esto en su conciencia. Terminó con una frase apocalíptica: «Venceréis pero no convenceréis.»

Sobrevino, según todos los testigos, un escándalo. Millán Astray gritó un «Mueran los intelectuales» que Pemán quiso matizar con un «No. Mueran los malos intelectuales», y que ha pasado a la historia republicana —la otra no menciona el episodio— con un matiz más grave: «Muera la inteligencia.» Parece ser que hubo intentos de agresión a don Miguel, a quien salvó doña Carmen Polo de Franco que presidía el acto tomando su brazo para dirigirle a la salida.

Unamuno quedó desde entonces recluido en su domicilio. Poco más de dos meses y medio más tarde, el último día de 1936, moría de improviso. Se había quedado solo. No podía comulgar con ninguno de los dos bandos en feroz pugna. Y murió condenado por ambos, incómodo para ambos. Como lo había sido durante toda su vida.

¿Encasillarse él?

No lo hizo ni siquiera al tratarse de lo que más le preocupaba en su vida: La salvación eterna. Así contestaba a quienes le preguntaban cuál era su religión:

> ...Ésos, los que me dirigen esa pregunta, quieren que les dé un dogma, una solución en que pueda descansar el espíritu en su pereza. Y ni esto quieren, sino que buscan poder encasillarme y meterme en uno de los cuadriculados en que colocan a los espíritus, diciendo de mí: es luterano, es calvinista, es católico, es ateo, es racionalista, es místico, o cualquier otro de esos motes, cuyo sentido claro desconocen, pero que les dispensa de pensar más. Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro

hombre que aspire a conciencia plena, soy especie única. «No hay enfermedades, sino enfermo», suelen decir algunos médicos, y yo digo que no hay opiniones, sino opinantes.

En el orden religioso apenas hay cosa alguna que tenga racionalmente resuelta, y como no la tengo no puedo comunicarla lógicamente, porque sólo es lógico y transmisible lo racional. Tengo, sí, con el afecto, con el corazón, con el sentimiento, una fuerte tendencia al cristianismo, sin atenerme a dogmas especiales de esta o de aquella confesión cristiana. Considero cristiano a todo el que invoca con respeto y amor el nombre de Cristo, y me repugnan los ortodoxos, sean católicos o protestantes —éstos suelen ser tan intransigentes como aquéllos—, que niegan cristianismo a quienes no interpretan el Evangelio como ellos. Cristiano protestante conozco que niega el que los unitarios sean cristianos.

Confieso sinceramente que las supuestas pruebas racionales —la ontológica, la cosmológica, la ética, etc., etc.— de la existencia de Dios no me demuestran nada...

Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia; los razomientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futesa mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios o por lo menos creo creer en Él, es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después, porque se me revela, por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la historia. Es cosa de corazón.

Lo cual quiere decir que no estoy convencido de ello como lo estoy de que dos y dos hacen cuatro.

Si se tratara de algo en que no me fuera la paz de la conciencia y el consuelo de haber nacido, no me cuidaría acaso del problema; pero como en él me va mi vida toda interior y el resorte de toda mi acción, no puedo aquietarme con decir: ni sé ni puedo saber. No sé, cierto es, tal vez no pueda saber nunca, pero «quiero» saber. Lo quiero y basta.

Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanza de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y es mi consuelo. Sí, mi consuelo. Me he acostumbrado a sacar esperanza de la desesperación misma. Y no griten ¡paradoja! los mentecatos y los superficiales.

No concibo a un hombre culto sin esta preocupación, y espero muy poca cosa en el orden de la cultura —y cultura no es lo mismo que civilización— de aquellos que viven desinteresados del problema religioso en su aspecto metafísico y sólo lo estudian en su aspecto social o político. Espero muy poco para el enriquecimeinto del tesoro espiritual del género humano de aquellos hombres o de aquellos pueblos que por pereza mental, por superficialidad, por cientificismo, o por lo que sea, se apartan de las grandes y eternas inquietudes del corazón. No espero nada de los que dicen: «¡No se debe

pensar en eso!»; espero menos aún de los que creen en un cielo y un infierno como aquel en que creíamos de niños, y espero todavía menos de los que afirman con la gravedad del necio: «Todo eso no son sino fábulas y mitos; al que se muere lo entierran, y se acabó.» Sólo espero de los que ignoran, pero no se resignan a ignorar; de los que luchan sin descanso por la verdad y ponen su vida en la lucha misma más que en la victoria.

> Y lo más de mi labor ha sido siempre inquietar a mis prójimos, removerles el peso del corazón, angustiarlos si puedo. Lo dije ya en mi *Vida de Don Quijote y Sancho,* que es mi más extensa confesión a este respecto. Que busquen ellos como yo busco, que luchen como lucho yo, y entre todos algún pelo de secreto arrancaremos a Dios, y por lo menos esa lucha nos hará más hombres, hombres de más espíritu... [*Mi religión y otros ensayos.*]

Estas dudas estaban en la mente, no en su pasión. El Dr. Marañón diagnosticó, como acostumbraba, con toda claridad. En Unamuno luchaban la heterodoxia de su cabeza contra la ortodoxia de su corazón.

Quiero verte, Señor y morir luego,
morir del todo;
pero verte, Señor, verte la cara,
¡saber qué eres!
¡Saber que vives!
Mírame con tus ojos
ojos que abrasan;
¡mírame y que te vea!
¡que te vea, Señor y morir luego!
Si hay un Dios de los hombres,
¡el más allá qué nos importa her-
[*manos?*
¡Morir para que él viva,
para que Él sea!
Pero, Señor «yo soy» dinos tan
[*sólo,*
dinos «yo soy» para que en paz
no soledad terrible, [*muramos,*
sino en tus brazos
[*Salmo I.*]

La poetisa confiaba en Él, sabía que se le aparecería a su tiempo, a su modo. El poeta exigía más porque su intelectualidad quería pruebas más concretas. Pero, en el fondo, la misma fe había en santa Teresa que en Miguel de Unamuno.

BAROJA, EL GRAN SOLITARIO

Nació solo, vivió solo, murió solo... a pesar de parientes, como su sobrino Caro Baroja, fiel devoto que compartió sus últimos años y heredó muchos de sus rasgos, entre ellos esa soledad... Baroja no se casó pero quiso a las mujeres de forma lejana y un poco vergonzante. Basta leer sus Memorias donde las describe con amor y timidez. Sus mínimas aventuras cobran con los años y la lupa del recuerdo aspectos gigantescos.

He aquí un texto revelador de su actitud ante las mujeres. Habla un personaje de *La Busca.*

> La siguió de lejos con gran miedo de que le viera. Mientras iba tras ella pensaba en lo que se le tendría que decir a una muchacha así al acompañarla. Había de ser una cosa galante, exquisita; llegaba a suponer que estaba a su lado y torturaba su imaginación ideando frases y giros, no se le ocurría más que vulgaridades. En esto la aprendiza y su caja se perdieron entre la gente y no volvió a verla. [*OC*, I-272.]

Estuvo apartado de la familia y también de la sociedad. Elogió a los anarquistas varias veces, los hizo protagonistas de sus libros. Decía una vez de alguien: «No vagamente anárquico como somos la mayoría de los españoles que no tenemos un buen destino o una cuenta corriente en un banco» (ya es triste que un famoso novelista no la tuviera). Baroja, efectivamente, los miró siempre con simpatía. En una entrevista le preguntan por ellos...

> A mí no me choca que los anarquistas no estén satisfechos con la república. Lo que me choca es que digan que

> todos están vendidos. ¿Vendidos? ¡Pero si son unos pobres que viven mal, trabajan todos los días y aún les queda tiempo para ir a la cárcel! [*El Sol,* 11 nov. 1932.]

Fue solitario en la política porque se negó a formar en grupos fuera de donde fueran. Cuando la guerra del 14 al 18, la «Gran Guerra», Baroja asombró y desconcertó a las derechas, en general germanófilas, y a las izquierdas, en su mayoría aliadófilas, porque defendió la causa de Guillermo II viendo en él y en la técnica del Imperio la forma de acabar con un mundo que él consideraba corrompido y decadente, el mundo del cristianismo.

> Si hay algún país que puede arrinconar para siempre al viejo Jehová con su séquito de profetas, de nariz ganchuda y de grandes barbas de farsante, con sus descendientes, los frailucos puercos y ordinarios, y los curitas pedantuelos y mendaceros, es Alemania... si hay algún país que pueda sustituir los mitos de la religión de la democracia, de la farsa de la caridad cristiana por la ciencia, por el orden y la técnica, es Alemania. [*Nuevo tablado de Arlequín,* Madrid 1920.]

Textos parecidos le enajenaron la simpatía de los clericales vascos y, a principios de la guerra, tuvo que escapar de la zona nacional a Francia donde permaneció durante toda la contienda.

Una vez me encargaron un guión cinematográfico sobre Pío Baroja. Escogí entonces, entre su inmensa obra, los fragmentos que podían dar idea más clara de su personalidad. Con fondo de imagen apropiada hablaba así don Pío:

> Yo soy un hombre que he salido de casa por el camino sin objeto, con la chaqueta al hombro; al amanecer cuando los gallos lanzan al aire su cacareo estridente como un grito de guerra y las alondras levantan el vuelo sobre el sembrado.
>
> ...De día y de noche con el sol de agosto y con viento helado de diciembre he seguido mi ruta al azar, unas veces asustado ante peligros quiméricos, otras sereno ante realidades peligrosas. Para entretener mi soledad he ido cantando, silbando, tatareando canciones alegres y tristes, según el humor y el reflejo del ambiente en mi espíritu.

No hay en Baroja una imagen abarrocada, ni siquiera atrevida. Las comparaciones son normales, corrientes. Las podría hacer cualquier

hombre del campo capaz de tener una pluma en la mano. El escritor se asoma tímidamente después...

> Durante mucho tiempo esta soledad, el graznido de las lechuzas, el aullido de los lobos, me llenaban de angustia y de inquietud y entonces intentaba acercarme a la ciudad... pero al querer entrar en ellas me paraban a la puerta y me ponían como condición para pasar el dejar a la entrada mis sueños gratos, más gratos que la vida misma. No, no, prefiero volver al camino, murmuraba. Y seguía marchando con la chaqueta al hombro al azar, sin objeto...

Porque Baroja no fue un «oso» por vocación sino por miedo, e intentó efectivamente acercarse a la ciudad, es decir, a la gente, muchas veces pero le detenía su timidez sexual y social. La prueba de que esta sociedad le interesaba es la forma resentida con que se vuelve contra ella. En sus Memorias, *Desde la última vuelta del camino,* critica acerbamente a la inmensa mayoría de sus compañeros de profesión: «Blasco Ibáñez... para mí es aburrido...», «La Pardo Bazán no me interesó nunca como mujer ni como escritora», «La literatura de Benavente no me ha producido nunca gran entusiasmo», «Eso de hablar de lo que no entendía era muy propio de Unamuno», «Valle-Inclán... sus opiniones para mí no valían gran cosa».

Los que fueron a visitarle durante sus últimos años en su casa de Madrid —y aceptaba a todos sin protestas ni entusiasmo—, recuerdan sus juicios igualmente severos con casi todo el mundo. Pero ya lo hacía sin maldad, con alejamiento, con distancia...

Lo más afirmativo de su vida fueron las características raciales de las que presumió siempre y una de las razones por las que le irritaba oír hablar del mundo latino contrastado con el germánico durante la Primera Guerra Mundial. Igualmente se sentía lejano del Mediterráneo y los andaluces le parecían gente de menor cuantía. Les negaba incluso que tuvieran gracia y aseguraba que, por otro lado, eran mucho más trabajadores de lo que decía la misma fama. Le interesó, en cambio, mucho Madrid, especialmente en sus suburbios donde brotaba la «mala hierba» y la «aurora roja» de las reivindicaciones sociales, con las que estuvo —platónicamente siempre— solidarizado.

Fue solitario también como novelista. Cuando el modernismo produce el estilo jugoso y barroco de un Valle-Inclán, de un Miró o la prosa intelectual de un Pérez de Ayala, él mantiene una línea de estilo tan sobrio que apenas lo es —los admiradores dicen que Baroja tiene el «estilo de no tener estilo»—. En el fondo, aunque a él le irritaría la comparación, su forma está más cerca de Pérez Galdós que de sus contemporáneos. Como el escritor canario, gustó de los personajes his-

tóricos, especialmente de los que vivieron en el ambiente vascongado que tan bien conocía.

Cuando los protagonistas de Baroja buscan aventuras —y lo hacen muy a menudo al tratarse de novelas de acción— la novela transcurre en dos planos paralelos. El personaje no *se enriquece* con lo que le ocurre; por el contrario, es como un simple reflejo de lo que está viendo, que, en general, está magistralmente descrito. Pío Baroja resulta entonces, con palabra moderna, un gran reportero, un gran periodista de la actualidad que le tocó vivir y aun de la que conoció a través de sus investigaciones vascongadas.

Así transcurre, por ejemplo, la vida de *Zalacaín, el aventurero*, una de las más famosas novelas de Pío Baroja. Hay mucho del autor en el retrato de Tellagorri.

> Algunas veces, cuando su madre enviaba por vino o por sidra a la taberna de Arcale a su hijo Martín, le solía decir:
>
> —Y si le encuentras al viejo Tellagorri, no le hables, y si te dice algo, respóndele a todo que no.
>
> Tellagorri era de la familia de los Galchagorris, la familia de los pantalones colorados, y este consonante, entre el monte de su familia, y su nombre, había servido al padre de la sacristana, viejo chusco que odiaba a Tellagorri, de motivo a una canción que hasta los chicos la sabían y que mortificaba profundamente a Tellagorri.
>
> La canción decía así:
>
> *Tellagorri*
> *Galchagorri*
> *Ongui etorri*
> *Onerá*
> *Ostutzale*
> *Erantzale*
> *Nescatzale*
> *Zu cerá.*
>
> (Tellagorri, Galchagorri, bien venido seas aquí. Aficionado a robar, aficionado a beber, aficionado a las muchachas, eres tú.)
>
> Tellagorri, al oír la canción, fruncía el entrecejo y se ponía serio.
>
> Tellagorri era un individualista convencido; tenía el individualismo del vasco reforzado y calafateado por el individualismo de los Tellagorri.
>
> —Cada cual que conserve lo que tenga y que robe lo que pueda —decía.
>
> Ésta era la más social de sus teorías; las más insociables se las callaba.

Tellagorri no necesitaba de nadie para vivir. Él se hacía la ropa; él se afeitaba y se cortaba el pelo, se fabricaba las abarcas y no necesitaba de nadie, ni de mujer ni de hombre. Así, al menos, lo aseguraba él.

Cuando Tellagorri tomó por su cuenta a Martín, le enseñó toda su ciencia. Le explicó la manera de acogotar una gallina sin que alborotase; le mostró la manera de coger los higos y las ciruelas de las huertas sin peligro de ser visto, y le enseñó a conocer las setas buenas de las venenosas por el color de la hierba en donde se crían...

Tellagorri era un sabio; nadie conocía la comarca como él; nadie dominaba la geografía del río Ibaya, la fauna y la flora de sus orillas y de sus aguas como este viejo cínico.

Guardaba, en los agujeros del puente romano, su aparejo y su red para cuando la veda; sabía pescar al martillo, procedimiento que se reduce a golpear algunas losas del fondo del río y luego a levantarlas, con lo que quedan las truchas que han estado debajo inmóviles y aletargadas.

Sabía cazar los peces a tiros...; pero no empleaba nunca la dinamita, porque, aunque vagamente, Tellagorri amaba la naturaleza y no quería empobrecerla.

Le gustaba también a este viejo embromar a la gente: decía que nada gustaba tanto a las nutrias como un periódico con buenas noticias, y aseguraba que si se dejaba a la orilla del río, estos animales salen a leerlo; contaba historias extraordinarias de la inteligencia de los salmones y de otros peces. Para Tellagorri los perros, si no hablaban, era porque no querían, pero él los consideraba con tanta inteligencia como una persona. Este entusiasmo por los canes le había impulsado a pronunciar esta frase irrespetuosa:

«Yo le saludo con más respeto a un perro de aguas que al señor párroco.»

La tal frase escandalizó al pueblo.

Había gente que comenzaba a creer que Tellagorri y Voltaire eran los causantes de la impiedad moderna.

Cuando no tenían el viejo y el chico nada que hacer, iban de caza con *Marquesch* al monte. Arcale le prestaba a Tellagorri su escopeta. Tellagorri, sin motivo conocido, comenzaba a insultar a su perro. Para esto siempre tenía que emplear el castellano.

—¡Canalla! ¡Granuja! —le decía—. ¡Viejo cochino! ¡Cobarde!

Marquesch contestaba a los insultos con un ladrido suave, que parecía una quejumbrosa protesta, movía la cola como un péndulo y se ponía a andar en zigzag, olfateando por todas partes. De pronto veía que algunas hierbas se movían y se lanzaba a ellas como una flecha. [*Zalacaín, el aventurero.*]

Zalacaín como Shanti Andía, son quizá los personajes más populares de Baroja y, sin embargo, ¡qué poca categoría alcanzan! Resulta difícil recordar los tipos barojianos como individualidades y, en cambio, es fácil hacerlo como parte de un ambiente. Si decimos «es un tipo barojiano», todos sabemos a qué atenernos, pero, en cambio, poca gente dirá «parece un Zalacaín, un Shanti Andía, una Adela, un Fernando», cosa bien fácil en cambio cuando se trata de evocar a un Torquemada, un Villaamil, una doña Perfecta, una Misericordia de Galdós. Lo que, creo, confirma mi opinión de un Baroja más capacitado para reflejar ambientes que almas, es decir, más periodista que novelista.

GARCÍA LORCA, EL POETA QUE SE CONVIRTIÓ EN MITO

Llegó, publicó y encantó. Probablemente hay que remontarse a Lope de Vega para encontrar otro escritor que aparece jovencísimo en la difícil, dura, capital de España y arrolla con su gracia literaria y personal. Sus obras se escuchan, se leen, se recitan y, la última y definitiva muestra de admiración, se imitan de forma increíble. Cuando en la Guerra Civil es asesinado por uno de los dos bandos en pugna, el otro no puede reivindicar este tipo de literatura, porque le siguen tantos poetas republicanos como nacionales. (Demasiados: entre todos irán ensuciando el verso que él creara; el luciente oro de sus romances primeros se convertirá en calderilla de café teatro.)

Lorca arrolla con su presencia física como Lope, pero su línea poética está más unida a la de Góngora. Como Góngora, usa de la metáfora con increíble habilidad, con forzada pero siempre natural razón. Los sentidos se mezclan unos y otros. La vista y el oído por ejemplo. Cuando...

un horizonte de perros
ladra muy lejos del río

su luna de pergamino
Preciosa tocando viene

el jinete se acercaba
tocando el tambor del llano

las piquetas de los gallos
cavan buscando la aurora.

[Volviendo al Poema del Cid.]

A veces, al sonido hay que imaginárselo. Cuando hieren a un gitano,

sangre derramada gime
muda canción de serpiente.

Eran las imágenes que surgían de sus antepasados árabes. Los que habían dicho siglos antes:

El brasero ha sido esta noche para nosotros triaca cuando, bajo la sombra, nos picaban los escorpiones del frío.

¡Qué bella la alberca rebosante! Parece una pupila cuyas espesas pestañas son las flores.

y ante una berenjena imagina el poeta...

ceñido por el caparazón de su pecíolo, parece un rojo corazón de cordero entre las garras de un buitre.

(Habla Ben Sara de Santarem, primeros del siglo XII. Traduce GARCÍA GÓMEZ, *Poemas arábigo-andaluces.* Madrid, 1940.)

Al deslumbramiento verbal sigue la revelación sexual. La descripción de los actos amorosos entre un hombre y una mujer se había asomado, entre burlas y veras, al *Libro del Buen Amor,* aparecido con acento trágico en *La Celestina* y sólo en *La Lozana Andaluza* fue ensalzado y glorificado como maravilloso regalo de los sentidos. Desde entonces, la censura de la Iglesia Católica, había puesto una mordaza a quienes intentaron publicar en esa línea erótica. Quevedo, y algunos novelistas del XVII, escribieron más o menos a escondidas, pasando sus coplas y narraciones de mano en mano. En el XX, el despertar social quiso buscar la libertad también en esa faceta, y doctores como Felipe Trigo intentaron destacar la fuerza del sexo en la vida diaria. Novelistas como Insúa, Mata, le siguieron tímidamente.

Pero, sólo en García Lorca, el sexo empieza a escribirse con mayúscula en nuestras letras. La pasión arrastra a hombres y mujeres como un vendaval. A los poco acostumbrados lectores españoles les hacían tambalear las descripciones lorquianas, como la que muestra a un viento lúbrico persiguiendo a la joven Preciosa.

Niña deja que levante
tu vestido para verte;
abre en mis dedos antiguos
la rosa azul de tu vientre.

Y hubo romance más famoso, el que puso de moda a un poeta como no ocurría desde los tiempos de Bécquer o de Zorrilla, el romance que aficionó a la poesía a gente de toda índole, el que dio a pecadoras y pecadores una especie de bendición literaria. El romance de la malcasada.

...en las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacinto.
...yo me quité la corbata,
ella se quitó el vestido,
yo el cinturón con revólver,
ella sus cuatro corpiños.
Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino
ni los cristales con luna
relumbran con tanto brillo.
Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.
Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montando en potra de nácar
sin bridas y sin estribos.

Pero, para García Lorca, el amor sexual es todavía un pecado, como si le pesaran en la pluma la herencia de centenares de años de represión política y religiosa (o ambas cosas a la vez); no puede describir la entrega de la mujer al hombre sin que el castigo se sienta en el aire de la acción. Los personajes de *La Celestina* tenían la espada sobre sus cuellos pero ellos no lo notaban. Calixto y Melibea se amaban sin reparos ni remordimientos aunque cayesen a su alrededor criados y terceras. Pero, en los personajes de García Lorca, la angustia está siempre allí, pegada a cada beso y a cada caricia. Puede ser el engaño marital como en el caso de *Bodas de sangre*. La Novia ha huido con Leonardo dejando al nuevo esposo. Van arrastrados por su pasión, a sabiendas de lo que les espera...

...LEONARDO
Porque yo quise olvidar
y puse un muro de piedra
entre tu casa y la mía.
Es verdad. ¿No lo recuerdas?
Y cuando te vi de lejos
me eché en los ojos arena.
Pero montaba a caballo
y el caballo iba a tu puerta.
Con alfileres de plata,
mi sangre se puso negra,
y el sueño me fue llenando
las carnes de mala hierba.
Que yo no tengo la culpa,
que la culpa es de la tierra
y de ese olor que te sale
de los pechos y las trenzas.
NOVIA
¡Ay qué sin razón! No quiero
contigo cama ni cena,
y no hay minuto del día
que estar contigo no quiera,
porque me arrastras y voy
y me dices que me vuelva
y te sigo por el aire
como una brizna de hierba.
He dejado a un hombre duro
y toda su descendencia
en la mitad de la boda
y con la corona puesta.

...LEONARDO
Se abrasa lumbre con lumbre.
La misma llama pequeña
meta dos espigas juntas
¡Vamos!
NOVIA
¿A dónde me llevas?
LEONARDO
Adonde no puedan ir
esos hombres que nos cercan.
¡Donde yo pueda mirarte!
NOVIA *(sarcástica)*
Llévame de feria en feria,
dolor de mujer honrada,
a que las gentes me vean
con las sábanas de boda
al aire como banderas.
LEONARDO
También yo quiero dejarte
si pienso como se piensa.
Pero voy donde tú vas;
tú también. Da un paso. Prueba.
Clavos de luna no funden
mi cintura y tu cadera.
NOVIA
¿Oyes?
LEONARDO
Viene gente.
NOVIA
¡Huye!
Es justo que yo aquí muera
con los pies dentro del agua
espinas en la cabeza.
Y que me lloren las hojas
mujer perdida y doncella.

«Sábanas de boda — al aire como banderas.» Las sábanas que se exhiben todavía en algunos pueblos españoles para demostrar a los vecinos que la recién casada había llegado virgen a ese matrimonio. En *Bodas de sangre,* la mujer morirá doncella pero ya marcada por la fuga. La virginidad como defensa, límite, de la mujer española ante la agresión del varón, del macho es tema popular y por popular tenía que estar vivo, vibrante en García Lorca. Puede ser la doncella condicionada por la espera eterna de *Doña Rosita la soltera y el lenguaje de las flores* pero, en general, el poeta granadino prefiere a la muchacha encendida de deseos y oprimida por una sociedad que la obliga a reprimirlos. Esta sociedad puede estar representada por la familia y, casi siempre, por otra mujer. Las cuñadas tétricas, vestidas de negro de *Yerma,* o la madre en el caso de *Bernarda Alba.* La casa es la cárcel, Bernarda la carcelera. Pero Adela grita orgullosa su pecado; como la Novia de *Bodas de sangre* cambia, alegre, la fama por un amor de hombre:

> ADELA. Ya no aguanto el horror de estos techos después de haber probado el sabor de su boca. Seré lo que él quiera que sea. Todo el pueblo contra mí, quemándome con sus dedos de lumbre, perseguida por los que dicen que son decentes y me pondré la corona de espinas que tienen las que son queridas de algún hombre casado.

La madre asegura haber matado a Pepe, el amante. Adela se encierra en su habitación y se ahorca. En el último grito de la madre está toda la vieja España. La de la honra, la calderoniana, la que si no podía impedir el deshonor, lo ocultaba luego como fuera.

BERNARDA. ...¡Descolgadla! ¡Mi hija ha muerto virgen! Llevadla a su cuarto y vestidla como a una doncella. ¡Nadie diga nada! Ella ha muerto virgen. Avisad que al amanecer den dos clamores las campanas.

...y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! *(A otra hija.)* ¡A callar he dicho! *(A otra hija.)* ¡Las lágrimas cuando estés sola! Nos hundiremos todas en un mar de luto. Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? Silencio, silencio he dicho. ¡Silencio!

La acotación que sigue al «Telón» de esta obra dice: «Día viernes 19 de Junio de 1936.» Pocas veces la simple referencia cronológica al final de una obra ha tenido mayor simbolismo. Un mes después toda España estallaba en una hoguera, feroz preludio de casi tres años de guerra civil. Y una de las primeras víctimas «¡en Granada — en su Granada!» fue Federico García Lorca.

...como si el Mito que le había elegido ya en vida le llevase en volandas a la hora de la muerte. Una personalidad increíble, exuberante, de la que se hacen eco todos los que le trataron en vida, unos conceptos poéticos que lograron algo tan desusado como que le admirara el intelectual y le leyera el pueblo, todo ello se arropaba y se completaba en una muerte violenta, que el Miedo y el Remordimiento han impedido, todavía hoy, que se esclarezca.

Así nació una fama póstuma inmediata que no ha tenido jamás un escritor español —ni siquiera Cervantes— a lo largo y a lo ancho del planeta Tierra. Contribuyó a ello la temática de su obra: La España negra guardicivilesca, agitanada, el sexo reprimido por la Tradición; García Lorca describía al país que el extranjero ha gustado siempre de ver. Y su muerte fue una muestra clara para la «intelligentsia» mundial de que la Reacción se había vengado matando a su enemigo. A la protesta política de la inmensa mayoría de los intelectuales del mundo, siguió el interés desbordado por la obra del poeta desaparecido. Quienes hemos enseñado en universidades europeas y americanas conocemos la increíble cantidad de tesis, estudios, artículos de divulgación que surgieron. No creo que nadie haya intentado siquiera una bibliografía completa garcilorquiana. Francisco García Lorca, que fue profesor en la Columbia University de Nueva York, durante muchos años, me dijo que veía ese libro como prácticamente imposible. Él mismo, a pesar de su devoción y entrega a la tarea, conocía sólo una parte mínima de los trabajos publicados en memoria de su hermano.

Había ocurrido algo asombroso. La figura del poeta se había hecho tan metafórica como sus propios versos. El hombre se había convertido —por su Obra y por su Muerte— en un Mito.

CUANDO LOS VERSOS SE USABAN COMO BALAS

Con la llegada de la guerra civil de 1936 los poetas toman sus armas líricas desde las dos zonas en que se ha dividido España. La izquierda busca para el país un camino de socialismo; su ídolo está en Rusia y se llama Stalin.

Ah, compañero Stalin: de un pueblo de mendigos
has hecho un pueblo de hombres que sacuden la frente,
y la cárcel ahuyentan y prodigan los trigos,
como a un inmenso esfuerzo le cabe: inmensamente.
De unos hombres que apenas a vivir se atrevían
con la boca amarrada y el sueño esclavizado:
de unos cuerpos que andaban, vacilaban, crujían,
una masa de férreo volumen has forjado.

Decía Miguel Hernández, el joven poeta que morirá, víctima póstuma, de esta guerra fratricida. Para Agustín de Foxá, desde el otro lado de las trincheras, el camino a seguir lo marca un hermano latino, el dictador Benito Mussolini: está recién conquistada Abisinia...

Hoy, ¡Roma eterna!, vibren de d'Annunzio
las estrofas en bocas abisinias
tu dulce lengua del Renacimiento,
hablando por los papas, entre mármoles
resuene en el Tigre como un milagro.
...Hoy saludo tu imperio renacido
unido a tu destino y a tu César
contra los mercaderes de Cartago
y el Sanedrín cobarde de Ginebra.

La guerra civil, guerra intestina, guerra de hermanos. Para dar la razón a los innumerables tópicos se enfrentarán, con el verso en la mano, Antonio y Manuel Machado. Se trata, en ambos casos, de una plaza sitiada por el enemigo. Antonio canta a Madrid.

...Capital ya madura para los bombardeos,
avenida de escombros y barrios en ruinas,
corre un escalofrío al pensar en tus museos
tras de las barricadas que impiden las esquinas.
...Más que nunca mirada
como ciudad que en tierra reposa al descubierto,
la frente de tu frente se alza tiroteada,
tus costados de árboles y llanuras heridos;
pero tu corazón no lo taparán muerto,
aunque montes de escombros le paren sus latidos.
Ciudad, ciudad presente,
guardas en tus entrañas de catástrofe y gloria
el germen más hermoso de tu vida futura.
Bajo la dinamita de tus cielos, crujiente,
se oye al nacer del nuevo hijo de la victoria.
Gritando y a empujones la tierra lo inaugura.

...mientras su hermano Manuel cree digna de alabanza la proeza del Alcázar de Toledo:

Las piedras del Alcázar de Toledo
—piedras preciosas hoy— vieron un día
al César cuyo sol no se ponía,
poner al mundo admiración y miedo.
Sillares para templo de la Fama,
palacio militar, a su grandeza
el arte dio la línea de belleza
que una vez más desdibujó la llama.
Hoy, ante su magnífica ruina,
honor universal, sol en la Historia,
puro blasón del español denuedo,
canta una voz de gesta peregrina:
«Mirad, mirad, cómo rezuman gloria
las piedras del Alcázar de Toledo.»

Unos poetas lanzan a los «suyos»; los contrarios a los «suyos». Rafael Alberti animará a la caballería republicana.

Las tierras, las tierras, las tierras de España,
las grandes, las solas, desiertas llanuras.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
al sol y a la luna.

A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar.
...Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;
que es nadie la muerte si va en tu montura.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
que la tierra es tuya.
A galopar,
a galopar
hasta enterrarlos en el mar.

Igualmente animará a sus correligionarios Dionisio Ridruejo...

...Ésta es ya, camaradas, en España
la fecha presentida y el alivio
de nuestras duras almas vigilantes.
...Ésta es la hora viva en nuestras manos
en que, altos, con la pólvora y el fuego
se nos rinde la tierra merecida.
...La guerra nos invade con la rabia
que nos encauza el alto desvarío
por el seguro sable del futuro,
y entramos ¡oh laurel de los peligros!
para cumplirnos amorosamente
con delirios de paz en el combate.

...Y LAS NOVELAS COMO CARROS ARMADOS

Como en la poesía, los novelistas dividieron a los españoles en buenos y malos. Los primeros eran los que comulgaban con su política; los segundos, los que luchaban en las filas enemigas. El arte de contar se puso al servicio de las ideas; el lector tenía que sacar de las páginas del libro la consecuencia de una política. Ramón J. Sender, escritor de izquierdas, describe así un fusilamiento en la zona española ocupada por los nacionales.

> ...Cuando no quedaba nadie en la plaza, sacaron a Paco y a otros dos campesinos de la cárcel, y los llevaron al cementerio, a pie. Al llegar era casi de noche. Quedaba detrás, en la aldea, un silencio temeroso.
>
> El centurión, al ponerlos contra el muro, recordó que no se habían confesado, y envió a buscar a Mosén Millán. Éste se extrañó de ver que lo llevaban en el coche del señor Cástulo. (Él lo había ofrecido a las nuevas autoridades.) El coche pudo avanzar hasta el lugar mismo de la ejecución. No se había atrevido Mosén Millán a preguntar nada. Cuando vio a Paco no sintió sorpresa alguna, sino un gran desaliento. Se confesaron los tres. Uno de ellos era un hombre que había trabajado en casa de Paco. El pobre, sin saber lo que hacía, repetía fuera de sí una vez y otra entre dientes: «Yo me acuso, padre..., yo me acuso, padre...» El mismo coche del señor Cástulo servía de confesonario, con la puerta abierta y el sacerdote sentado dentro. El reo se arrodillaba en el estribo. Cuando Mosén Millán decía *ego te absolvo,* dos hombres arrancaban al penitente y volvían a llevarlo al muro.
>
> El último en confesarse fue Paco.
>
> —En mala hora lo veo a usted —dijo al cura con una voz que Mosén Millán no le había oído nunca—. Pero usted me conoce, Mosén Millán. Usted sabe quién soy.

—Sí, hijo.

—Usted me prometió que me llevarían a un tribunal y me juzgarían.

—Me han engañado a mí también. ¿Qué puedo hacer? Piensa, hijo, en tu alma, y olvida, si puedes, todo lo demás.

—¿Por qué me matan? ¿Qué he hecho yo? Nosotros no hemos matado a nadie. Diga usted que yo no he hecho nada. Usted sabe que soy inocente, que somos inocentes los tres.

—Sí, hijo. Todos sois inocentes; pero, ¿qué puedo hacer yo?

—Si me matan por haberme defendido en las Pardinas, bien. Pero los otros dos no han hecho nada.

Paco se agarraba a la sotana de Mosén Millán, y repetía: «No han hecho nada, y van a matarlos. No han hecho nada.» Mosén Millán, conmovido hasta las lágrimas, decía:

—A veces, hijo mío, Dios permite que muera un inocente. Lo permitió de su propio Hijo, que era más inocente que vosotros tres.

Paco al oír estas palabras, se quedó paralizado y mudo. El cura tampoco hablaba. Lejos, en el pueblo, se oían ladrar perros y sonaba una campana. Desde hacía dos semanas no se oía sino aquella campana día y noche. Paco dijo con una firmeza desesperada:

—Entonces si es verdad que no tenemos salvación, Mosén Millán, tengo mujer. Está esperando un hijo. ¿Qué será de ella? ¿Y de mis padres?

Hablaba como si fuera a faltarle el aliento, y le contestaba Mosén Millán con la misma prisa enloquecida, entre dientes. A veces pronunciaban las palabras de tal manera que no se entendían, pero había entre ellos una relación de sobrentendidos. Mosén Millán hablaba atropelladamente de los designios de Dios, y al final de una larga lamentación preguntó:

—¿Te arrepientes de tus pecados?

Paco no lo entendía. Era la primera expresión del cura que no entendía. Cuando el sacerdote repitió por cuarta vez, mecánicamente la pregunta, Paco respondió que sí con la cabeza. En aquel momento Mosén Millán alzó la mano, y dijo: *Ego te absolvo in...* Al oír estas palabras dos hombres tomaron a Paco por los brazos y lo llevaron al muro donde estaban ya los otros. Paco gritó:

—¿Por qué matan a estos otros? Ellos no han hecho nada.

Uno de ellos vivía en una cueva, como aquel a quien un día llevaron la unción. Los faros del coche —del mismo coche donde estaba Mosén Millán— se encendieron, y la descarga sonó casi al mismo tiempo sin que nadie diera órdenes ni se escuchara voz alguna. Los otros dos campesinos cayeron, pero Paco, cubierto de sangre, corrió hacia el coche.

—Mosén Millán, usted me conoce —gritaba enloquecido.

Quiso entrar, no podía. Todo lo manchaba de sangre. Mo-

sén Millán callaba, con los ojos cerrados y rezando. El centurión puso su revólver detrás de la oreja de Paco, y alguien dijo alarmado:

—No, ¡ahí no!

Se llevaron a Paco arrastrando. Iba repitiendo en voz ronca:

—Pregunten a Mosén Millán; él me conoce.

Se oyeron dos o tres tiros más. Luego siguió un silencio en el cual todavía susurraba Paco: «Él me denunció..., Mosén Millán. Mosén Millán...»

El sacerdote seguía en el coche, con los ojos muy abiertos, oyendo su nombre y sin poder rezar. Alguien había vuelto a apagar las luces del coche.

—¿Ya? —preguntó el centurión.

Mosén Millán bajó, y auxiliado por el monaguillo, dio la extremaunción a los tres. Después un hombre le dio el reloj de Paco —regalo de boda de su mujer— y un pañuelo de bolsillo... [RAMÓN J. SENDER, *Réquiem por un campesino español.*]

...Y Agustín de Foxá, conde de Foxá, narra por su parte los «paseos» en la España republicana, concretamente en Madrid.

...se adelantaron los tres. Salieron. Hacía una noche serena, estrellada. Los metieron en un gran coche negro, de lujo, pero ya viejo.

...Pararon frente a las vallas puntiagudas de unos solares. Bajo el farol, con su bombilla pintada, unos carteles anunciaban un festival en la Zarzuela a beneficio de los hospitales de sangre.

—Poneos ahí.

Los alinearon contra la pared de ladrillo de una casa. No sabían cómo se llamaban, quiénes eran aquellos hombres con los que, dentro de unos segundos, iba a hacer el gran viaje sin retorno.

—¿Queréis algo?

El muchachito alargó un papel.

—Que telefoneéis a este número, a mi madre.

Y les entregó una medalla.

Se aproximó a don Carlos un miliciano.

—Bueno, dame el reloj; porque no te va a servir de nada en el otro mundo.

Ordenó el jefe:

—Uno a uno.

Así duraba más el espectáculo. Fue el primero el jovencito. Estaba pálido. Le apuntaron y en un segundo vio toda su infancia de niño mimado y a su padre regañando a su hermano cuando le apuntaba con una escopeta de aire comprimido.

«No se debe jugar con las armas; el diablo las carga.» ¿Qué pensaría ahora su padre, viéndole solo, niño, abandonado en la noche ante seis fusiles cargados?

—¡Dios mío!

Cerró los ojos y apretó la boca. Tenía cerrados los puños, convulsos, clavándose las uñas en la palma.

—¡Padre mío!

Sonó una descarga. Cayó como una ropa desprendida de un alambre.

El señor taciturno se limitó a gritar.

—Viva Crist...

No pudo terminar. Le volaron la frente salpicando de masa encefálica los ladrillos.

Don Carlos murió con dignidad.

—¡Viva España!

Aún se removía en el suelo. Flexionaba las piernas y las extendía convulso.

—Parece un conejo.

—Dale a ese que *entoavía* se mueve.

Un miliciano apoyó su revólver en la cabeza blanca.

Al amanecer estaban rígidos, acartonados. Se llenaba de hormigas la boca del muchacho caído de bruces sobre la tierra seca.

* * *

...Cuando aquel muchacho voceaba: «¡Agua fresca y aguardiente!» era seguro que había fusilamientos de madrugada en la Pradera de San Isidro. Había sobre la hierba unos puestecillos con toldos blancos donde se vendían azucarillos y copas de anís.

Y acudían las mujeronas de aquellas barriadas con sus críos, como si fueran a una novillada, las lavanderas del Manzanares y los chulillos que viven al otro lado del puente, en el camino de los Sacramentales. Perspectiva lúgubre de cipreses oscuros, puntiagudos, sobre los cielos descompuestos del amanecer. Llegaban los pelotones de ejecución con los reos. Militares retirados, sacerdotes, muchachos acusados de falangistas. El público aplaudía o silbaba según morían.

...Se fusilaba ya menos en la checa de la Casa de Campo abarrotada de cadáveres. Allí juzgaba un tribunal compuesto de cuatro mujeres y un hombre maduro.

Habían abierto enormes zanjas cerca del campo de polo. Y en el barro del estanque, que se iba secando, yacían abotagados más de tres mil cuerpos de infelices ciudadanos.

A los falangistas les metían en pozos, enterrados hasta la cintura; se rociaban el tronco con gasolina quemándoles vivos. Se les oía aullar a través del humo.

Se fusilaba en todo Madrid; en el barrio de la China, en

> la colonia del Viso, en las afueras del desmonte y campo, y las cocheras, taciturnas de los tranvías. Morían más de trescientos diarios. Algunos aparecían mutilados, con los órganos vitales en la boca y hojitas de perejil imitando en burla a los cochinillos de Botín. Les ponían en el pecho el carné o el salvoconducto para que supieran su nombre y encima «UHP» o «Quinta columna».
>
> El crimen estaba perfectamente organizado. Por primera vez en la historia, todo el mecanismo burocrático del Estado era cómplice de los asesinatos. En la Dirección General de Seguridad se llevaban cuidadosamente los ficheros y los álbumes con fotografías de los cadáveres. Les hacían dos fotografías: Una de frente y otra de perfil. A pesar de todo era muy difícil reconocerlos, porque tenían machacadas las facciones, inflamada la nariz o rota la mandíbula. [FOXÁ, *Madrid de corte a cheka.*]

AMPLIACIÓN DE ALBERTI

¡Qué inmenso vital poeta! Hasta en las más dramáticas de sus composiciones, las que dicta su fe comunista —la que ha mantenido alejado de la España de Franco, en Argentina primero, en Italia ahora—, tiene su verso una alegría increíble. El adjetivo, el nombre, salta en el poema como un pececillo de su bahía gaditana. Como en este *Autorretrato burlesco*: *El tonto de Rafael.*

Por las calles, ¿quién aquél?
¡El tonto de Rafael!
Tonto llovido del cielo,
del limbo, sin un ochavo.
Mal pollito colipavo,
sin plumas, digo, sin pelo.
¡Pío-pic!, pica, y al vuelo
todos le pican a él.

¿Quién aquél?
¡El tonto de Rafael!

Tan campante, sin carrera,
no imperial, sí tomatero,
grillo tomatero, pero
sin tomate en la grillera.
Canario de la fresquera,
no de alcoba o mirabel.

¿Quién aquél?
¡El tonto de Rafael!

Tontaina, tonto del higo,
rodando por las esquinas
bolas, bolindres, pamplinas
y pimientos que no digo.
Mas nunca falta un amigo
que le mendigue un clavel.

¿Quién aquél?
¡El tonto de Rafael!

Patos con gafas, en fila,
lo raptarán tontamente
en la berlina inconsciente
de San Jinojito el lila.
¿Qué run-rún, que retahíla
sube el cretino eco fiel?

¡Oh, oh, pero si es aquél
el tonto de Rafael!

[*El Alba del Alhelí*, 1926.]

UN LAMENTO SORDO: «NADA»

Con el final de la Guerra Civil nace, en la Literatura como en la política, lo que se ha llamado luego —cuando ya dejaron— triunfalismo. España tenía que seguir caminos imperiales en el exterior, de grandeza en el interior. Los españoles, revigorizados por la victoria nacional, iban a revivir los tiempos heroicos del Siglo de Oro.

Las letras tenían que ser compañeras de las armas en esa ruta maravillosa. Por eso nace una revista que se llama *Garcilaso,* en recuerdo del poeta que murió sirviendo a Carlos V, y la composición favorita de la juventud es el soneto, que sirve para rememorar Tercios de Flandes y Concilios de Trento. El Gobierno hace un esfuerzo para levantar una literatura que, por causas bélicas —centenares de intelectuales habían escogido el bando republicano y estaban en Francia o en México y en Argentina mejorando esas culturas—, se veía más bien anémica. Juan Aparicio crea revistas, *El Español, La Estafeta Literaria,* y procura cuidar y aun mimar a los alevines que tienen que cubrir el puesto de los mayores idos o muertos. Se animan los esfuerzos de los Ruiz Iriarte, los Camilo José Cela, Pedro de Lorenzo, García Nieto, Garcés, etc.

Las letras tienen que ser oficialmente optimistas porque optimistas son los objetivos del nuevo Estado. No se regatearán medidas para mirar —como en el himno— cara a un nuevo sol, de esperanzas próximas.

Pero la España del tiempo es una España triste y sórdida, con una economía destrozada por la guerra, con muchos lutos en los hogares y muy pocas calorías en los estómagos. Y la primera gran novela de la posguerra, en lugar de cantar mitos llorará esas realidades.

Es obra de una desconocida, una muchacha tímida y sonriente nacida en las Islas Canarias, recriada en Barcelona. Y Barcelona y su ambiente de entonces quedan reflejadas, con mano maestra y dolorida, en *Nada* ganadora de premio Nadal, en su primera convocatoria. Andrea, la protagonista, llega a la casa de sus parientes en la calle de Aribau...

...Ante la puerta del piso me acometió un súbito temor de despertar de aquellas personas desconocidas que eran para mí, al fin y al cabo, mis parientes y estuve un rato titubeando antes de iniciar una tímida llamada a la que nadie contestó. Se empezaron a apretar los latidos de mi corazón y oprimí de nuevo el timbre. Oí una voz temblona:

«¡Ya va! ¡Ya va!»

Unos pies arrastrándose y unas manos torpes descorriendo cerrojos.

Luego me pareció todo una pesadilla.

Lo que estaba delante de mí era un recibidor alumbrado por la única y débil bombilla que quedaba sujeta a uno de los brazos de la lámpara, magnífica y sucia de telarañas, que colgaba del techo. Un fondo oscuro de muebles colocados unos sobre otros como en las mudanzas. Y en primer término la mancha blanquinegra de una viejecita, decrépita, en camisón, con una toquilla echada sobre los hombros. Quise pensar que me había equivocado de piso, pero aquella infeliz viejecilla conservaba una sonrisa de bondad tan dulce, que tuve la seguridad de que era mi abuela.

—¿Eres tú, Gloria? —dijo cuchicheando.

Yo negué con la cabeza, incapaz de hablar, pero ella no podía verme en la sombra.

—Pasa, pasa, hija mía. ¿Qué haces ahí? ¡Por Dios! ¡Que no se dé cuenta Angustias de que vuelves a estas horas!

Intrigada, arrastré la maleta y cerré la puerta detrás de mí. Entonces la pobre vieja empezó a balbucear algo, desconcertada.

—¿No me conoces, abuela? Soy Andrea.

—¿Andrea?

Vacilaba. Hacía esfuerzos por recordar. Aquello era lastimoso.

—Sí, querida, tu nieta... no pude llegar esta mañana como había escrito.

La anciana seguía sin comprender gran cosa, cuando de una de las puertas del recibidor salió en pijama un tipo descarnado y alto que se hizo cargo de la situación. Era uno de mis tíos, Juan. Tenía la cara llena de concavidades, como una calavera, a la luz de la única bombilla de la lámpara.

En cuanto él me dio unos golpecitos en el hombro y me llamó sobrina, la abuelita me echó los brazos al cuello con los ojos claros llenos de lágrimas y dijo «pobrecita» muchas veces...

En toda aquella escena había algo angustioso, y en el piso un calor sofocante como si el aire estuviera estancado y podrido. Al levantar los ojos vi que habían aparecido varias mujeres fantasmales. Casi sentí erizarse mi piel al vislumbrar a una de ellas, vestida con un traje negro que tenía trazas de camisón de dormir. Todo en aquella mujer parecía

horrible y desastrado, hasta la verdosa dentadura que me sonreía. La seguía un perro, que bostezaba ruidosamente, negro también el animal, como una prolongación de su luto. Luego me dijeron que era la criada, pero nunca otra criatura me ha producido impresión más desagradable.

...Al fin se fueron dejándome con la sombra de los muebles que la luz de la vela hinchaba llenando de palpitaciones y profunda vida. El hedor que se advertía en toda la casa llegó en una ráfaga más fuerte. Era un olor a porquería de gato. Sentí que me ahogaba y trepé en peligroso alpinismo sobre el respaldo de un sillón, para abrir una puerta que aparecía entre cortinas de terciopelo y polvo. Pude lograr mi intento en la medida que los muebles lo permitían y vi que comunicaba con una de esas galerías abiertas que dan tanta luz a las casas barcelonesas. Tres estrellas temblaban en la suave negrura de arriba y al verlas tuve unas ganas súbitas de llorar, como si viera amigos antiguos, bruscamente recobrados.

Aquel iluminado palpitar de las estrellas me trajo en tropel toda mi ilusión a través de Barcelona, hasta el momento de entrar en este ambiente de gentes y de muebles endiablados. Tenía miedo de meterme en aquella cama parecida a un ataúd. Creo que estuve temblando de indefinibles terrores cuando apagué la vela. [*Nada*, cap. 1.º]

Carmen Laforet abrió la puerta a un estilo literario y a una cohorte de escritoras. Por el hueco que ella había abierto entraron las buenas plumas de Ana María Matute, Elena Quiroga, Dolores Medio, Carmen Kurtz, Mercedes Salisachs, Carmen Martín Gaite... En proporción a su número, las mujeres españolas que han publicado después de la Guerra Civil tienen, probablemente, una altura media mucho más alta que la de sus colegas varones.

CAMILO JOSÉ CELA; ESCRITOR Y PERSONAJE LITERARIO

Si Carmen Laforet fue un trompetazo discordante en la literatura oficial del tiempo, Camilo José Cela resultó un cañonazo. El estilo bronco, impresionante, del nuevo escritor había aparecido ya en *La familia de Pascual Duarte* que provocó la admiración de los intelectuales y el gesto, entre asombrado y escandalizado, de los demás. La historia cruenta de un pueblo extremeño pasó a la censura oficial porque tocaba elementos lejanos y extraños a la vida diaria. Era como un ejercicio literario, fuerte, sangriento pero al margen...

Pero, luego, Cela quiso publicar *La colmena* y el Gobierno se lo impidió por lo que las primeras ediciones se realizaron fuera del país. Lo curioso es que la medida se tomaba contra un libro que no tenía una sola línea de ataque a las instituciones, a las leyes, a la Iglesia. Oficialmente, en *La colmena* no había nada que prohibir. Pero la censura «tenía razón» desde su punto de vista. Porque la nueva novela ofrecía un impresionante cuadro de miserias morales y materiales en el marco de un Madrid del que se hablaba en la Prensa como de capital de un «Imperio». Claro que también lo era, y esa vez de verdad, el Madrid de principios del XVII y eso no quitaba que hubiera en él la picaresca del Lazarillo o del Buscón al lado de la exhibición de plumas y banderas de los soldados y las carrozas de las ceremonias palaciegas.

La colmena es verdad. Yo lo sé porque estaba allí, en ese café y en ese Madrid. La descripción es perfecta, los tipos vivos y las situaciones, si no ocurrieron, son perfectamente posibles. Cela tomó un espejo polvoriento de los que adornaban las paredes de esos locales y fue describiendo las gentes que veía en ellas; el resultado es impresionante.

> La dueña da media vuelta y va hacia el mostrador. La cafetera niquelada barbotea pariendo sin cesar tazas de café

exprés, mientras la registradora de cobriza antigüedad suena constantemente.

Algunos camareros de caras fláccidas, tristonas, amarillas, esperan embutidos en sus trasnochados smokings, con el borde de la bandeja apoyada sobre el mármol, a que el encargado les dé las consumiciones y las doradas y plateadas chapitas de las vueltas...

En el café está, cómo no iba a estar, un poeta. Cela ha sido poeta *(Pisando la dudosa luz del día.)* Este poeta... busca la inspiración sobre la mesa de mármol.

> La niña de ojos azules... río, río, río. De ojos azules y bellos. Tronío, tío, tronío, tío. La de los rubios cabellos. Albedrío. Recuperar de pronto su albedrío. De ojos azules y bellos... y ahora tengo intacto mi albedrío... o volviendo la cara al manso estío. La niña de ojos azules. La niña de ojos... ¿Cómo tiene la niña los ojos? Cosechando las mieses del estío. La niña. ¿Tiene ojos la niña? Larana, laran, laran, la estío...

Cela trajo a las letras españolas algo que había barrido el «buen gusto», es decir, reincorporar la imagen y referencia escatológica que se asomaba al Quijote con la aventura de los batanes, a casi todo Quevedo, a la novela picaresca y que había desaparecido obligada por ese «buen gusto», de procedencia francesa sin resucitar luego. El Romanticismo era demasiado lírico para mencionar ciertas funciones humanas. Y el llamado naturalismo español no se atrevió jamás a llegar a la bajura de un Zola, por ejemplo. Cela afronta el tema sin remilgos y en cierto modo conseguirá con ese «shock», que produce a un público burgués no preparado una agridulce sensación que contribuirá grandemente a su fama.

> Martín Marco se para ante los escaparates de una tienda de lavabos que hay en la calle de Sagasta. La tienda luce como una joyería o como la peluquería de un gran hotel, y los lavabos parecen lavabos del otro mundo, lavabos del paraíso con sus grifos relucientes, sus lozas tersas y sus nítidos, purísimos espejos. Hay lavabos blancos, lavabos verdes, rosa, amarillos, violeta, negros; lavabos de todos los colores. ¡También es ocurrencia! Hay baños que lucen hermosos como pulseras de brillantes, bidets con un cuadro de mandos como el de un automóvil, lujosos retretes de dos tapas y de ventrudas, elegantes cisternas bajas donde seguramente se puede apoyar el codo, se puede incluso colocar algunos libros bien seleccionados, encuadernados con belleza: Hölderlin, Valery para los casos en que el estreñimiento precisa de compañía: Rubén, Mallarmé, sobre todo Mallarmé, para las descompo-

siciones de vientre. ¡Qué porquería!

En ese Madrid, en esa sociedad, incluso el sexo, la vida sexual, adquiere caracteres dantescos. Victorita tiene un novio tuberculoso.

...lo de su novio se arreglaba con unos duros. Ya es sabido; los tísicos pobres, pringan; los tísicos ricos si no se curan del todo, por lo menos se van bandeando, se van defendiendo...

Victorita va a ver al viejo usurero para pedirle tres mil pesetas.

El usurero dio dos vueltas a su gorrito de terciopelo verde. Tenía la cabeza picuda, como una pera y el pelo descolorido, lacio, pringoso.

—¿Y tu hija, estás virgo?

Victorita se puso de mal uva.

—¿Y a usted qué leche le importa?

—Nada, hijita, nada. Ya ves, curiosidad... ¡Caray con las formas! Oye, ¿sabes que eres bastante mal educada?

—¡Hombre, usted dirá!

El usurero sonrió.

—No, hija, no hay que ponerse así. Después de todo, si tienes o no el virgo en su sitio, eso es cosa tuya y de tu novio.

—Eso pienso yo.

—Pues por eso.

Al usurero le brillaban los ojitos como a una lechuza.

—Oye.

—Qué.

—Y si yo te diera, en vez de tres mil pesetas, treinta mil, ¿tú qué harías?

Victorita se puso sofocada.

—Lo que usted me mandase.

—¿Todo lo que yo te mandase?

—Sí, señor todo.

—¿Todo?

—Todo, sí, señor.

—¿Y tu novio, qué te haría?

—No sé; si quiere, se lo pregunto.

Al usurero le brotaron en las pálidas mejillas unas rosetitas de arrebol.

—Y tú, rica, ¿sabes lo que yo quiero?

—No, señor; usted dirá.

El usurero tenía un ligero temblorcillo en la voz.

—Oye, sácate las tetitas.

La muchacha se sacó las tetitas por el escote.

—¿Tú sabes lo que son treinta mil pesetas?

—Sí, señor.

—¿Las has visto alguna vez juntas?

—No, señor, nunca.

—Pues yo te las voy a enseñar. Es cuestión de que tú quieras; tú y tu novio.

A Cela le conocí cuando empezaba a publicar. Resulta curioso que, de pronto, los maestros de la literatura en lugar de aparecer en el recuerdo con una orla alrededor y, como en el caso de Herrera, incluso con corona de laurel, se recuerden con la expresión de quien está al lado de uno en el café y hablando de mujeres. Es decir como un señor cualquiera...

Pero esto no es totalmente cierto en el caso de Camilo José que jamás ha hablado como un señor cualquiera. Siempre ha hablado como Camilo José Cela, escritor. Nació para escritor, creció como escritor, ha vivido toda su vida para ser escritor y, lo que es más, para que todos supiesen que se trataba de un escritor. No conozco a otra persona que haya sabido más claramente desde el principio lo que quería, y a dónde iba. A la Academia Española, a la fama literaria. Todos sus actos los ha realizado con seguridad de predestinado a figurar en las historias de la literatura. Desde las dedicatorias a las entrevistas, ha ido vistiendo su imagen; desde su primera obra ha ido anotando las variantes de las diferentes ediciones de sus libros, igual que hacen los cervantistas con las del Quijote.

Incluso, físicamente, Camilo José Cela es un personaje literario. Alto, fuerte con voz resonante y profunda, seguro de lo que dice y de la obligación ajena de escucharle. Se cuenta de él que, subiendo por las escaleras del palacio de la Magdalena de Santander, fue interpelado por un ordenanza.

—Oiga... oiga... usted... no se puede pasar.

Cela ignoró las primeras voces. Ante la insistencia se volvió majestuosamente para decir:

—Yo no soy «oiga usted...» Conocerme a mí es de cultura general.

Y tenía razón.

Increíble estilista... Se le ha comparado muchas veces con Baroja porque, como Baroja, gusta del humilde y del campesino. Pero hay una diferencia esencial. Camilo José Cela, escribe infinitamente mejor que Baroja. Su vocabulario es más rico, su gramática más pura, su oído literario mil veces más afinado. Lo que impide admitirlo así a mucha gente es que él está vivo y Baroja muerto. Cosa que en esta España, envidiosa y mezquina, tiene una gran importancia a la hora de dispensar elogios.

He aquí la descripción, sabia y tierna, de *Cuaderno del Guadarrama*:

> Al vagabundo, que es hombre que aún cultiva, en el recoleto jardín de su corazón, la delicada flor de la ingenuidad, le sorprende encontrarse con la civilización donde esperaba haber hallado la cultura: le hiere darse con la humanidad donde pensara, ¡qué raro pensamiento!, haberse hermanado

con la dorada soledad que hace posible la granazón de las humanidades.

El vagabundo, que es hombre que, ¡todavía!, se siente desvanecer ante una máquina, que es hombre que, ¡vaya por Dios!, no ama las mecánicas, ni las ópticas, ni las electricidades, porque piensa, y allá él si se equivoca, que valen mucho más las cosas que nadie quiere, duda entre llorar un poco, como un viejo enfermo bajo la tormenta, o sonreír otro poco, igual que un garzón enfermo ante la horca.

El vagabundo, a la vista de lo que puede hacer, se decide por la sonrisa, que gasta menos y aún que premia más, y se sienta sobre la verde hierba del campo a ver hacer a los demás, que no es mal oficio, y a compadecer a las gentes que creen que lo tiene todo porque ignoran casi todo lo que en los universos sucede. Que no es poco, de cierto.

En El Paular, entre los colores y los olores de la ciudad, ya no tienen su asiento las humanidades, que fueron desbancadas —quién se fue a Sevilla, o a Salamanca, o a Compostela, o adonde fuere, perdió su silla— por las artes cisorias que, en tiempos menos revueltos, solían refugiarse en ventas que ni Don Quijote tomara por castillos fantasmas.

Pero los calendarios andan, como los niños que sueñan argentados paraísos escuchando la bandurria del grillo real, con la cabeza a pájaros, y las gentes que rompen, a lo mejor sin querer, la quieta armonía de El Paular, miran casi con compasión e incluso con una compasión bien intencionada, al vagabundo.

—Tome usted, buen hombre.

—Gracias, gentil señora, que no se hizo el desaire para que lo usaran los bien nacidos, pero no son sandwichs de foie-gras lo que yo busco, noble señora, sino el perdido rastro de las humanidades, aquella lucecita que alumbra por dentro las mejores cabezas, ¿usted recuerda?

La señora sonrió con una hermosísima dulzura.

—No...

Su voz semejaba al tierno chasquido del agua cayendo y cayendo sobre el duro pedernal de la fuente.

—Pero tampoco debe usted preocuparse por eso, alta señora, que el mundo rueda, aun sin humanidades, como si tal cosa, ya usted lo sabe.

La sonrisa de la señora cobró unos frágiles y casi alados matices de tristeza.

LA POESÍA REBELDE

Los aires rebeldes contra el clasicismo oficial que había tomado carta de naturaleza en la literatura española están claros en la declaración de principios de la nueva revista *Espadaña,* dirigida por Victoriano Crémer y E. de Nora: Estamos en 1944.

> Va a ser necesario gritar nuestro verso actual contra las cuatro paredes o contra los catorce versos sonetiles con que jóvenes tan viejos como el mundo pretenden cercarle, estrangularle. Pero nuestro verso desnudo y luminoso, sin consignas. Y sin necesidad de colocarnos bajo la vocación de ningún santón literario aunque se llaman Góngora o Garcilaso.

Por ese camino de revolución que es literario porque no puede ser otra cosa, se infiltran como tantos soldados de la nueva idea, gente como Blas de Otero que llama a las conciencias dormidas.

Definitivamente, cantaré para el hombre.
Algún día —después—, alguna noche,
me oirán. Hoy van —vamos— sin rumbo,
sordos de sed, famélicos de oscuro.

Yo os traigo un alba, hermanos. Surto un agua,
eterna no, parada ante la casa.
Salid a ver. Venid, bebed. Dejadme
que os unja de agua y luz, bajo la carne.

De golpe, han muerto veintitrés millones
de cuerpos. Sobre Dios saltan de golpe
—sorda, sola trinchera de la muerte—
con el alma en la mano, entre los dientes

el ansia. Sin saber por qué mataban;
muerte son, sólo muerte. Entre alambradas
de infinito, sin sangre. Son hermanos
nuestros. ¡Vengadlos, sin piedad, vengadlos!

Solo está el hombre. ¿Es esto lo que os hace
gemir? Oh si supieseis que es bastante.
Si supieseis bastaros, ensamblaros.
Si supierais ser hombres, sólo humanos.

¿Os da miedo, verdad? Sé que es más cómodo
esperar que Otro —¿quién?— cualquiera, Otro,
os ayude a ser. Soy. Luego es bastante
ser, si procuro ser quien soy. ¡Quién sabe

si hay más! En cambio, hay menos: sois sentinas
de hipocresía. ¡Oh sed, salid al día!
No sigáis siendo bestias disfrazadas
de ansia de Dios. Con ser hombres os basta.

[*Angel fieramente humano*, 1950, Canto 1.º]

EL GRITO DE LA POESÍA

Si en la novela fue Cela y Laforet, en la poesía el grito desesperado contra la suavidad aterciopelada de tanto soneto y tanta evocación lírica, no la dio un joven rebelde sino un hombre maduro, colocado, respetado, honrado. El profesor Dámaso Alonso, el único hombre en España capaz de escribir un bello soneto y analizar luego con bisturí estilístico cualquiera de sus ingredientes, escribe y publica un asombroso libro. Se titula *Hijos de la ira.* Y su contenido responde al nombre. Si Cela estudia las entrañas que hacen de Madrid, ejemplo tras ejemplo, una ciudad triste, podrida. Dámaso empieza por arrojarle el epíteto a la cara:

> Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas).
> A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este niño en que hace 45 años que me pudro,
> y paso largas horas oyendo gemir al huracán o ladrar los perros o fluir blandamente la luz de la luna.
> Y paso largas horas gimiendo como el huracán, ladrando como un perro enfurecido, fluyendo como la leche de la ubre caliente de una gran vaca amarilla.
> Y paso largas horas preguntándole a Dios, preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma,
> por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid,
> por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo.
> Dime; ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre?
> ¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día,
> las tristes azucenas letales de tus noches?

BUERO VALLEJO, EL DRAMATURGO QUE LLEGÓ DEL FRÍO

Más que un grito, los *Hijos de la ira* fue un lamento al estilo de *Nada,* una descripción a la altura de *La colmena.* Si la novela o la poesía habían dado sus mejores voces en una expresión de desesperanza muy en contra del interés gubernamental, en el caso teatral el autor se llamaba Antonio Buero Vallejo y la obra, *Historia de una escalera,* premiada con el Lope de Vega, vio, como era prescriptivo, su estreno en un teatro nacional. Así fue como un teatro que dependía económicamente del Estado, tuvo que presentar otra muestra del pesimismo literario que privaba en las producciones de nuestros mejores escritores.

Historia de una escalera, fue, desde el momento de su entusiástico estreno, la revelación de un nuevo autor pero también un intento de presentar, los estratos de una sociedad abocada a la desesperanza. Cuando se esperaba —y se patrocinaba— cantos triunfales a lo Rubén Darío, surgía en las tablas la melancólica estampa de unas generaciones encadenadas a la escalera de una casa de vecindad, incapaces de soltarse de ella para remontar el vuelo, moral o económicamente.

Los personajes suben y bajan los peldaños como Sísifo arrastraba su piedra. Las mujeres ponen continuamente el contrapunto de sus lamentaciones como un coro griego de nuestros tiempos.

PACA. ...y el señor Gregorio, ¿cómo va?

GENEROSA. Muy disgustado el pobre; como le retiran por la edad... Y es lo que él dice: ¿De qué sirve que un hombre se deje los huesos durante cincuenta años conduciendo un tranvía si luego le ponen en la calle? Y el retiro es una miseria, Paca ya lo sabe usted. ¡Qué vida Dios mío! No sé cómo vamos a salir adelante. Y mi Pepe, que no ayuda nada...

PACA. Su Pepe es un granuja. Perdone que se lo diga, pero

usted ya lo sabe. Ya le he dicho antes que no quiero volver a verle con mi Rosa.

GENEROSA *(humillada)*. Tiene usted razón. ¡Pobre hijo mío!

PACA. ¿Pobre? Como Rosita. Otra que tal. A mí no me duelen prendas. ¡Pobres de nosotras, Generosa, pobres de nosotras! ¿Qué hemos hecho para este castigo? ¿Lo sabe usted?

GENEROSA. Como no sea sufrir por ellos...

PACA. Eso. Sufrir y nada más. ¡Qué asco de vida! Hasta luego, Generosa. Y gracias.

«¡Le tengo miedo al tiempo! —grita otro personaje—. Ver cómo pasan los días y los años sin que nada cambie. ¡Ayer mismo éramos tú y yo dos críos que veníamos a fumar aquí, a escondidas, los primeros pitillos...! ¡Y hace ya diez años! Hemos crecido sin darnos cuenta, subiendo y bajando la escalera, rodeados siempre de los padres que no nos entienden; de vecinos que murmuran de nosotros y de quienes murmuramos... Buscando mil recursos y soportando humillaciones para poder pagar la casa, la luz... y las patatas. *(Pausa.)* Y mañana, o dentro de diez años que pueden pasar como un día, como han pasado estos últimos..., ¡sería terrible seguir así! Subiendo y bajando la escalera que no conduce a ningún sitio.»

Buero Vallejo coloca a sus personajes en esa cárcel y allí los mantiene. Los años pasan; diez pasan entre el primero y el segundo acto, veinte entre el segundo y el tercero. Pero la gleba sigue uncida a su destino. A veces cambian de posición como se revuelve el condenado en su celda. Pepe, el chulo, se ha unido a Rosa y viven maritalmente; otros dejan la escalera en la única forma posible en su condición y ambiciones: por la muerte.

Al final de la obra, los hijos, Carmina y Fernando, reanudan la sarta de ilusiones que un día se dijeron los padres en el mismo rincón. Fernando, hijo, habla de abandonar el lugar, de estudiar, de hacerse aparejador, de montar una nueva vida: «Saldré de aquí... vendrás conmigo, abandonaremos este nido de rencores y de brutalidad.» Y sigue contando sus proyectos, aparejador, ingeniero... Por encima de sus cabezas, los padres respectivos se miran con melancolía. Así confiaron ellos. En vano.

El efecto de *Historia de una escalera* fue más efectivo precisamente porque era indirecto. Como en el caso de *La colmena* no había, en toda la obra de Buero Vallejo, una sola frase dirigida contra el Régimen, una situación que atacara los principios en que se basaba el victorioso Movimiento Nacional. Pero una tristeza mansa se respiraba a lo largo de los tres actos, tristeza y monotonía que se rompía sólo en problemas inmediatos, pequeños, familiares. Los personajes aventaban su frustración en la pelea vecinal o el sexo, pero seguían acorralados en su miseria,

más moral que física, hasta el final de la obra.

El impacto político de la obra de Buero corrió paralelamente al literario, como en el caso de García Lorca. Ocurría que Buero era el primer ejemplo de escritor que triunfaba en la España posbélica, procedente del otro lado. Efectivamente, había salido de la cárcel —donde coincidió con Miguel Hernández— antes de conseguir el premio y el subsiguiente estreno. Su obra, bien acogida en España, fue exaltada con entusiasmo entre los hispanistas del mundo entero que, como la mayoría de intelectuales, seguía siendo en su gran mayoría antifranquistas, actitud apoyada y animada por los desterrados españoles que se habían repartido por las universidades americanas. La obra de Buero fue analizada a fondo...

...y al trasfondo. Porque presupuesta —con razón— una actitud contraria al régimen que imperaba en el país y una censura que impedía manifestar claramente esa opinión en el diálogo y situaciones teatrales, los hispanistas se apresuraron a buscar en las obras de Buero las frases con doble sentido, las situaciones con alusión velada. Encontraron muchas... muchas más de las que jamás soñara en lanzar Antonio Buero Vallejo.

Un ejemplo de esa manía, de descubrir ocultos mensajes político-sociales está en un artículo publicado, en 1960, en *Hispania,* revista de la asociación de profesores españoles y portugueses de los Estados Unidos. En él se hacía un análisis de *Historia de una escalera* con detalles como éstos:

La unión entre Pepe y Rosa empieza llena de pasión y termina mal, con violencias; él la pega. Claramente, concluye el ensayista, se trata de un símbolo de la unión de España con la República, iniciada bajo el auspicio del amor mutuo y terminada mal por culpa de ambos amantes.

Sobre el futuro:

Hay una escena de la obra en que el viejo Juan se despide, desde el umbral, de su vecino, cuyo cuerpo inmóvil yace en el velatorio. «Viejo amigo —le dice—, ya no jugaremos más a las cartas.» Clarísimo... advierte el crítico. Buero quiere significar con ello que España tiene que olvidarse de frivolidades y pensar seriamente en ponerse al trabajo para restaurar su economía y su sociedad.

Las citas anteriores constituyen un ejemplo extremo de la interpretación que, lector y espectador, dan a las frases de Buero pero, en ningún caso, una excepción. Durante muchos años sus estrenos han representado en el país un acontecimiento literario por un lado y un intento de adivinación de claves por el otro. Basta que un personaje diga, por ejemplo: Esta puerta está cerrada, ¿no ves que está herméticamente cerrada?, para que innumerables codos busquen al del compañero de butaca. «¿Has oído? ¿Te has fijado? No hay apertura que valga en el nuevo Gobierno.»

Lo cual no quiere decir, naturalmente, que esas frases clave estén

sólo en la imaginación del espectador. Buero ha intentado, a lo largo de muchos años, dar en imagen o situación lo que la censura no le dejaba decir abiertamente. Pero siempre con escepticismo, como si supiera de antemano lo inútil de su empeño. Recuérdese *En la ardiente oscuridad*; los ciegos contentos y satisfechos, optimistas con su ceguera —¿política y de Estado paternalista que provee a dar pan y alegrías siempre que no se hagan preguntas?—, acaban matando al nuevo huésped que se empeña en hacerles ver que están ciegos, que son unos desdichados, patéticos ciegos.

(Han querido continuar su línea, en España, varios dramaturgos: Olmo, Rodríguez Buded, Muñiz...)

DE WENCESLAO A MIGUEL PASANDO POR JARDIEL

En España, la personalidad humana es, a veces, capaz de desfigurar la obra del escritor. Wenceslao Fernández-Flórez es un autor, para la mayoría de los españoles, típicamente de derechas. ¿Razones? Su relación de muchos años con el periódico monárquico *ABC* y, después de la guerra, un libro, *Una isla en el Mar Rojo,* donde describe, con tonos lógicamente partidistas, su encierro en una embajada para evitar la persecución de que era objeto por parte de los comités republicanos surgidos al principio de la contienda de 1936-39.

Y, sin embargo, si ha habido un escritor izquierdista en la España del primer tercio del siglo XX ha sido ese fino gallego, el primer humorista de su tiempo. Porque, envueltos en una situación cómica, lanzó los ataques más mordaces que se podían hacer a las instituciones y las costumbres que representaban los pilares de la sociedad española llamada burguesa o de derechas.

Hoy, cuando incluso la Tradición admite libertades jamás soñadas anteriormente, resulta difícil comprender lo que significaban títulos como *Relato inmoral, Las siete columnas,* o *El secreto de Barba Azul,* las más demoledoras de su producción.

Veamos: la España burguesa de principios de siglo creía firmemente en la Monarquía...

En *El secreto de Barba Azul* sale un Regente. Cuando este Regente va de caza, unos ojeadores hacen algo más que aproximarle la pieza. Se la sirven en bandeja. Si falla el tiro, el Montero Mayor se vuelve diciendo «¡Bis! y el animal cruza de nuevo ante la línea de mira del cazador para darle otra oportunidad. Si dispara a una bandada de seis palomas caen diez porque el risco que está a su espalda está coronado de diligentes muchachos con montones de aves ya perdigonadas. (Los periódicos del tiempo hablan continuamente de las proezas cinegéticas de Alfonso XIII...)

Cuando el Regente recibe a comisiones distintas, aprende cuidadosamente lo que dice una para repetirlo a la siguiente. Si un grupo de maestros se queja de la deficiencia en sus sueldos contesta: es cierto, pero el país tiene muchos problemas parecidos. La industria del acero, por ejemplo. Y les describe las peticiones que le acaban de hacer unos ingenieros momentos antes. Cuando llegan los representantes del comercio, el Regente les deslumbrará contándoles los problemas de la enseñanza primaria.

(Al salir del Palacio Real de Madrid, los visitantes confesaban a los periodistas lo mucho que les había impresionado el conocimiento de materias de Alfonso XIII.)

La burguesía mira con respeto (y ansia de emparentar) a la aristocracia; Fernández-Flórez describe sarcásticamente lo que le ocurre a un noble cuando ha desaparecido el móvil de sus acciones: La soberbia. Se asombra el Rey.

> Hace tres días dimitió... el marqués de los Alpes. Uno de sus tatarabuelos salvó la vida de un antecesor mío y, desde entonces, a él y a sus descendientes se les concedió el derecho de poseer la camisa que use el rey en el día de San Eleuterio de cada año. Nunca pidieron otra cosa y parecían muy contentos con la merced. Pero el pasado diez y ocho de abril, al entregarle mi camisa, el marqués enrojeció, frunció el ceño y dijo que la broma había durado ya bastantes siglos y que le gustaría saber lo que yo haría si él me enviase uno de sus calcetines cada domingo de Pentecostés. Dimitió y no he vuelto a verle. [*Las siete columnas*, 2.ª-II.]

En los años 20... la gente «bien» hablaba con respeto de las Órdenes Militares y las fotografías de sus reuniones salían en primera página de *ABC*. Fernández-Flórez inventa una caricatura titulada «La Orden de San Pedro Pescador» en la que quiere ingresar un burgués; en la cubierta del barco, el Maestre de la Orden se cerciora que no trabaja con sus manos o comercia —cosa nefanda que le negaría el derecho a ingresar— y luego:

> ¿Juras salir en barco o esquife cuando la caracola del vigía anuncie que el pirata turco está cerca?

Los piratas turcos no existen ya, pero el catecúmeno juró denodadamente.

Los caballeros empiezan a cantar su himno: «La Tempestad y el mar son nuestros elementos», pero —advierte el autor— se notaba poco convencimiento en su voz ante el movimiento que iba adquiriendo el barco. Por fin, todos se callan y se precipitan a la borda. El noble barco vuelve a tierra «con su desagradable olor a jugos gástricos».

La España burguesa del tiempo cree y admira al Ejército que ha estado luchando, hasta hace poco, en Marruecos. Los oficiales que salen en *El secreto de Barba Azul* son una increíble muestra de petulancia y estupidez. En una parodia de la historia española del XIX, se prepara una conspiración militar a la que los sargentos no quieren incorporarse mientras los oficiales no les permitan usar, como ellos, del impermeable. Los superiores deciden que sería demasiado y les ofrecen, como contrapropuesta, el uso del «paraguas-bayoneta». Los sargentos se niegan entonces a colaborar y el pronunciamiento fracasa. Viene luego la burla de los partes de guerra, que entonces, y después, han mencionado las retiradas como triunfos. El general derrotado, a la cabeza de un puñado de hombres se retira; cruza la frontera, come y sigue retirándose. Al cabo de un año regresa por el otro lado, porque, en su «gloriosa retirada», ha dado la vuelta al mundo. Como mientras tanto se había promulgado una amnistía, entran en su país de nuevo, bronceados por el sol de los trópicos, recibidos como héroes.

La burla ahora es del reglamento para altas condecoraciones militares. El comandante Coedere... defiende su posición...

> Cuando hice el recuento de mis bajas supe que de mis ciento veinte soldados quedaban vivos solo cuarenta y uno... Pensé que en medio de la suerte que representaba no haber perecido todos en el combate no era completa mi ventura. El reglamento de las «Aspas de la Temeridad» exige que..., además de verter su propia sangre, el oficial haya perdido en la acción las dos terceras partes de los hombres de su mando... Conté de nuevo los cadáveres. Eran cuarenta y uno. Ni uno menos. No había que soñar con las Aspas.

El comandante se confía a su asistente que ha sido herido varias veces y le explica que perderá la condecoración por «un pequeño detalle». Y el fiel soldado se arranca las vendas por la noche para redondear la cifra...

> Y murió. Era un valiente. Nunca podré olvidar que su vida es la 80.ª parte de las Aspas que llevo. [*Las siete columnas*, cap. V.]

Pero el ataque más duro del escritor gallego contra el sistema será en su vertiente moral. El contraste entre la obsesión sexual y las costumbres y legislación que la comprimen y ahogan, se describe en *Relato inmoral.* El autor se «dobla» en Varona, un español educado en el extranjero que vuelve a su país. Vive en una pensión y...

> Se había ya resignado a soportar todos los días aquellas charlas sobre temas eróticos... Era una obsesión. Chistes obs-

cenos, anécdotas picantes, relatos de torpes aventuras... esto era todo. Se diría que aquellos tres seres, de tan distintas condiciones y edades, no vivían para otra cosa ni tenían más preocupación que la sexual. La forma de un objeto, el nombre de una hortaliza, el sabor de un manjar, bastaban para suscitar en ellos ideas lascivas; manejaban encendidos retruécanos y hasta el sencillo acto de meter el corcho en la botella de vino les sugería imágenes venusianas. [*Relato inmoral,* cap. II.]

«Éste es un país de hambrientos —resume el protagonista de Fernández-Flórez—. Les tortura su propio ayuno y la prohibición les descarría. En ningún otro pueblo se ve tan abundantemente esta angustia de ansia insatisfecha, esta lascivia triste, esta obsesión sexual represada, deformada y monstruosa. Las preocupaciones religiosas han hecho aquí antipático, feroz, convulsionado el gesto y el ademán del amor; han hecho de lo que hay más bello y grato en el mundo, algo nefando, atormentador y prohibido. ¡Qué triste debe ser la vida de esta gente!»

Y el autor remata la sátira con un comentario «oficial» de su protesta.

> Así pensaba aquel réprobo de la santa y enorgullecedora castidad española. Mis deberes de narrador me fuerzan a consignar sus palabras pero quiero poner junto a ellas mi protesta ardorosa. [*Relato inmoral,* cap. III.]

Fernández-Flórez juega a menudo con el más allá. Las historias de fantasmas, de trasgos, de aparecidos, surgen a menudo en sus libros, revelando su condición de gallego. Su novela más bella es *El bosque animado,* aunque no la más interesante. Desde luego —se lo he oído personalmente—, era su favorita.

La llegada de Fernández-Flórez representa el principio de un nuevo humorismo, de origen inglés y que en España sólo había aparecido amparado por el trágico sarcasmo de un Cervantes, de un Quevedo y, más recientemente, de un Larra. El estilo sutil, agudo, intencionado, sin mueca áspera, de Fernández-Flórez logró gran éxito entre los jóvenes en el primer tercio del siglo XX, mientras las generaciones maduras seguían gustando del burdo juego de palabras de un Pérez Zúñiga o Vital Aza.

JARDIEL PONCELA

A su vez, Fernández-Flórez será relevado en los gustos juveniles por un auténtico revolucionario del humor, que trae novedades al irrumpir en las letras españolas.

...Por de pronto, el erotismo y la internacionalidad. Sus protagonistas juegan al amor físico y al viaje con una naturalidad que impresionaba a la todavía provinciana España de los años treinta.

En su novela más popular, *Pero ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?*, Jardiel cuenta de nuevo la historia de don Juan que ahora se llama Pedro. Su estilo es el mismo que el de sus antecesores; conquista rápida, abandono inmediato, nueva conquista. Pero, al tratarse de un don Juan del siglo XX, el protagonista ha puesto al día su sistema de contabilidad. Y en lugar de la larga lista con los testigos apuntados que corroborarán lo que afirma, «Pedro» tiene unos modernos ficheros donde aparecen las mujeres conseguidas, en orden alfabético, con un resumen de sus cualidades físicas y morales, fecha de inicio y ruptura de relaciones. La tradición, sin embargo, seguirá manteniéndose. El amante de mil mujeres acabará enamorándose lastimosamente de la que tenía que ser sólo una más en su historia.

La revolución literaria jardielesca llegó a puntos audaces. El nombre de la protagonista —la que termina con la frialdad de don Juan-Pedro— es «Vivola Adamant»..., dos marcas de aparatos sanitarios del tiempo. La apariencia física de la novela cambia también al hacer Jardiel que el tema *mande* a las propias *páginas*. Así de pronto el ¡Ay! de un personaje es tan grande que el autor tiene que cederle toda la hoja, mientras la entrada en el túnel de los protagonistas se define con tres páginas en negro. El dibujo aclaratorio o el símbolo gráfico se asoman continuamnte al libro. El lector va de sorpresa en sorpresa. Nunca sabe si va a encontrar un espacio en blanco o unas frases en alemán, inglés, francés o chino. Era un estilo erótico-humorístico absolutamente nuevo en España...

«Dejó el cigarrillo en el cenicero con un rozar de pezones sobre la nariz.»

«...tanto admirar las piernas de las mujeres y a la hora de la verdad nos las echamos a la espalda.»

El sistema había sido utilizado con éxito por Pitigrilli en Italia, pero Jardiel le dio una línea española y castiza de indudable ingenio. Quiso luego apuntar más alto y publicó *La* tournée *de Dios*, con la original idea del Señor bajando a la tierra pero en aspecto y debilidad de hombre cualquiera. Hay la inicial llegada plena de detalles humorísticos de buena ley. La masa grita:

—Marana-Ta.
—¿Qué dicen? —pregunta el Señor.
—Es hebreo, Señor, bienvenido...
—¡Ah! —contesta perplejo Dios.

Le hospedan en la casa de Dios, la iglesia, donde viniendo en forma de hombre sufre de frío toda la noche. Más asombrado se queda cuando tras pronunciar su discurso a los hombres criticando la derecha por su falta de caridad, a la izquierda por su resentimiento, el Señor se queda solo.

Con la llegada de la guerra civil, Jardiel se encontró en la situación de muchos liberales que se aterraron ante la línea que seguían las izquierdas pero encontraron reaccionarios a las derechas. Escapado de la zona republicana se vio acogido en la España nacional pero sus libros, demasiado descarados para la conciencia puritana que privaba en Burgos, estuvieron totalmente prohibidos hasta muchos años después de la contienda.

Con sus novelas sin circular, Jardiel siguió siendo popular gracias a su camino teatral por el que había arrancado, con igual si no mayor audacia, en los años treinta. Lo cuenta en uno de los prólogos con que editó luego sus comedias y que constituyó una novedad por la gracia y franqueza con que explicaba la génesis de sus estrenos.

Dice Jardiel que se asombraba ante la reacción del público en los teatros al uso. «Mira —decía una señora—, ésta habla como tu tía Conchita y ese señor como papá.» Jardiel se preguntaba cómo podía ir la gente a ver lo que tenía ya en casa y decidió escribir obras en que saliera lo que nunca ocurría en la vida diaria. Nacieron así *Usted tiene ojos de mujer fatal,* una adaptación teatral de *Espérame en Siberia, vida mía, Cuatro corazones con freno y marcha atrás...* Después de la guerra civil estrenó *Madre, el drama padre,* burla de los melodramas basados en la dificultad de precisar las relaciones familiares. *Los ladrones somos gente honrada,* donde tuvo el primer papel importante un joven pelirrojo que se llamaba Fernando Fernán-Gómez. *Eloísa está debajo de un almendro,* con situaciones originales, como la del personaje que permanece en la cama durante años, a pesar de estar perfectamente sano, pero que viaja en la imaginación con la ayuda de su criado...

Los criados de las obras de Jardiel eran el perfecto contrapunto a las hazañas de sus dueños; como en la vieja tradición clásica, seguían sus rarezas, comentaban sus manías y servían de perfecto enlace con el público.

Los últimos años de Jardiel fueron tristes. Su invención seguía siendo brillante y los primeros actos en los que exponía la trama tan graciosos como antes, pero ya le era difícil resolver, en la segunda parte de la obra, los mil cabos que su ingenio dejaba sueltos. El fracaso de sus últimas obras empeoró su salud psíquica y murió relativamente joven.

Había abierto un nuevo gran horizonte al teatro español, al saltarse a la torera tabúes y limitaciones que se consideraban absolutamente intocables por los que le precedieron en las tablas españolas. De Jardiel han vivido varios autores, mucho después de su muerte.

MIGUEL MIHURA

Recoge su antorcha —aunque esa metáfora produciría mucha risa a quien ha vivido siempre deshaciendo tópicos y frases hechas—, Miguel Mihura. De padre autor y actor, Miguel arranca, sin embargo, como dibujante, luego pasa al cuento corto y, mucho más tarde, al teatro.

Su línea, sin embargo, está clara desde el principio. Como Jardiel, se enfrenta con una situación anodina, monótona, a la que ridiculizará. Pero mientras Jardiel se evade de esa vida diaria, Mihura la usa retorciéndola. Si Jardiel busca caminos internacionales o saca a escena a soldados de los Tercios de Flandes *(Los habitantes de la casa deshabitada)* para producir risa, Mihura analiza cualquier situación considerada lógica para mostrar su absurdo.

La falta de imaginación en los españoles crispa al autor. En *La Ametralladora,* en *La Codorniz,* las dos revistas de humor que lanzó durante los años 37 al 41, Mihura juega con la expresión típica, corriente, para satirizarla.

—Esa cara la he visto yo en alguna parte
—Siempre la he tenido aquí.

O el madrileñismo. Si el autor de moda, Arniches, hace reír a la gente con las frases castizas de sus personajes, Mihura mostrará, en un cuento breve, a una muchacha que cada vez que un hombre se le acerca para decirla que la quiere, contesta con una expresión achulada...

—¡Amos, bueno! ¡De qué, pasmao! Anda y que te ondulen...

y cuando se queda sola suspira: «¡Dios mío por qué seré yo tan castiza!; el caso es que le adoro y quisiera contestarle que sería feliz si me llevara al altar, pero como soy tan castiza no tengo más remedio que contestarle así.» Y así van pasando los años y ella envejeciendo soltera, víctima de su madrileñismo fetén.

Igual con el andalucismo. Cuando toda España ríe con las frases de Álvarez Quintero —que, como en el caso de Arniches, más que reflejar una forma de hablar la creaban haciendo que el pueblo hablara como en

su teatro—, Mihura estudiará cuanto hay de falso en la imagen. He aquí un *Viaje a Sevilla*:

> El catalán me dice en secreto:
> —Se me han ocurrido dos frases para mis crónicas. Son éstas: «En el aire se desgrana una copla» y «los azahares de los naranjos aumentan la embriaguez de la luz».
> —Son muy bonitas —elogio—. Pero no se le olvide a usted decir también que esta ciudad tiene mucho embrujo.
> —¿Sí? —me dice.
> —Muchísimo —aseguro—, más embrujo que nadie. [*Viaje a la feria de Sevilla,* OC, 1962, p. 1038.]

En una de sus obras más interesantes —aunque no de mayor éxito—, *El caso del señor vestido de violeta,* Mihura representa a un torero que se niega a aceptar la forma dialectal andaluza ni siquiera en su ambiente más propicio. El maestro está instruyendo a los peones:

> ...ROBERTO. Le tengo dicho, señor Martínez, que no me llame... «mataó».
> CARNICERO. Pero, ¡don Roberto de mis entretelas!
> ROBERTO. ¡Ni entretelas ni nada! También les tengo dicho que procuren no hablar en andaluz. ¿Qué sacan ustedes hablando en andaluz? ¿Se creen más graciosos con eso? ¿Se creen acaso más valientes?
> PATAS LARGAS. ¡Pero, don Roberto de mis entrañas! ¡Si eso es que yo he nacido en Sevilliya y mi padre era de Sevilliya y tos hemos sido de Sevilliya!
> ROBERTO. ¿Y qué hay con eso? Yo también he nacido en Sevilla, señor, y no por eso estoy obligado a decir «sentrañas» ni «entretelas» ni «jesú», ni otras ordinarieces semejantes.

La sátira de Mihura en esa obra iba más allá que a un ambiente. Era a la figura de un torero que por aquel entonces —años cuarenta— había cambiado la áspera figura de sus antecesores y se codeaba con la aristocracia intelectual y de sangre. He aquí el programa que le presentaba su mayordomo para el domingo:

> GONZÁLEZ. A las dos cuarenta y cinco, entrevista con el doctor Montijo. A las tres, entrevista con las distinguidas admiradoras del señor... A las tres quince revisar las pruebas de último libro de versos del señor. A las tres treinta rezar a la Virgen de la Macarena. Y de cuatro en adelante, matar dos toros de la viuda de Veragua si el tiempo no lo impide.
> ROBERTO. Bien. Conforme. ¿Y después?
> GONZÁLEZ. El programa de la tarde está sin concretar hasta

saber si al señor le coge un toro o no le coge. Si no le coge, tiene canasta con los duques, pero si le coge...

ROBERTO *(levantándose teatralmente).* ¡Ah, siempre el peligro! ¡Siempre la angustia! ¡Siempre el temor de la sangre manchando la dorada arena de los ruedos...!

La observación más sutil de Mihura, sin embargo, es sobre un tipo que él, solterón, y durante muchos años noctámbulo, conoce bien. La muchachita «de la vida», en quien descubre profundas cualidades humanas... Como esa Lulú a *A media luz los tres,* una de las obras triunfales en su carrera:

LULÚ. ...Yo no sé cómo le he podido aguantar tanto tiempo... Pero una, con tal de no tener que alternar en el cabaret...

ALFREDO. ¿Alternaba antes en un cabaret?

LULÚ. Sí, empecé a alternar desde muy joven... Y otra hermana que tengo, también... En mi casa todos hemos alternado mucho... Pero, en plan fino, ¿sabe? Nada de flamenco y esas cosas... Plan de whisky.

«Alfredo» es el don Juan oficial que fracasa en todas sus conquistas. Porque, en el fondo, como le dice Lulú:

...Ustedes, los hombres solteros, deben ser como nosotras las que alternamos. Durante cierto tiempo nos salen conquistas y nos consideramos felices... Pero, después, viene una mala racha y ¡plaff!

ALFREDO. Es posible.

LULÚ. Con la diferencia, además, que ustedes no tienen el descorche.

ALFREDO. Desde luego.

Esta Lulú, burguesita en el fondo, a quien gusta hacerse sopas de ajo, que cree que el mundo es fenómeno y que la vida es agradable a pesar de su situación, es la antecesora de «Maribel» (y la extraña familia), a la que un hombre creyendo en ella la obligará a cambiar por dentro y por fuera. Como cuenta a sus amigas y compañeras de profesión Nini, Pili y Rufi...

MARIBEL. ...Sabéis que he intentado aclarar todo desde el primer momento... que he tratado por todos los medios que ellos lo comprendiesen. Pero no comprenden nada... Voy al cine con Marcelino, que cada día está más cortés y más tímido y que me convida a bombón helado en los descansos y me besa la mano al despedirse. Y lo malo es que me encuentro aquí a gusto... que he descubierto, de pronto, que esta vida es la que me gusta y no la otra.

Y que, de repente, sin darme cuenta, me salen palabras que no había dicho nunca y me expreso de otro modo más fino, y hasta olvido totalmente lo que he sido hasta ahora.

PILI. ¡Que ya es tener poca memoria!

MARIBEL. No digas impertinencias porque a vosotras os pasaría igual.

Y un día acabará siendo lo que Marcelino hubiera querido que fuera.

Yo era costurera en casa de una modista que se llama Remedios, sabes... y yo trabajaba mucho. ¡Venga a coser! ¡Venga a coser! Y un día, una amiga me invitó a un bar a tomar una cerveza. Y entré en ese bar por vez primera y te encontré a ti. Y eso es todo. ¿Comprendes? *(y abraza emocionada a Marcelino)*, y yo sé que todo eso es verdad. Que ni te miento a ti ni me miento a mí misma. Que ha sucedido, ¿sabes? ¡Y por eso no tengo ya miedo!

Miguel Mihura encontró hace tiempo una fórmula. Humorismo y ternura. Y logró mantenerla durante años, porque jamás dejó que el humorismo se le cayera en la astracanada ni la ternura en la cursilería. Es, personal y profesionalmente, totalmente original y, para más serlo, es quizás el único autor que ha dejado de escribir estando en la cúspide de la fama con empresarios mendigándole en la puerta. Dice que es una lata.

LA LITERATURA ESPAÑOLA EN FECHAS

Como en Otra historia de España, *se presume en el lector un conocimiento general previo del tema del libro. Por ello, he reducido al mínimo las referencias bibliográficas. Quiero, sin embargo, procurar al estudioso un índice cronológico —a veces aproximado— que pueda serle de utilidad.*

1040	Jarchas.
1140	*Poema del Cid.*
s. XII	*Los siete infantes de Lara.*
XII, XIII	*Vida de santa María Egipciaca.*
XIII	*Libro de Apolonio.*
1180-1246	BERCEO, GONZALO DE: *Historia de san Emiliano. Los milagros de Nuestra Señora. Vida de S. Domingo de Silos. Vida de santa Oria.*
1220	*Cantar de Roncesvalles.*
1220-1284	ALFONSO EL SABIO: *Cantigas de Santa María. Primera Crónica General. La Gran Historia General. Las Siete Partidas. Libros del saber de Astronomía.*
XIII	*La gran conquista de Ultramar.*
1235-1315	RAIMUNDO LULIO: *Ars Magna. El árbol de la ciencia. Libro del amigo y el amado. Blanquerna* (1282-85). *Libro de las Maravillas del mundo* (en catalán) (1282-89).
1251	*Calila y Dimna.*
1265-1336	MUNTANER, RAMÓN: *Crónica.*
XIII	*Barlaam y Josafat.*
XIII (2.ª mitad)	*Poema de Fernán González.*
XIII-XIV	*Poema de Yussuf.*
1282-1349	INFANTE JUAN MANUEL: *El conde Lucanor. Libro de los Estados. Libro del caballero y del escudero.*
1299-1305	*El caballero Cifar.*
1285-1350	EL ARCIPRESTE DE HITA: *Libro de Buen amor.*
1332-1407	LÓPEZ DE AYALA: *Crónicas de los Reyes de Castilla. Rimado de Palacio.*
XIV	*Cantar de Rodrigo.*
XIV	*Romancero.*
XIV	*Rimas de Alfonso XI.*

XIV	SEM TOB: *Proverbios morales.*
1398-1458	MARQUÉS DE SANTILLANA: *Sonetos al itálico modo. Serranillas. La Comedieta de Ponza.*
1397-1459	MARCH: *Poesías* (catalán).
1444	MENA, JUAN DE: *El Laberinto de la fortuna.*
1445	CANCIONERO DE BAENA: *Cancionero de Stúñiga.*
XV	*Coplas del Provincial.*
1412-1490	GÓMEZ MANRIQUE: *Representación del Nacimiento de Nuestro Señor. Lamentaciones hechas para Semana Santa.*
XV	*Danza de la Muerte.*
1476	MANRIQUE, JORGE: *Coplas a la muerte de su padre.*
XV	*Coplas de Mingo Revulgo.*
1486	PULGAR, HERNANDO DE: *Claros varones de Castilla.*
1490	*Tirant lo Blanc* de MARTORELL.
1492	RODRÍGUEZ DE SAN PEDRO: *Cárcel de amor.*
1436-1493	PULGAR, HERNANDO DE: *Crónica de los Reyes Católicos.*
1496	ENCINA, JUAN DE: *Autos de la Navidad y de la Pasión. Égloga de Plácida y Victoriano, Cristino y Flebea, Fileno, Zambardo y Cardonio.*
1498	MARTÍNEZ DE TOLEDO, ALFONSO: *El Corbacho.*
1499	ROJAS, FERNANDO DE (?): *La tragicomedia de Calixto y Melibea.*
1500-1541	VALDÉS, JUAN DE: *Discurso de la Lengua.*
1508	MONTALVO: *Amadís de Gaula.*
1513	ENCINA: *Égloga de Plácida y Victoriano.*
1517	TORRES NAHARRO: *La Propaladia.*
1522	HERNÁN CORTÉS: *Relaciones de la conquista de Méjico.*
1525	FERNÁNDEZ DE OVIEDO: *Historia General y natural de las Indias.*
1527-1591	Fray LUIS DE LEÓN: *Poesías.*
1528	DELICADO, FRANCISCO: *La bella andaluza.*
1528-1530?	VALDÉS, ALFONSO: *Diálogos de Mercurio y Caronte.*
1529	GUEVARA, ANTONIO DE: *Marco Aurelio.*
	VALDÉS, ALFONSO DE: *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma.*
1492-1581	DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL: *Verdadera historia de la conquista de Méjico.*
1535	VALDÉS, JUAN DE: *Diálogo de la Lengua.*
	LEÓN HEBREO: *Diálogos de amor.*
1539	GUEVARA, ANTONIO DE: *Menosprecio de corte y alabanza de la aldea.*
1542	CASAS, BARTOLOMÉ DE LAS: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias.*
1548	IGNACIO DE LOYOLA: *Ejercicios espirituales.*
1520-1554	CETINA, GUTIERRE DE: *Poesías.*
1503-1575	HURTADO DE MENDOZA: *Poesías.*
1552-1553	LÓPEZ DE GOMARA: *Historia General de las Indias.*
1546?	CASTILLEJO: *Diálogos.*
1554	*Lazarillo de Tormes.*
1559	MONTEMAYOR, JORGE DE: *Diana.*
1564	GIL DE POLO: *Diana enamorada.*
1565	*Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa.*
1567	RUEDA, LOPE DE: *Teatro.*
1569-1590	ERCILLA, ALONSO DE: *La Araucana.*
1576	TIMONEDA, JUAN DE: *El patrañuelo.*
1577	TERESA DE JESÚS: *Las Moradas.*

1582 TERESA DE JESÚS: *Poesías.*
1583 FRAY LUIS DE LEÓN: *La perfecta esposa. Los nombres de Cristo.*
1530-1606 ALCÁZAR, BALTASAR DE: *Poesías.*
1581-1583 CERVANTES: *La Numancia.*
1585 CERVANTES: *La Galatea.*
1586 BARAHONA: *Angélica.*
1588 TERESA DE JESÚS: *Libro de su vida.* Malon de Chaide: *La conversión de Magdalena.*
1595 PÉREZ DE HITA: *Las guerras civiles de Granada.*
1599 ALEMÁN, MATEO: *Guzmán de Alfarache.*
1601 MARIANA: *Historia de España.*
1602 LOPE DE VEGA: *La belleza de Angélica.*
1603 LOPE DE VEGA: *El acero de Madrid.*
MIRA DE AMESCUA: *La rueda de la fortuna.*
1604 LOPE DE VEGA: *El peregrino en su patria.*
1605 LÓPEZ DE ÚBEDA: *La pícara Justina.*
CERVANTES: *Don Quijote.*
1609 LOPE DE VEGA: *Nuevo arte de hacer comedias.*
1613 GÓNGORA, LUIS DE: *Soledades.*
CERVANTES: *Novelas ejemplares.*
1614 LOPE DE VEGA: *Peribáñez y el comendador de Ocaña.*
AVELLANEDA: *El Quijote.*
CERVANTES: *Viaje al Parnaso.*
1615 CERVANTES: *Ocho comedias y ocho entremeses.*
CERVANTES: *Quijote, segunda parte.*
1616 CERVANTES: *Persiles y Sigismunda* (póstuma).
1617 LOPE DE VEGA: *Los caprichos de Belisa. Los amores de Fenisa. El villano en su rincón.*
1618? LOPE DE VEGA: *Fuenteovejuna. El perro del hortelano.*
1618 ESPINEL: *Marcos de Obregón.*
JUAN DE LA CRUZ: *Obras espirituales.*
CASTRO, GUILLÉN: *Las mocedades del Cid.*
1620 LOPE DE VEGA: *La viuda valenciana. Los locos de Valencia.*
TIRSO DE MOLINA: *La villana de Vallecas.*
1622 LOPE DE VEGA: *Romancero espiritual.*
1624 BALBUENA: *Bernardo.*
1625 RUIZ DE ALARCÓN, JUAN: *Los pechos privilegiados.*
1626 QUEVEDO: *El buscón llamado don Pablos.*
1627 HURTADO DE MENDOZA: *Las guerras de Granada.*
1628 RUIZ DE ALARCÓN: *Las paredes oyen.*
1629 CALDERÓN: *El alcalde de Zalamea.*
1630 TIRSO DE MOLINA: *El burlador de Sevilla.*
RUIZ DE ALARCÓN: *La verdad sospechosa.*
1632 LOPE DE VEGA: *Dorotea.*
1633 CALDERÓN: *La devoción de la cruz.*
1634 LOPE DE VEGA: *El castigo sin venganza.*
ARGENSOLA: *Rimas.*
TIRSO DE MOLINA: *La prudencia en la mujer.*
1635 LOPE DE VEGA: *El mejor alcalde, el rey.*
TIRSO DE MOLINA: *Don Gil de las calzas verdes.*
1636? CALDERÓN: *La vida es sueño.*
1637 CALDERÓN: *A secreto agravio, secreta venganza. El mayor monstruo, los celos. El médico de su honra.*
1640 ROJAS ZORRILLA: *Del rey abajo ninguno.*

	SAAVEDRA FAJARDO: *Idea de un príncipe político cristiano.*
1641	VÉLEZ DE GUEVARA: *El diablo cojuelo.*
1647	GRACIÁN, BALTASAR: *Oráculo manual.*
1651	GRACIAN: *El criticón.*
1654	MORETO: *El lindo don Diego. El desdén por el desdén.*
1675	MOLINOS, LUIS: *Guía espiritual.*
1689-1693	SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ: *Poesías.*
1726-1760	FEIJOO: *Teatro crítico universal.*
1737	LUZÁN: *La Poética.*
1742	TORRES VILLARROEL: *Vida.*
	FEIJOO: *Cartas eruditas.*
1763	RAMÓN DE LA CRUZ: *La verbena de san Pedro.*
1772	CADALSO: *Los eruditos a la violeta.*
1778	GARCÍA DE LA HUERTA: *Raquel.*
1782	IRIARTE: *Fábulas.*
1784	SAMANIEGO: *Fábulas morales.*
1785	MELÉNDEZ VALDÉS: *Poesías.*
1787	JOVELLANOS: *El delincuente honrado.*
1789	MORATÍN: *La derrota de los pedantes.*
1786-1791	RAMÓN DE LA CRUZ: *El Prado de noche. Los salones de Madrid.*
1792	MORATÍN: *La comedia nueva o El Café.*
1793	CADALSO: *Cartas marruecas.*
1801	QUINTANA: *El duque de Viseo.*
1805	QUINTANA: *Pelayo.*
	MORATÍN: *El sí de las niñas.*
1813	QUINTANA: *Poesías.*
1814	MARTÍNEZ DE LA ROSA: *La viuda de Padilla.*
1830	MARTÍNEZ DE LA ROSA: *Aben Humeya.*
1831	DUQUE DE RIVAS: *Don Álvaro o la fuerza del sino.*
	BRETÓN DE LOS HERREROS: *Marcela o cuál de las tres.*
1832	LARRA: *Artículos.*
1834	MARTÍNEZ DE LA ROSA: *La conjuración de Venecia.*
	LARRA: *Macías el enamorado.*
	ESPRONCEDA: *Sancho Saldaña.*
1836	GARCÍA GUTIÉRREZ: *El Trovador.*
1837	HARTZENBUSCH: *Los amantes de Teruel.*
	BRETÓN DE LOS HERREROS: *Muérete y verás.*
1840	ESPRONCEDA: *El diablo mundo. Poesías. El estudiante de Salamanca.*
1841	DUQUE DE RIVAS: *Romances.*
1843	MESONERO ROMANOS: *Tipos y caracteres.*
1844	ZORRILLA: *Don Juan Tenorio.*
	GIL Y CARRASCO: *El señor de Bembibre.*
1845	V. VEGA: *El hombre de mundo.*
	BALMES, JAIME: *El criterio.*
	HARTZENBUSCH: *El juramento de Santa Gadea.*
1846	CAMPOAMOR: *Doloras.*
1847	ESTÉBANEZ CALDERÓN: *Escenas andaluzas.*
1849	FERNÁN CABALLERO: *La gaviota.*
1851	DONOSO CORTÉS: *Ensayo sobre el catolicismo... Sobre el socialismo.*
1853	CAMPOAMOR: *El drama universal.*
	TAMAYO Y BAUS: *Virginia.*
1854	NICASIO GALLEGO: *Poesías.*

1860 BÉCQUER: *Rimas.*
1861 MILÁ Y FONTANALS: *Los trovadores de España.*
1866 GARCÍA GUTIÉRREZ: *La venganza catalana.*
1867 TAMAYO Y BAUS: *Un drama nuevo.*
1868 BÉCQUER: *Rimas.*
1870 PÉREZ GALDÓS: *La fontana de oro.*
1871 PÉREZ GALDÓS: *El audaz.*
PEREDA: *Tipos y paisajes.*
1872 PÉREZ GALDÓS: *Trafalgar* («Episodios Nacionales»: 1.ª serie: 73-75, 10 tomos; 2.ª serie: 75-79, 10 tomos; 3.ª: 98 a 1900, 10 tomos; 4.ª 1902-07, 10 tomos; 5.ª serie: 1907-12, 6 tomos.
1874 VALERA: *Pepita Jiménez.*
NÚÑEZ DE ARCE: *Gritos de combatiente.*
1875 ALARCÓN, P. A. DE: *El sombrero de tres picos. El escándalo.*
1876 PÉREZ GALDÓS: *Doña Perfecta.*
1877 PÉREZ GALDÓS: *Gloria.*
ECHEGARAY: *O locura o santidad.*
QUEROL: *Rimas.*
1878 PÉREZ GALDÓS: *Marianela.*
VERDAGUER: *L'atlàntida.*
PÉREZ GALDÓS: *La familia de León Roch.*
PEREDA: *Don Gonzalo González de la Gonzalera.*
VALERA: *Pasarse de listo.*
1879 PARDO BAZÁN: *Pascual López.*
PEREDA: *De tal palo tal astilla.*
VALERA: *Doña Luz.*
1880 ALARCÓN: *El niño de la bola.*
MESONERO ROMANOS: *Memorias de un setentón.*
MENÉDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles.*
VALERA: *Estudios críticos.*
1881 ALARCÓN: *El capitán Veneno.*
ECHEGARAY: *El gran galeoto.*
PEREDA: *Esbozos y rasguños.*
PARDO BAZÁN: *Un viaje de novios.*
PÉREZ GALDÓS: *La desheredada.*
PALACIO VALDÉS: *El señorito Octavio.*
1882 PEREDA: *El sabor de la tierruca.*
PÉREZ GALDÓS: *El amigo Manso.*
ALARCÓN: *La Pródiga.*
1883 PALACIO VALDÉS: *Marta y María. El idilio de un enfermo.*
PÉREZ GALDÓS: *El docto Centeno.*
MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de las ideas estéticas en España.*
1884 CLARÍN: *La Regente.*
PÉREZ GALDÓS: *Tormento. Lo prohibido.*
PEREDA: *Sotileza.*
ROSALÍA DE CASTRO: *En las riberas del Sar.*
1885 PALACIO VALDÉS: *José.*
PARDO BAZÁN: *El cisne de Vilamorta.*
1886 PARDO BAZÁN: *Los pazos de Ulloa.*
PÉREZ GALDÓS: *Fortunata y Jacinta.*
PALACIO VALDÉS: *Riverita.*
1887 RUBÉN DARÍO: *Azul.*
PARDO BAZÁN: *La madre naturaleza.*
PALACIO VALDÉS: *Maximina.*
1888 CAMPOAMOR: *Humoradas.*

PÉREZ GALDÓS: *Miau. La incógnita.*
PEREDA: *La Montánchez.*
PALACIO VALDÉS: *El cuarto poder.*
1890 PÉREZ GALDÓS: *Angel Guerra.*
PARDO BAZÁN: *Una cristiana. La prueba.*
PALACIO VALDÉS: *La espuma.*
1891 P. COLOMA: *Pequeñeces.*
CLARÍN: *Su único hijo.*
PEREDA: *Nubes de estío.*
1892 PALACIO VALDÉS: *La fe.*
PÉREZ GALDÓS: *Tristana.*
PARDO BAZÁN: *Doña Milagros.*
1893 PÉREZ GALDÓS: *Torquemada en la cruz* (94) *...en el Purgatorio* (95) *...y San Pedro.*
1895 PÉREZ GALDÓS: *Nazarín. Halma.*
PEREDA: *Peñas arriba.*
BLASCO IBÁÑEZ: *Flor de mayo.*
DICENTA: *Juan José.*
UNAMUNO: *En torno al casticismo.*
1896 VALERA: *Juanita la larga.*
GUIMERÁ: *Terra baixa.*
PALACIO VALDÉS: *Los majos de Cádiz.*
1897 GANIVET: *Ideárium español.*
PÉREZ GALDÓS: *Misericordia. El abuelo.*
1898 PALACIO VALDÉS: *La alegría del capitán Ribot.*
P. COLOMA: *La Reina mártir.*
GANIVET: *La conquista del reino de Maya.*
1899 PALACIO VALDÉS: *La hermana San Sulpicio.*
1900 CLARÍN: *La Regenta.*
ECHEGARAY: *El loco Dios. El Gran Galeoto.*
HERMANOS QUINTERO: *El Patio.*
1901 MARAGALL: *Poesies.*
1902 BLASCO IBÁÑEZ: *Cañas y barro.*
M. MACHADO: *Alma.*
BAROJA: *Camino de perfección.*
UNAMUNO: *Amor y pedagogía.*
AZORÍN: *La voluntad.*
1903 A. MACHADO: *Soledades.*
1905 VALERA: *Estudios de Crítica literaria.*
1906 UNAMUNO: *Vida de don Quijote y Sancho.*
BAROJA: *Paradox Rey.*
PALACIO VALDÉS: *Tristán o el pesimismo.*
1907 VALLE INCLÁN: *Aguila de blasón.*
BENAVENTE: *Los intereses creados.*
1908 QUINTERO: *Amores y amoríos.*
BENAVENTE: *Señora Ama.*
PARDO BAZÁN: *La sirena negra.*
VALLE INCLÁN: *Romance de lobos.*
1911 S. RUEDA: *Poesías.*
BAROJA: *El árbol de la ciencia.*
A. MACHADO: *Campos de Castilla.*
M. MACHADO: *Cante hondo.*
AZORÍN: *Castilla.*
PÉREZ DE AYALA: *La pata de la raposa.*
BAROJA: *El mundo es ansí.*

UNAMUNO: *Contra esto y aquello.*
UNAMUNO: *Del sentimiento trágico de la vida.*
BENAVENTE: *La Malquerida.*
PÉREZ DE AYALA: *Troteras y danzaderas.*
1914 UNAMUNO: *Niebla.*
J. R. JIMÉNEZ: *Platero y yo.*
1915 AZORÍN: *Al margen de los clásicos.*
1916 MIRÓ: *Figuras de la pasión del Señor.*
ARNICHES: *La señorita de Trévelez.*
1917 MIRÓ: *El libro de Sigüenza.*
1921 UNAMUNO: *Tres novelas ejemplares. Tía Tula.*
PÉREZ DE AYALA: *Belarmino y Apolonio.*
1922 MIRÓ: *Nuestro padre san Daniel.*
VALLE INCLÁN: *Cara de plata.*
1923 E. d'ORS: *Tres horas en el Museo del Prado.*
1924 A. MACHADO: *Nuevas canciones.*
1925 UNAMUNO: *La agonía del cristianismo.*
ALBERTI: *Marinero en tierra.*
1926 MIRÓ: *El obispo leproso.*
G. DIEGO: *Versos humanos.*
MAEZTU: *Don Quijote, don Juan y la Celestina.*
VALLE-INCLÁN: *Tirano Banderas.*
FERNÁNDEZ-FLÓREZ: *Las siete columnas.*
PÉREZ DE AYALA: *Tigre Juan.*
1927 R. GÓMEZ DE LA SERNA: *El torero Caracho.*
1928 GARCÍA LORCA: *Romancero gitano.*
J. GUILLÉN: *Cántico.*
1929 AZORÍN: *Blanco en azul.*
ALBERTI: *Sobre los ángeles.*
ORTEGA y GASSET: *La rebelión de las masas.*
1930 GARCÍA LORCA: *Poeta en Nueva York.*
1933 GARCÍA LORCA: *Bodas de sangre.*
UNAMUNO: *San Manuel Bueno.*
1934 GARCÍA LORCA: *Yerma.*
P. SALINAS: *La voz a ti debida.*
1936 GARCÍA LORCA: *La casa de Bernarda Alba.*
J. R. JIMÉNEZ: *Canción.*
1937 FOXÁ, A.: *Madrid de corte a cheka.*
A. MACHADO: *La guerra.*
1942 CELA: *La familia de Pascual Duarte.* «Garcilaso».
1944 «Espadaña» V. ALEIXANDRE: *Sombra de paraíso.*
DÁMASO ALONSO: *Hijos de la ira.*
1948 R. GÓMEZ DE LA SERNA: *Automoribundia.*
1949 BUERO VALLEJO: *Historia de una escalera.*
1950 B. DE OTERO: *Ángel fieramente humano.*

INDICE

Nota a modo de programa 7
Desde el impetuoso Rodrigo al sesudo Campeador 11
El Cid como protagonista, 18. — El traidor, 21. — El Cid religioso, 24. — Realismo, 25.
Berceo o el gran descubrimiento de la intercesora 27
Un cura anticlerical 33
Dos amantes y una celestina 40
La sensualidad, 45.
Los dulces, limpios y falsos pastores 53
Lo que hubiera podido ser 56
Garcilaso de la Vega, la simbiosis perfecta, 56.
Los reformadores desde dentro 60
El lenguaje sexual del amor místico 64
La mujer que tenía el cielo en el corazón y la cabeza en la tierra . 67
Herrera, un poeta triunfalista 74
El pícaro, ese sinvergüenza simpático 77
Aquellos apasionantes libros de caballerías 85
...Cuando pasa de militar a monje, 86.
Cervantes, el triste triunfador 90
El libro mejor escrito y peor ordenado 93
«La del alba sería», 93.
El loquicuerdo (D. Quijote) 97
¿Bacía o yelmo?, 100.
El cuerdiloco (Sancho) 106
Lo sexual en el Quijote 113
Don Quijote envejece 129
Cervantes, ¿ortodoxo o heterodoxo? 137
Cuando no se alzaba el telón... porque no había 143
Lope, el petulante 156
Lope, el amoroso, 160.
Lo sexual en Lope 163
Lope, el servil 167
Lope, autor «nacional» 171
Lope, ripioso, 184.
Nace don Juan 186
La vida ¿es sueño? 195

El astuto alcalde de Zalamea 202
Calderón y el sistema 211
¡Ah, la honra! 216
Góngora sí, Góngora no 221
Quevedo, el escritor «comprometido» 230
Quevedo, el patriota, 232. — Quevedo, satírico social, 234. — Quevedo y el erotismo, 237. — Quevedo contra otros autores, 241.
Baltasar Gracián, el jesuita alegórico 243
Feijoo o la razón todavía a medias 248
Los milagros pueden engañar... pero pueden existir hombres-peces 252
El siglo anodino 257
El romanticismo o la exaltación 268
El romántico, ese hippy del XIX, 269. — La rebelión, 270.
El paisaje. 279
El amor 283
La Edad Media 291
El Siglo de Oro 296
La muerte 299
El oriente 306
La religión 310
Escepticismo 315
Los grandes ripios de los autores románticos 320
El realismo o la importancia de lo cotidiano 323
Galdós: El cronista patriota, 326. — Del templario al funcionario, 327.
Las frases de Benavente 331
Un nuevo romanticismo llamado modernismo 337
Valle-Inclán 340
Delicado Azorín 344
Los Machado, ¿dos hermanos o dos Españas? 347
J. R. Jiménez, la pureza insolidaria 352
Unamuno. Nada menos que todo un hombre 355
Baroja, el gran solitario 360
García Lorca, el poeta que se convirtió en mito 366
Cuando los versos se usaban como balas 371
...Y las novelas como carros armados 374
Ampliación de Alberti, 378.
Un lamento sordo: «Nada» 379
Camilo José Cela; escritor y personaje literario 382
La poesía rebelde 387
El grito de la poesía 389
Buero Vallejo, el dramaturgo que llegó del frío 390
De Wenceslao a Miguel pasando por Jardiel 394
Jardiel Poncela, 398. Miguel Mihura, 400.
La literatura española en fechas 405

OTRAS OBRAS DE FERNANDO DIAZ-PLAJA

DOCUMENTACIÓN:

La Historia de España en sus documentos. El siglo XVI (Madrid, 1958). *El siglo XVII* (Madrid, 1957). *El siglo XVIII* (Madrid, 1955). *El siglo XIX* (Madrid, 1954). *El siglo XX* (1920-1923) (Madrid 1960; edición popular, Barcelona, 1969). *El siglo XX* (1923-1936) (Madrid, 1965; edición popular, Barcelona, 1969). *El siglo XX* (1936-1939) (Madrid, 1963; edición popular, Barcelona, 1968; 1972). *La España política del siglo XX. Cuatro tomos.* Edición ilustrada (Barcelona, 1972). *La posguerra española en sus documentos* (Barcelona, 1970). *La Historia de España en sus documentos.* Tomo I: Desde los orígenes a Felipe II. — Tomo II: de Felipe II al desastre de 1898. — Tomo III: del desastre de 1898 al príncipe Juan Carlos. (Barcelona, 1971), 2.ª ed. Madrid, 1973. *La Historia de España contada por los poetas* (Barcelona, 1971). *Historia documental de España* (Madrid, 1973).

Teatro español de hoy (1939-1958) (Madrid, 1959) (2.ª edición). *Teatro español de hoy* (1939-1966) (Madrid, 1967). *Antología del Romanticismo español* (2.ª edición: Nueva York, 1968).

BIOGRAFÍA:

Teresa Cabarrús. Una española en la Revolución francesa (3.ª edición, Barcelona, 1969). *Guzmán el Malo* (Barcelona, 1963). *Cervantes. La desdichada vida de un triunfador* (Barcelona, 1969).

COSTUMBRES:

La vida española en el siglo XVIII (Barcelona, 1946). (Agotado.) *La vida española en el siglo XIX* (2.ª edición, Madrid, 1969). *La sociedad española (1500-hasta hoy)* (Puerto Rico, 1968). (3.ª edición, Barcelona, 1971.) *La sociedad española (desde los orígenes hasta nuestros días)* (Barcelona, 1972). Edición ilustrada: Barcelona, 1972.

INTERPRETACIÓN:

Ejército Imperial (Barcelona, 1951). *Griegos y romanos en la Revolución francesa* (Madrid, 1960). (Agotado.) *España; Años decisivos* (1917) (2.ª edición, Barcelona, 1970). *España; Años decisivos* (1931) (Barcelona, 1970). *España; Años decisivos* (1909) (Barcelona, 1970). *Otra Historia de España* (10.ª edición, Barcelona, 1974; ed. popular, Barcelona, 1974). *Francófilos y germanófilos* (Barcelona, 1973).

IMAGINACIÓN:

Cuentos crueles (2.ª edición, Madrid, 1972). *A Roma por todos los caminos* (2.ª edición, Barcelona, 1974).

OBSERVACIÓN:

La vida norteamericana (Madrid, 1955). *El español y los siete pecados capitales* (Madrid, 1972); (16.ª edición). Traducida al inglés: Nueva York, 1967, y Londres, 1968. Al alemán: Berna, 1969. *Los siete pecados capitales en los Estados Unidos* (6.ª edición, Madrid, 1970). *El francés y los siete pecados capitales* (5.ª edición, Madrid, 1970). Traducida al inglés: Nueva York, 1972. *El italiano y los siete pecados capitales* (3.ª edición, Madrid, 1970). *La Europa de Lenin* (3.ª edición, Barcelona, 1971). *Manual del imperfecto viajero* (2.ª edición, Barcelona, 1973). *El mundo de colores* (2.ª edición, Barcelona, 1973). *La pantalla chica* (Barcelona, 1974).

ADAPTACIÓN:

Del francés: *La reina muerta* (de H. de Montherland. Est. Madrid, 1958). *Ondina* (de J. Giraudoux. Est. Barcelona, 1958; edición, Madrid, 1959). *No habrá guerra de Troya* (ídem. Est. Madrid, 1958; edición, Madrid, 1960). *Anfitrión 38* (ídem. Edición, Madrid, 1965). Del alemán: *La visita de la vieja dama* (de Dürenmatt. Est. Madrid, 1959; edición, Madrid, 1965). Del inglés: *Macbeth* (de W. Shakespeare. Est. Málaga, 1969; edición, Madrid, 1964). Del italiano: *Nápoles millonaria* (de De Filippo. Edición, Madrid, 1963)

26120

UNIVERSITY OF VICTORIA
Library
VICTORIA, B.C.